

A person is shown from the chest up, wrapped in a thick, textured, reddish-brown fabric that forms a Möbius strip. The person's face is partially obscured by the fabric. The background is a soft, out-of-focus light blue. The overall mood is mysterious and artistic.

La cinta de Moebius

César Colomer

Lectulandia

El siglo xxii, una carretera poco frecuentada, una sociedad dominada por el hedonismo, un mundo feliz... Sin saber quien es, ni de donde viene, aparece un muchacho que no encaja, parece procedente de otras épocas... Su presencia alterará la vida de una familia. Una historia de amor adolescente rodeada de misterio, entre dos mundos, dos sociedades, dos épocas diferentes, que terminan por tejer una extraña cinta de Moebius.

Lectulandia

César Colomer

La cinta de Moebius

ePub r1.0

Banshee 17.07.16

Título original: *La cinta de Moebius*

César Colomer, 2015

Diseño de cubierta: Lurdes Aviñó

Editor digital: Banshee

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Mi biografía tiene peculiaridades que han influido en mi vida y que, en cierto modo, se ven reflejadas en la novela. Desde el nacimiento sufrí una grave enfermedad de corazón, la tetralogía de Fallop, que limitaba muchísimo mis capacidades de movimiento, apenas podía recorrer el pasillo de mi casa. Esta circunstancia me obligó a permanecer solo y aislado toda la infancia, prácticamente los únicos contactos de mi edad eran mis hermanos, jamás pude acudir a un colegio, tener unos compañeros y aprender los rudimentos de las relaciones sociales. Los médicos suponían que no podía durar muchos años, no merecía la pena el que me relacionara, no me iba a hacer falta nunca. Como es natural, echaba de menos poder moverme y estar con otros niños, pero no era infeliz del todo, generé mis aficiones, encontré un gran refugio en la lectura, en la fantasía y me tenían entre algodones, estaba hiperprotegido. Fue en aquella época cuando inicié la costumbre de escribir mis pensamientos e ideas, algo que se prolongaría hasta cerca de los 30 años.

Pero lo que tiene la vida, yo aguantaba más de lo previsto, me negaba a morir, y, por otra parte, lejos de allí, la Ciencia seguía sus pasos, realizaba sus avances, cada vez los cirujanos eran más osados y terminaron por encontrar la solución, la operación, a mi defecto. Este hecho dio un vuelco radical a mi vida, se hizo el milagro sin ir a Lourdes, llegó la hora y la viví talmente como alguien que entrega graciosamente su vida y se enfrenta a su muerte, para que su otro yo (el que iba a nacer, la vida que surgía de su propia muerte) heredara todos los sueños y proyectos acumulados durante los años de reclusión.

Recuerdo perfectamente mi primera salida de la clínica, la sensación de poder caminar y caminar sin caer rendido a los pocos metros, era el claustro del Monasterio de Sant Cugat, no podía dejar de andar y dar una y otra vuelta, era como una droga, algo que posteriormente haría para atenuar tanto la ansiedad como la depresión.

Pero no me imaginaba lo dura que iba a ser mi entrada en la realidad, parecía algo inocente, pero entrar a saco en la adolescencia sin haber experimentado la infancia y la pre-adolescencia era más complejo de lo que cabía esperar, me sentía fuera de lugar, no sabía cómo comportarme, cómo tratar a los demás, no podía evitar sentirme un bicho raro. La necesidad de evadirme de aquellas circunstancias acuciantes, ocasionó que me refugiara en fantasías, en ensoñaciones. Soñaba despierto que era un extraterrestre, que era un «elegido», un viajero del tiempo... que de un momento a otro se iba a producir en mí una transformación, que me iba a hacer un ser extraordinario, alguien admirado por todos. Y todo esto lo dejaba reflejado en mis escritos.

Uno de los aspectos más duros fue mi relación con las mujeres, no sabía que hacer, desconocía totalmente los rudimentos de la seducción, estaba desarmado, actuaba con absoluta torpeza, con exceso de timidez, con una fuerte pátina de moralina fruto de mi educación católica, llegaba a tal punto mi respeto que terminaba

siendo un tonto. Mucho peor, mucho más doloroso, fue cuando el Amor surgió sin haber superado este estado de papanatismo; el llevarlo a buen fin era una auténtica quimera, algo imposible de alcanzar, algo que me llevó a la desesperación, a plantearme el saltar sobre la vía del tren, el huir frecuentemente a desahogarme a la montaña (por la que siempre he sentido una gran fascinación) el no importarme el ridículo... y el imaginar, reflejar en mis escritos, mis situaciones en las que se producían milagros que me destacaba.

Hace un par de años, durante el verano, me dediqué a recopilar, ordenar y publicar en libros las fotografías de aquella época de pandillas, lo cual me trajo recuerdos de aquel tiempo. Como suele ocurrir cuando te has ido lejos y no has cerrado con el día a día tus relaciones e imágenes, estas permanecían en la memoria con absoluta viveza, como si no hubiera pasado el tiempo, como si todo siguiera en su sitio, como si aquellas amistades siguieran teniendo ventipocos años. A las imágenes que me proporcionaban las fotografías se unieron las fantasías, los sentimientos y las sensaciones que me proporcionaron la re-lectura de esos cientos de hojas escritas en otra época.

Mis circunstancias actuales, la enfermedad, la soledad, el aislamiento, la falta de afectividad... representan una especie de regreso a ese primer mundo, a ese primer César, encerrado en casa, entre sus libros, esperando su fin... La vida se cierra como una cinta de papel, los dos lados se funden en una sola cara, mires hacia donde mires la meta parece la misma... la historia terminaba por cerrarse en una cinta de Moebius.

No sé el motivo, pero me propuse dar forma de historia a todo ese contenido. Por necesidad tenía que ser una historia de amor, una historia de adolescencia y, por tanto, una historia contradictoria, de lucha, de búsquedas, de cambios, de confusión, de miedos, de pasiones... Una historia que reflejara esas sensaciones, casi siempre encontradas, que ponían de manifiesto las inquietudes de aquel joven.

No es una historia de Ciencia Ficción aunque contenga saltos en el tiempo, mundos fantásticos y aparatos extraños; no es una novela de misterio, aunque hay elementos inexplicables, personajes inquietantes... Es sencillamente una novela rosa, una historia de amor, desarrollada por una mente trastocada, en ocasiones febril, una historia común donde se va colando, filtrando osmóticamente, el mundo de la fantasía.

No he pretendido que fuera aséptica, ni políticamente correcta, no me puedo esconder de mi necesidad de discurso ideológico, he pretendido que fuera digna hija de su padre, que comunicara mi forma de ver la vida y el mundo, por tanto, apuesta por el individuo, por la importancia de enfrentarse a los convencionalismos, procura incitar la búsqueda de la libertad, el crearse el propio criterio, el negarse a vivir la vida que otros nos diseñan, el apostar por un paradigma ético en que lo «bueno» es aquello que da «gozo», «placer», a nosotros y a los demás, y que «malo» es aquello que produce «dolor», «sufrimiento» a nosotros y a los que nos rodean. Me gustaría que, en cierto modo, esta historia contuviera, como se dice en su texto, esporas de

libertad.

Sé que muchos reconocerán los lugares donde se desarrolla, algunos de los hechos y algunas de las actitudes, no he pretendido ocultarlos a los ojos de aquellos «iniciados» que me conocieron, he querido ser transparente. Lo que nadie debe buscar son personajes reales, no hay ninguno puro, cada uno es la mezcla de varias personas que se han cruzado conmigo a lo largo de la vida, y les he añadido mi fantasía haciéndoles decir y hacer lo que yo quería. Tan solo he empleado nombres reales en algunos personajes secundarios. En cualquier caso es justo reconocer la contribución de todos aquellos que han compartido cachitos de su vida conmigo, me han mostrado lo variadas que podían ser las personas y las muchas formas de pensar que uno se puede encontrar. Gracias por dejarme vivir en vuestra vida. Una mención especial se la debo a mi hija, personificación de mi único éxito en mi proyecto vital, espero que algún día lea este libro y sirva para acercarle un poco a quién fue su padre y que comprenda mis actitudes y que ella también es parte de estos personajes.

La novela me ha animado a regresar a aquellos lugares, a reencontrarme con algunos de aquellos y me ha servido para ver que aquel camino ahora es carretera, que aquella carretera es ahora una autovía, que el puente ha desaparecido, que ya no hay vía, que aquella casa se ha hundido, que aquel desconchón esta enlucido, que aquel nogal ya no da sombra, que aquellas huertas están llenas de adosados, que aquellos rostros soñados, llenos de belleza, han perdido su lozanía y las arrugas se han adueñado de ellos, que aquella melena se ha ido para dejar a la vista el cuero cabelludo, que aquel pelo azabache luce hoy blanco... Que la vida ha seguido para todo y para todos, que aquello y aquellos ya no existen. En cierto modo me ha servido de autoexorcismo.

Originalmente contenía medio centenar de citas explicando el entorno histórico donde se desarrolla la segunda parte, pero finalmente he decidido suprimirlas, como acertadamente me dijeron, distraían la historia principal, si queréis saber más sobre todo eso, tan solo tenéis que consultar los nombres en internet.

Aquí tenéis mi novela, no tiene grandes pretensiones, incluso pienso que es una auténtica osadía el ponerla en papel, pero es un capricho, quiero que esté al alcance del que le pueda interesar.

Muchas gracias por llegar hasta aquí.

1ª Parte

El mundo de Epicuro

*Así como el sabio no escoge
los alimentos más abundantes,
sino los más sabrosos, tampoco
ambiciona la vida más prolongada,
sino la más intensa.*

El extraño

Un vehículo unifamiliar se desliza a gran velocidad por la autopista, en él viaja una pareja de mediana edad. El hombre denota claramente su condición de deportista: mantiene la línea a la perfección y su torso, desnudo, muestra unos músculos fruto de horas de gimnasio. Lleva el pelo blanco por propia voluntad, es el único detalle que le hace aparentar algo más de edad. La mujer parece bastante más joven, le gusta mimar su cuerpo, se siente orgullosa de él, sabe perfectamente que aún es capaz de desatar los deseos de los demás y por eso no duda lucirlo, viste un mono de tela muy sutil, translúcida.

Él, para dirigir el coche, emplea volante, le gusta la sensación de controlar con sus propias manos una máquina tan potente, sentir las sacudidas y la resistencia de la carretera; quitar la dirección asistida y emplear los músculos para conducir le hace sentirse rudo. Si no fuera por esta afición, dejaría las pesas, que le vienen de maravilla para aliviar la tensión acumulada durante las horas que pasa sentado y concentrado en el trabajo.

La carretera está totalmente vacía, nadie más circula por ella, no es por la hora ni por estar alejada de la civilización, la verdad, estamos en 2140, ha pasado la era del petróleo, las autopistas hace años que se han transformado en un desierto, solo algún aficionado las usa de vez en cuando.

—¿Qué tal el fin de semana? ¿Lo has pasado bien? —pregunta el hombre a su pareja, rompiendo el silencio.

—Bastante, ha sido una experiencia diferente, prescindir de todo te saca tu parte animal, dependes de tus fuerzas —contesta la mujer, aunque siempre echa de menos la compañía de otros.

—A mí me encanta, me aleja de mi día a día, estar aislado del mundo civilizado, en medio de la naturaleza, sin nadie en muchos kilómetros, dependiendo de tus fuerzas, me libera del estrés.

—Eres todo un robinsón, no he conocido a nadie que le guste más ese aislamiento, creo que esa especie de salvajismo es lo que más me atrajo de ti, intuía que a tu lado no me iba a aburrir, que iba a disfrutar un torbellino de emociones y no me equivoqué.

—Pues tenemos que ir preparando algo especial... de nuevo nos vamos a quedar solos... maravillosamente solos.

—Y eso, ¿hay algo que no sepa?

—El otro día Luna me insinuó que se aburría en vacaciones con nosotros, que le gustaría irse con sus amigos, por lo visto le ha invitado Venus.

—Pero si es una niña, solo tiene 16 años, sus amigas son mucho mayores, que yo sepa, Venus ya ha cumplido los 19, en su caso tiene sentido, pero...

—Como cualquier madre, —interrumpe con cierto tono irónico— no te das cuenta de que los hijos crecen y vuelan del nido. Sabes que Luna siempre ha sido

precoz, se ha relacionado con personas más mayores, ya está madura, sabe cuidar de sí misma, es hora de que busque sus formas de disfrutar la vida.

Estela, por un lado le da la razón, ve que Luna ha madurado mucho, en un par de años ha dado un gran cambio, se ha hecho una mujer, se alegra sinceramente, siente autosatisfacción, pero inconscientemente se resiste, las sensaciones que le han proporcionado sus hijos los últimos veinte años es algo muy importante, algo que en poco tiempo pasará a la historia. Ojalá tuviera la tranquilidad de Marcos, su facilidad de encontrar sustituto.

—No sé por qué, hemos criado unos hijos que se han hecho mayores muy rápido, han sido un fruto temprano. Titán también pidió la independencia pronto, si no recuerdo mal a los 15.

—Es lo que pasa al ser abierto con ellos, de atarlos largo, aprenden pronto y nada les impida gozar nuevas experiencias.

Marcos se siente orgulloso de la labor que han desarrollado como padres. Siente cierto resquemor, sobre todo al ver volar a Luna, su ojito derecho, pero está convencido de que, para su felicidad, ha de ser así.

—Me alegro por ellos, además, son muy responsables, en ese aspecto también han crecido rápido, pero la idea de permanecer un tiempo más o menos largo lejos de ellos, me hace sentir una sensación muy extraña, después de tantos años, no me hago a la idea.

—Pues va siendo hora de que te la hagas, también has de volar del nido, experimentar nuevas sensaciones, compensar lo que dices sentir.

Estela lo ve difícil, como mucho, podrá mitigarlas, ocupar la cabeza en otras cosas. Por otra parte, le hace ilusión, piensa en cuando sus hijos hagan sus proyectos, cuando los compartan con otros, la posibilidad de los nietos...

—¿Crees que otras experiencias pueden sustituir ese sentimiento?

—Ese sentimiento es una sensación de vacío, algo importante se va, deja el hueco, lo sabes muy bien. Si te encierras, ese vacío será cada vez más grande y más difícil de superar.

—Y con esas vacaciones lo voy a solucionar —dice, consciente de que lo propuesto es un sucedáneo. Piensa que él hace esos proyectos para ocultar su propia nostalgia.

—Estoy seguro, ya verás cuando te devoré en plena selva —afirma con un gesto de fiera—.

—No sé, ¿no será mejor buscar un sitio más civilizado?, como la playa, a donde hemos ido otros años, para descansar es mucho mejor.

—Ya sé que es más descansado, pero si no fuera por el gimnasio, no sabríamos para qué sirven los músculos, no nos hace falta descanso físico, necesitamos cambiar de forma vida.

—Sí, pero no sé si estoy preparada para algo tan duro...

—¿Que no estás preparada?, ¿te has mirado al espejo?, muchas de treinta años

tendrían envidia de ese cuerpo, ¿cuántas son capaces de permanecer buceando a pulmón más de dos minutos?... Sabes muy bien que hemos ido a la playa para no poner en riesgo a los muchachos y para que tuvieran contacto con otros que no fueran sus padres.

Estela, después de muchos años, sigue sintiendo una satisfacción especial cuando alguien alaba su cuerpo y forma física, le hacen sentirse atractiva.

—No te quito la razón, pero podríamos compaginar, planear una escapada a la montaña de 15 días, y los otros 15 a la playa, para ver como funcionan Titán y Luna.

—Desde luego, aún no te has convencido de que los niños ya no son niños. En fin, más vale eso que nada, quizás, el año que viene, te mentalices y podamos hacer una escapada más larga.

Estela se siente satisfecha, al menos el aislamiento no va a ser tan duro, piensa mientras le acariciaba el cabello con cariño.

—Lo que sí que deberíamos hacer es llevar los DIB, tampoco hay que ser tan puristas, no hace falta renunciar a todo.

—Y ¿para qué los quieres?, ¿para conectarte cada dos por tres con ellos?... —preguntó con ironía—.

—No solamente para eso, también lo podemos emplear entre nosotros, ya sabes, en verano, el calor... con el ejercicio sudas un montón y es desagradable...

—Pero, pero... si justamente en eso está la gracia, el sudar, oler a tigre, pisotear la hierba, dejarse embadurnar por el barro, dejarse secar por el sol...

—Tanto llevándolos como no, puedes hacer lo mismo, si te apetece los empleas y si no los dejas de lado...

—Ya, y la gracia, la emoción, el depender solo de ti, el no depender de ningún artilugio.

—Según lo que quieras, haces una cosa u otra.

—Sabes que no es lo mismo.

Estela sabe que terminará por ceder. En el fondo, tampoco quiere separarse tanto, es que ha de hacerse el duro.

—Además —dice la mujer cambiando de tema—, y los amigos, no estás tan aislado, si te apetece pasar una velada con ellos puedes contactar.

—No es...

Marcos, de momento, se calla, su tono final ha sido una orden implícita de silencio, mira fijamente la carretera, ve algo que no cuadra, se concentra en la labor de conducir.

—¿Qué es eso? —prosigue mientras reduce la velocidad.

—Parece una persona.

—¡Qué curioso!, ¿una persona andando por la carretera?

—De todas formas, ¡no pares!, es muy extraño —reacciona Estela con miedo. Su intuición le dice que lo más conveniente es la huida. Al rebasar al hombre que marcha por la cuneta, este levanta el brazo y, con el puño cerrado, pone su índice

hacia arriba.

—!Sera estúpido! —exclama el hombre indignado— ¡qué mala educación!, mira que mandarnos a hacer puñetas.

—No sé si te has fijado, lleva una ropa muy extravagante, va hecho un adefesio, no sé de dónde habrá salido, me da mala espina.

—Tanto su actitud como su facha son muy sospechosas, llama a la policía, yo estoy ocupado al volante.

—De acuerdo.

Se queda en silencio durante unos instantes. Y cambiando la cara dice.

—¿Policía?...

Tras una pequeña pausa, prosigue en voz alta, para que él pueda escucharla aunque no haga falta.

—Queremos denunciar a un muchacho que anda por la autopista con una ropa muy rara, para mí que es de hace dos siglos...

—Sí, lo que le he dicho...

—¡Qué sí!, la vi en el museo de la moda...

—No, no nos ha hecho nada...

—Bueno, nos ha mandado a hacer puñetas...

—Ya sé que no es motivo suficiente...

—Pues ustedes verán, igual se cruza en la calzada y causa un accidente... —sube el tono en muestra de enfado.

—Bueno, ya están avisados, solo queríamos colaborar como buenos ciudadanos, hagan lo que quieran... —con tono claro de irritación.

—De acuerdo, disculpas aceptadas...

Ya dirigiéndose a él.

—Ya está, parece que les moleste levantar el culo.

Pasado el miedo del primer momento, Estela empieza a darle vueltas a la cabeza: el muchacho, el accidente... Se arrepiente de su reacción, ha sido egoísta, si le pasa algo al muchacho, no se lo va a poder perdonar. No comprende cómo ha sido capaz, se acuerda de su hijo Titán, se le hace un nudo en la garganta. Rompe el largo silencio.

—Creo que hemos hecho mal, deberíamos haber parado a ver qué le pasaba, me arrepiento de lo que te he dicho...

—Nos hemos dejado dominar por el pánico, cuando lleguemos, tenemos que interesarnos por él.

—Hay que reconocer que desde que nos dieron los «atestadores», nos han hecho más cómoda la vida —comenta un hombre a su compañero.

Ambos están repantigados en su sillón. Hace unos minutos que han compartido una película con el DIB. Por una parte, están orgullosos de su función dentro de la

sociedad, pero por otra, son conscientes de que la dureza de su trabajo ha perdido mucho a lo largo de los años.

Este aparatito nos facilita un montón las cosas —continúa señalando un pequeño dispositivo sobre el hombro—, antes, por cualquier tontería, a rellenar papeles y papeles, nos pasábamos horas aquí encerrados para levantar los atestados, ahora lo haces todo con él en el hombro, en un instante, todo en la central.

—La verdad es que era un rollo —contesta el compañero sin apenas moverse—, pero ahora es un aburrimiento, aquí sentados, conectados al DIB por una cosa o por otra, si no fuera por el gimnasio, estaríamos como un par de barriles.

—No debemos quejarnos, mi abuelo, que también fue policía, me contaba que antes su vida era muy agitada, se pasaba la mayor parte del tiempo en la calle, la gente se dedicaba a robar y por un «quitarme esta paja» te pegaba un tiro o te clavaba un cuchillo. A él lo mandaron al hospital ocho veces, en una ocasión casi no lo cuenta, aparte, los pequeños golpes, cortes, etc. que solo necesitaban una cura en el botiquín, de esos a cientos.

—Entonces, el mundo era de otra manera —contesta el compañero incorporándose—. No existía el salario mínimo de subsistencia, había gente necesitada de verdad, gente que no tenía ni para comer, quieras o no, si ves que otro tiene mucho, es lógico que tomara algo.

—Bueno, bueno... había gente que actuaba por necesidad, pero otros lo hacían por envidia, por cosas supérfluas que tenían los demás.

—Es que estaba montado para eso, para sentir envidia, las empresas, en su afán de vender, convencían a las personas de que necesitaban cosas totalmente inútiles: aparatos, coches... todo, si no lo tenías, no eras feliz, el placer estaba en poseer y poseer.

—Me hace gracia, parece mentira que la gente fuera tan tonta, algo pondrían de su parte, entonces ya tenían libertad y democracia.

—La publicidad era muy taimada, actuaba por detrás, buscando el subconsciente, lograba que realmente sintiéramos necesidad de las cosas, al conseguirlas, queríamos otra cosa ligeramente diferente... Sin darnos cuenta, decidíamos libremente lo que querían que decidiéramos.

—Pues... no sé que tiene eso de libertad.

—Pues nada, pero duele menos que a latigazos —contesta riéndose.

—Menos mal que el DIB sustituyó a los demás medios de comunicación, así nos libramos de la publicidad.

—Por los pelos, en un principio los DIB los regalaban las empresas de comunicación, las televisiones, los periódicos... y a cambio había unos minutos de publicidad al día, que revendía a otras empresas...

—Si eran unos minutos, tampoco era mucho.

—Pero es que el DIB accede directamente al cerebro, te meten con facilidad las ideas, pueden sonsacarte lo que te gusta, así hacer la publicidad más eficaz.

—Según eso somos auténticos muñecos.

—Si no lo consiguieron fue por temor a la manipulación, lo regularon estrictamente, prohibieron la publicidad directa, nadie te puede llamar al DIB si no lo incluyes en tu lista, así no pueden llamarte extraños, puedes prescindir de amigos pesados... los únicos que pueden contactar sin permiso son los servicios de emergencia.

—Yo no tengo tan claro que no los empleen para manipularnos, de todas formas no creo que eso fuera la única causa de la violencia.

—No, claro, también hay que tener en cuenta... —sigue, con idea de soltarle otro de sus rolletes, pero se corta al escuchar la alarma de llamada.

— Espera que están llamando, yo lo cojo —contesta su compañero—. Diga...

—Sí, aquí la policía, sargento Terrín, número de identificación 87/589.

—¡Pero qué me dice!, eso es absurdo, ¿de dónde las va a sacar?, ¿está segura de lo que ha visto?...

—¿Está segura de reconocer la vestimenta?, ¿no puede ser que con la velocidad se haya confundido?...

—Vale, vale, simplemente unas preguntas para cerciorarme. ¿Me puede explicar lo que les ha hecho...?

—Usted me dirá, qué quieren denunciar —con tono de extrañeza.

—Sí señora, estoy de acuerdo, es de mala educación, pero comprenda, no es delito —apunta con sorna.

—Vale, vale, como quiera señora, tiene razón —responde con tono de dar la razón a un tonto.

—Disculpe, le pido perdón —contesta dándose cuenta que sus palabras no han sido correctas.

—Adiós señora, que tenga buen viaje.

Tras desconectar, se dirige al compañero.

—Unos viajeros, que han visto en la autopista un muchacho con unas ropas extrañas, según la señora, del siglo XX. ¿Qué te parece? ¿Vamos?

—Sí, no vaya a complicarse y nos la carguemos, lo que ahora parece una tontería, en un rato es un follón con juez, forense... y que no te vengan los de la Criminal, miran hasta en los calzoncillos. Tenemos suerte y hace buen tiempo, no como ayer, con la tormenta.

—Vale.

—Y a ver si nos da el aire y el sol (riéndose)... que estamos muy blancuzcos.

Floresta G12 es un centro residencial de modelo Factral848, pensado para facilitar las relaciones sociales de una comunidad de unos 1000 vecinos, en un ambiente tranquilo, aislado de ruidos e inmerso en un entorno natural. Su pequeño tamaño y su concepción en torno a una serie de puntos comunitarios, favorece la

relación entre los vecinos, permitiendo que se conozcan con facilidad entre sí.

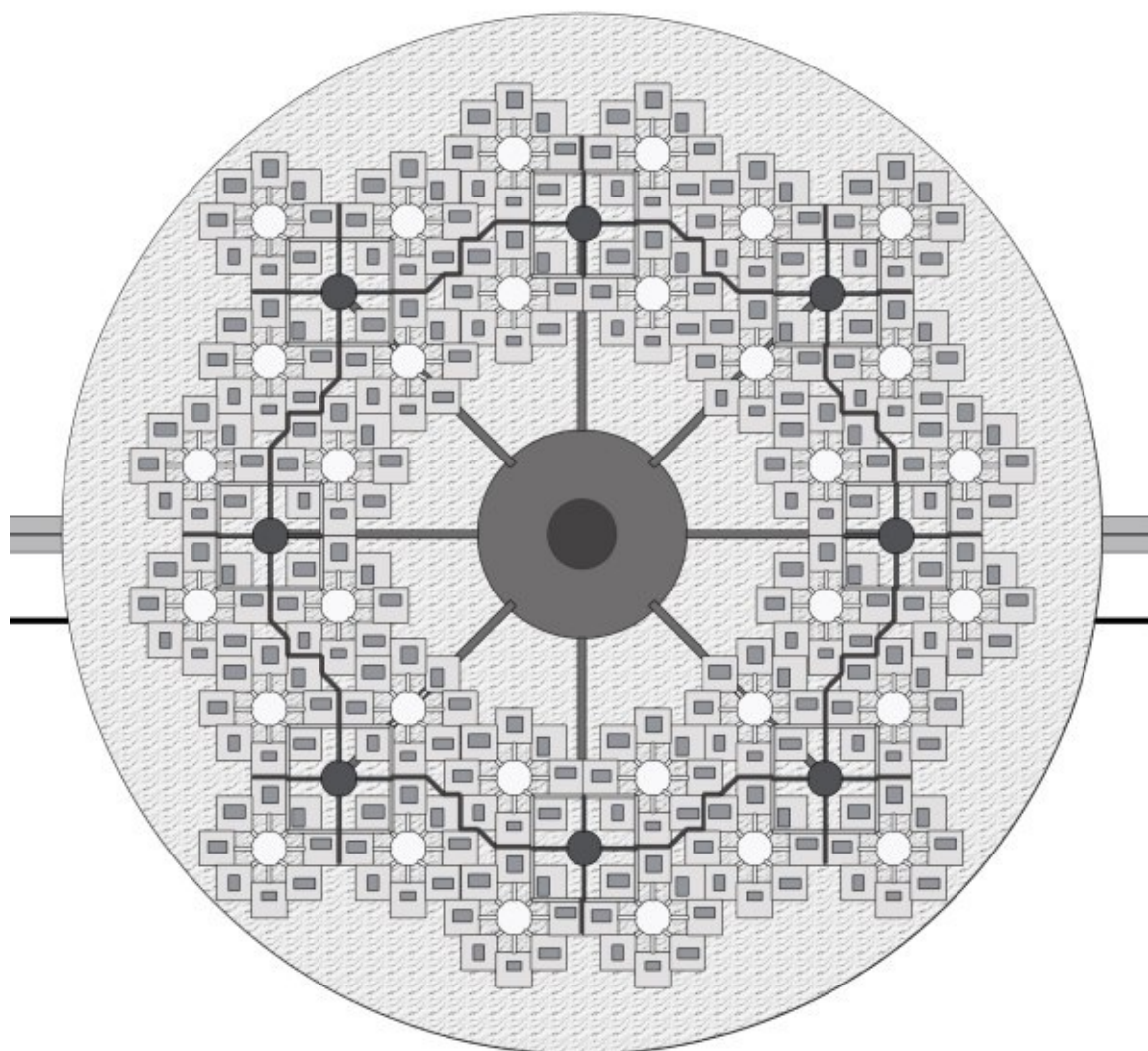
La unidad básica es un conjunto de ocho parcelas, con sus casas, distribuidas en forma de estrella, alrededor de una plaza cubierta común. Está pensada para albergar unos 32 habitantes.

Cuatro unidades básicas se unen en torno a un edificio comunal circular en el centro de una cuadrícula de calles, formando una unidad secundaria. Está pensada para aproximadamente 128 vecinos.

Finalmente, el centro residencial, lo forman ocho unidades secundarias puestas en círculo con un gran parque en su interior, en cuyo centro se encuentra el edificio de servicios, de forma circular destinado a las actividades comunales.

Los edificios comunales de las unidades secundarias se unen al de servicios mediante un túnel climatizado, con salidas a los jardines centrales...

Rodea todo el conjunto un parque, con bosques, praderas, pequeños edificios y centros de recreo. Es el lugar preferido de los que practican footing.



FACTRAL-848

Debajo del edificio de servicios, existe un aparcamiento, para aquellos vecinos que disponen de vehículo, con acceso directo a una carretera que circula bajo tierra. También hay una estación del suburbano rápido, que facilita el desplazamiento a otra unidad residencial o a la ciudad.

Esta estructura y las divisiones que se emplean son las que determinan el modelo Factral 848, el más pequeño de la serie, superado por los Factral 868, para más de 1500 personas, y el gran Factral 888 capaz de alojar más de 2000 vecinos.

Los centros residenciales se agrupan adoptando la estructura circular, o bien se colocan en rosarios. Este último caso es el de Floresta G12: es el centro residencial situado en duodécima posición de un rosario conocido por Floresta G, que cuenta con 16 unidades residenciales de diversos modelos.

Estela se pone en contacto con la policía; quiere saber qué ha pasado con el muchacho, necesita superar la intranquilidad de haberlo dejado en la carretera. Cuando se entera de que está sano y salvo en la comisaría, siente un gran alivio, pero su interés le hace acudir al puesto de policía.

—El sargento Terrín, por favor.

—Soy yo —contesta el hombre tras la mesa— supongo que será la señora que denunció que un muchacho andaba por la carretera.

—Sí, hace un rato me he interesado por él.

—Ante todo, pido disculpas por mi forma de hablar.

—No se preocupe, está olvidado. ¿Qué pasó después de la llamada?

—Fuimos a donde indicó, había avanzado un par de kilómetros, no opuso resistencia, incluso se alegró. Pero al pedirle la identificación, nos dijo que no tenía ni idea de quién era, ignora su nombre y de dónde viene, lo único que recuerda es estar andando por la carretera.

—¿Y no llevaba nada que le pueda identificar?

—Solo le encontramos un sobre con papeles, ninguno nos sirve para determinar su identidad, de todas formas, mandamos una copia por atestador a la central, no sé el caso que harán.

Estela siente compasión por él, le es fácil comprender la angustia que ha de sentir sin saber quién es ni de dónde viene; su soledad ha de ser grande, ha de estar asustado:

—¿Y qué hicieron con él?

—Traérmolo, por supuesto, no íbamos a dejarlo allí. Le dimos de comer y de beber, por el ansia al tomarlos, debía de llevar varias horas sin probar bocado. De mi casa traje ropa de civil, le viene un poco grande —dice sonriéndose— pero va mejor que con las ropas antiguas, aunque se resistía a dejar las suyas y miraba la ropa nueva como si fuera algo de otro mundo.

Estela piensa que si hubieran parado, le habrían dado de comer y beber antes,

además, es menos frío que te asista una familia que la policía:

—Ya lo dije.

—Sí, pero es inaudito que te digan que han visto a alguien vestido así.

Al sentirse avergonzada, siente la necesidad de excusar su comportamiento ante el Sargento Terrín:

—Al poco rato de verlo, empecé a darle vueltas, me entró remordimientos, debería de haber parado para recogerlo. No tenía sentido que sintiéramos miedo, bueno, hablo por mí, fui yo la que dije que pasáramos de largo.

—El temor ante lo extraño es algo natural, hizo lo correcto, avisarnos, para algo estamos nosotros, no le ha pasado nada.

—Y... ¿donde está ahora? —pregunta con curiosidad.

—Está aquí, en la celda, no por estar acusado de nada, simplemente para que esté bajo techo.

—Y ¿cómo se encuentra?

—Físicamente bien, ha venido el médico forense y le ha examinado, según él, es un muchacho la mar de sano, de unos veinte años, no muestra signos de haber sufrido un golpe que justifique la amnesia, pudiera ser debida a un shock psicológico, puede que con el tiempo recupere la memoria, por lo demás, no tiene problemas para hacer una vida normal.

—Ahora, ¿qué va a ser de él?, no va a pasar la vida encerrado en la celda.

—No, eso no puede ser, la celda está bien, pero no reúne las condiciones para hacer de residencia. El juez ha estado aquí, ha dicho que no hay nada en contra de él, ha de estar en libertad.

—Pero, ¿así, sin más lo van a dejar en la calle?

—Nooo... Estamos siguiendo el protocolo.

—Muy bien, y ¿qué va a hacer ahora?

—Le han asignado un salario mínimo de supervivencia, ya tiene la tarjeta y nosotros le hemos explicado como la puede manejar y sus límites. Mañana o pasado, cuando confirmen la existencia de plaza, lo trasladaremos a una residencia de personas sin hogar de la ciudad y allí podrá residir hasta que encuentre su camino.

A Estela le da un vuelco el corazón, cada vez se encuentra más implicada emocionalmente, no puede evitar que los instintos maternos, que tan a flor tiene últimamente, le hagan identificarse con alguien que puede ser su hijo.

—¡No me diga!, ¡pobre muchacho! A una residencia de personas sin hogar, pero si están llenas de vagos y de gente con problemas, qué futuro puede esperar en un sitio así, no es justo hacerle una cosa así.

—Sí... yo lo comprendo... pero aquí no tenemos condiciones, yo, por comodidad, vivo en la residencia de empleados públicos, allí no me lo puedo llevar.

—Pues algo hay que hacer...

Contesta con la determinación de quien responde ante una injusticia.

—Lo siento, es dramático, la ley es así, si no tiene una residencia oficial, ha de

entrar en una de personas sin hogar, no puede vagar por ahí. El juez le ha dado un nombre provisional, hasta que se acuerde del suyo; le ha puesto Daniel, parece que le gusta y nosotros le hemos empezado a llamar Dani, se le ve espabilado.

Su determinación no cede ante lo taxativo de la Ley, no admite que los intereses del muchacho, de Dani, se puedan ver sometidos a algo tan frío e inflexible. Su mente maquina la forma de cambiar su destino.

—¿Y si tuviera una residencia, aunque no fuera en propiedad?

—No tendría ningún problema, le pasaría como a mí, tampoco tengo casa en propiedad, ni siquiera alquilada.

—Espere un momento, ahora seguimos —añade Estela con autoridad, luciendo una sonrisa. Es posible que el asunto esté al alcance de su mano, no es difícil, Marcos es tanto o más sensible que ella.

Se retira al otro lado de la habitación, se queda absorta, mirando a la calle a través de la ventana, da pequeños pasos... Termina su consulta, se gira con cara de satisfacción, regresa hacia el sargento diciendo:

—¡Ya está!, vamos a ver si es posible. He estado hablando con Marcos, mi marido, y está de acuerdo. ¿Sería posible inscribir al muchacho como residente en nuestra casa?

—En principio no hay problema, pero... ha de saber que ha de ajustarse a la realidad, si hacemos eso lo han de alojar en su casa, no podemos hacer el paripé —explica poniendo cara de circunstancias.

Estela se siente ofendida, no comprende cómo puede pensar que ellos van a hacer las cosas a medias, si se comprometen, es con conocimiento de causa, con alegría, gozando de la nueva responsabilidad:

—Por supuesto, eso ya lo supongo, tenemos una casa grande, lo podemos alojar en el cuarto de invitados, será como un hijo adoptado, un poco mayor, pero un tercer hijo —dice con una amplia sonrisa.

—Siendo así, supongo que no habrá problemas. Discúlpeme unos minutos, no he resuelto un caso parecido y tengo que consultarlo.

El sargento se siente satisfecho, le preocupaba que Dani terminara en la residencia y le dolía no poder hacerse cargo él. La decisión de Estela le ofrece una oportunidad mejor. Ahora es él, con una sonrisa de felicidad, el que se aparta a una esquina y se concentra en la información que intercambia a través del DIB. Pasados unos minutos, se dirige a ella, con cara de satisfacción:

—No hay problema, han de activar sus DIB, para recibir las llamadas del juzgado, desde allí les enviarán la inscripción a los dos, han de proporcionar los datos pertinentes y enviarlos confirmados. Por supuesto, Daniel ha de estar conforme. Cuando esté todo, inscribirán a Daniel en su casa, entonces nos mandarán la correspondiente orden y Dani podrá irse. Esto, puede estar arreglado en un par de

horas. No sabe la alegría que me da que no termine en aquel agujero, presiento que es un tipo agradable, tendré oportunidad de verlo por las calles.

—No hay problema, ya está hablado con Marcos.

—Hay otra cosa que debe saber, al residir en su casa, pasa a ser responsabilidad suya, por tanto, el salario mínimo de supervivencia le será retirado, son ustedes los que se deben encargar de su mantenimiento.

—No hay ningún problema, que domicilien su tarjeta a nuestra cuenta.

—En ese caso, no queda más que concretar, solo hay que esperar a la confirmación de los juzgados.

—De maravilla, ¡que ilusión...! —exclama con cara de felicidad—; ¿podría verlo...?

—En este momento es imposible, está con un funcionario del juzgado.

—En ese caso esperaré a que hayan acabado con todo. Les dejo mi DIB para que puedan llamarme.

—Por supuesto, aquí tiene el mío particular.

—Voy a casa, hay cosas que preparar, quiero comentárselo a Titán y Luna, seguro que les hace ilusión este nuevo hermano —dice riéndose mientras se dirige a la puerta—. Adiós.

Estela se siente emocionada, las sensaciones y los sentimientos más diversos se cruzaban en su mente, se emociona, ahora tiene tres hijos.

Reúne a sus dos hijos, quiere que lo sepan antes de que llegue el nuevo miembro de la familia:

—Titán, Luna, os he contado que ayer, cuando regresábamos, vimos un muchacho muy extraño en la carretera. Hoy he ido a enterarme qué le había pasado. Por lo visto tiene amnesia, no se acuerda de nada, lo iban a enviar a una residencia de personas sin hogar, me ha dado lástima y con vuestro padre, he decidido que venga a vivir a casa. Por tanto, vamos a ser uno más.

—¿Como se llama? —dice Titán.

—Él no se acuerda de su nombre, pero el juez le ha puesto Daniel, lo llamaremos Dani.

—Qué bonito, ¿qué edad tiene? —pregunta Luna.

—Tampoco se sabe exacto, pero aproximadamente unos 20 años.

—¡Qué bien!, otro amigo de nuestra edad y, además, en casa —salta contenta Luna.

—¿Hay que tratarlo de alguna forma especial por tener amnesia? —pregunta Titán—. ¿No te han dado ninguna instrucción especial?

—No —contesta Estela— yo lo voy tratar como os trato a vosotros, no debemos cambiar la forma de vida, solo os pido que procuréis ayudarlo a integrarse en la comunidad, tenéis su misma edad, vuestro papel es muy importante. Por lo demás,

explicarle las cosas, que vaya adaptándose a nuestra casa, sin forzarlo, eso sí.

—Me parece perfecto —opina Luna.

—A mí también —comenta Titán.

—Pues nada, ya sabéis, tú, Titán te has de encargar de ir a recogerlo, yo tengo que preparar la habitación para él.

—No hay problema, cuando me avises iré.

Una familia muy especial

Titán no ha visto desde hace mucho tiempo a su madre tan emocionada. No comprende muy bien lo que le ha contado, ese proyecto de alojar en casa a un extraño, pero hay que reconocer que es un reto, sobre todo, una oportunidad de hacer un buen amigo.

Dani está más confuso, no entiende lo que pasa. No saber quién es y de dónde viene le da sensación de ser un recién nacido con uso de razón. Se pregunta si en algún lugar estarán sus padres, sus hermanos, su familia, si así es, tendrán que estar pasando unos momentos horribles, su desaparición tiene que haberlos sumido en la desesperación. Según le ha contado el sargento Terrín, su caso es muy peculiar, no existen datos de él en ningún registro, la única explicación es que pertenezca a alguna comunidad escondida, que no esté controlada, posiblemente ocupada por alguna secta que se automargine de la sociedad.

Está aterrado, no sabe lo que va a ser de su vida, primero la posibilidad de ser recluido en una residencia llena de extraños. Y ahora, tener que convivir con una familia que no es la suya, ¿qué pinta él en medio de sus conversaciones?, ¿cuánto tiempo aguantaran la ruptura de la intimidad? y... después... ¿qué?... ¿dónde irá a parar? Tendrá que buscar a su familia, su origen. Mientras, adaptarse lo mejor posible a su nueva vida, esforzarse por conseguir una independencia, la situación no puede prolongarse indefinidamente.

Ambos salen tranquilamente de la comisaría, Titán prefiere ir por el parque, hace buen día. Intercambian preguntas, Dani se interesa por las características del pueblo, Titán está intrigado por la procedencia de Dani. El equipaje no puede ser más escueto, porta una pequeña bolsa y una tarjeta.

—¿Esta tarjeta es como un carnet?

—Es algo más —responde Titán, en su papel de cicerone—. Sirve como tu identificador, pero además la has de presentar siempre que quieras pagar algo.

—Entonces, ¿esto es como si fuera dinero? ¿No existe el dinero?

—En cierto modo no existe, siempre se paga de forma virtual, el dinero ya solo existe como unos números en los sistemas informáticos, ya no hay monedas y billetes como antiguamente.

—¿De dónde voy a gastar?, no tengo cuenta... —expresa con preocupación Dani.

—No te has de preocupar, la nuestra responde de todo —dice Titán sonriéndose— ya eres un honorable ciudadano.

Siente la tranquilidad de no ser un indigente, pero depender económicamente de unos extraños le hace sentirse como una sanguijuela.

—¿Y tú tienes otra tarjeta como esta?

—Sí, pero no la llevo encima, yo me identifico y pago con el DIB.

—¿Qué es el DIB?

—Es fundamental, es el Direct Intercom Brain, o lo que es lo mismo, intercambio

cerebral directo, permite hacer un montón de cosas, ya irás viendo su utilidad. A ver si te podemos conseguir uno.

«No entiendo —piensa Dani— me acuerdo de cosas, tengo conocimientos, pero otras me parecen increíbles, mi mundo tiene que ser muy diferente. Estoy solo, va a ser complicado moverme en una sociedad nueva para mí. Es un sitio muy bonito, limpio, sin ruidos, nadie lleva prisa y no es excesivamente grande, me recuerda a un sanatorio.»

—Es muy bonito, ¿a qué os dedicáis?

—La nuestra es una comunidad pequeña, poco más de mil personas, es un modelo Factral 848, una zona residencial en torno a una de servicios, se parece a un copo de nieve, ya te la enseñaré. Además de este parque, tenemos el exterior, más grande. Cuando tengamos un rato, iremos a la torre del centro de servicios, desde allí se ve toda la urbanización.

—Aquí nos dedicamos a muchas cosas, mi padre es arquitecto, mi madre es profesora, mi hermana está terminando la formación general al mismo tiempo que estudia conocimientos naturales y yo estudio arquitectura, como mi padre. La otra gente se dedica a cosas muy diferentes.

—¿Cómo lo podéis hacer?, no veo centros para estudiar, ni fabricas, ni nada por el estilo. ¿Cómo es posible que un día entre semana no estés en clase?

—No hay problema, lo hacemos todo con el DIB, mi padre lo emplea para diseñar y dirigir obras, mi madre para dar clase, mi hermana y yo para estudiar... otros manejan máquinas que están a miles de kilómetros... Además, tenemos unos transportes públicos muy puntuales y económicos, cuando queremos podemos ir a la ciudad.

«¡Vaya por Dios! —piensa Dani— me parece que va a ser difícil encontrar un trabajo, aquí ese maldito DIB es fundamental. Quizás en algún espacio de ocio...»

—¿Y no resulta aburrido un pueblo tan pequeño?

—De eso nada, aquí nos conocemos todos, tenemos un montón de amigos a un paso y, además, con el DIB podemos ponernos en contacto con amigos de otros sitios.

«Está claro que aquí sin el DIB no te comes una rosca, si quiero buscar anuncios de trabajo o algo sobre mí pasado, tendrá que ser con el DIB —cabila Dani.»

—Entonces, si yo quiero averiguar algo, ¿dónde he de acudir?

—Depende, si tuvieras y supieras manejar un DIB te ayudaría mucho. También puedes emplear la biblioteca. Pero ¿qué quieres saber? —pregunta extrañado Titán.

—La verdad es que... —empieza a decir, callándose dudoso.

—Dime, no te cortes —anima Titán con curiosidad.

«Definitivamente aquí o usas el DIB o no tienes posibilidades —reflexiona Dani—. Lo mejor será confiar en alguien.»

—Mira... —le enseña un papel que saca de un sobre—. ¿Ves esta imagen? estaba con los demás papeles con los que aparecí, me tiene intrigado, me paso ratos mirándola, me produce una sensación de satisfacción, debe de tener alguna relación

conmigo...

—Es extraña, ciertamente.

—Lo mismo ha dicho el sargento.

—Y ¿no han investigado nada?

—Me ha dicho que lo ha mandado a la Central, pero que no sabe el interés que se van a tomar. ¿Cómo podría averiguar algo?

—No se me ocurre... —se queda pensativo Titán—. Lo único, se la podemos dejar a Gani, mi amigo, le encantan los acertijos, es un fiero investigando cosas.

—Estupendo.

—Cuando pueda se lo digo.

Titán se detiene y señala una amplia casa de una sola planta, con tejado plano y las paredes prácticamente de cristal:

—Hemos llegado a casa.

—¡Qué bonita!, debe de estar llena de luz.

—Sí... has de aprender a abrirla, al acercarnos la puerta se abre, es capaz de conocernos, no solo a nosotros, también a nuestros amigos. Le he dado la orden y ya te conoce, puedes entrar cuando quieras. Dentro de poco tiempo serás capaz de entrar en muchas de las casas, ya verás.

«Mira que son raros —se dice Dani a sí mismo—. Dejan entrar a todo el mundo, seguro que más de una vez les roban o los pillan en pelotas.»

—¿Y no teméis que os puedan pillar infraganti o robaros?

—No identificamos a ningún desconocido, solo en quien confiamos y no tenemos nada que ocultar.

—Vaya —dice quedándose pensativo.

Las puertas se abren, pasan a un pequeño vestidor, que da directamente a un gran salón, tres de sus paredes son de ventanal, el cuarto lo ocupa un gigantesco acuario, repleto de peces de múltiples colores.

—Espera, quítate los zapatos y ponlos en este armario —le explica Titán abriendo una pequeña puerta—, el suelo es de madera, está caliente, puedes ir descalzo, así no se estropea. Es algo a lo que te has de acostumbrar, suele hacerse en todas las casas —se vuelve y grita— ¡Mamá! ¡mamá!, ¡ha llegado Daniel!

Casi inmediatamente surge Estela por el único hueco en la pecera, lleva un ligero camisón, casi transparente, luciendo su figura, se desplaza elegantemente, con los pies desnudos, apoyándose en las puntas, como si fuera una bailarina de ballet. Abre los brazos, los levanta, se dirige al recién llegado, dándole un efusivo y prolongado abrazo:

—¡Hola Dani!, ¡Qué alegría tenerte en casa!

Dani se queda bastante parado, duda cómo reaccionar, cómo corresponder a semejante abrazo de una desconocida, la naturalidad de Estela le turba, las sensaciones le resultan placenteras, el calor, la presión, le incitan a devolverlo, pero no se atreve a apretar sus brazos y sus ojos la rehuyen.

«Esta sí que es buena —piensa Daniel—, su madre sale a recibirme medio desnuda y me da un abrazo. ¿Dónde me he metido? Por lo que decía el sargento es buena familia.»

—¡Buenos Días, señora!

—De señora, nada, llámame Estela, los cumplidos no me gustan, además, relájate, pareces muy nervioso, vas a vivir una temporada aquí, a ver mírame, que te vea los ojos.

Dani, finalmente decide mirarla, le resulta difícil, no puede evitar fijarse en sus tetas... Acordándose del episodio del coche, le dice:

—Ya me comentó el sargento el significado del gesto que hice, disculpe.

—¡Déjalo! eso es agua pasada, ni se te ocurra —le interrumpe con una sonrisa y un nuevo abrazo.

—No sabía lo que significaba, lo hacía para parar un coche, no sé por qué, me daba la impresión de que se hacía así —insiste Dani, desviando la mirada.

—No sufras más, olvídalo, no quiero oír de nuevo ese tema —concluye Estela dirigiéndose con el dedo levantado a Dani, como si le riñera, pero con una amplia sonrisa.

Estela nota algo, pero no lo logra comprender, le da la impresión de que se muestra un tanto frío, distante, incómodo, intuye que no va a ser tan fácil la convivencia con él, parece un muchacho profundamente introvertido, tímido, carente de habilidades sociales. Se dirige a Titán:

—Preséntale a Luna y lo llevas a su cuarto, que se ponga fresco, aquí hace calor, ya tendremos ocasión de hablar.

Ambos recorren un pasillo, hacia la mitad, Titán le indica un hueco que se abre a una amplia habitación con toda la pared externa de cristal:

—Pasa, que te presente a mi hermana.

En uno de los lados hay una bañera y en ella, tapada por la espuma, está una muchacha muy joven.

—Esta es Luna, mi hermana.

Antes de poder decir nada, la muchacha se levanta con naturalidad y sin hacer ningún gesto por cubrirse, dice:

—¡Encantada Dani! perdona que no te dé un abrazo, pero me temo que te mojaría —dice con una amplia sonrisa, mostrando su cuerpo mojado.

«¡¡Madre mía!! —Dani no sale de su asombro—, dónde me he metido, ahora la hermana desnuda, sin el más mínimo pudor, anda que se ha tapado, ya no es una niña, menudo cuerpa. Desde luego que tienen unas costumbres extrañas en esta casa, no sé si lograré acostumbrarme, me siento incómodo, estoy totalmente fuera de lugar.»

Pero no puede evitarlo y se queda mirándola descaradamente y admirando su cuerpo. «¡Joder! Si parece la Venus de Botticelli.» Cuando se da cuenta de que la está mirando descaradamente y se está excitando, se avergüenza, los colores le suben al rostro, aparta la mirada y apenas puede balbucear:

—Hola...

Titán, apercibido de los efectos de su madre y su hermana sobre Dani, se ríe:

—Me da la impresión que Dani no está muy habituado al cuerpo femenino.

Lo que termina por desatar los colores en el rostro de Dani. Al mismo tiempo, Luna mira su cuerpo con cara de sorpresa y sonrío de satisfacción, gesto que no pasa desapercibido a Dani. El muchacho percibe que su actitud no es tomada como una ofensa, y que, al contrario, parece gustar a Luna. Siente una corriente de simpatía y admiración por ella.

—¡Vamos!, vamos a tu cuarto, ya te irás acostumbrando.

Luna se siente feliz con el nuevo miembro de la familia: Es mayor que ella, pero sus condiciones, su raro pasado, su desvalimiento, invitan a ayudarlo, a consolarlo, a enseñarle. Puede actuar como una hermana mayor. Es agradable sentirse así, siempre ha sido la pequeña y ahora puede hacer de guía. Por otra parte, la forma en que se quedó parado al ver su cuerpo, le ha hecho sentirse especial, nunca ha notado causar en otra persona semejante atracción. Quizás sea un poco presuntuosa, pero le llena de orgullo.

Su hermano y ella no tardan en llevárselo a visitar el centro:

—Como puedes ver, aunque no sea muy alta, desde la torre se ve todo. Debajo de nosotros está el centro de servicios, es redondo y el tejado tiene forma de abanico —explica Titán.

—Entonces, todas las tiendas, los cines, etc. están en este edificio —pregunta Dani.

—Sí, también hay una residencia, donde suelen vivir personas que no tienen familia y un pequeño hotel para las visitas que hay de vez en cuando.

—Está muy bien la idea de poner todo en el centro, así está cerca de todos.

—Esa es la intención. Entre el centro y las casas hay un pequeño parque que lo separa, cuando hace buen tiempo está muy concurrido, casi todos preferimos acudir al centro por el parque, aunque hay unos túneles que lo unen a cada unidad secundaria, las puedes distinguir, mira allí, ves un cono rojo, pues eso es un centro secundario.

—Muy curioso, pero con lo bonito que es el parque, para qué queréis los túneles.

—Cuando hace mucho frío, mucho calor o llueve, viene muy bien, están climatizados —apunta Luna.

—Entonces, para ir por dentro de la urbanización no necesitáis paraguas.

—No, podemos venir desde casa por cubierto, ya te habrás fijado que entre las casas hay caminos techados, nos protegen del sol y la lluvia —explica Luna.

—Y, para ir de un centro secundario a otro ¿hay qué pasar siempre por aquí?

—Nooo —continúa Titán— fíjate en las líneas rojas entre las casas, es el tejado del camino de ronda, da la vuelta a todo el pueblo, es muy bonito, se ven muchos

edificios diferentes, un día de estos me acompañas a mi paseo y lo recorremos, tampoco es muy largo.

—Lo tenéis bien montado.

—Sí, está bastante bien pensado, el camino de ronda es de color rojo y es más ancho. Luego están los azules que salen a los parques y los verdes que se emplean para comunicar las casas dentro de la unidad secundaria.

—Todo es igual, ¿cómo os orientáis?, solo veo números.

—Es muy fácil, en el centro, los túneles y los caminos radiales pone el número de unidad secundaria a la que conducen. En los centros secundarios, el camino de ronda tiene marcado el número del siguiente centro. Los caminos verdes llevan dos cifras indicando la unidad primaria que conduce y, en el centro de una unidad primaria, que tiene un sombrero verde, en los caminos que llevan a las casas, su número de tres cifras correspondiente.

—¿No es lioso tanto número?

—De eso nada, nuestra casa es la 526, para ir a casa desde el centro, busca el túnel 5, saldrás en la unidad secundaria 5, eliges el camino 52, te conduce al centro primario y en la plazuela la casa del arco 526. Para hacer el camino inverso: camino 526, camino 52 y el túnel del 5.

—Es fácil, está bien pensado. ¿Y si quieres ir directamente de una casa a otra?

—Deja que lo explique yo —corta Luna— imagínate que queremos ir a casa de Venus, una amiga mía, que vive en la 311. Salimos de casa, vamos hasta el centro secundario 5, allí tomamos el camino de ronda más cercano al 3, esto es, el número 4; cuando lleguemos al cono 4, cogemos el camino de ronda marcado con el 3 hasta el cono 3, de ahí el 31 y el 311 y estamos en su puerta.

—¡Qué fácil!, parece diseñado por un matemático.

—Pues creo que sí, es muy cómodo.

—Volviendo a la urbanización —retoma Titán— si te fijas, las casas forman un aro, rodeándolo hay un parque mucho más grande con algunos edificios, juegos, etc. Algún día podemos ir.

—Me habéis dejado impresionado, me gustaría poder vivir en un sitio así, con casas tan bonitas, tanto parque y tan bien pensado. Por cierto, me he fijado que no tenéis vallas en las parcelas.

—¿Para qué las quieres?

—Pues para qué va a ser, si es tu parcela, para que solo la podáis usar vosotros.

—¿Y eso de qué sirve?

—Pues no sé... si es vuestra es vuestra.

—¿Y qué? —contesta con una sonrisa Titán— es más agradable poder moverse por todos lados sin obstáculos, cuando conoces bien dónde están los sitios puedes ir atravesando jardines, es mucho más agradable.

—Bueno... pero lo que es de uno ¿para qué lo va a pisar otro? ¿No sentís necesidad de un poco de intimidad, de estar tranquilo sin que nadie te moleste?

También me he fijado que las paredes suelen ser de cristal y no usáis cortinas ni nada.

—No tiene sentido usarlas. Las paredes son de cristal porque nos encanta la luz, el poder ver los árboles, el cielo... si pusiéramos cortinas, tendríamos menos luz, si no nos asomáramos no veríamos el exterior... sería mucho más feo e incómodo.

—Pero así estáis a la vista del público, os ven hacer todo, desde dormir hasta bañaros.

—¿Qué más da?, son cosas que hacemos todos, no hay nada de anormal en lo que puede verse.

—Pero, ¿y los vecinos? Esto es ideal para los cotillas.

—Pues, aunque no te lo creas, no hay cotillas, al no haber ocultación, no hay misterio y al no existir no se da la tentación de descubrirlo. El cotilla no tiene nada que hacer, no puede ir contando secretos porque no los hay.

—Sí, puede que tengas razón, es un pueblo muy agradable, aunque no sé si lograré acostumbrarme.

—Pues ya sabes, ahora Floresta G12 es tu pueblo, seguro que puedes —dice contenta Luna.

—Yo creo que ya podemos bajar, así le podemos enseñar bien el centro de servicios.

El paseo por el centro comercial es corto, no hay muchas tiendas, casi todo el espacio lo ocupan los centros de ocio, la mayoría de tiendas se dedican a los alimentos y tan solo existe un almacén para los demás productos, fundamentalmente para la ropa. Luna, entusiasmada hace una propuesta a Titán:

—¿Por qué no entramos y le compramos ropa a Dani?, así no tendrá que usar la tuya.

—Me parece una buena idea —contesta Titán—. ¿Te parece bien, Dani?

—Sí, no me gustan mucho las tiendas. Yo me siento cómodo con la ropa que traía, pero comprendo que llamaría mucho la atención si la usara.

—Necesitarás un mono de de tela transpirable, isotérmica y osmotérmica.

—¿Y qué es un tejido isotérmico y osmotérmico?

—Es un tejido que tiene la propiedad de dejar salir el calor cuando se supera una temperatura exterior determinada, normalmente 22°, e impedirlo cuando es superior. Además, solo deja pasar el calor del cuerpo al exterior.

—Algo así me imaginaba por los nombres, pero no me imaginaba que pudiera existir.

—¿Te gusta este, Dani? —pregunta desde otro punto Luna, mostrando una especie de mono de motorista de color lila intenso. Dani, al verlo, frunce el rostro en un gesto claro de asco.

—Noooo, por favor, me gustaría algo más discreto, además lila, yo no soy maricón.

Sus palabras caen como un mazazo, causan estupor tanto en sus compañeros como en otros clientes. Su mirada escandalizada sorprende a Dani, no se esperaba

que su expresión pudiera causar semejante reacción, nadie dice nada, ni falta que hace, pero la censura general le llega con nitidez. Se lleva la mano a la boca:

—Perdón, creo que he metido la pata.

—Sí, un poquito —le comenta en voz baja Luna—, no solemos hablar con desprecio de nadie, te has pasado.

—Lo siento, procuraré no hacerlo de nuevo.

Dani se queda preocupado pues su salida ha sido espontánea, sin pretender ofender a nadie, pero está claro que en esa sociedad ha de cuidar su forma de hablar.

—Pues elige uno, que te gusta, ¿un color oscuro?, ¿quizás un azul marino o un marrón?

—Sí, algo así, más discreto.

—Pero son muy tristes —dice Luna haciendo un mohín—, con lo guapo que eres deberías llevar algo más alegre, que llamará un poco más la atención.

—Pero Luna, a mí no me gusta lucirme por ahí, me siento incómodo, prefiero pasar más desapercibido.

—¡Anda!, ¡hazlo por mí! Elige algo un poco más alegre.

—Vale, ¿qué te parece el granate?

—Muy serio, pero al menos tiene más color. Hecho, nos llevamos uno de estos. ¿No te animas con este turquesa?

—Uf, que difícil me lo pones, poco a poco, que me acostumbre a tanto color.

—Pero te sentaría bien un color claro —dice Luna inclinando la cabeza con una gran sonrisa buscando convencerle con su gesto.

Dani, no puede evitar el sucumbir a la simpatía y los encantos de su hermana postiza.

—No sé, no sé, ¿no sería suficiente con este azul celeste?

—A mí me gusta más el turquesa, es más alegre.

—Déjale, no le presiones, que elija lo que quiera, es él quien se lo va a poner —interviene Titán, que ve que lo está forzando demasiado.

Luna entiende que tiene razón su hermano, que es una decisión para él y se calla con cara de disgusto. A Dani le sabe mal contrariar a Luna y le propone:

—Bueno, nos quedaremos con el turquesa.

Ante la decisión, Luna da un salto de alegría:

—¡¡¡Bien!!!

Dani continúa algo asustado por los colores elegidos para su ropa:

—Ahora habrá que ver si tienen de mi talla, no me la sé, ¿donde están los probadores?

—No hace falta probarlos, a ver ponte en este círculo, el que tiene dibujada una cinta métrica.

Él se sitúa en el sitio indicado esperando cualquier cosa, al instante en una pantalla aparecen tres números:

—Esa es la talla —le explica Titán— no hace falta que te la aprendas, la tendrás

siempre que te sitúes en estos círculos.

—¡Qué cómodo! ¿Y ahora?

—No te preocupes, al salir la recogemos, aquí solo hay muestras, si quieres ver cómo te sienta solo tienes que mirarte en aquel espejo.

Dani sorprendido, se acerca a él, se mira y se ve con el mono granate, tal como si lo llevara puesto.

—Es un truco, no es un espejo es una pantalla de televisión conectada a un ordenador que mezcla la imagen. Cuando tengas tu DIB no te hará falta, te verás dentro de tu cabeza.

—Me estáis dejando sorprendido. Por cierto, me gustaría comprarme una libreta y un bolígrafo, me gustaría escribir cosas, entre otras un diario.

—¿Y que es una libreta y un bolígrafo? —pregunta extrañada Luna.

—Pues... Una libreta y un bolígrafo.

—Ya, ¿pero cómo son?

—Pues una libreta es un montón de hojas de papel enganchadas por uno de sus lados y un bolígrafo es una especie de palito que suelta tinta. No entiendo que tengáis metros y espejos tan sofisticados y no conozcáis algo tan elemental como una libreta o un bolígrafo.

—Pero, ¿para qué sirven?

—No te fastidia, abres la libreta, coges el bolígrafo y vas haciendo una rayita y escribiendo lo que piensas para que quede constancia de ello.

—Yo sí que sé lo que son —interviene Titán— son instrumentos antiguos de escritura, dudo mucho que puedas encontrarlos fuera de los museos. Nosotros no escribimos, dejamos constancia de otra forma.

«¡¡No te jode!! estudiando y no saben escribir —piensa Dani para sus adentros.»

Dani se siente inseguro, no sabe muy bien hasta qué punto puede confiar, se siente solo, sin tener con quien poder sincerarse, a Titán y Luna apenas los conoce, le han caído bien, sobre todo Luna, que es muy cariñosa, y se portan de maravilla, pero por otra parte, son diferentes, no termina de entender su falta de pudor. Por una parte tan frívolos, por otra tan serios.

Va a conocer a uno de sus amigos, se siente inseguro, no sabe cómo tratarlo, qué espera el otro de él. Siente miedo a meter la pata y hacer el ridículo, como pasó en la tienda, aunque sean muy educados, no sabe hasta qué punto puede ser objeto de cachondeo....

Titán pensó inicialmente quedar en la cafetería pero Dani podía sentirse incómodo en un lugar tan concurrido. Citó a Gani en el parque:

—No te preocupes Dani, ya verás como Gani te gusta, es muy sencillo.

—No me preocupo, no me va a comer, pero comprende, me siento incómodo, enseñarle a un extraño algo que siento tan íntimo.

—Puede que sea un mal trago, lo veo desde otro punto de vista, me cuesta comprenderte.

Luna, con la intención de dar seguridad a Dani, le coge la mano y se cuelga del brazo:

—No sufras, nos tienes a nosotros.

El gesto sorprende un poco a Dani, pero su mesura le agrada, le hace sentirse más seguro, no se ve superado por el exceso de sensualidad del ambiente.

En ese momento llega otro muchacho, alto, moreno, de facciones angulosas, que se ha dirigido directamente a ellos.

—Hola Titán, hola Luna, mi hermana Venus os manda recuerdos.

—Hola Gani —responde Titán—. Puntual, cómo no, permite que te presente: este es Dani, el muchacho que apareció en la carretera y ahora está viviendo con nosotros.

Sin dudarle un instante, Gani estrecha la mano de Dani, cogiéndole el codo con la otra, y la sacude con fuerza.

—Me alegro de conocerte, ya me ha contado Titán tus peripecias. Tu circunstancia es bien extraña, has de sentirte raro, si yo estuviera en tu piel, no sé si me lo tomaría con tanto aplomo.

—Gracias, no tiene nada de extraordinario, cuando te ves así, no hay más remedio que afrontarlo, me desconciertan las costumbres, las encuentro extrañas.

—La policía no se qué interés tendrá en buscar tu procedencia, al estar el problema solucionado, lo dejarán aparcado, seguro que si hubieras matado a alguien, no paraban hasta dar con tu identidad.

—Tampoco creo que tenga que llegar a esos extremos —dice Dani riéndose.

—Ya. Lo que no haga la policía, lo podemos hacer nosotros, a mi me gusta investigar y no creo que sea un asunto peligroso. Estaría bien ayudarte a retornar a tu hogar.

—Ya me gustaría, aunque no recobrar la memoria, me podrían contar cosas de mi vida. Y sobre todo, evitar la angustia que han de sentir por mí.

—Pongamos manos a la obra —interviene Titán—, que a este paso nos jubilamos antes de encontrarlos. Dani, enseñale el dibujo.

—No es un dibujo, es una fotografía.

Dani saca del bolsillo un sobre verde y de dentro de él, con cuidado, saca un papel rígido que en uno de los lados tiene una imagen y se lo muestra a Gani sin soltarlo de las manos.

Gani, instintivamente coge el dibujo para acercárselo a la vista. Dani le deja hacer.

—Me parece que me lo vas a tener que dejar unos días, que investigue, a ver qué datos puedo sacar, podría darse el caso de que por la ropa y el aparato que lleva la chica, pudiéramos enterarnos de que época es.

—Lo que lleva en las manos es un instrumento de música, una guitarra.

—De acuerdo, trátala con cuidado, que no le pase nada, es de las pocas cosas que

me ligan a mi pasado, ten en cuenta que no me acuerdo de nada, no tengo ni padres, ni hermanos... Por eso tengo tanto interés de conservarlo y de averiguar lo que pueda, imagínate que esa muchacha sea mi madre, o mi hermana... podía ser algo fundamental, aunque la policía no ha logrado identificar el rostro.

—Eso sí que es raro, las bases de datos tienen todos nuestros rostros.

—Sí, pero según me dijeron, en algunas zonas perdidas, existen poblaciones sin controlar, sus habitantes no están en las bases de datos.

—No te digo, al final vas a resultar un montaraz y te has escapado de tu tribu —suelta una sonora carcajada.

—Tu riéte, pero no me hace ninguna gracia, es muy triste no saber quién eres y de dónde vienes, ni siquiera dónde vas... ves a alguien en una imagen, sientes que es alguien fundamental, pero no sabes quién es, ni qué relación tiene contigo —se queja amargamente Dani.

—Lo siento, he querido hacer una broma para distender la conversación y he metido la pata, me ha faltado sensibilidad —responde Gani avergonzado.

Luna ha presenciado en silencio toda la escena, su intuición, su sensibilidad, le dice que esa muchacha del dibujo no ha de ser una muchacha cualquiera, la forma de tratarlo, el miedo a perderlo, la forma de mirarla, carece de sentido si su relación no es sentimental.

— Me alegro por Dani, pero me apena separarme si encontramos a su familia.

—No lo veas así, no seas tan pesimista, nuestra amistad no tiene que romperse, están los DIB, él ya tendrá uno, después, están las vacaciones, siempre podremos visitarlo, tendremos un amigo en las montañas, imagínate con lo que le gustará a papá.

—Sí, tienes razón —contesta Luna, pero sin convencimiento, intuye que en un ambiente tan distinto, él se va a ir distanciando, no solo separan los kilómetros.

—¡¡Anímate!! si eres tú la primera que estás interesada en hacer feliz a Dani.

Es cierto, Luna quiere que Dani sea feliz, por eso ella odia la sensación de angustia que le causa la idea de la separación.

—Hay otra cuestión —interrumpe Gani— al mentar que no tiene DIB, me he acordado de que tengo guardado uno antiguo, podía dárselo hasta que tenga otro más moderno, creo que al ser menos sofisticado, aprenderá mejor.

—Muy buena idea —asiente Titán.

—Ya veremos cómo me aclaro con ese aparatejo, no lo veo nada elemental —duda Dani.

—No es nada elemental, sirve para muchísimas cosas, incluso los ciegos pueden ver con él, pero te aseguro que es de lo más sencillo de manejar —interviene Gani—. Ahora me tengo que marchar, he quedado, En cuanto lo tenga, aviso a Titán, te comento algo del dibujo y comenzamos a enseñarte a usar un DIB.

—Por mí no hay problema, estoy bastante desocupado, allí estaré.

—OK, hasta luego.

- Cuando Gani se aleja, Dani se atreve a preguntar:
- ¿Qué nombre es Gani?
- Gani es Ganímedes, como el satélite más grande de Júpiter.
- Os gustan los nombres astronómicos.
- Sí, es muy común, su hermana se llama Venus.
- Y vosotros Titán y Luna y tu madre Estela.

El mundo de Eros

Aquella mañana, Dani, al despertarse, está solo, todos se han ido. Aprovechando la ocasión decide tomar un largo y relajante baño, con tranquilidad, en la intimidad, sin que nadie pueda molestarlo. Llena la bañera, pone sales de baño, se mete, se tumba y recuesta la cabeza sobre el borde, al tiempo que reflexiona sobre su situación:

«He tenido suerte, me están tratando a cuerpo de rey, todos se preocupan por mí, se interesan por mis problemas, con su ayuda va a ser más fácil descubrir quién soy.

»Ya veremos lo que pasa con el chisme ese. Eso de comunicar directamente con mi cerebro, no me hace gracia, no sé si podrán leer lo que piensas. Son tan abiertos, tan indiferentes a la intimidad, es posible que no les importe que lean su mente. Qué vergüenza, con su manía de ir ligeros de ropa, por decirlo de alguna manera, uno no puede evitar ciertos pensamientos, como los puedan leer... Me parece que yo lo voy a llevar sin conectar, me lo pondré solo en ocasiones que controle.

»Me parece que mi estancia aquí va a ser larga, aunque no sea para siempre, tendré que adaptarme a su forma de vivir, no voy a ser un raro toda la vida. Apenas he salido, ¿cómo será el mundo por ahí fuera?, ¿cómo será su ocio?, ¿sus fiestas? O me acostumbro o me tengo que encerrar en el cuarto y renunciar...»

—¡Hola!, ¿estás aquí? —escucha la voz de Luna.

Dani salta como un resorte y con las manos se tapa la entrepierna.

—Pero... ¿cuándo has llegado?... no te he oído

—Hace poco, cómo me vas a oír si estás ensimismado, como siempre, llevo aquí un par de minutos y no te has dado ni cuanta.

—¿Que llevas un par de minutos?... ¿y qué hacías tú ahí? —dice Dani, un tanto mosqueado.

—Admirarte.

—No me digas eso, que sabes que me pongo colorado.

—Pues no sé por qué, no tienes nada que ocultar.

—Luna, ¿no eres un poco descarada?

—Creo que no, además, mientras te escondas no te vas a acostumbrar, deberías de hacer prácticas.

—No comprendo, ¿a qué prácticas te refieres?

—Pues a no ocultar tu cuerpo, te deberías sentir orgulloso de que yo te admirara. A ver, destápate, sal de ahí, que pueda verte bien.

—Pero estás loca.

—No, ¿por qué?

—No sé, pedirme que me exhiba así por las buenas

—¿Por qué no? he visto muchos hombres desnudos, no me voy a asustar, el que tiene miedo eres tú. ¿Quieres que me desnude yo?, ¿así te sentirás más cómodo?

—No, no, ni se te ocurra... lo que me faltaba, entonces sí que no podría salir yo

de aquí.

—Ay pillín, pillín —dice Luna entre risas picaras—. Pues o te levantas o me desnudo —añade mientras se levanta hasta el cuello la camiseta.

—¡Quieta!, ¡quieta!, no sigas que te conozco, ya me levanto —contesta al tiempo que se incorpora intentando ocultarse lo más posible.

—Así no vale, de frente y con los brazos abiertos —insiste Luna quitándose la camiseta de golpe.

—Dani se vuelve, abre los brazos y lanza un profundo suspiro.

—Ves como no es tan difícil, ya estás desnudo delante de mí, que tengas un poco de erección es natural, hasta que te acostumbres te va a pasar, cuando logres en tu cabeza separar sexo de desnudez no te ocurrirá —explica Luna mientras le observa con detenimiento con la camiseta en la mano durante un par de minutos.

—Vale, relájate, que veo que a este paso apruebas con nota el siguiente curso —sonríe Luna. Se echa la camiseta al hombro, sale por la puerta y deja a Dani colorado como un tomate.

Gani ha avisado de que quería hablar con Dani y Titán, pero a este último le ha salido un compromiso de última hora y le es imposible acudir a la cita. A Dani no le hace mucha gracia, pero piensa que ya han pasado muchos días, que debe ir asumiendo su propia responsabilidad, la situación puede prolongarse durante mucho tiempo, incluso puede llegar a ser permanente, es necesario aprender a ser independiente, no puede pasarse la vida en una casa que no es la suya, es preciso perder los miedos y valerse por sí mismo.

La ocasión que se le brinda es ideal, si se toma tiempo, del que posee a raudales, puede acudir a casa de Gani él solo, el sistema para moverse por el pueblo es realmente fácil, no hay quien se pierda, incluso puede disfrutar de dar un paseo y ver las preciosas casas del pueblo, para él es todo nuevo, siente curiosidad, en el fondo es un polluelo recién salido del cascarón.

En su interior se acumulan sensaciones contradictorias: siente temor ante un mundo tan diferente al que debería ser el suyo y al mismo tiempo siente la emoción de la aventura, de lo nuevo; el no saber qué hacer y el ánimo de aprender. Siente vergüenza y timidez ante una sociedad tan abierta, pero siente una fuerte atracción por vivir en ella. Contradice sus intuiciones, sus ideas preconcebidas, pero presiente que la razón se encuentra en los planteamientos mostrados por su nueva realidad.

Se ha levantado optimista, se ha puesto el mono turquesa y se siente muy a gusto con él, se alegra de haber cedido ante Luna, su estado de ánimo hace que no se sienta extraño con un color tan vivo. Además, empieza a ver que aunque se preocupen mucho unos de otros, tienen un respeto absoluto por las decisiones que cada uno toma, que no se meten en la vida de los demás.

Decide tomarse tiempo, aunque sabe que no está lejos, sale con casi una hora de

antelación, no va a seguir los caminos, va a curiosear la forma de vivir de la gente, al fin y al cabo es la mejor forma de aprender lo que debe hacer.

Dani disfruta de su primera salida en solitario: Tomado con calma Floresta G12, pese a tener un nombre tan feo, es un pueblo muy atractivo, las casas, de gran sencillez de líneas, son totalmente diferentes unas de otras, prácticamente planas, de una sola planta, integradas en el paisaje, construidas con un material de color neutro, como si fuera piedra, pero de un brillo mate y con grandes paredes de vidrio que integran sus interiores con el jardín, no parece existir divisoria.

Nadie se extraña de su presencia, le saludan con amabilidad, como si lo conocieran, no se incomodan ante su presencia, todo se desarrolla con absoluta naturalidad. Hace un tiempo excelente y muchos vecinos disfrutaban de la mañana.

Para él es diferente, le resulta increíble que dando un paseo se pueda meter prácticamente en las casas de sus vecinos, eran como peceras.

En una de ellas encuentra a una familia haciendo diversas tareas en medio de su salón, daban ganas de entrar y saludarles, otros permanecen absortos como si no hicieran nada, en ocasiones tumbados en hamacas fuera de casa, tomando el sol, y no era extraño que no llevaran ropa. En una casa se fija que se ve perfectamente el baño donde dos personas están duchándose; en otra, incluso ve una pareja practicando sexo, tal es su sorpresa que se oculta detrás de unos árboles para fijarse mejor, y cuando se da cuenta que su actitud ha llamado la atención de otros vecinos, se siente ridículo y con la cara como un tomate continua su paseo.

Aparte de lo llamativo que le parece el comportamiento de la gente, siente una sensación rara, no sabe por qué, pero nota como algo fuera de lugar, más una ausencia que una presencia.

Gani está concentrado en un cómodo sillón, no hace caso a los rítmicos movimientos de su hermana. El DIB le avisa de que alguien se acerca, lo que provoca que salga de su concentración.

—Dani ya está aquí —dice levantándose.

—¿Quién?, no me suena, ¿Es nuevo? —pregunta Venus, a quien no le gusta perderse detalle, deteniendo su baile.

—Daniel, un nuevo amigo, está viviendo en casa de Titán, tiene una historia muy rara, apareció de repente de la nada... ya te contaré.

—Ummm, qué interesante, alguien con misterio, has logrado intrigarme.

Sin dar más explicaciones, Gani se dirige a la entrada, y descubre a Dani, inseguro, tímido, aún un poco aturdido por todo lo que ve.

—¡Hola! ¿Qué tal te ha ido? ¿No has tenido problemas para encontrar la casa?

—No, no hay pérdida. Titán no podía venir... —contesta, mientras mira hacía dentro, fija los ojos y muestra cara de sorpresa.

Gani se da cuenta de que ha descubierto la presencia de su hermana:

—Ven que te presente a mi hermana, esta es Venus —señalándola con el brazo—, supongo que ya te habrán hablado de ella, es muy amiga de Luna, ya verás cómo es muy abierta y simpática, siempre está alegre y, como puedes ver, es de lo más atractiva.

—Este es Daniel —prosigue señalando a Daniel que está plantado, sin saber cómo reaccionar —un nuevo amigo, vive en casa de Titán y Luna.

—Encantada —contesta Venus, al tiempo que se echa en sus brazos y le da un profundo y apasionado beso.

La actitud de Venus excita a Daniel, aunque es incapaz de reaccionar. Durante el paseo, ya se ha ido sumergiendo en ese ambiente sensual, pero el brazo y el beso han superado lo que esperaba, la actitud de Venus le ha dejado totalmente sorprendido, tan solo acierta a decir tartamudeando:

—Yo... Tam... bién... —y dirigiéndose a Gani— Tienes toda la razón, toda una sorpresa.

Con una sonrisa pilla Venus apunta:

—Espero que buena, ya verás lo bien que nos lo pasamos.

—Vale, vale —interviene su hermano, no lo presiones que lo vas a avergonzar.

—Vamos a mi habitación —prosigue señalando la puerta del fondo Ya tengo mi antiguo DIB, quiero que empieces a utilizarlo, es algo imprescindible, sin él no vas a poder hacer muchas cosas.

Una vez dentro de la habitación, Daniel, aún conmocionado y tartamudeando, dice:

—Pe... ro..., i... ba...

—Sí, iba desnuda, ya he notado que te ha llamado la atención, a ella le gusta, dice que se siente más cómoda. Te hacía ya acostumbrado, en vuestra casa, como en muchas, no es raro que vayan desnudos, incluso por la calle lo vas a ver.

—Ya, ya lo he visto, pero, buffff, cuando me ha abrazado y me ha besado no sabía qué hacer...

—Pues haberle devuelto el abrazo

—Pero... pero... ¿así, porque sí?

—Desde luego Daniel —contesta entre risas— no sé de qué recóndito rincón de las montañas has salido, eres de lo más asensual, tienes que acostumbrarte, la sensualidad, las caricias... son algo para disfrutar, es algo positivo.

—Sí, sí... vale, pero me cuesta, sobre todo en ocasiones así, sin comerlo ni beberlo...

—Tienes razón, mi hermana Venus es algo efusiva, además, prepárate, has captado toda su atención, pero centrémonos, no hemos venido a hablar de placeres, tenemos muchas cosas que hacer —cambia de tema.

—Vale, ¿qué te ha parecido la fotografía que te dejé?, ¿has averiguado algo?

—Así, a primera vista, parece un dibujo, pero tiene bastante detalle, además, al tacto se nota que las dos caras no son iguales.

—Ya te dije que era una fotografía. Pero, ¿qué opinas? ¿y la chica?

—Parece simpática, está un poco tiesa, hierática, parece concentrada... la ropa no la identifico, parece un poco apagada, oscura, aunque así, en grises, es difícil apreciarlo... parece hecha de fibras, posiblemente naturales... pero lo que más me intriga es el aparato que sujeta en las manos, no logro determinar su utilidad, da la impresión de estar utilizándolo.

—Ya te comenté que se trata de una guitarra y es un instrumento musical. ¿Y eso es todo?

—Hombre, para sacar más detalles habrá que investigar más a fondo, te prometo que en cuanto tenga un rato me pongo a ello.

—Si, pero me la tienes que devolver...

—Tranquilo, en cuanto sepa algo te lo digo y te lo llevas de nuevo.

—Dejemos este tema, vamos a lo que venías, veamos lo del DIB.

—Vale, a ver cómo funciona ese trasto.

Gani abre un cajón y saca una pequeña cajita y de ella un pequeño dispositivo:

—Este es mi antiguo DIB, es bastante grande, cuando lo llevas puesto se ve y no queda muy bonito, pero hasta que puedas tener uno moderno te vendrá muy bien, funciona perfectamente, tan solo lo tienes que aprender a manejar, al principio cuesta un poco.

—De acuerdo, vamos a ello.

—Empecemos por lo que es un DIB. Su nombre corresponde a sus siglas en inglés, Direct Intercom Brain, o lo que es lo mismo, Intercomunicador Cerebral Directo, por eso oírás a alguien llamarlo ICD.

—Entonces, comunica los cerebros.

—Así es. Todo comenzó a finales del siglo XX con las investigaciones del Dr. Damasio, estudió el cerebro y averiguó que las sensaciones y los sentimientos se generan en la mente. Se fue creando una tecnología que permitía conectar máquinas al cerebro, inicialmente se hizo para los sordos, si no les funcionaba el oído se les hacía llegar el sonido desde un micrófono, igualmente, a los ciegos, aunque les fallaran los ojos, se les podía transmitir las imágenes directamente al cerebro desde una cámara. Avanzando por ese camino se llegó a poder interconectar el cerebro con los ordenadores, fue un gran avance, facilitaba mucho las cosas, no se necesitaba los teclados y pantallas, aunque se siguen usando por comodidad. Simultáneamente las comunicaciones, a partir de la aparición de las redes, adquirieron un gran potencial.

—Verdaderamente sorprendente —contesta— pero por lo que cuentas, hay que ser ingeniero para entenderlo.

—No, es muy sencillo, hasta los niños lo aprenden a manejar. Será mejor que nos centremos en su uso.

—¿Qué he de hacer?

—Déjame que te coloque el DIB en la oreja —dice mientras le coloca una especie de audífono— lo he mandado adaptar a la tuya, por eso te tomé un escáner el otro día.

—¿Cuándo me tomaste un escáner?, no lo recuerdo.

—Con la vista y el DIB, mirando tu oreja, mande tus medidas a un ordenador.

—¡Qué barbaridad!, me temo que mi imagen andará ya por todos lados... —
menciona, recordando la escena del baño.

—¿Qué?, ¿Qué dices de tu imagen...?

—Nada, es un poco embarazoso de contar...

—Bueno, si no quieres contarle no tienes ninguna obligación. Ya está, te sienta de maravilla, si quieres puedes dejarte el pelo largo para que te lo tape.

—Pues no siento nada.

—Espera... poco a poco. Ahora me pongo enfrente de ti, cierra los ojos y estate atento, vas a escuchar un pequeño pitido, entonces, a tu mente acudirá mi nombre, Gani. A continuación piensa «vale», que es la palabra que te he cargado para contestar. ¿Lo intentamos?

—OK, cierro los ojos y estoy atento.

Pasados unos segundos.

—Ya está, ha costado un poco, he tenido que llamar tres veces.

—¿Qué es lo que está?, solo he oído tres pitidos.

—Tú tranquilo, ahora abre los ojos y mírame.

Daniel abre los ojos y mira a su amigo.

—Ahora fíjate en mí... ¿notas algo?

—¡¿Cómo?! Sí, noto algo, no mueves la boca, eres ventrílocuo.

—¡Ah!, sí —dice cogiendo una pelota del tamaño de un puño y se la mete en la boca.

—¿Has visto algún ventrílocuo hacer esto con la boca llena?

—La verdad es que no... es algo extraordinario.

«¿Cómo demonios hace eso», piensa Dani.

—Qué demonios ni qué niño muerto.

Daniel, sorprendido, abre los ojos de par en par:

—¿También eres capaz de leer el pensamiento?

—Noooo... —explica entre carcajadas— es que tenemos los cerebros intercomunicados, me voy a quitar esta pelota, es muy incómodo tenerla en la boca.

—Entonces todo lo que pienso es como si lo dijera —prosigue sin pronunciar palabra alguna.

—Veo que aprendes rápido.

—Sí no parece muy difícil, pero me parece muy peligroso, no puedes disimular nada.

—Es cuestión de costumbre, si tu voluntad no desea decirlo, no se transmiten los pensamientos.

—Cualquiera puede llamarte, te pueden volver loco.

—No, solo pueden llamarte los que tengas anotados, ya te enseñaré a apuntar y desapuntar a personas, ahora tienes muy pocas, estas tú, los de tu casa y mi familia.

Para llamar a alguien es suficiente que pienses «llamar a...», es como te lo he programado.

—Ok, así estoy más tranquilo.

—Ahora cierra de nuevo los ojos, vamos a ver más utilidades.

—Esto empieza a gustarme.

—¡Anda!, si me estoy viendo como en un espejo, esto sí que es raro.

—No, no es raro, te estoy transmitiendo lo que estoy viendo, directamente a la zona del cerebro encargada formación de imágenes, por eso te ves. Pero no solo eso, fíjate en esto.

—¡Eh!, ¡eh!... pero... ¡qué haces aquí!...

Suena realmente una carcajada y Gani dice:

—Es que soy malo, me gusta jugar, lo que veías era lo que yo he querido imaginar. ¿Quieres que siga?

—No, de momento vamos a dejarlo, son demasiadas emociones.

—Pues hay más, ¿qué te parece esto? —Y suelta otra carcajada— ¿Te gusta?

—¡¡Eh!!... ¿qué haces?

—Meterte mano, naturalmente —contesta mentalmente entre carcajadas.

—Pero... no comprendo, ¿cómo es posible?

—Muy fácil, cuando estamos conectados, puedo acceder a tu zona del tacto, notas mi mano con absoluta naturalidad, su temperatura, su presión, su textura, la piel no es más que un órgano con terminaciones nerviosas, la auténtica sensación se da en el cerebro.

—Y... ¿se puede llamar a más de una persona?

—Por supuesto, si llamas a alguien lo conectarás con nosotros.

—Ah... Sí... entonces... si llamo a tu hermana —dice con una sonrisa maléfica.

—¿Estás seguro? no sabes en la que te metes...

—Tendré que probarlo... ¡Hola!... Estoy aprendiendo a manejar este cacharro.

—Vale, a ver cómo te apañas.

—¡¡Joder!! esto parece real... vale, vale para...

—Buff... Gani... este tío me pone... —dice Venus a través del DIB.

—Espera... —le enseña Gani riéndose— para responder lo has de hacer así... muy bien, has de aprender a manejar la imaginación...

—Me alegro que te vengas a mi paseo vespertino, así voy acompañado —le comenta Titán a Dani—. Con los DIB, si no te fuerzas a salir y andar un poco, las piernas terminarían por atrofiarse.

—Lo comprendo, supongo que por eso todos tenéis gimnasio en casa.

—Efectivamente, en casa la que más lo usa es mi madre, yo prefiero un paseo o una carrera por el monte, en eso me parezco a mi padre, prefiero lo silvestre. ¿Y tú?, ¿lo has usado?

—Algo, aunque sigo sintiéndome algo incómodo.

—No me explico tus problemas, sus cuerpos son agradables, aunque tenga sus años, mi madre se conserva bien.

—No, no van por ahí los tiros, es algo que inexplicablemente me cohibe. ¿No te ha contado Gani la sorpresa del saludo de su hermana?

—Sí —responde entre risas— te faltó poco para ponerte como un tomate, hay que reconocer que Venus es especial.

—Me lo vas a decir. Pero eso no es lo peor, me da apuros que pasen cuando me estoy bañando, además, con el ventanal de la sala de baño, estás en la calle.

—Ya me contó mi hermana lo del otro día —dice Titán entre sonrisas— te puso tieso, eh...

—Sí... en todos los sentidos...

—Es que Luna tiene un genio... —continúa Titán con evidente orgullo— va a ser una mujer de bandera.

—No lo dudo, además, es preciosa.

—No te cortes, has de esforzarte por acostumbrarte, no lo rehúyas, afróntalo, somos gente normal y corriente, lo vemos natural, si al principio no puedes controlarte no vas a escandalizar a nadie.

—No lo sé, me cuesta mucho.

—Piénsalo bien, ¿qué sentido tiene ocultar parte del cuerpo?, al fin y al cabo lo mismo es el pene que un brazo.

—Dirás lo que quieras, pero me siento incómodo, fuera de lugar, extraño, me tapo inconscientemente y sé que causa risa, incluso, como has visto, hay quien me provoca.

—Ella lo hace porque no quiere verte aislado, quiere que te manejes con normalidad en nuestra sociedad, además, tiene en Venus una gran maestra —dice entre sonrisas—. Cambiando de tema, ¿cómo te va el DIB?, ¿te acostumbras?

—Bien, poco a poco, es increíble lo que puede hacerse con él. Aunque aún hay cosas que no controlo.

Al aproximarse a la casa las puertas se abren automáticamente. Aprovechando la interrupción, Titán comenta:

—Podíamos ir a tu cuarto a que me enseñaras esos otros papeles.

—Vale, vamos, verás que raro.

Al pasar por la puerta del cuarto de Luna se escucha la voz de Luna:

—¡Hola Dani!, ¿qué tal el paseo?

Y casi al mismo tiempo y, con más intensidad, la de Venus con su característico descaro:

—¡Hola Dani!, ¿ya se te ha pasado la vergüenza...?

Dani mira dentro y sorprendido responde:

—Hola... y prosigue a su cuarto callado.

Al llegar a la habitación, le pregunta a Titán lleno de extrañeza:

—¿Pero son lesbianas?

—Sí y no, ¿por qué? —contesta Titán entre risas, imaginándose por dónde van los tiros.

—Pues... —totalmente sorprendido— Venus le estaba acariciando a tu hermana el vientre y la besaba.

—¡Y qué! —se ríe Titán—. Eso da placer, sea quien sea el que lo haga.

—Sí, pero... yo creo que...

—Mira, no te engañes, el sexo, además de para tener hijos, sirve para dar placer, no hacemos distinciones, nos gusta dar y que nos den placer, es algo que no cuesta nada, nos une mucho, lo has de probar.

—Nooo, no lo tengo claro...

—Los sentidos nos proporcionan nuestra percepción de la realidad, son nuestra vía de información de todo cuanto nos rodea, son los que nos permiten comunicarnos. Si nos fijamos con detenimiento... a lo largo de la historia han sido una gran fuente de placer, de felicidad.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Ahí tenemos la vista, disfrutamos con ella la belleza, los ojos nos permiten gozar de los paisajes, nos deleitarnos ante una obra de arte... Todos lo vemos como algo positivo.

—Sí, desde luego, me encanta la pintura.

—¡¡Lógico!! Pero qué me dices del oído, sin él que sería para nosotros la música, nada de nada. Titán se calla, deja tiempo a una posible respuesta pero Dani se queda callado.

—Y qué decir del gusto y del olfato —prosigue Titán— ¿no disfrutamos con ellos los manjares?, ¿no inventamos perfumes para hacer agradable nuestra existencia?

—Sí, tienes razón.

—Es más, todo esto, la pintura, la escultura, la música, la cocina... es parte fundamental de la cultura, entender sobre ello se considera de personas formadas, sensibles y refinadas.

—Claro.

—¿Qué pasa con el tacto?, ¿por qué está proscrito? podemos deleitarnos con un cuadro, una canción, un vino... si lo hacemos seremos personas muy cultas, pero si lo hacemos con una caricia, somos viciosos.

—No sé, planteado así...

—Por eso, si hubieras visto a Venus cantar una canción a Luna o regalarle unos bombones no te habrías extrañado, pero has visto que la estaba acariciando, y entonces has visto cosas raras.

—Es difícil contradecirte, parece muy racional, pero por algún motivo ha sido así siempre y en todos sitios.

—Ese argumento no se sustenta por ningún lado.

—Pero... el sexo es diferente... es algo trascendental... al fin y al cabo es la

creación de un nuevo ser, todos provenimos de él, es algo muy serio, tener un hijo es algo muy importante, implica un gran compromiso con lo que traes al mundo, no basta decir, ¡ale!, ya está, ahí dejo un chiquillo, es preciso formar una familia, criarlos y educarlos. No es un tema que pueda tratarse con frivolidad.

—No niego la importancia de tener un hijo, lo tenemos muy presente, no como algunas ideologías moralistas, que irresponsablemente traen un hijo tras otro, «todos los que nos dé Dios», sin pensar si tienen las condiciones para hacerlo. Además, Venus y Luna no están creando un niño, eso es ridículo, sencillamente están aprovechándose de la capacidad de sentir placer al rozarse, ¿a quién hacen daño?

—No me refería a eso, es que el sexo va íntimamente ligado a tener hijos, debe de reservarse para ello.

—Afirmación que no se sostiene, está claro que para tener hijos por medios naturales hace falta el sexo, pero eso no implica que para practicar sexo haga falta tener niños, es una condición necesaria pero no suficiente.

—Entonces, ¿practicáis sexo por puro placer?

—Más o menos, es parte de nuestras relaciones, directamente o a través del DIB, charlamos de temas variados, compartimos historias que alguien ha creado o que nosotros nos inventamos, nos enseñamos lo que hemos visto y, por qué no, nos acariciamos y practicamos sexo.

—No lo entiendo, y los celos... como convivís con ellos.

—Los celos no son consecuencia del sexo o del amor, es cuestión del sentimiento de propiedad.

—¡¡¿Cómo?!! —exclama Daniel.

—Como en algunos animales, el macho, para asegurarse que la descendencia es suya, considera a la hembra como una propiedad.

—Y ¿qué pintan ahora los animales?

—Pues está claro, el hombre es animal de este tipo, el macho interviene en el desarrollo de su descendencia, por eso, a lo largo de la historia, ha hecho de la mujer una propiedad más. Durante mucho tiempo, la relación de pareja ha sido una relación de «propiedad», se ha dicho «mi esposa», «mi marido»... como se dice «mi casa» o «mi coche».

—¿Y eso es malo?

—Para nosotros sí, creemos que la persona es libre, un ser humano nunca ha de ser propiedad de otro.

—Para mí también.

—¿Estás seguro?, la pareja no es tener su sexo en exclusiva, como antiguamente, son dos personas que se conocen, se sienten afines y deciden diseñar y emprender un proyecto de vida en común.

—Sí, no niego lo que dices, pero ¿y la fidelidad?

—La fidelidad no tiene relación con el sexo, fidelidad es lealtad, cumplir con el proyecto común, ser sincero, tener fe en el otro.

—Pero tener sexo con otros ¿no es engañar?

—No, es engañar si se oculta.

—¿No hay celos?

—Se necesita tener las ideas muy claras, no puedes ver al otro como tu propiedad, sea tú pareja, tu amigo o tu hermano, si lo ves como algo tuyo, si piensas que su sexo, sus palabras, sus miradas... te pertenecen en exclusiva, sentirás celos cuando haga sexo con otros, hable con otros o mire a otros.

—¿Te da lo mismo de quién sea el hijo?

—Tener un hijo es algo muy importante, es un punto fundamental del proyecto de vida en común, lo tenemos muy claro, es algo que se comparte y se planea en común, además, con la ciencia moderna no hace falta poner un cinturón de castidad para asegurarse la paternidad.

—Y no hay «accidentes» indeseados —comenta on cierta sorna Dani.

—Prácticamente es imposible, los métodos anticonceptivos son muy fiables, los conocemos bien. Además, cuando te acostumbres, verás que el coito no es frecuente, el sexo, al desligarlo de la procreación, se muestra más amplio, lo de «hacer el amor» es propio de culturas que unen el sexo a procreación.

—No me has convencido, pero sé mejor como funcionáis.

Estela está en el gimnasio haciendo sus ejercicios matutinos, entra Dani y pregunta si le puede consultar un tema. Le cuenta lo que ha pasado con Luna, con Venus:

—Estoy confuso, no sé qué hacer...

—Has de hacer lo que quieras...

—Pero es que los demás...

—No digas los demás —le interrumpe con energía —nadie puede obligarte a nada, no tienen derecho, lo que hizo Luna, forzándote, está mal hecho, ya se lo diré, pero tú no puedes decir «Pero es que los demás», los demás tienen derecho a comportarse según creen, nadie puede obligarte a ir desnudo, pero, has de tener en cuenta que el hecho de que te moleste que otra persona vaya desnuda no es motivo para que no lo haga.

—Si es así, me tengo que quedar encerrado, permanecer aislado.

—Sí, pero será por decisión tuya, solamente tuya, también tienes que admitir la voluntad de los demás.

—No es que no quiera, no sé cómo evitarlo.

—Dani, no sé dónde has vivido, debía ser una sociedad bastante moralista, por eso no encajas. Nuestra sociedad es claramente hedonista, sí, pero no el hedonismo de hace doscientos años, el que unía el placer a la posesión, somos conscientes de que el tener más o menos no da placer, sabemos que lo que más placer nos da es la relación con los demás, el fomento de nuestros sentidos, sin excluir a ninguno, para

colmo, son unas fuentes de placer gratuitas, por tanto, necesitamos trabajar menos horas, tenemos más ocio.

—A mí también me gusta, pero el pudor me puede...

—El pudor es un problema de tu cabeza, solo existe en la mente, es fruto de la educación, es un miedo que se tiene, como el vértigo o la claustrofobia, si estás convencido y te enfrentas, lo vencerás.

—Yo quiero, pero no lo logro...

—¿De verdad tienes interés en superarlo?

—Por supuesto.

—Lo que vamos a hacer es quedar aquí, todas las mañanas, tu irás desnudo como yo, te daré clases de respiración, de concentración y de lucha, así, por una parte te relajas y por la otra sacas toda la tensión. Cuando centres tu mente en otra cosa, veras cómo te sientes cómodo sin ropa, cuando le tomes el gusto, no vas a querer ir de otra forma.

—No lo tengo claro, así los dos desnudos...

—Ya, ¿que te vas a empalmar?... naturalmente, tranquilo, las sesiones son de entrenamiento de cuerpo y mente.

—No sé yo si voy a ser capaz.

—Ya verás como sí, los primeros días te va a costar, después ya verás como aunque entren otros... te sentirás bien.

—Bueno, vale, mañana vengo.

—De eso nada, mejor en caliente, ahora mismo empezamos, quítate la ropa, lo primero que haremos son unos ejercicios de respiración, para controlar la mente, es lo que vas a necesitar.

La muchacha de la imagen

Gani entra en la biblioteca, ante él se extiende la amplia sala de lectura, iluminada por luz cenital, las paredes carecen de otra decoración que las largas columnas, construidas con intención de impresionar, de otorgar aire majestuoso, casi intimidante. A ambos lados se extienden dos filas de largos bancos con terminales de ordenador. No puede evitar asociarla a las viejas catedrales, con sus amplias naves y el juego de luces de sus vidrieras. Se escucha un rumor silencioso, como un murmullo, las personas se deslizan, intentan pasar desapercibidas, hablan bajo, casi inaudiblemente, como si no quisieran molestar las oraciones de los demás. Tienen mucho en común, las primeras permiten conectarse con Dios y estas permiten conectarse con el Saber.

Se sitúa en un puesto apartado, no va a estar solo, no quiere molestar. Mientras espera comienza a jugar con el ratón, aunque no tarda en perder su soledad.

—¡Hola Gani!..

—¡Hola Dani!, tu asunto está cada vez más interesante.

—¿Has logrado averiguar algo?

—He consultado a un amigo químico, me ha explicado lo de la fotografía...

—Ya te lo dije.

—Ya, pero tenía que investigar en qué consistía. Antes de que se desarrollara el DIB y nuestro cerebro pudiera ver directamente, sin intervención de los ojos, los hombres inventaron diversas formas de plasmar las imágenes en una superficie, inicialmente utilizaban pigmentos, que ponían en una superficie, casi siempre tela, de forma que se creara una imagen parecida a la realidad, es la pintura.

—Vale, pero ¿quién es?

—Paciencia, déjame explicarte toda la historia. La fotografía nace en el siglo XIX, un famoso físico logró crear mediante sales de plata una imagen, la capturaba empleando la luz reflejada a través de un pequeño orificio en una caja...

—Eso no lo sabía. Pensaba que era con una cámara.

—No solamente con la caja, el secreto venía de antes, los pintores se encerraban en una sala o cámara a oscuras, hacían un pequeño orificio por el que penetraba la luz. Por razones de física, la imagen de lo que hay fuera, se ve reflejada en el lado opuesto, aunque invertida, lo que les permitía dibujar con mucha precisión. Por eso, al aparato de hacer fotografías, lo llamó cámara. Pero no era suficiente, fue preciso proyectar la imagen sobre una superficie sensible a la luz, que la guardara.

—¿Y eso qué nos aporta?, ¿podemos saber algo de la chica?

—Sí. La fotografía vivió dos fases, en la primera, se empleaban sales de plata, al darles la luz se activaban y al sumergirlas en ciertos químicos se creaba la imagen; es conocida como era argéntica. Posteriormente, al desarrollarse la tecnología digital, la imagen la recogía un sensor y se almacenaba en una memoria, posteriormente, mediante una impresora de tintas, se obtenía la imagen, es la llamada era digital. Al

aparecer el DIB y poder disfrutar de su precisión y tridimensionalidad, fue arrinconándose, el golpe definitivo lo recibió al dotarse al DIB de cualidades como la olfativa y la táctil.

—¿Entonces mi fotografía?...

—Según su análisis, pertenece a la era argéntica, pero por su perfección y algunos materiales, ha de ser de su época tardía, finales del siglo XX, el soporte ya es plástico, por tanto el color ya debía de usarse, el hacerlo en grises sería por motivo artístico. Repasando la historia de la fotografía, la imagen fue hecha entre 1970 y 1990.

—¡Madre mía!, ¿tan antigua?, no comprendo que hacía yo con ella —contesta Dani intrigado.

—Casi seguro que es un recuerdo familiar, debe de ser tu tatarabuela o algo así.

—No tengo ni idea, no creo que se me parezca mucho, pero claro, con tantas generaciones no es raro.

—No, tú eres más feo —dice riéndose—. También me ha comentado que está bien conservada, le ha dado poco la luz, si no habría perdido casi toda la imagen, lo más seguro es que haya pasado muchos años en un cajón de un lugar fresco y seco.

—¿Sabes algo más?

—He investigado sobre lo de la guitarra, efectivamente se trata de un instrumento musical, independiente de la corriente eléctrica, que funciona haciendo vibrar sus cuerdas con los dedos de una mano y cambiando sus longitudes con los dedos de la otra mano. Por su postura parece que la está manejando...

—Le debía de gustar, esa sonrisa y esos ojos muestran que está disfrutando.

—Aún he investigado más...

Hizo una pausa mientras manipulaba el terminal:

—He consultado el Museo de la Moda, mira, esta es la ropa de moda en aquellos años, si te fijas es muy parecida a la que lleva puesta la muchacha de la foto.

—Pues... —comienza Dani— ¡Joder!, es igual a la que llevaba puesta cuando aparecí.

—Hijo, desde luego, lo tuyo es de película: apareces de repente, sin acordarte de nada, sin saber cómo te llamas, con una colección de recuerdos con dos siglos, empiezo a sospechar que todo esto lo sacaste de un armario de época muy antigua, de un pueblo perdido en las montañas —comenta entre risas—. Espero que no te cargaras una abuela para robarle —pone una mueca grotesca de terror.

—Pues aún tengo un par de recuerdos más, que no has visto, un día de estos te los traigo, a ver si les encuentras sentido.

—Desde luego, ya sabes lo que me gustan los misterios.

—Con estos datos, ¿sería posible saber algo más?

—Poco, que le tocó pasar una mala época, vivió en plena explosión de población, lo que causó, a principios del siglo XXI, una gran crisis social y ecológica. Casi nos cargamos toda la vida sobre la tierra. Fue cuando se decidió reducir la población a

una cantidad que fuera sostenible. A ella, si llegó, le pilló bastante mayor ese momento. No se tomaron las soluciones drásticas de los extremistas, encabezados por Taro Aso, que propugnaban que se les matara cuando dejaran de ser útiles, pero al final se optó por trabajar más para poder mantenerlos, eso generó cierto desprecio hacia ellos, la gente los consideraba una especie de parásitos.

—¡Desde luego!, ¡qué crueles!, es triste —contesta con el rostro angustiado—. Es terrible, con esos ojos, con esa sonrisa, con esos labios... —se emociona y no puede evitar que las lágrimas asomen por sus ojos.

—¡Pero Dani...! no te pongas así, que sepamos no es nada tuyo, como ella hubo millones, es terrible, pero reaccionar así, por una desconocida, de la que ni siquiera sabes el nombre, es un poco exagerado.

—¡Ya lo sé!... es algo irracional, al contarme tú la historia me la he imaginado... la he visto tan frágil... tan indefensa... he sentido una necesidad imperiosa de estar a su lado... de ayudarla. Ya ves, soy un sentimental.

—Bueno, es una cualidad, no te preocupes.

—Anda vamos, salgamos, que respire un poco de aire a ver si se me pasa.

Una mañana, aprovechando que Titán tiene otras obligaciones, Lune se ofrece a salir a pasear con Dani. Este acepta con gusto, prefiere ir acompañado que solo y más si es ella la que va a su lado.

Es consciente que poco a poco está desarrollando alguna de las facultades que más atrofiadas tenía antes. Una de ellas es el olfato, nunca antes se había fijado la riqueza de matices que podían sentirse. De lo que más le sorprende es la diversidad de olores de las personas, cada una es diferente, aun más, se puede percibir el estado de ánimo. Afortunadamente se han dejado de usar perfumes que ocultaban e igualaban a todos.

Lo que le hace más consciente de esta capacidad es sin duda el olor de Luna: es capaz de notar su presencia, incluso sin verla ni oírla y le llena de excitante serenidad, le hace sentirse cómodo, seguro... Por eso su compañía es la preferida, en ocasiones siente deseos de acercarse y abrazarla, pero siente temor a ser rechazado y romper la magia del momento. Cuando en soledad recapacita sobre estos instantes se llama tonto: «con una relación como la que tenemos y en un mundo como este cómo puedo pensar que me rechazará un beso o un abrazo».

A su lado, oliéndola, el verde es más verde, el sol luce con más luz, las risas son más alegres, los perfumes de las flores son más intensos y las gentes más amables.

Va recreándose en esas placenteras sensaciones y siente de nuevo que falta algo, que todo parece perfecto, pero hay algún fallo, algo fuera de lugar. No lo comprende, el otro día lo atribuyó a su soledad, pero hoy... ¿qué falta? Observa con detenimiento y de repente se da cuenta:

—¡Claro!, no hay perros.

—¿Qué dices? —le interroga Luna extrañada por este extraño comentario.

—Que no hay perros, que he paseado varios días por el pueblo y no he visto ni un perro ni un gato, ni ningún animal doméstico.

—¿Para qué quieres un perro?

—No sé, para tenerlo, para jugar, para acariciarlo.

—Ya comprendo, pero es que nosotros pensamos que tampoco podemos ser propietarios de un animal, los animales deben estar libres, en su hábitat.

—Pero, ¿no los echáis de menos?, son muy cariñosos.

—No, cuando queremos verlos nos vamos a buscarlos a donde viven.

—Pues yo los echo de menos, corriendo por los jardines, jugando... —se reafirma Dani poniéndose triste por su añoranza.

—Sí, podría ser bonito —le contesta Luna mientras le coge de la mano y apoya la cabeza en su hombro.

La proximidad de su cuerpo hace que su olor adquiera mayor intensidad y rompiendo su timidez alcanza a pasarle la mano por la espalda y a cogerla por la cintura.

Arturo ha elegido un McDonalds para invitar a Venus, la ocasión merece un sitio elegante. Se siente a gusto, el comedor no parece muy lleno, eso siempre da cierta intimidad, tampoco vacío, no tendrán al servicio encima. Mientras espera, a través del DIB, escuchaba su música preferida, lo que le hace estar abstraído, ausente, moviendo rítmicamente la cabeza de un lado a otro.

No tarda en entrar en el local la compañera, su estatura es más bien baja, su rostro agradable, de piel clara, ojos grandes, pelo corto, hasta el cuello, lo suficiente para que tenga movimiento, de color rojo suave, casi natural, sus hombros denotan la práctica de algún deporte, posiblemente la natación, se gusta a sí misma y practica un calculado descuido.

—¡Vaya! ¡Venus!, qué alegría, nos vemos en el mundo virtual, pero hace ya tiempo que no quedábamos en el real.

—Es cierto, es una lástima, esto de intercambiar fluidos me pone —contesta Venus, agitando la cabeza de un lado a otro, imitando pasión. Se abalanza sobre él, lo abraza efusivamente y le da un largo y apasionado beso. El responde al abrazo y acaricia la espalda desnuda. Se aparta un poco y exclama:

—¿Qué ropa me llevas?! Ese mono azul oscuro no te pega, tienes la tez muy morena, no la deja destacar, a ver si te animas con los blancos, te tienen que ir de miedo.

—Vale, vale, las chicas siempre con las ropas...

—Sabes que eso es un tópico, la mayoría de los chicos se preocupan de su aspecto, lo que pasa es que no te gusta y sacas la excusa de lo de las chicas. No comprendo cómo con el cuerpazo que tienes —cerrando los ojos y con un gesto de

relamerse— lo escondes debajo de unas ropas tan anchas, si hasta llevas alzacuellos, si no fuera por el color de tu pelo, que sabes que me encanta —continúa con una sonrisita de satisfacción— cualquiera pensaría que eres un retrógrado, como esos procastidistas, cualquier día te quitas el DIB y te vas a un pueblo sin comunicación, como un eremita.

—Tienes razón, un día de estos quedamos y me acompañas a comprar ropa.

—Siiii, me encanta ir a comprar cosas de hombre —concluye con una sonrisa de satisfacción.

—Hecho, ya hablaremos.

Arturo, a disgusto con ese tema, aprovecha la pausa y le da un giro. Se aleja un paso, la mira de abajo arriba y con cara de marcada satisfacción comenta:

—Tú estás impresionante, los pantalones negros te sientan de miedo, realzan la blancura de la piel, y al ser tan ajustados realzan esas caderas y esas piernas. El top, que apenas te cubre, es de lo más insinuante, seguro que cuando vayas por la calle has de recibir un montón de peticiones.

—Síiii... —responde en tono coqueto, contenta del giro que ha dado y que le da ocasión de lucirse— me los diseño yo misma y los encargo por DIB, me gusta ir así, que los demás puedan disfrutar de mí. Y... ¿quieres que te confiese una cosa?

—¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, que me lo estoy imaginado.

—Pues sí, que en bastantes ocasiones dejo el DIB en abierto... me gusta lo que pasa por vuestra mente al verme.

—¡Vaya!, ¡vaya!, que viciosa... —contesta con cierto tono malicioso que provoca la sonrisa en ella.

—Algo de eso habrá —soltando otra risita—, me gustan las caricias, me hace sentirme viva —cerrando los ojos y poniendo cara de placer—, a veces, al llegar a casa, estoy tan excitada que tengo que desahogarme.

—Siiii, yo no voy a ser menos, a ver, déjame admirarte al natural —dice Arturo, separándola ligeramente con los brazos.

—¡¡Ay!! ¡Pillín!, ¡Cómo te gusta...!, por supuesto que no vas a ser menos, no te quedes con ganas.

—¡¡Joder!! haces honor a tu nombre, pero ese tatuaje que llevas en el muslo es nuevo, ¿no?, te queda muy bien, muy sexy.

Su rostro manifiesta la felicidad que le proporciona el halago.

—Bueno, vale ya, más vale dejarlo para más tarde, ¿no me querías invitar a una hamburguesa de rodaballo?

—Tienes razón, con el estómago lleno... Pidamos la comida.

Los dos se quedan en silencio concentrados en la carta durante unos momentos.

—Creo que voy a pedirla baja en calorías, además, me gustaría probarla con textura de setas, ya sabes, me encanta la sensación de una superficie tan lisa en la boca, con un poco de aguacate y aroma de azafrán.

—Cómo no, siempre has sido muy exótica, poniéndole un toque tropical, se nota

que te gusta experimentar, eso te hace especial... —comenta poniendo un tono pícaro.

—Ah, sí, ¿te gusta? —le interpela Venus con tono provocativo, en respuesta a la insinuación.

—Por supuesto, lo sabes muy bien, creo que lo he demostrado...

Ella contesta aceptando el reto:

—Sí, pero es algo que tienes que seguir demostrando.

—No te preocupes, lo haré. Yo soy más clásico, me gusta su textura, por tanto, no la cambio, prefiero la nata y el toque de pimienta —prosigue, centrándose en la comida.

—Para beber elegiré un blanco gallego, me gusta su acidez, además, que me pongan 12 o 13 grados de alcohol, ya sabes que definiendo que no hay como un poco de alcohol para disfrutar de los aromas, al evaporarse, te llegan mucho mejor a la nariz —sin dejar con el coqueteo y el tono insinuante.

—Pues, por una vez, te voy a hacer caso, me pido lo mismo, espero que no me emborrache, no sé si fiarme de ti...

—Ya está, pedido hecho, no tardará, son rápidos y con motivo de su segundo centenario, que hacen el próximo 15 de mayo, tienen unos precios muy asequibles.

Se hace un pequeño silencio. Para romperlo, Arturo saca otro tema.

—Llega el verano, ¿tienes planes hechos?, como eres tan exótica, seguro que irás a la playa.

—Ya sabes que la playa es tradición familiar, nosotros, desde mi bisabuelo, el verano lo pasamos en la playa, allí tenemos un caserón viejo y nos reunimos con mis tíos. A mí me gusta, me da ocasión de nadar y bucear.

—Ya digo yo que eres de lo más exótica, hasta sabes nadar.

—No es tan raro, junto al mar todos saben nadar, te he dicho muchas veces que vayamos unos días a la playa, te enseño a nadar y ya verás lo bien que nos lo pasamos.

—Yo soy de secano, me he pasado la vida aquí, lejos del mar, no he tenido ocasión de aprender a nadar, en casa no tenemos dinero para la piscina, ya sabes lo escasa que está el agua, usarla para algo tan superfluo es prohibitivo.

En ese momento llegan sus platos e interrumpen la conversación. Cada uno coge un trozo de hamburguesa y se lo llevo a la boca. Venus simula que tiene aún la boca llena:

—Ummm, verdaderamente está exquisito, es un autentico placer, qué aroma, qué sabores más complejos, qué sutiles, merece la pena acudir a un sitio selecto.

—Ya lo decía yo.

Se hizo un nuevo silencio mientras comen.

—Volviendo al tema, —interviene Venus —has de venir, seguro que te gusta nadar.

—No lo tengo tan claro. No pisar tierra ha de ser una sensación rara.

—Nada de eso, es como si no pesaras, sientes tu cuerpo desnudo, acariciado por el agua, es como una mano, sumamente suave, que se desliza lentamente por toda la piel, sientes una temperatura constante, no sudas hagas lo que hagas, te mueves con absoluta libertad, puedes adoptar cualquier postura, es como si no hubiera ni arriba, ni abajo, la luz es tenue, de un turquesa precioso, con los corales y los peces estás rodeada de color.

—Desde luego, tal como lo cuentas parece algo de lo más sensual, pero creo que me daría agobio, tengo entendido que debajo del agua no se puede respirar y si no puedes salir...

Se escucha una sonora carcajada de Venus, totalmente desinhibida.

—Nooooo, eso era antiguamente, tenías que salir cada pocos minutos, según lo que fueras capaz de aguantar, o llevar unas grandes botellas con aire comprimido a la espalda, ahora tenemos las agallas nasales, te permiten respirar bajo el agua, son como una especie de tapones que te pones en la nariz y te proporcionan el oxígeno que necesitas, hasta te dejan la boca libre para lo que quieras hacer —se explaya Venus con su tonillo provocador.

—No sabía nada de ese dispositivo, como no lo necesito no he pedido información.

—A mí, en ocasiones, me gusta prescindir de él, la apnea, la supresión de la respiración, proporciona unas sensaciones muy especiales, casi sensuales. Yo soy capaz de estar más de tres minutos, me gusta asociar esas sensaciones a otras... —explica terminando con una de sus sonrisitas.

—No dejas de sorprenderme, estás llena de ganas de vivir, seguro que unas vacaciones contigo iban a ser muy sugestivas, pero realmente agotadoras. ¿No hay peligro?

—Bueno, se procura tener todo controlado, no te puedes imaginar lo emocionante que es cuando estás rodeada de tiburones, la adrenalina te pone a cien, verte a una docena de peces martillo, mirándote con esos ojos, dirigiéndose hacia ti, cuando alguno te roza... ummmm, nada más de pensarlo me excito —cuenta, con un rápido juego de gestos, de emoción, de terror, apartando un lado el cuerpo, estremeciéndose con cara de placer y, finalmente, sacudiendo la cabeza como si quisiera sacudirse las ideas.

—Yo creo que te estás pasando, le pones mucha fantasía a lo que cuentas, mezclas las experiencias virtuales y la realidad, no puedo creerme lo de los tiburones, los martillo son muy peligroso —dice con cara de escéptico.

—Lo que te cuento es cierto, pregúntale a Luna, ella se atrevió, tú vente conmigo unos días a la playa, verás si es cierto o no, si no fueras tan acojonado... —poniendo una carita de lástima—, ya sé que son peligroso, ¿qué te crees?, pero antes me unto bien de repelente, en cuanto se acercan a un metro, salen para otro lado.

—La playa contigo ha de ser toda una experiencia, tus primos se lo han de pasar de miedo contigo —dice terminando con una mueca.

—No lo dudes... y mis primas... —comenta con un tonillo insinuante y dejando alargar la frase. Lo que voy a hacer es compartir contigo las experiencias a través del DIB, así las vas a sentir tú mismo.

—Será un placer —contesta con un gesto de agrado.

—No lo dudes...

—Y, por cierto, ¿qué es de tu hermano?, hace tiempo que no me intercomunico.

—Hoy ha quedado con el chalado de Daniel, quiere investigar sobre unos objetos que llevaba encima cuando apareció, ya sabes lo que le gusta a mi hermano Gani eso de bucear en las cosas antiguas.

—Jo, ese Dani me da mal rollo, casi no habla, apenas usa el DIB, siempre parece encerrado, pensando, como intentando recordar, parece que el sexo no le va, no sé de nadie que lo haya compartido, como no lo haga con su propio cerebro.

—Pues a mí su misterio me da morbo, si se dejara... Puede que tenga suficiente con la chica de la imagen que llevaba cuando lo encontraron —sonriéndose.

—¿Qué chica?

—Me lo ha contado Gani, por lo visto, tiene una imagen plana, sin colores, de una chica con una sonrisa especial, además, lleva en las manos un instrumento muy raro. En todo caso, según dice, ha de llevar muchos años muerta.

—¿Y Gani se está dedicando a buscar una muerta? —interroga con cara de escepticismo.

—Ya sabes cómo es Gani, no puede ver un enigma sin que le obsesione, disfruta resolviéndolos, este termina de comisario.

—Bueno, pues que haga lo que quiera, eso me parece de lo más aburrido. ¿No me ibas a llevar a enseñarme tus experiencias marítimas?

—¿No te olvidas, eh?, anda vamos, no te voy a dejar con la miel en la boca.

Dani se encuentra tranquilamente tumbado en su cama, como si no hiciera nada, pero su rostro muestra atención: su mente está en funcionamiento, sus emociones cambian, su cuerpo y sus manos se mueven ligeramente y tiene los ojos cerrados. Está tan ensimismado que no se da cuenta de que Luna ha entrado en su habitación y en silencio lo contempla con curiosidad.

—¿Qué haces Dani?, llevo unos minutos aquí plantada y ni te has inmutado.

—Dani da un respingo, sale de su letargo, abre los ojos y se incorpora asustado.

—¡Qué susto me has dado!

—¿Qué estás haciendo?, parece que soñabas despierto, hasta te movías y emitías sonidos.

—Es que le voy cogiendo el truco al DIB, he conseguido consultar música y la estaba escuchando, por eso me movía y tataba.

—¡Pues mira qué casualidad!, venía a proponerte el ir al centro a escuchar música y bailar, así irás conociendo más amigos. ¿Te apetece?

—Pues la verdad... no mucho, prefiero quedarme aquí.

—¿Pero no te gusta la música?

—Tenéis una música muy agradable, idónea para cada momento, si quieres relajarte puedes escuchar música tranquila que te introduce en la naturaleza, si queréis fiestas tenéis ritmo, si queréis bailar no os faltan melodías, pero no sé qué decirte. No las siento, no me emocionan.

—No te comprendo, la música es la música, ¿qué más quieres?

—Se ve que soy raro, a mí me gusta que me transmita algo más, que me cuente historias, que me emocione, que me haga reír o llorar... No sé como explicártelo...

—¿Y la música que escuchas sí que es así? ¿Qué música es?

—Te vas a reír de mí... —responde Dani esbozando una sonrisa y dudando si compartir sus gustos con Luna.

—Parece obsesivo, pero siempre termino en lo mismo, siempre regreso al mismo punto.

—Dímelo, por favor, te prometo que no me reiré —añade Luna, con voz voluntariamente infantil, cogiendo suavemente con sus manos el rostro de él y mirándole con ojos suplicantes.

—Bueno, es que estoy escuchando música de finales del siglo XX... —al oír esto, Luna no puede evitar el reflejar una profunda y cálida sonrisa causada por la obsesión por esa época que muestra él.

—¿Y en qué se diferencia de la nuestra?

—Para empezar, prácticamente todo son canciones, a la música le acompaña una especie de poesías que siguen la melodía.

—A ver déjame escuchar alguna, ¿te aclararas con el DIB para pasármelas?

—Sí, eso ya está chupado.

Durante unos minutos permanecen en silencio. Luna, desde hace tiempo está interesada por el mundo de Dani, por ese misterioso pasado, por su extraño comportamiento, para ella es un ser muy especial, algo único, que por mucho que lo intenta no logra entender. En nada ayuda el carácter reservado que muestra, parece que se mueva en su mundo real, pero parece vivir en otro mundo. Es verdaderamente complejo el acercarse, tiene un sentido exacerbado de la intimidad, parece que sienta miedo de que los demás le hagan daño, no puede evitar el ser desconfiado y esa inseguridad lo hace antisocial, solitario, triste y huraño.

—Nunca me había fijado en las letras, casi todas hablan de lo mismo, de amor, como si eso fuera algo extraordinario.

—Lo que lo hacen extraordinario es la pasión, la forma de vivir ese sentimiento.

—Sí, pero, para colmo, son desgraciados, siempre están discutiendo, sufriendo, llorando, son muy tristes, eso no me gusta.

—Eso es la pasión, son desgraciados porque pierden su amor, a veces se va a veces se lo quitan... todo ese sufrimiento lo expresan en sus canciones...

—Pero, Dani, es como si la persona amada fuera de su propiedad...

—Visto así, sí, el amor es posesivo, los amantes se tienen uno al otro.

—Pues a mí no me gusta, prefiero algo más sencillo, disfrutar cada momento, relacionarse sin pensar que el otro es algo nuestro.

—Está claro que nuestra forma de verlo es diferente.

Luna se queda callada, triste, se da cuenta lo inaccesible que es él: un día lo siente próximo pero al siguiente es consciente de la gran distancia de sus formas de ver el mundo.

Dani está relajado, le han dejado solo en casa, no tiene por qué estar atento a comportarse adecuadamente. La soledad física le proporciona cierto alivio, puede encerrarse en su mundo; se tumba en la cama, intentando aclarar lo sucedido en los últimos días.

Por una parte se siente animado por los avances que ha hecho Gani, sabe bastante más de la chica de la fotografía, pero lo averiguado no la acerca, al contrario, la aleja, por próxima que la sienta, está claro que no puede tener mucha relación con él, es alguien que vivió hace mucho tiempo. El cariño hacia ella, no puede ser real, ha de ser un asidero de su mente:

«Es triste tener los sentimientos atados a algo tan lejano, tan imposible de alcanzar, cómo es posible que mi mente y mi corazón se encuentren atados a hace más de cien años, qué locura es la mía que me hace sentirme habitante de otros tiempos y extraño en los míos. ¿Qué me pasó?, ¿qué puñetas pudo ocurrir?, me siento como un extranjero, peor, como un extraterrestre.

«¿Cómo es posible?, ¿seré un viajero en el tiempo?, ¿un extraño fenómeno me habrá traído a esta época? Me parece que estoy divagando, son cosas imposibles, todo ha de estar dentro de mi mente, pero, ¿cómo puedo superarlo? Dios mío, si pudiera dormirme y al despertarme todas estas obsesiones se me borrarán de la cabeza, si pudiera vivir en la realidad, si pudiera comportarme como todo el mundo, si me pudiera acercar a Luna sin hacerle daño.

«Esto es una pesadilla, pero no logro despertarme de ella, la he de vivir de noche y de día.»

La desesperación se adueña de él, ya no intenta contener las lágrimas:

«Soy un extraño, casi un monstruo, una pieza que no encaja, es de agradecer el esfuerzo de los demás, pero cuánto van a ser capaces de soportar, seguro que terminan aburriéndose, terminarán por darme de lado. Soy incapaz de ser normal, estoy condenado a ser un bicho raro, siempre seré el “muchacho de la montaña”.»

Lo ve todo negro, se aferra como una lapa a los recuerdos que le ligan a un mundo que por más que intenta no puede recordar. Por no tener, no tiene ni pasado, se siente vacío.

«Qué futuro puedo esperar, no tengo raíces, como cualquier árbol en las mismas circunstancias, estoy condenado a la muerte.»

Saca del sobre verde los dos papeles que le quedan, los que no ha querido confiar a los demás.

«¿Qué será este esquema? —se pregunta para sus adentros— parece un plano, pero no tiene ninguna referencia.

«Pero este otro, esta desconcertante carta, tiene una letra preciosa, redonda, firme, con líneas perfectamente trazadas. Sus palabras de amor, esa pasión, esa entrega, ese abandonarse. Esa tinta corrida, ha de ser una lágrima, en ella está toda la historia.

«¿Quién será él? ¿Quién será ella? sin lugar a dudas le amaba, solo así se comprende lo que escribió, ¿Por qué narices tengo yo en mi poder esta carta? ¿Qué sentido tiene que yo sea depositario de una relación tan apasionada de hace doscientos años?

«Me siento terriblemente solo, qué sentido tiene esto, por favor, por qué no me acuerdo de nada, yo no quiero vivir así, yo quiero ser normal, no soporto más esta duda.

«Yo quiero ser como Titán, tener unos padres, tener una hermana, una casa, un pueblo unos amigos. Ya no puedo más.»

—¿De dónde vengo? —empieza a dejar salir sus pensamientos en voz baja.

Cada vez con más desesperación y más alto se pregunta:

—¿Quién me ha robado la vida?, ¡Me hace falta!, ¡La necesito!

El llanto ya no le deja ver, no puede evitar gritar con rabia:

—¡¡¡No es justo!!! ¡¡¡No puedo más!!! ¡¡¡Dios!!!, ¡¡¡Quiero morir!!! ¡¡¡Dame fuerzas para dar el paso!!!

Luna entra, toda espantada, ha llegado un poco antes y los gritos de Dani le han asustado, no sabe qué hacer, sencillamente se deja guiar por su intuición.

—¡¡¿Qué pasa Dani?!! —corre hacia él— ¡¡¿Qué te pasa?!!

Insiste mientras lo abraza. No puede evitarlo, las lágrimas llenan sus ojos, está aterrorizada, no se imaginaba a Dani tan desesperado.

—No digas eso, es terrible —susurra entre llantos—. Si haces eso, me muero —acierta a decir con un último hilo de voz.

Sin poder decir nada más, abraza con todas sus fuerzas a Dani lo mueve como si acunara a un niño. Así permanecen durante un largo rato, en silencio, llorando uno sobre el otro.

Una vez se han desahogado retornan a la realidad, aflojan el abrazo, e intentan sorber las últimas lágrimas. La primera en hablar es Luna.

—Por favor, Dani, ni se te ocurra pensar en eso, no sabes el susto que me has dado, creía que se me hundía el mundo.

—Perdona Luna, no sabía que habías regresado, lo último que deseaba es hacerte pasar por un trago así.

—No me importa, me alegro haber regresado antes, me entran temblores nada más de pensar si se te ocurre hacer una locura.

—No sé, me hubiera faltado valor, ni para eso sirvo.

—No digas eso, me duele, ¿por qué te desprecias?, ¿crees qué no nos importas?

—No me comprendéis, estoy solo, soy un pegote, soy un crío de veinte años, me falta mi vida, ni siquiera sé lo que debo hacer, voy haciendo el ridículo, ahí tienes cuando me presentó tu hermano.

—Pero no seas tonto, aquello no tenía importancia, es más, he de confesarte que me gustó la atracción que te produjo mi cuerpo —sonríe con la intención de animarlo.

—No le veo la gracia, a mí no me gusta ir haciendo el ridículo —contesta un tanto arisco.

—Perdona, solo quería animarte.

—Perdona tú, no debía contestarte así, no te lo mereces, comprende, no saber nada de tu vida es muy duro.

—Sí que debe de serlo, es algo que nunca te planteas, parece lo más natural el ir creciendo y aprendiendo, uno no es consciente de lo útil que es la experiencia para vivir.

—No solo es eso, es algo más hondo, es como si una raíz de esa vida que no recuerdo, me siguiera sujetando a ella, no es una imagen, no es un sonido, es algo raro, un sentimiento, algo que me une con fuerza a ese pasado, sé que es incomprensible, no puedo pedirte que lo entiendas.

—Es la muchacha de la imagen, ¿verdad?

Se queda perplejo por la perspicacia demostrada por Luna.

—Sí, puede que sí...

—¿Sientes algo especial por ella?

—La verdad es que sí, no entiendo, al principio pensaba que era alguien cercano y por eso notaba ese sentimiento, pero ahora, una persona tan remota...

—Yo tampoco sé explicarlo, creo que sencillamente estás enamorado de ella.

—¿Qué te hace pensar tal cosa?

—Tu forma de mirarla, la forma de tratar el dibujo, el apego que has demostrado...

Dani no comprende cómo Luna, una chiquilla, a la que él consideraba frívola, ahora se muestra con esa sensibilidad, esa madurez, esa sensatez... parece increíble.

—¿Qué te ha hecho ponerte tan triste? —pregunta Luna.

—Otros papeles que conservo, te los voy a enseñar, creo que eres digna de conocerlos.

Luna se siente halagada, nota algo especial, sus palabras hacen que el gozo recorra su cuerpo.

—Este no tiene importancia, parece un plano mondo y lirondo, además, no pone ninguna referencia, estos dos trozos de metal no sé para qué sirven, pero mira esta carta.

Luna la lee atentamente, está muy sensible y no puede evitar que las lágrimas recorran sus mejillas de nuevo, se siente reflejada en las palabras de la muchacha.

—¿Por qué lloras?

—Por la carta... —le contesta con sinceridad.

—¿Y...?,

—Es preciosa, me gustaría ser la chica que la escribió, lo que sentía, aunque triste, merece una vida —comenta con entusiasmo y sin dejar de llorar.

Dani se admira de la empatía de Luna, la sensibilidad con la que reacciona a los sentimientos de una desconocida. Sin pensarlo le pasa el brazo por encima de sus hombros. Una lágrima de Luna se derrama sobre la carta y forma un nuevo borrón. Reacciona y separa la carta de ella, al mismo tiempo que se disculpa verdaderamente apenada...

—¡Ay!, perdóname, la he manchado, ¡Qué horror!

Le dan ganas de abrazarla y de besarla, pero se contiene, muestra una amplia sonrisa y le responde:

—No te preocupes Luna, qué mejor compañía podría tener la otra lágrima que una tuya.

La frase le llega muy dentro, para ella es lo más bonito que le han dicho, le entran una ganas terribles de echarse en sus brazos y besarle con toda su alma, se aguanta, sabe que no se siente cómodo con esas efusividades, prefiere mostrar el agradecimiento con su cara. Se da cuenta de que hasta que no descubra su pasado, Dani vivirá atormentado, hay que hacer lo posible para solucionarlo, aunque signifique perderle.

—Dani, tenemos que averiguar quiénes son esos dos enamorados. La carta no la enseñes si no quieres, pero los trozos de metal y el plano nos puede dar alguna pista y averiguar algo de tu vida.

A la búsqueda del tesoro

Luna está nerviosa, hace días que se ha implicado totalmente en que Dani encuentre su pasado. Ha reunido a sus allegados, a las personas en que más confía, pero solo a los jóvenes. Su padre y su madre aún siguen viéndola como una niña, no se siente con capacidad de proponerles una tarea así.

No ha querido salir más allá de su entorno más íntimo, su hermano, su amiga Venus y Gani, que por propia voluntad está muy implicado en el misterio de Dani. Son como una familia, tiene a todos, ninguno ha fallado, ninguno ha hecho el más mínimo amago de echarse fuera.

Se abre la puerta y entra una muchacha, no mucho más mayor que los presentes, pequeña, delgada, con figura de gimnasta, el pelo prácticamente rojo, rizado.

—¡Hola muchachos! —saluda desde la entrada mientras se descalza.

—Permitid que os presente —se adelanta Luna ante su presencia—, esta es Aurora, mi profesora de Historia, alguno de vosotros ya la conocéis, incluso os ha dado clase.

Y continúa presentando a cada uno de los presentes, dejando para el final a Dani.

—Y este es Dani, como ya os he comentado, apareció hace poco tiempo, desconoce su pasado y solo llevaba encima unos pocos recuerdos, por eso nos hemos reunido, queremos averiguar de dónde viene.

Y dirigiéndose a los demás:

—He llamado a Aurora porque ya sabemos que el dibujo, la fotografía, es antigua y ella es profesora de historia, por eso he pensado que puede ser útil.

—Como creo que ya te ha comentado Luna —interviene Gani— averiguamos que uno de sus papeles es una fotografía, estimamos que debe de ser de finales del siglo XX.

—Además —añade Dani—, por lo visto, la ropa que yo llevaba cuando aparecí era de la misma época.

—Veo que ya habéis avanzado, saber más o menos en qué época nos movemos, puede ayudar mucho a identificar lo demás —apunta Aurora—. Me encanta el tema, esto de curiosear el pasado es lo que más me animó a estudiar Historia, con un poco de suerte me sale un tema para la tesis.

—Vamos a ver Dani, saca los objetos de metal y el otro dibujo —conmina Luna en vista de que Dani no se decide.

Dani está un poco abrumado, no se siente a gusto siendo el centro de la reunión, apenas ha empezado a hacer confianza con unos y, de sopetón, se meten en sus asuntos más extraños. Se retira a su cuarto en búsqueda de sus tesoros.

Luna piensa: está muy nervioso, muy incómodo, ojalá no se eche a llorar, si lo hace no me voy a poder aguantar.

Dani regresa y saca primero el objeto metálico. Todos lo miran con detenimiento, pero no aciertan a ver de qué se trata, menos Aurora.

—A mí me parece haber visto esa parte redonda, con alargamiento en algún lado, no estoy segura pero me suena que era un instrumento para abrir las puertas.

Los demás ponen cara de sorpresa o más bien de escepticismo, no comprenden como un trozo de metal puede servir para eso.

—Sí, no pongáis esa cara, en la antigüedad había cosas muy curiosas. Con esa manía de dedicarse a estudiar tecnología, al final no sabéis ni cómo cagaban vuestros abuelos.

La intervención de Aurora causa la carcajada general.

—Ahora no me acuerdo del nombre ni cómo funciona pero me parece recordar que esos picos de un lado del apéndice, son una forma de codificación, para que no sirvieran para cualquier puerta.

Gani, que disfruta con todas esas cosas, no pierde la ocasión de intentar satisfacer su curiosidad.

—Si te enteras cómo funciona, me encantaría saberlo.

—No te preocupes, os lo explicaré. Además, espero averiguar qué hace ese otro trozo de metal pintado con cinco rayas amarillas y cuatro rojas, y ese castillo blanco. Tengo un pálpito de que puede ser una buena pista.

—Y de la cadena que las une —dice Gani— es rara, tiene un eslabón más grande y redondo.

—Pues... pues... pues... no tengo ni idea —la salida de Aurora que causa la risa general— puede que su utilidad sea simplemente unir ambas partes.

—Bueno —se atreve a comentar Dani— pienso que el objeto metálico se lo deberíamos dejar a Aurora, es la que más cerca está de saber algo. ¿Os parece bien?

A todos les parece lo más sensato. Luna piensa: «no me puedo creer que haya hablado tanto, además, desprendiéndose de un tesoro. Cada día me sorprende más.»

—Esto es la otra pista —interviene de nuevo Dani para mayor sorpresa de Luna—, es un papel en el que parece haber un plano, en él está marcada una casa, pero no pone ningún nombre.

Todos se pasan el papel que acaba de sacar de su sobre verde, todos están de acuerdo con la versión de Dani, pero a ninguno se le ocurre una idea. El único que se decide a comentar algo es Titán.

—Si Aurora tiene razón y el objeto metálico sirve para abrir una puerta, la puerta de la casa marcada en el plano debe ser la que abre, si la encontramos, podríamos entrar.

—Ya te estás pasando, ya le estás dando a la imaginación... y ya puestos, ¿por qué no un castillo con fantasma? —dice Venus, que parecía ausente de la reunión, causando otra carcajada general.

—Y qué ibas a hacer con él... —suelta maliciosamente Dani, con una sonrisa.

Tanto le sorprende a Venus, que se queda sin habla, pero por el gesto de Luna, su sorpresa no es menor.

—Bueno —rompe el silencio—. ¿Quién pensáis qué debe llevarse el plano?, ¿a

quién se lo doy?

—Yo creo que no hace falta, ¿no os parece?, el material no aporta nada, es papel normal y corriente, el dibujo, que es lo que importa, podemos copiarlo a la red mediante el DIB y lo podemos consultar todos —propone Titán.

—Todos confirman moviendo la cabeza.

—Yo, si me entero, se lo comunicaré a Dani, pero necesito acceso a su DIB, creo que deberíamos hacer todos lo mismo, ¿no os parece? —comenta Aurora, obteniendo otra confirmación general.

—No tengo ningún inconveniente en daros acceso, con vosotros ya lo tengo, ya me lo arregló Gani, a ver si puedo dártelo —se dirige a Aurora.

Se queda concentrado, mirándola y poniendo una cara como si estuviera estreñido, lo que causa, como era de esperar, una nueva carcajada.

—Ya está —dice entre risas Aurora—, ya puedo avisarte.

—Bueno, creo que será mejor que aviséis a Titán o a Luna, que ellos me lo cuenten, yo no me manejo bien con el DIB, no sabré si me habláis o si estoy escuchando una novela.

Luna, para sus adentros, se dice: «vaya con Dani, ¡qué agudo está!, hasta se permite hacer bromas, con lo nervioso que parecía. Ese se ha tomado algo, seguro que ha aprovechado al ir a su cuarto, de dónde lo habrá sacado, en casa no hay ni alcohol ni ninguna droga».

—Estás hoy muy ocurrente, Dani —le suelta Venus con sonsonete y cierto aire de provocador coqueteo, y, sin dejar lugar a posible respuesta, prosigue— Podíamos ir a la cafetería a tomar algo y celebrar la reunión.

La idea le parece bien a la mayoría y se levantan todos con esa idea.

Dani, desmarcándose dice:

—Prefiero quedarme, allí no conozco a la gente y no me encuentro a gusto.

—Vaya, con lo animado que estás hoy —replica Venus— te has de decidir a salir y conocer gente, verás cómo te lo pasas muy bien, un día de estos te doy un toque al DIB y te llevo de fiesta.

—Gracias por tu interés, seguro que iba a ser una salida muy sugerente. No os preocupéis por mí, id y pasadlo bien.

Todos empiezan a calzarse menos Luna.

—Yo, la verdad, es que si se queda Dani, prefiero quedarme, al fin y al cabo, si me apetecía ir, era por acompañarlo.

—Pero Luna, no te quedes, por mí no hay ningún problema.

—No de verdad, no me apetece.

—Bueno, si lo prefieres así.

—¡Huy!, ¡Huy!, que par de tortolitos, dejémoslos solos —dice Venus al salir con los demás .

Nada más se ha ido el grupo, Luna se acerca a Dani, lo coge cariñosamente de los hombros y le pregunta.

—A ver, Dani, ¿qué has tomado cuando has ido a la habitación?, has estado la mar de tranquilo y ocurrente.

—No me he tomado nada, te lo prometo.

—Pues ya me explicarás el cambiazo, has dirigido la reunión sin ayuda, por no nombrar el par de planchas que has dado a Venus.

—No hay ningún secreto, estos días, en el gimnasio, tu madre me ha enseñado unos ejercicios de respiración para tranquilizarme, cuando he ido a la habitación, me he acordado y los he puesto en práctica, por eso he tardado un poco.

—Me has dejado de piedra y a los demás también, sobre todo a Venus. —contesta con una gran sonrisa y echándole el brazo por los hombros.

Dani se siente a gusto con los ejercicios en el gimnasio, se nota más estable, se desespera menos. Comprende la importancia del ejercicio en una sociedad donde el trabajo exige poco esfuerzo, está claro que, como le explicaron, solo con la existencia de tantos gimnasios se entiende que no haya visto a nadie gordo, aunque a todos les gusta disfrutar comiendo y bebiendo.

Los ratos de gimnasio la hacen sentirse más seguro, más abierto, se ha librado de uno de los problemas que más le hacían sufrir, realmente era fácil.

Mientras estaba absorto en esos pensamientos, entra Luna con intención de practicar un rato.

—Hola Dani, ¿qué haces?

—Hola, ya ves, practicando los ejercicios de concentración de tu madre, me sientan muy bien.

—¿Prefieres estar solo? ¿Vuelvo más tarde? —le pregunta, mientras hace un amago de irse.

—Nooo, quédate, en compañía es menos aburrido.

—Pues nada, voy a practicar la gimnasia.

Luna se pone sobre la colchoneta a realizar diversas volteretas y equilibrios, mientras él hace un poco de pesas.

—Menuda elasticidad tienes, tu cuerpo parece de plástico, ¿llevas mucho tiempo practicando?

—Sí, desde que me acuerdo, a mi madre le gustaba mucho, aunque últimamente lo ha dejado un poco, dice que sus huesos ya son demasiado duros.

—A mí me parece que aún tiene mucha agilidad, cuando me enseña Taekwondo me pega buenas patadas.

—¿También has aprendido Taekwondo?

—Sí, y judo.

—Magnífico, vamos a echarnos una peleíta, ¿vale?

—OK.

La pelea no es igualada, Luna tiene demasiada agilidad, a la que se descuida Dani

le ha marcado un par de patadas, la diferencia de flexibilidad se pone pronto de manifiesto y Dani termina por rendirse.

—Me rindo, no puedo ni verte de rápido que te mueves, yo soy más torpe.

—No te preocupes, llevo tiempo practicando. ¿Quieres que hagamos un combate de judo?

—No, Luna, no creo que pueda.

—¡Qué lástima!

Luna le mira, le coge de los hombros, le mete la pierna y lo derriba en el tatami, riéndose.

—No te quedabas tranquila si no me veías por los suelos. Me siento un varón domado —dice riéndose de sí mismo.

—Vale, no te quejes tanto, levántate, ya te revolcaré otro día —y suelta una carcajada—. Vamos a ducharnos.

Luna está estudiando en su cuarto, cuando, de repente, siente la voz de Aurora, que acaba de entrar en casa. Se levanta y sale a recibirla

—¡Hola Aurora! ¿Has averiguado algo?

Le da un abrazo y un beso.

—¿Qué tal Luna?, ¿están por ahí Dani y Titán?

—No, han salido a pasear. Ya conoces las costumbres de mi hermano. Dani, desde el primer día, se ha apuntado a las caminatas, supongo que le sientan bien y tienen ocasión de hablar, de chicas, me imagino, aunque Dani...

—Pues, entonces, seguro que hablan de ti.

—No sé, no sé, ojalá. Pero ¿qué querías de ellos?

—Da lo mismo, te lo cuento a ti y ya se lo comentas.

—Dime, ya me encargo yo.

—He averiguado varias cosas. Lo primero, esa plaquita con los dientes se llama «llave», con diversas formas se emplearon para abrir y cerrar puertas, el modelo de la que me dio Dani corresponde a finales del siglo XX, a principios del siglo pasado fueron sustituidas por tarjetas, antes de funcionar directamente con el DIB. Parece que todo nos lleva a la misma época.

—Ya lo veo, ya, ¿cómo funcionaban?

—Se introducían por una ranura en un dispositivo llamado cerradura, al girarla hacia un lado o hacía el otro, se desplazaba una barra de hierro entre la puerta y el marco, abriéndola o cerrándola.

—Vale, si la información que tengas se la mandas a Gani, seguro que te lo agradece, parecía muy interesado, ya sabes lo curioso que es.

—De acuerdo. Después me he fijado que el eslabón redondo es algo especial, no está cerrado del todo, se trata de una espiral ligeramente elástica, lo que permite abrirla lo suficiente para meter y sacar la llave.

—Y qué sentido tiene eso.

—Muy sencillo, permite meter varias llaves en el mismo aro, así pueden llevarse y manejarse juntas, facilitando el sacar o meter las llaves.

—Muy interesante... entonces... ¿tenían que llevar una pieza de esas por cada puerta?

—Efectivamente, cada una llevaba los dientes de una forma distinta y solo podían girar en su correspondiente cerradura.

—Pues no sé donde podrían llevar tantas llaves de esas, ¿en una bolsa especial?, ochenta o noventa plaquitas de esas, a poco que pesen...

—No... —interviene Aurora riéndose— solo llevaban la de su casa, de su trabajo, etc. No llevaban las de las casas de los conocidos, de la familia, etc. En aquella época eran celosos de lo suyo, de su intimidad, no querían que les pillaran en el baño o simplemente desnudos, para entrar en otras casas, tenías que llamar a la puerta y que te abrieran. Fíjate que hasta ponían una tela en las ventanas para que no los vieran.

—Pues menudo rollo. Ahora entiendo lo que me contó mi hermano del primer día de Dani, por lo visto se extrañó que se le permitiera abrir la puerta a cualquier conocido.

—Tienes razón... Pero, no comprendo...

—¿Qué no comprendes?

—Que Dani tenga esas reacciones, está claro que no tiene más de 150 años, no aparenta tener más de veintitantos, tirando por alto.

—No, desde luego, pero, ¿por qué va tener tantos años?

—Muy sencillo, no solo posee cosas de entonces, parece que piensa como entonces, es como si viniera de aquella época.

—Pues tienes razón, no había caído en ese detalle. Pero... ¿es posible vivir tantos años y conservarse tan joven?

—Qué yo sepa, no, la medicina ha incrementado nuestra esperanza de vida a más o menos 100 años, pero desde luego no en las condiciones de Dani.

—Cada vez estoy más intrigada, está lleno de misterios y, claro, al no acordarse de nada, no puede contar nada.

Aurora se queda pensando durante unos instantes, hasta que vuelve a la realidad ante las palabras de Luna y la mano que le pasa por los ojos.

—¿Estás ahí?...

—Sí, sí, estoy aquí, es que estaba pensando.

—¿En qué pensabas?

—En esto de los años, no se lo comentas a nadie, que quede entre tú y yo, ni siquiera le digas nada a Dani, aun lo marearías más.

—No sé por qué, de acuerdo, no diré nada, cuéntame...

—Me estaba acordando de unos experimentos que se hicieron entonces. Se llamaba hibernación. A personas que tenían una enfermedad incurable, los congelaban a baja temperatura en unas cápsulas, con la idea de reanimarlos cuando

pudieran curarlos.

—Y crees que Dani puede haber estado congelado todo este tiempo —exclamo Luna extrañada

—No creo, por lo que sé, el método no funcionó, pero con la de cosas extrañas que hay alrededor de Dani, no sé ya que pensar.

—Enfermo no parece que esté, además, le hicieron una revisión médica, no tenía nada de nada, excepto la pérdida de memoria.

—Sí, lo supongo, pero, imagínate que hicieran experimentos secretos con personas sanas, no sería la primera vez. Lo secuestran, lo meten en unas instalaciones secretas, lo introducen en una de esas cápsulas y, pasado un tiempo, automáticamente, se inicia el proceso de reavivarlo. ¡Menuda tesis iba a tener!

—Desde luego. Pero más que de Historia iba a ser de ciencia ficción.

—De todas formas, tú no digas nada a nadie, yo voy a investigar el asunto, a ver si me entero de algo más.

—Tú tranquila, soy una tumba —y suelta una carcajada—, no quiero que me llamen loca. Imagínate lo que iba a decir Venus, con lo que le gustan los hombres mayores.

—Desde luego... —corresponde a la risa—, menos mal que te lo tomas a broma.

—¡Qué remedio! —sonriendo—. Pero me he fijado una cosa, en aquellos tiempos pasaban muchas cosas, había un montón de novedades o experimentos, ¿por qué últimamente no hay tantos?

—Eso es por su forma de organizarse, entonces el mundo estaba dividido en facciones llamadas países enfrentados unos a otros, necesitaban tener mejores armas, por eso los gobiernos fomentaban la investigación en física, química, mecánica, todo lo que tuviera aplicaciones militares. Si entonces se empeñaban en viajes espaciales era para controlar la Tierra desde el espacio.

—Pero no todo lo que inventaban tenía interés militar.

—No, también influía mucho la forma de estar organizada la economía. En aquella época estaba movida por corporaciones llamadas empresas, tenían una especie de carrera por descubrir cosas nuevas, fueran útiles o no, para venderlas a la gente, de esa forma acumulaban más y más dinero. Para conseguirlo necesitaban investigar.

—Pues no comprendo, si funcionaba tan bien por qué se cambió, por qué desaparecieron las empresas.

—El problema fue que la carrera que llevaban era imposible de soportar por el planeta, causó una gran crisis económico ecológica y se decidió que había que disminuir la población y hacerle comprender que la felicidad estaba en otros aspectos distintos a poseer. Las empresas, al no poder vender cada vez más, fueron transformándose en unidades de producción, sin tanto interés por investigar.

—La verdad es que es interesante, cada vez me gusta más la Historia, me estoy pensando en seguir por ese camino.

—Ya sabes que me encantaría, pero nos hemos ido por las ramas. Estábamos con las dichas llaves. Como decía, la otra parte servía para llevar las llaves juntas. Averigüé que se llamaba llavero, pero, por lo visto, era algo muy común y variado, muy influido por lo que hemos dicho de países y empresas, se usaban con las marcas de propaganda, se empleaban imágenes, se compraban como recuerdo y algunos llevaban el escudo de algún sitio, club, asociación...

—¿Y?

—Lo del castillo parecía indicar lo último, el escudo de algún lugar. Decidí empezar por la última idea y realmente fue fácil, las cuatro barras rojas sobre fondo amarillo era el escudo del antiguo reino de Aragón, no se me debía haber pasado, es algo que había estudiado —comenta un poco avergonzada.

—Tampoco pasa nada, lo importante es saber buscar la información. ¿De qué puede servir?

—No es seguro, pero es fácil que emplearan el llavero para identificar la casa, deberíamos centrarnos fundamentalmente en lugares que estén en esa zona.

—¿Es muy grande?

—No es pequeño, pero sí que es bastante más reducido que las zonas donde se habla castellano.

—Algo es algo... —dice resignada —¿del plano has visto algo?

—Lo único, lo que a simple vista se me ha ocurrido, en una de las partes parece un plano detallado de un lugar, una pequeña aldea con 10 12 casas.

—Supongo que te refieres a donde está marcado...

—Sí, la otra parte es medio dibujo, con la intención de identificar un pueblo más importante que la aldea, del que sale el camino. Ese pueblo ha de tener un castillo encima de una montaña, supongo que por eso el llavero lleva también un castillo, una torre en forma de pico que debe de ser un campanario de iglesia y un río que lo abraza con dos puentes.

—¿Y hay muchos pueblos así?

—Sí, sobre todo en aquella época, lo que pienso es que siendo tan corrientes los campanarios, este debe de tener algo de especial, si no, no tendría sentido dibujarlo.

—Y no se te ocurre nada más.

—No he tenido tiempo, ten en cuenta que tengo que prepararos las clases y ver que las entendéis.

—Tienes razón... me he implicado tanto, le dedico tanto tiempo, que no caigo en las obligaciones de los demás...

—Pues... tampoco debes descuidar las tuyas. Te veo demasiado implicada, no quiero decir nada, pero... cuidadito... podías llevarte un golpe tremendo, recuerda que Dani es un desconocido, no sabemos nada de él, en cualquier momento...

—No hace falta que me lo recuerdes —interrumpe con autoridad—, no pienses que no le doy vueltas, sé las complicaciones que tiene Dani, estoy bastante asustada —concluye con contrariedad y un pelín de tristeza.

—No era mi intención entristecerte, me alegro que seas consciente de los problemas, ya sabes que me vas a tener a tu lado. Pero estoy sospechando que lo que sientes ya empieza a ser más fuerte que una simple amistad.

—No lo sé, estoy muy confusa, gracias, si llego a necesitarlo, no dudes que serás una de las primeras a las que acudiré.

Luna en un gesto de cariño, la abraza y mimosamente se apoya sobre su hombro.

—Ay, mi pequeña Luna, solo tienes 16 años y ya andas con estos problemas. Ya sabes que pienso que eres muy madura, pero temo que esto termine por desbordarte. ¿Lo sabe tu madre?, cuéntaselo, si lo compartes con los demás te será más fácil.

—En cuanto pueda, lo hago, te lo prometo,

Luna no pierde la ocasión, en cuanto encuentra a su madre en un momento propicio a las confidencias, sin pensárselo más, la aborda.

—Mama, quiero hablar contigo.

—Dime, Luna.

—Estoy enamorada de Dani.

—Me lo imaginaba, te veía un interés especial por él.

—Tan evidente era.

—Para mí sí, te conozco, yo creo que el mismo día que llegó, cuando te lo presentó tu hermano, ya sentiste unas mariposillas en el estómago, ¿a que sí?

—Pues sí, la forma en que me miró tenía algo especial, me hizo sentirme admirada.

—Y tal como eres, el empeño que pusiste en que cambiara, el forzarlo a que se mostrara desnudo, el amenazarle con desnudarte... no era propio de ti, siempre has sido muy respetuosa con la forma de ser de los demás, pero el pudor de Dani te molestaba, y, en cierto modo, era porque te separaba.

—Sí, pero tenía razón o no, se espabiló o no... Ahora, aunque vaya desnuda, está la mar de tranquilo. Aunque en eso sé que has tenido bastante que ver, ¿a qué sí?

—Sí, pero yo no lo forcé, fue él el que pidió ayuda para superar la vergüenza, tú empleaste la fuerza, seguro que si es otro cualquiera no te hubieras comportado de esa manera, ¿a qué no?

—Pues... No, la verdad es que no. Pero no era por verlo desnudo.

—Ya me lo imagino, era porque lo veías muy diferente, querías que fuera como los demás, que fuera como tú, que se asimilara a nuestra sociedad, que adoptara nuestras costumbres, que pensara como tú...

—Puede que tengas razón, pero lo hacía para que dejara de sufrir, para que no se viera aislado.

—¿Estás segura?, le forzaste a acelerar su adaptación, no te ha salido mal, pero le añadiste una preocupación más, ¿te has parado a pensar en lo que él quería?

—No pensé en eso, ¿al final he sido egoísta?

—Tampoco te tortures, estoy segura que obrabas así por cariño.

—Y, ahora que me he enamorado, ¿qué hago?

—Me temo que se lo tendrás que expresar de alguna forma, ¿él también está enamorado?

—No, pienso que no, está muy concentrado en lo suyo.

—A mí también me parece lo mismo, además, es natural que se preocupe por lo suyo, es algo muy gordo, va a ser difícil que se fije en ti, pero creo que ya lo sabes, ya te lo imaginas, hasta que sepa quién es, va a ser difícil que se plantee una relación de pareja.

—Sí

—¿Por eso el interés en ayudarlo?

—Sí

—¿Sabes que eso puede causar que se vaya?

—Sí, es lo que más me asusta.

—Ya veo que lo tienes claro, me da miedo la frustración que puedas sufrir.

—Sí, eso mismo me ha dicho Aurora, lo sé, pero no se me ocurre otro camino, ¿tendré que arriesgarme?

—Sí, si le quieres debes arriesgarte, pero no le veas como algo tuyo, puede seguir otro camino.

—Ya, pienso luchar por ser yo ese camino.

—No creo que me hagas caso si te digo que no lo intentes, que te resignes ya.

—No, desde luego.

—Pues, ya sabes qué hacer, sabes que tu padre y yo no vamos a poner obstáculos, ya eres mayor para decidir, procura ser prudente, no te hipoteques para toda la vida si no lo tienes claro.

—Por supuesto, vosotros tranquilos.

—No pidas que no suframos si te vemos sufrir. Pero ten claro que no te vamos a fallar si nos necesitas.

—Ya lo sé, gracias —se abraza fuertemente a su madre.

Dani, como siempre, está pensativo, tiene motivos, poco a poco se sabe algo más, las indagaciones van más rápidas de lo que él pensaba. Luna entra corriendo.

—Te veo aburrido, he pensado que, ahora que estás más espabilado, podíamos ir un rato al sensolaberinto.

—¿Qué es eso?

—A ver cómo te lo explico. Te habrás fijado que le damos mucha importancia a los sentidos, nos gusta disfrutar de ellos.

—Sí, sois bastante hedonistas.

—Bueno, sí, tienes razón. Si te fijas, los sentidos que más empleamos son la vista, el oído y el gusto, tenemos museos, conciertos, platos exquisitos... Pero hay dos que suelen emplearse menos, que les hacemos menos caso, el tacto y el olfato

—Algo así comentó tu hermano, pero yo no tengo muy claro que empleéis poco

el tacto, anda que no os gustan las caricias.

—Si tienes razón, aunque tú aun estás un poco remiso a ellas. Pero, bueno, regresemos al tema que me trae. Ten en cuenta que el tacto es mucho más complejo que el sexo, también están las texturas, las temperaturas, la humedad...

—Vale, y de qué va ese laberinto.

—Como bien dices es un laberinto, más exactamente una serie de pequeñas parcelas cuadradas, con puertas y huecos entre ellas, en eso no se diferencia de los demás. Lo que importa es que cada una te proporciona sensaciones diferentes.

—¿Cómo es eso?

—Por una parte está el agua, en algunas te rocían con agua fría, casi helada, en otras caliente, casi quemando, en otras otra temperatura o una por un lado y otra por el otro.

—Pues parece divertido, debes terminar hecho una sopa.

—Sí, pero también hay otra forma de que sientas la temperatura, con chorros de aire que te entran por diversos sitios.

—La verdad es que parece interesante. Cuenta más.

—Las paredes son de diversas texturas: plástico, telas, fibras diversas, madera... todo lo que puedas imaginar. Lo mismo pasa con el suelo, pisas hierba, arena, metal, madera, piedras de diverso tipo, barro...

—¡Madre mía!, barro, cómo terminarás.

—No te preocupes, está colocado estratégicamente para que el agua te limpie. Del techo cuelgan tiras de diverso material que te roza el cuerpo, en ocasiones te encuentras varas semirrígidas desde los lados que has de empujar para pasar...

—Entonces, es cuestión de ir tocando las cosas con las manos.

—No, no solo con las manos, también con las piernas, con el pecho, con la espalda... Ten en cuenta que no llevas ropa, te perderías muchas sensaciones.

—No sé por qué, pero me lo imaginaba, por eso no me habías invitado hasta ahora.

—Sí, antes sabía que me ibas a decir que no.

—Bueno, de perdidos al río. ¿Y el olfato?

—Eso es lo más fácil, cada una de las cabinas vaporiza un olor diferente, te encuentras olores de todo tipo, buenos y malos.

—¿Y tanto fomenta el tacto ese laberinto?

—Más de lo que piensas, ten en cuenta que no hay iluminación, tienes que orientarte por temperaturas y texturas, eso te hace concentrar mucho en los otros sentidos, además, procuramos hablar lo mínimo y muy bajo.

—Pero ¿si vas a ciegas y te cruzas con otro?

—No pasa nada, uno se aparta a un lado y otro al otro, eso aporta también contacto piel a piel.

—Así, sin importarte quién.

—Tampoco tiene importancia, es un contacto mínimo, la etiqueta no deja que se

pase a caricias más profundas.

—Pues vale, vamos. Pero... y si te pierdes, ¿cómo sales?

—Por el tacto, las texturas más lisas, están más cerca de la salida. De todas formas, yo te acompañaré, te coges de la cintura y me sigues o al contrario, como prefieras.

—¿Y si me da por acariciarte?

—Para qué, si quieres acariciarme no necesitamos salir de casa.

Estela está preparando sus clases y corrigiendo los trabajos de los alumnos, es una labor para el DIB, sus alumnos pertenecen a sitios diversos aunque predominan los de Floresta G12.

Los alumnos pueden elegir a sus profesores, disponen de gran variedad de asignaturas para cursar, las pueden hacer cuando quieran, tienen un número mínimo de asignaturas a hacer para pasar el nivel, pero si desean ampliar conocimientos pueden hacer más. Es un sistema elástico, permite a cada uno hacerse un currículo particular, con las asignaturas que más les gusta o que mejor se adaptan a los estudios profesionales que desean hacer posteriormente.

Los estudios también son una gran ocasión de conocer gente de distintos lugares, cada año los alumnos de cada asignatura conviven cinco días con grupos muy diferentes.

Luna y Dani entran riéndose y saludan:

—Hola Estela.

—Hola mamá.

—Hola. Parece que venís muy contentos, ¿dónde habéis estado?

—Dani y yo hemos ido al sensolaberinto.

—¡Hombre!, no sabes lo que me alegro, así Dani no se pasa el día encerrado en casa, aunque estoy pensando que cuando pase el verano tenemos que ver qué hacer con sus estudios.

—Para eso aún faltan casi tres meses, ya tendrá tiempo Dani, ahora le toca pasárselo bien.

—Desde luego. Dani, ¿qué te ha parecido el sensolaberinto?

—En un principio me ha dado corte, no es como en casa, allí hay más gente, la mayoría desconocidos, aunque nos hemos encontrado a Venus.

—Pues... te lo habrás pasado bien...

—No se ha metido mucho, llevaba su plan, iba con un chico.

—Era Arturo, muchas veces va con él, no sé si lo conoces mamá.

—Algo me suena. Pero a ver, contadme.

—He convencido a Dani de que entráramos por el sótano, por las peceras, si entras por otro sitio es difícil luego bajar y creo que le ha gustado.

—No me lo imaginaba tan divertido. Al principio no entendía por qué había que

subir al último piso, pero después lo he visto claro, el tobogán de agua, lleno de curvas es una pasada, nos hemos echado juntos, yo, al final, no sabía si tenía la cabeza para abajo o para arriba, además totalmente a oscuras, el impacto contra el agua, sin que lo esperes, da una sensación muy especial.

—No sé si se ha dado cuenta, hemos entrado de cabeza.

—Si tú lo dices... yo no he visto nada, al sacar la cabeza del agua, no sabía a dónde ir, no quería decir nada, Luna me ha advertido de que hay que guardar el mayor silencio posible. Pero no pude evitar soltar un pequeño sonido de sorpresa, he notado que algo se movía en el agua y me mordisqueaba, me he acordado de que hay muchos peces. Instintivamente he puesto las manos hacía adelante y he encontrado a Luna.

—Recuerdo cuando Luna era pequeña, nos hacía tirar por los toboganes un montón de veces, desde que puede ir sola es una de sus distracciones preferidas, además, como hemos sido de los que hemos ido a la playa, ha aprendido a nadar y bucear, menuda maestra tiene con Venus, hasta se han metido entre tiburones.

—¡¡¿Es eso cierto?!!

—Sí, se empeñó Venus, ella lo ha hecho varias veces, resulta de lo más emocionante, además, Venus siempre le da un tono especial, ya te lo puedes imaginar.

—¿Y no tenías miedo?

—No, llevamos repelente de tiburones, este verano quiero ir con ella y sus primos, es una casa muy divertida, un caserón muy grande, junto al mismísimo mar, entre primos y primas forman una pandilla con mucha marcha, seguro que si le pregunto a Venus, no pone ninguna pega a que vengas.

—No te digo que no, aunque las emociones parecen muy fuertes.

—¿Pero me contáis lo de hoy o hacéis planes?

—Sumergirse para pasar a los otras peceras es toda una experiencia, Luna sabía dónde estaba, pero si entras nuevo cuesta orientarse. Yo me he limitado a aguantar la respiración, ella es la que me ha arrastrado.

—De todas las peceras, la que más me ha impresionado es la de hielo; tener que pasar bajo él aunque fuera pocos metros, ha sido impresionante, la sensación de tu cuerpo desnudo bajo el agua a casi cero grados, es increíble.

—Eso me recuerda siempre la ocasión en que Marcos y yo, antes de que naciera Titán, en el Mar Blanco, pudimos nadar desnudos bajo el hielo junto a las ballenas Beluga.

—Siempre lo has contado, yo quiero ir un día para probarlo.

—Ya sabes, has de convencer a tu padre, yo desde luego estoy dispuesta a acompañarte y repetir la experiencia.

—Es que a lo mejor no lo sabe Dani, mi madre es una gran buceadora, le hace la competencia a Venus.

—¿Y qué tal las bajas temperaturas? —corta Estela.

—No comprendo cómo Luna no temblaba, se echó primero, aguantó mientras yo

me decidía, que me ha costado unos minutos, y salió detrás de mí, yo temblando como un flan y ella tan tranquila.

—Eso es cuestión de habituarse, puedes aguantar más tiempo del que parece — responde Luna.

—Pues yo estaba helado, menos mal que la siguiente pecera tenía agua caliente, aunque de momento parece que quemaba, después se estaba muy bien.

—¿Y de la parte de arriba?

—Lo más interesante es la cantidad de texturas. Es terrible, no se puede uno imaginar lo que somos capaces de sentir con la piel, aunque no es tan divertido como las peceras.

—Vale, vale, que lo has pasado mal en el foso de limo.

—Ay, sí, menuda, no sabía nada, íbamos por un pasillo con chorros de agua de diversas temperaturas que salían en todas direcciones y de repente, plof, meto la pierna en un foso de un barro muy fino, pero no soy capaz de mantenerme de pie y me voy de narices a él, quería levantarme y no había forma; acude Luna a ayudarme y cuando casi me he puesto de pie, resbalo, caigo en una zona aún más honda y arrastro a Luna. He perdido las fuerzas de la risa que me ha dado, para colmo ella tapándome la boca para que no hablara, porque no nos hemos visto, pero llevábamos barro desde los pies a la cabeza, y encima olía a huevos podridos. Menos mal que al salir había otro pasillo con chorros.

—¿Otro pasillo? —dice Estela con ironía—. Luna, tú conoces muy bien el sensolaberinto ¿por casualidad no...?

—Me has pillado mamá, sí, lo he hecho adrede.

—¿El qué has hecho adrede?

—Pues... que el pasillo por el que hemos salido es el mismo por donde hemos entrado, era un camino sin salida.

—Entonces... me has metido allí para que me cayera en el pozo de barro.

—Sí, lo siento, lo he hecho a propósito...

—De sentirlo nada, me lo he pasado muy bien.

—Al pasar por la puerta he pensado, no estaría mal revolcarme en el barro con Dani y te he guiado por ahí.

—Ay pillá...

—Sí, te he montado una encerrona.

—Pues menos mal, no me hubiera gustado perderme ese rato, tenemos que volver.

—Ya veo que no os habéis perdido nada.

—Yo creo que no, esta me ha llevado por todos los rincones, las sensaciones han sido muy variadas.

—Por todos, todos... no, a lo mejor en otra ocasión subimos al piso de arriba.

—¡Luna!, no aprietes tanto —le dice su madre— eso son palabras mayores. Por cierto, Dani, ¿te has sentido cómodo?.

—CÓmodo, cómodo... me he tenido que esforzar, eso de tropezarte con la gente, que los toques y que te toquen, el rozarte... me ha costado, podían ser más anchos los pasillos, pero tiene razón Luna, la gente es muy respetuosa.

—Bueno, si subimos al piso de arriba, son respetuosos, pero me temo que en otro sentido al que le das —añade Luna entre risas.

—Luna, acuérdate lo que te he dicho, no lo agobies, ha cambiado mucho en poco tiempo, acostumbrarse cuesta cierto tiempo, ya tendrá ocasiones este verano.

—No, si yo no me paso mama, es él quien pide más, una vez habíamos salido hemos tenido que entrar de nuevo, aunque no hemos pasado al foso de barro, una pena.

—Veo que le ha gustado mucho, ¿le has explicado los sensolaberintos virtuales? Ahora que tiene DIB debéis enseñarle todas sus posibilidades.

—Pues tienes razón, vamos a un sensolaberinto virtual, voy a enseñarte uno que no es solo de tacto, también hay visuales, a mí los que más me gustan son los acuáticos, puedes sumergirte en un montón de mares y bucear entre los peces, puedes visitar los arrecifes de coral del Mar Rojo, nadar con los peces martillo del Caribe o si no te molesta la sensación de frío te puedes bañar con ballenas en el Mar de Bering.

—Promete ser interesante, ¿cómo es eso de sentir el frío?

—Muy sencillo, el DIB te reproduce cualquier sensación en tu cerebro como si la sintiera tu cuerpo, cuando te sumerges con él en el agua helada virtual sientes el frío como si fuera auténtico, pero tu cuerpo no se congela, puedes aguantar el tiempo que quieras sin riesgo.

—¿Eso se puede hacer con cualquier sensación?

—Sí, puedes encontrar experiencias de lo más variadas, incluso de extremo dolor: qué se nota al recibir un disparo, que te muerda un tiburón, que andes sobre las brasas...

—¿Y se puede ir juntos?

—Claro y te encuentras a otras personas que también están participando.

—Vamos a probarlo.

Las pistas están al alcance de todos, pero la cosa no es fácil, hace falta una mentalidad indagadora y constancia como la de Gani, para sacar algo de tantos detalles dispersos.

Gani ha averiguado el pueblo qué es. Si hay algún sitio donde averiguar algo sobre Dani, es allí, habrá que ir para seguir desentrañando el misterio.

Se lo comunica a Titán, que se lo cuenta a su hermana y al interesado y convocan una nueva reunión.

Gani y Venus llegan acompañados de otro muchacho, una vez dentro Venus se dirige a Dani:

—Hola Dani, este es Arturo, un amigo nuestro, le he contado tu historia y está

interesado, los demás ya lo conocen, espero que no te importe la libertad que me he tomado.

—No, no te preocupes, me parece que lo conocí en el sensolaberinto, pasad y sentaros —dice Dani un tanto contrariado, pero resignado—; mucho gusto Arturo.

Una vez están todos, Dani toma la palabra.

—Ante todo, muchas gracias por la ayuda, no podría haber averiguado prácticamente nada sin ella. Aurora averiguó que se trataba de un pueblo de Aragón, con castillo, un campanario importante y rodeado por un río con dos puentes, a partir de ahí, Gani ha sacado de qué pueblo se trata. Mejor que él lo explique.

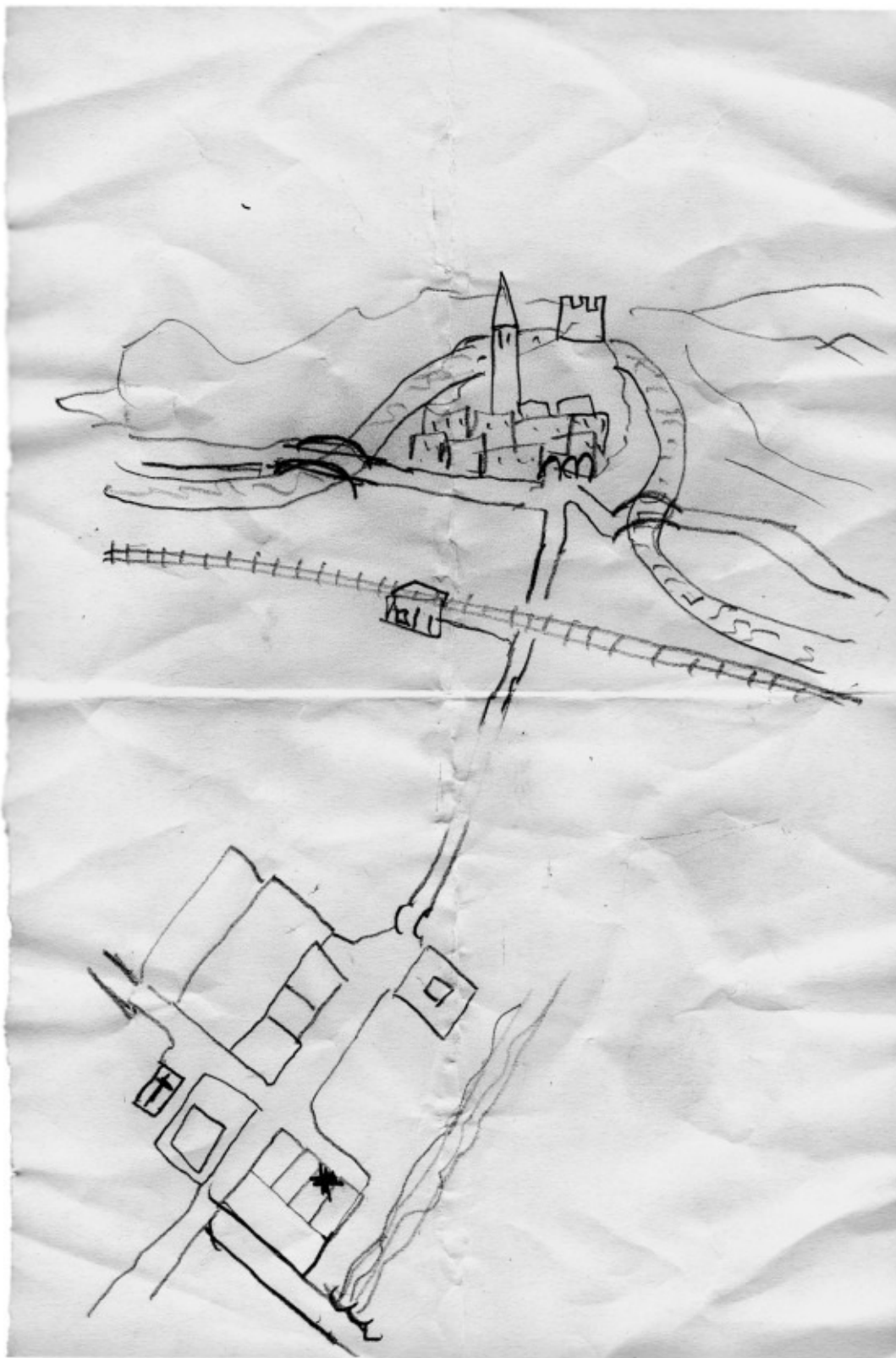
—Lo descubierto por Aurora me ha permitido reducir el espacio donde buscar. Lo primero era averiguar de qué pueblo se trataba, para eso me centré en la parte superior del dibujo.

Hace una pausa, por si alguien quiere intervenir, pero el silencio y la expectación son una clara petición de continuar.

—Además de lo apuntado por Aurora, me fijé en esas dos líneas con muchas rayitas cruzadas.

—A mí me parece una valla —dice Arturo, riéndose.

—Pues no, no es una valla, es la forma como representaban antiguamente a las vías del tren. Tenían dos raíles paralelos, unidos por un montón de vigas perpendiculares que los sujetaban al suelo y los mantenía a la misma distancia.



—¿En qué puede ayudar ese detalle? —pregunta Titán.

—Muy fácil, en aquella época el tren no llegaba a muchos sitios, solo existían unos pocos trayectos, por tanto, muchos pueblos no tenía acceso a él, en nuestro caso era uno de los que sí tenía.

Los demás afirman con la cabeza, dándose por enterados, y esperan que

continuara.

—Entonces, busqué un plano de trenes de la época, uno de los ríos y para terminar el de los castillos, los comparé, salieron poco más de un centenar de pueblos del antiguo Reino de Aragón, con río, tren y castillo. Me dediqué a buscarlos en las imágenes satélite, solo en cinco de ellos el río abrazaba al pueblo, como aparece en el dibujo, y, por el lado contrario, circulaba la vía del tren. Las carreteras sirvieron de poco, han cambiado mucho su trazado.

Se escucha un murmullo de aprobación, al pensar que ya solo es cuestión de cinco posibles pueblos.

—Gracias a la apreciación de Aurora de que el campanario tenía que ser algo especial, descarté a los otros cuatro. Aquí tenéis la imagen —señala, ofreciéndola a través del DIB— la podéis comparar.

El parecido del pueblo al dibujo es muy grande y en el centro destaca una torre de grandes dimensiones. Nadie duda que el pueblo que dice Gani sea el del dibujo.

—¿Cuándo nos vamos allí? —interviene Venus—. Siento una gran curiosidad de conocerlo.

—Déjame terminar, hermanita —continúa Gani, cortando su entusiasmo—. Al buscar información, vi que su escudo son cuatro rayas rojas verticales sobre fondo amarillo y un castillo blanco encima, por tanto, el llavero lleva el escudo del pueblo. Teniendo el pueblo localizado, aunque las carreteras han cambiado, me puse a buscar en las proximidades un grupo de casas parecido al dibujado en la parte inferior del plano, aunque podían haber construido o destruido alguna casa. Se trata de una antigua aldea llamada Tejada. Como en el caso anterior he traído la imagen, os la paso por el DIB... Por tanto, la casa está en Tejada, lo que no sé es en qué estado se encontrará después de más de 150 años.

—Un gran trabajo —alaba Aurora admirada por la capacidad de Gani.

Dani toma de nuevo la palabra.

—Muchas gracias por vuestro interés, estoy emocionado, no sé lo que voy a encontrar en el pueblo, no sé ni siquiera si voy a encontrar algo, pero desde luego es donde más posibilidades tengo de averiguar quién soy. No sé si regresaré, pero siempre me acordaré de vosotros, de lo mucho que habéis hecho por mí, prometo visitaros. Cuando Marcos y Estela puedan, me llevarán allí, a hacer indagaciones y averiguar quién soy. No hay nada claro, hemos preguntado al sargento Terrín y según él allí no se ha denunciado ninguna desaparición desde hace muchos años.

Gani, en su interior, se dice: «no es justo, estoy dale que te pego para averiguarlo y ahora me pierdo el final, me encantaría escuchar de primera mano lo que dicen allí...», así que propone:

—No sé vosotros, pero yo me muero de curiosidad por saber lo que pasa en el pueblo, ver la casa... ¿Por qué no organizamos una excursión en tren y vamos juntos de acampada a Tejada, con sacos, tiendas...? Nos lo podemos pasar muy bien, así acompañamos a Dani, sabemos cómo se queda y el camino para visitarlo. ¿Qué os

parece?

—Yo me apunto —grita Venus— y Arturo también —añade sin ni siquiera preguntarle.

—Yo, si a los demás les parece bien... —se suma Titán.

—Yo encantado —contesta Dani —¿y tú, Luna?

—Vale, no me voy a quedar en casa —dice afirmando con la cabeza con poco entusiasmo.

Aurora también lo tiene claro, no quiere dejar sola a su alumna, pueden ser momentos duros para ella y no va a fallarle.

—Yo también me apunto.

La reunión continúa muy animada. Se hacen los planes, hay que ver los horarios de trenes, si hay alquiler de vehículos, qué hay que hacer en el pueblo, dónde preguntar, qué preguntar... finalmente deciden que lo mejor es pasar la noche en la casa de Tejada, si la pueden abrir y en caso contrario montar las tiendas en algún lugar cercano, es verano y no hace mucho frío...

Luna está ausente, pide disculpas y se retira. Solo Aurora se fija, intenta comunicarse, pero es rechazada, piensa: «querrá estar sola, ya la llamaré».

Aurora, que no está tampoco muy centrada, se despide:

—Me disculpáis, tengo que irme, se me hace tarde, planearlo como queráis, me adapto a lo que decidáis.

Camino al pasado

Dani está entusiasmado, ve cercana la solución a su problema. Esa tarde, por primera vez, se decide a acompañar a los demás a la cafetería, está eufórico, la posibilidad de encontrar sus raíces, averiguar quién es, qué le ha sucedido durante tantos años, parece alcanzable. La seguridad que aporta la sensación de tener un pasado, le acerca a los demás.

Inconscientemente, se deja llevar por el grupo, bebe lo que le ofrecen, le está bueno, conoce a otros, baila...

Venus, al verlo tan animado, lo invita a bailar, no duda en arrimarse y contornearse buscando el roce de cuerpos, siente la excitación, la tensión sexual, responde con torpeza, pero con decisión, admite sin reparo los largos besos, arde en deseo, pero se siente cohibido.

—¿No estás a gusto? —le pregunta Venus.

—Sí, pero es que aquí, en medio de la gente...

—No seas tonto, qué más da.

—A ti no te importará, pero a mí me cuesta.

—Ven conmigo...

Y estira de su mano para que le siga, salen, se dirige al parque, sin dejarle de abrazar y besar.

—Ya verás, no te sientas violento.

—Sé que no tiene importancia, pero me siento incómodo, no sé qué hacer, es un tema que me cuesta.

—No te preocupes, yo sé muy bien lo que hay que hacer.

—Tú te sabrás el papel, pero yo no.

—Como en el baile, déjate llevar, ya te diré yo si quiero que hagas algo.

—Pero...

—No te resistas, ven por aquí, en este rincón, en la obscuridad, estaremos tranquilos, no pasa nadie.

—¿Estás segura?

—Sí, a estas horas todos van por el túnel, siéntate en este banco.

Con decisión se quita el brillante top y deja sus pechos a la vista y se pone a horcajadas sobre sus piernas.

—¿Te gustan?

—Sí, uf, claro, muy bonitas.

—Pues no te cortes, adelante —le invita mientras le toma las manos y se las pone sobre los pechos, en una clara exhortación a acariciarlos.

—No te cortes, lo estás deseando, estrújalos.

Mientras él acaricia, ella se contornea como una serpiente, se gira a un lado y a otro, le besa el cuello, le acaricia el pelo. Le invita a incrementar la intensidad.

—Sigue, no tengas miedo, con fuerza, me gusta con fuerza, muerde...

Con lentitud y habilidad le saca la parte de arriba del mono dejando su parte superior desnuda, mientras, con sus gestos y movimientos, da muestra de placer. Los movimientos de cadera hacen que su pene crezca y crezca. Ella acaricia con intensidad su torso, restriega su cuerpo contra el suyo.

—Te gusta, ¿a que sí?, pues aún falta lo mejor.

Le acerca los labios a sus pezones y los mordisquea, mientras sus manos no dejan de acariciarle. La lengua se desliza sobre su cuerpo causando que Dani se retuerza de gusto.

—¡Ay!, diablillo, cómo te gusta, ahora vas a ver.

Venus se pone de rodillas y va bajando, poco a poco. Sus manos descienden hasta la cintura y con gran habilidad termina de bajar la cremallera.

—¡¿Qué hay aquí?! —exclama con provocativa inocencia, poniendo cara de niña buena.

Pero Dani nota que algo se mueve junto a los matorrales, un perro se asoma y se queda mirándole para salir corriendo inmediatamente. Siente como si una ráfaga de viento fresco le despejara, le sujeta las manos y las separa de su cintura.

—No, no puedo, no quiero, no me apetece.

La levanta y la desplaza a un lado...

—¿Qué mosca te ha picado...?

Se incorpora, se recompone la vestimenta.

—Pero no me irás a dejar aquí así...

—No creo que pase nada, estoy seguro de que te sabes cuidar.

—¡¡Estúpido!! No me refería a eso... me dejas con la miel en los labios.

Las palabras no lo convencen, se arregla el cabello y regresa a donde se encuentran los demás.

Nadie le ha echado de menos durante este rato. Se retira a un rincón tranquilo. No le apetece tomar nada más ni bailar. Pasados unos minutos, Venus regresa y se reincorpora al grupo, pero no hace amago de buscarlo.

Se siente ridículo por partida doble, ridículo por dejarse seducir por Venus y ridículo por su propia reacción. No le apetece estar allí, aún es temprano, la fiesta se va a alargar. Discretamente, sin decir nada, sale del local y se dirige a casa. Durante el camino se da cuenta que Luna no estaba con ellos:

«Cómo es posible, no me he dado cuenta hasta ahora, con todo lo que ha hecho. Ahora recuerdo, se fue casi al final de la reunión y no regresó. No caí, estaba tan ensimismado en lo mío que no me fijé. Madre mía qué pensará. Por otra parte, ¿por qué esa reacción?, ella está contenta, se ha alegrado de que se supiera de dónde procedo, bueno, al menos eso creo. Debería haber venido a celebrarlo, ¿estará enferma?, mira que dejarla sola si se encuentra mal... Ahora que recuerdo, estaba muy callada durante la reunión, algo le pasa, se lo tengo que preguntar.»

Al entrar, la casa está solitaria, se acuerda de que Estela y Marcos se han ido a cenar con unos amigos, solo se ve una luz, la del cuarto de Luna, «debe estar aún despierta, igual no se encuentra bien, voy a ver como está.»

—Luna, ¿puedo entrar?, ¿qué te pasa?

Luna está sobre su cama, con las rodillas sobre su pecho, los brazos rodeando las piernas y la cabeza apoyada sobre ellos.

—Pasa, puedes entrar cuando quieras.

—¿Qué te pasa?

—Nada, estoy pensando.

—¿No estarás enferma, verdad?

—No, tengo una salud de hierro.

—¿Por qué no has venido a celebrarlo?

—No me apetecía, no tenía ganas de fiesta.

—¿No te alegras de encontrar el pueblo?

—Por supuesto que me alegro, es algo muy importante para ti, ya verás como en el pueblo te reconocerán, allí tendrás a tus padres, puede que hasta algún hermano, amigos... No te acuerdas de ellos, pero seguro que ellos sí, te contarán cosas y las irás recuperando... —dice con un tono de entusiasmo forzado.

Nota que la aparente alegría de Luna oculta la tristeza, comprende, por primera vez, que la ruptura de los vínculos establecidos puede ser dolorosa para los demás, piensa: «he estado tan ciego, encerrado en mis obsesiones, solo he tenido en cuenta mi problema, llego, me meto en sus vidas y no me preocupo de que puedo haberlas alterado».

—¡Cállate ya, por favor, eso no es así!

—Perdón...

Luna se queda callada, con la vista perdida.

—Por favor Luna, no me mientas, se te nota.

Se hace un terrible silencio, la mirada de Luna se centra en el rostro de Dani, los labios apretados, tensos, un minuto, otro y otro, parece por instantes que ha dejado de respirar, no parpadea, permanece en la quietud más absoluta.

Dani aguanta la mirada, un nudo le sube por la garganta, se queda también mudo, le invade un temor difuso, le asusta la quietud de Luna, parece como si se hubiera ido. Ya no lo soporta más, coge con sus manos sus hombros, los sacude con energía, mientras le dice en voz alta.

—Por favor, por lo que más quieras, dime la verdad, qué te pasa.

Las lágrimas se desbordan, durante unos segundos esa es la única reacción de Luna, hasta que con un hilo de voz confiesa:

—Te amo, no sé qué será de mí el día que te vayas.

A Dani se le cae el mundo: «no es justo que mi felicidad tenga que ser su

desgracia. Necesito saber, necesito encontrar todos esos años. Cómo es posible que no me haya dado cuenta, cómo he podido ser tan insensible, si se da, el momento de la despedida va a ser cruel para ella».

Dani no puede más, deja que las lágrimas se apoderen de él, deja de pensar, solo puede sentir. Abraza con fuerza el cuerpo tembloroso de Luna, le acerca sus labios al rostro y se esfuerza por recoger cada lágrima de sus mejillas, siente cómo el pequeño cuerpo cede, pierde su rigidez.

Los rostros se rozan, se acarician, las lágrimas de uno y de otro se unen, su temperatura crece, los ojos se cierran.

Los labios se tocan tenuemente durante una fracción de segundo, buscan de nuevo las mejillas, los ojos. Las manos de Dani sujetan la cabeza de Luna, los brazos de ella rodean su torso.

De nuevo se cruzan los labios, durante un segundo, durante dos, de nuevo buscan la mejilla, el llanto cesa, la temperatura se dispara, los rostros se niegan a separarse, buscan reunirse.

Las bocas entran en contacto una vez más, esta vez conscientes de su búsqueda, los labios de él se deslizan con suavidad, dando pequeños bocaditos, quieren cogerlo, quieren fusionarse, pero buscan prolongar la magia de ese primer encuentro.

Se mueven, tiemblan, saltan de aquí para allá, su frecuencia se acelera hasta alcanzar el continuo. Llegado este punto, los labios de uno y de otro se quedan quietos, como esperando un segundo asalto.

La presión se incrementa, se buscan mutuamente, lentamente se abren, dejan que la humedad de las bocas salga, que se mezclen en un rito mil veces repetido, un signo previo, una premonición.

Las lenguas, se acarician con las puntas, quieren enfriar a los labios, se funden en una danza interminable.

Las piernas de Luna se estiran, los cuerpos se buscan, se dejan caer en la cama, se estrechan, las manos recorren las espaldas, los labios continúan su singular batalla.

Los dedos buscan la piel, se introducen por debajo de la tela, se deslizan suavemente, apenas la rozan, el vello se eriza, el cuerpo se arquea hacia adelante en busca de más. La mano se desplaza por el costado, alcanza su pecho, se entretiene en el pezón. Ella deja caer su cabeza, la boca se entreabre en un gesto de placer.

Ella, con lentitud, recreándose, le abre la cremallera, antes de terminar, introduce su mano y acaricia el torso, rodea los pezones, le da pequeños pellizcos, ofrece los mimos mil veces guardados. Los labios, alternan el beso y la caricia, sienten hambre, quieren comerse uno al otro, alimentarse mutuamente.

Los ojos se abren, se interrogan en silencio, se transmiten deseo mutuo, los cuerpos se separan, se desprenden de sus ropas. Permanecen a distancia, se dejan ver, no son tal como se han visto hasta hoy, los cuerpos no siempre se ven igual, hay ocasiones que adquieren una dimensión especial.

Se acercan, se encuentran, se desean, se fusionan, se aprietan hasta casi no poder

respirar, jugar, saltar uno sobre otro, aprender la topología de sus cuerpos, su forma, sus detalles, sus texturas, su olor, su sabor... los cinco sentidos dedicados a enseñarse, a mostrarse, a entenderse.

La mano de él recorre su vientre, juguetea con el ombligo, sube de nuevo a los senos, baja por su costado, regresa al ombligo, se desliza y roza el vello púbico, Luna se estira en un espasmo de placer, suelta un profundo suspiro, se muerde el labio inferior en un gesto de gozo, encoge el vientre en silenciosa invitación.

La mano se demora, recorre sus piernas, las moldea, se deleita en la firmeza de sus nalgas, de sus muslos

Luna cierra los ojos, se concentra en el juego, quiere memorizar cada uno de los instantes, quiere recordar cada movimiento, cada sensación, cada escalofrío, sabe que pueden ser irrepetibles. Avanza su cuerpo, separa sus piernas. La mano de Dani se abre camino, milímetro a milímetro, con lentitud, con suavidad, sin prisa, desliza sus dedos, se humedecen, rozan, acarician, no puede más, ella coge sus manos y aprieta, lanza hacia adelante su pelvis. Se abandona, deja que su cuerpo repose sobre él. Una intensa corriente incendia su cuerpo, el fuego recorre su vientre, su espalda, sus pechos, inunda su cabeza, la respiración se detiene, los espasmos la hacen saltar, su piel arde, siente cada poro, un sordo sonido surge de su garganta, el tiempo se detiene, un segundo parece siglos.

Poco a poco recupera el sentido, no es su primer orgasmo, pero este es diferente a todos, es consciente de que lo recordará siempre.

De nuevo se cruzan las miradas, el rostro de ella tiene un semblante diferente, ya no es Luna, sus ojos expresan serenidad, la sonrisa tiene algo especial, la intensidad del momento la ha transformado.

—Luna... no sé... me parece que...

Ella poniéndole el dedo en la boca le susurra:

—Silencio, no digas nada, no prometas lo que no puedes cumplir. Ahora, calla, abrázame y dame lo que ahora puedes, ese será mi tesoro.

Marcos y Estela regresan, ya saben que se ha localizado el pueblo de Dani, pero desconocen los detalles de la reunión de esa misma tarde. Al ver la luz en el cuarto de Luna, Estela comenta:

—Fíjate, la Luz de Luna está encendida, ¿cómo puede estar despierta a esta hora? ¿Se habrá dormido sin apagarla?

Al asomarse al cuarto, se sonrío:

—Ven, Marcos, ven.

Marcos se acerca y ve que en la cama están Luna y Dani. Con cara entre alegría y preocupación, Estela añade:

—Mira qué cara de felicidad, ya me imaginaba yo que tarde o temprano tenía que suceder. Ya veremos si se tienen que separar. Vamos Marcos a ver si me dejas la

misma cara —y apaga la luz.

Titán no pierde tiempo, acaba de levantarse, se dirige al gimnasio en busca de Estela, cuanto antes le cuente los planes, antes conseguirá el visto bueno y podrán ponerse a organizar la excursión.

—Mamá, ayer estuvimos reunidos y pensamos que en lugar de que vosotros tengáis que llevar a Dani, podíamos nosotros organizar un viaje en grupo para acompañarlo, aprovechando la fiesta del Solsticio de Verano, el día 24 de junio, este año cae en viernes..

—No sé qué decirte, no me gusta mucho la idea, lo primero que habrá que tratarlo es con él.

—Él ya lo sabe y le parece bien.

—Me da la impresión que vosotros lo veis muy fácil, pero no sabemos lo que se puede encontrar uno allí, no es seguro que lo conozcan, se ha supuesto que pueda ser del pueblo porque tiene unos objetos que lo apuntan, pero eso no es seguro.

—Qué problema tiene eso, si no tiene nada que ver, no lo vamos a dejar allí, lo traeríamos de nuevo con nosotros, somos bastante mayores como para poder hacer lo mismo que vosotros.

—No lo dudo, pero es un viaje lleno de incógnitas, fuimos nosotros los que le acogimos y podemos ser imprescindibles para algunos asuntos.

—Mamá... por favor... ya sabes que desde hace muchos años no hay nada que no pueda solucionarse por DIB.

—Me da la impresión de que lo veis todo muy festivo, como si fuera una simple excursión al campo y no es así, es un viaje muy importante para Dani, no sabemos lo que puede encontrarse allí, el shock y la pérdida de memoria no es a causa de un golpe, ya lo vieron los médicos, lo más probable es que sea psicológico, puede encontrárselo de nuevo.

—Ya me lo imagino, pero entre todos podemos consolarlo tan bien como vosotros. Puede que nuestro planteamiento sea festivo, pero eso no implica que no sea serio.

—Titán, creo que no ves ciertos riesgos: puede que llegue el momento de que se produzcan separaciones, no sabemos en qué condiciones, puede que sean dolorosas.

—Las separaciones se van a dar, sea aquí o allí, igual de traumáticas pueden ser unas que otras, a mí, personalmente, me gustaría más separarme de él sabiendo cómo se queda.

—Tú sí, pero ¿y tu hermana?

—¿Qué pasa con ella?, ha sido la que más interés ha mostrado en que se averiguara todo. Es la primera que se ha apuntado al viaje. Además, es la mejor amiga de Dani, con quien más confianza tiene, es la que más ayuda puede darle.

—No lo niego, pero ¿y ella?, ¿no te has dado cuenta?, se ve que te fijas poco,

Titán.

—Pues... la verdad... no sé de qué me hablas.

—¿Te has preguntado lo que siente ella por él?

—¡Hola! —se escucho en la entrada.

—¡Hola!, pasa aquí, Aurora, al gimnasio.

Aurora no se ha quedado tranquila con la reacción de Luna la tarde anterior, quiere hablar con ella, servir para que se desahogue, aportarle un punto de vista desapasionado. Ante la invitación, se dirige hacia allí y acierta a escuchar los últimos retazos de la conversación.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Titán.

—Desde luego... tu hermana está coladísima por Dani, ¿por qué piensas que quiere estar siempre con él?, ¿de dónde crees que viene el tener más interés por sus asuntos que por los propios?, ¿sabes que han pasado juntos la noche?...

—Pero... muy amigos sí que sé que son... lo demás no me extraña, o mejor dicho solo en el caso de Dani, pero no creo que pase de ahí...

—Me temo que sí —interviene Aurora— perdona la intromisión, bastaba ver su reacción de ayer, cómo se fue a mitad de reunión.

—¿Cómo se fue ayer de la reunión? —pregunta Titán

—Estabais tan entusiasmados haciendo proyectos que ni os disteis cuenta de que ya no aguantaba más, necesitaba desahogarse y no quiso fastidiar la reunión. Os fuisteis de fiesta y no notasteis su ausencia.

—La verdad es que no, ahora empiezo a comprender muchas cosas, ayer noté algo, hubo reacciones que no esperaba, pero no le di más importancia.

—Yo venía para hablar con Luna —cambia de tema Aurora—, ayer me quedé muy preocupada, pero creo que las cosas se han precipitado, se ve que Dani regresó a casa y estuvo con ella. ¿Supongo que aún no estará despierta?

—No, aún no están despiertos —dice Estela—, ahora que ya te has enterado —prosigue dirigiéndose a Titán—, comprenderás el interés por no dejar sola a Luna en un momento como puede ser la separación.

—No contaba con eso, quizás sea mejor desmontar el viaje y hacer las cosas como dices.

—Disculpad un momento —interviene Aurora—, hace unos días que me di cuenta y hablé con ella, me parece increíble, está demostrando una fuerza y una tenacidad que a muy pocas he visto. Tienes toda una mujer en casa, aunque sea en el cuerpo de una niña.

—La verdad es que sí, el otro día, en el viaje, lo comentábamos Marcos y yo.

—Para ella va a ser muy dura la despedida aquí —prosigue Aurora—, puede que incluso más dura que allí, ha puesto mucho tesón en desentrañar el misterio de Dani, ella quiere terminar la labor, sabe perfectamente las consecuencias, asume a lo que se enfrenta, creo que merece que se confíe en ella, que lo haga como adulta que ya es.

—No lo había pensado de esa forma, quizás tengas razón, pero va a necesitar un

apoyo cuando las fuerzas le fallen. De su hermano ya ves lo que se puede esperar, ni se ha dado cuenta, y a su amiga Venus no la veo como un pilar firme en un momento así.

—No, desde luego. De todas formas pienso acompañarlos para estar junto a ella en un momento así.

Se hizo el silencio. Estela muestra claramente su preocupación, sus dudas y piensa: «Como madre necesito estar junto a ella, pero mi presencia le asignará el papel de hija, de niña, y desentonaría en el grupo. Los argumentos que aduce Aurora son bastante razonables. ¿Debo dejar que Luna se enfrente como adulta?, ¿tenderé demasiado a protegerla? Es posible que querer estar con ella en ese momento sea por mí, por seguir ejerciendo de madre, quizás ha llegado la hora en que su confianza se traslade de sus padres a otras personas. La que necesita su entereza para enfrentarme a ese momento soy yo».

—Tu presencia —dice dirigiéndose a Aurora— me tranquiliza, eres una persona ya asentada, que conoces, por propia experiencia, la situación por la que pasa Luna, además, ella te tiene una gran confianza.

—Sabes que voy a estar con ella en todo momento, que si me necesita me va a encontrar.

—Yo no puedo tomar la decisión, creo que Marcos, como padre, ha de tener voz en este asunto, por mí, aunque me duela y sé que lo voy a pasar muy mal, me parece bien el viaje, yo me encargaré de comentarlo a su padre, si a él le parece bien, adelante.

De nuevo el silencio se adueña del gimnasio, parece que ninguno tenga nada que decir. Lo rompe Estela dirigiéndose a su hijo.

—No dices nada, Titán, ¿no estabas tan entusiasmado con lo del viaje?

—Ya no sé lo que pensar, no tenía ni idea de lo de Luna, me ha caído como un jarro de agua fría, me siento un estúpido, cómo es posible que siendo yo el que más tiempo he pasado con ellos, ni se me haya ocurrido. El viaje ha tomado una dimensión muy diferente, lo veo mucho más dramático.

—No te tortures, Titán —le consuela su madre—, es muy difícil que te fijaras, cuando has sentido algo semejante es más fácil reconocerlo en los demás.

Luna despierta, nota el calor del sol que penetra por el gran ventanal y compite con el que despide el cuerpo de Dani. Se da cuenta de que debe de ser bastante tarde, su habitación da al sur, solo al mediodía alcanza la luz de pleno en su cama.

Se desliza con suavidad para zafarse del abrazo, se incorpora y se sienta sobre sus talones, se dedica a mirar el cuerpo del compañero. Los recuerdos de la noche anterior le fluyen por la memoria, rememora cada caricia, cada beso, piensa que son el mejor regalo que le podía dejar, un recuerdo inaccesible para todos, una vivencia íntima, intuye que la noche que acaba de pasar es un punto de inflexión, la ha

marcado, nada será igual a partir de ahora.

Dani despierta y la encuentra frente a él, mirándolo, con los pelos revueltos, desnuda, con una sonrisa triste, unos ojos brillantes que derraman ternura. A su cabeza retornan sus experiencias del día anterior, la reunión, la cafetería, su encuentro con Venus, su regreso a casa, el llanto de Luna y la pasión desbordada. Le llena un sentimiento agri dulce, entre culpa y orgullo.

Se incorpora, se queda apoyado sobre sus codos, empieza a recorrer con la vista el cuerpo de ella, está en todo su esplendor, su inmovilidad la hace similar a una estatua de Roden. Instintivamente su brazo se alarga para acariciarlo. Pero ella detiene su gesto:

—No, quieto, no quiero que borres las caricias de ayer, aún las siento en la piel.

—Pero, Luna, yo...

—Silencio, no digas nada, sea lo que sea no quiero saberlo, prefiero soñar.

El silencio se apodera de los dos, sencillamente se cruzan miradas uno frente a otro, pasan los minutos y no cesa el diálogo sin palabras.

De repente, él se da cuenta de la hora que debe de ser y exclama mientras se levanta de la cama.

—¡¡Madre mía!! tus padres se van a dar cuenta. ¡Qué vergüenza!, cómo los voy a mirar a la cara.

Ella sin perder su postura y con absoluta tranquilidad le contesta:

—Dani, ya lo saben, anoche, cuando regresaron, entraron en la habitación y nos vieron, yo me hice la dormida porque no tenía ganas de dar explicaciones, ellos apagaron la luz. Ven aquí, ponte donde estabas, quiero seguir mirándote.

Él regresa a su sitio, recuperando la tranquilidad, mientras pregunta:

—¿Ahora qué dirán?, ¿qué pensarán de nosotros?

—Nada, sencillamente, que te quiero.

Los días pasan, para Luna ninguna otra experiencia ha sido como la del primer día, tiene claros sus sentimientos, sabe que, hoy por hoy, no tienen futuro, aunque la esperanza es lo último que se pierde. El sentimiento de Dani es más confuso, tiene el corazón dividido, su situación le impide poder plantearse el mañana. Luna ha pasado a ser algo más que una buena amiga, le duele la inseguridad, la imposibilidad de decirle «te quiero», pero no hay ninguna persona a la que aprecie tanto. El momento decisivo ha llegado, es hora de emprender el viaje.

—Dani, dame un beso, ya nos contarás como te va por allí, en cuanto te establezcas iremos a hacerte una visita, no está muy lejos, además, a Marcos le encanta la montaña. —se despide Estela mientras le da un abrazo y un par de besos. Él corresponde al abrazo, sin el corte del primer día, y sube al tren. No ha pasado demasiado tiempo, unos pocos meses, pero para él aquella ya es su familia, nota que en su seno ha cambiado, su mentalidad se ha abierto, conoce la felicidad que da el mostrarse tal como uno es, se siente mucho más humano, ha aprendido la ventaja de ser en lugar de tener, ahora las personas son lo más importante, sabe que no hay

ninguna cosa, ninguna idea, que esté por encima de una persona.

—Y... a ti... hija... ¿qué voy a decirte?, procura disfrutar del viaje, haz lo que tengas que hacer, nosotros lo comprenderemos y recuerda que las distancias no son insalvables... —ya visiblemente emocionada...

—No te preocupes mamá, estate tranquila, tengo las cosas muy claras, me habéis enseñado muy bien, estoy muy orgullosa de vosotros.

—Yo también estoy muy orgullosa de ti, preciosa. Anda sube, que al final me voy a echar a llorar y subir al tren con vosotros.

Le da dos besos a su madre y otros a su padre. Con su mochila y una tenue sonrisa se sube al tren.

Su madre está desconcertada, desde aquel día le da la impresión de que Luna no es la misma, sus ojos tienen ahora una viveza especial, se la ve feliz, sonriente, siempre con los labios ligeramente separados, el rostro sereno, expresivo, pero ya no es la alegría infantil, llena de carcajadas. Casi se ha hecho mujer de repente. No ha querido preguntarle nada, no le ha dado ninguna explicación de su relación con Dani. Le duele un poco ese silencio, pero entiende que es su intimidad.

El tren comienza a alejarse, agitan las manos despidiéndose. Estela ya no aguanta y deja caer las lágrimas, coge por la cintura a Marcos y apoya su cara en el pecho.

—Marcos, tengo mucho miedo.

Y él, correspondiendo al gesto, la abraza cubriéndole los hombros y diciendo.

—No te preocupes, seguro que ella va a superar el momento, ya es una mujer.

—No, no temo eso, ya me dado cuenta de su fortaleza, eso es justamente lo que me asusta, esa sonrisa, esa determinación, temo que ya no regrese.

Marcos comprende y se le humedecen los ojos.

—Es posible, pero no queda otra opción que esperar, es algo que hará un día u otro. Vamos, regresemos a casa.

El viaje

El tren que han tenido que tomar es de los que paran en todas las poblaciones pequeñas, es lento, se emplea para recorrer pequeñas distancias, es un medio que apenas ha evolucionado en los dos últimos siglos, que les acerca a un modo de vivir más antiguo. Esto da aliciente al viaje, la gente sube y baja, cambia con frecuencia.

El grupo está alegre e ilusionado, se hacen planes, se cuentan chistes, se juega... Luna, huyendo del jolgorio, busca un asiento apartado y a través del DIB se concentra en leer un libro. A Aurora no le pasa por alto el detalle y decide ir a sentarse en el asiento contiguo.

—¿Te molesto? —dice señalando el asiento.

—No, en absoluto, siéntate.

—¿No te apetece estar con el grupo?, ¿no estás de humor?

—No, es que me apetecía algo más tranquilo, por eso me he venido aquí, a leer un rato.

—¿Te he interrumpido?, ¿prefieres seguir leyendo a charlar?

—No, contigo estoy a gusto, me comprendes bien.

—Hace tiempo que no lo hacemos, para serte sincera, te veo muy cambiada, más ausente...

—No sé, yo me encuentro mucho más serena, me dejo arrastrar, fluir... no sé cómo explicarme, no quiero pensar lo que hice ayer, no quiero hacer planes, quiero vivir como si fuera a morir dentro de un instante...

—No sé si no querrás hablar de esto, si es así me lo dices y me callo. Al día siguiente de la reunión me acerqué por tu casa, tu madre me dijo que habías pasado la noche con Dani, no quise molestar y me fui, pero me extraña que no comentaras nada.

—No se me ocurrió, pero no me importa contarte nada, seguro que no te sorprendió, te lo tenías que esperar, no puedo comparar, pero supongo que me pasó lo que a todas.

—Ya, pero ¿cómo lo viviste? ¿cómo lo sentiste?

—Fue la noche más maravillosa, sencillamente, me sentí morir de gusto, alcancé el cielo entre sus brazos, no tenía voluntad, no pensaba, sentía por todos lados, mi piel ardía y notaba hasta el paso de una hormiga, mi nariz detectaba cada partícula que proviniera de él, degustaba su pelo, su piel, la sal de sus lágrimas, escuchaba sus gemidos, no solo lo veía a él, nos veía a los dos juntos, desde la distancia, con los ojos cerrados, mis entrañas se rompían, una corriente eléctrica me recorría la espalda, no sé lo que duro, quizás siglos. No sé cómo contártelo.

—Creo que lo has expresado muy bien, no sabes la alegría que me da que hayas tenido una experiencia tan especial.

—Y tanto, es una experiencia irrepetible.

—¿Entonces...?

—Entonces nada, sé que no puedo hacer planes, el recuerdo que voy a tener de él, va a ser el de esa noche, aunque él no lo sepa, va a ser su mejor regalo.

—Pero... ¿tú le quieres?... ¿no?...

—Locamente

—¿Y él te quiere?

—No lo sé

—¿No crees que lo natural sea que sepas cuáles son sus sentimientos?

—No, prefiero no saberlo, le he hecho callar siempre que me ha dado la impresión de quererlo contar.

—Y... ¿Por qué esa actitud?, no la entiendo.

—No sé, es un poco lo que he dicho antes, prefiero vivir el momento, aunque esté engañada, si me dice que no, ya no será lo mismo y si me dice que sí, me aferraré a él con más fuerza. Aunque aparente tranquilidad, estoy muerta de miedo, me da la impresión de que vamos a tener que separarnos.

—¿No tienes esperanza de ninguna solución menos dramática?

—Puede que exista, es lo que más deseo, pero me siento fatalista, cuando llegue el momento no lo soportaré y me vendré a bajo, no me falles por favor.

—Tranquila, no te fallaré; yo, realmente, creía que tu postura en este viaje era diferente.

—¿Diferente?... ¿en qué?

—Tu sonrisa, tu seguridad, tu aplomo me han hecho pensar que habías tomado alguna decisión, bueno, más concretamente, quedarte con él, y por la despedida me da la impresión que tu madre piensa lo mismo.

—Eso sería demasiado bonito, ya te he dicho que he dejado de planear el futuro.

—Pero no tienes por qué descartar esa posibilidad.

—No la descarto, me gustaría ver las cosas en plan película del siglo XX, yo también he curioseado en aquella época, él encuentra a su familia, se entera de quién es, se siente seguro, y en pleno atardecer me dice un «te quiero», nos damos un beso, un abrazo y el zoom se retira para que aparezca. Fin.

—Veo que no has perdido el sentido del humor.

—No, supongo que eso me mantiene en pie. Pero, como te he dicho, estoy aterrada por dentro, mi intuición me dice que la separación es inevitable.

—Desde luego que existe esa posibilidad, pero Luna, a tu edad, aunque tengas que separarte de él, no puedes renunciar ya a tu vida por eso.

—No, tranquila, no renunciaré a la vida, sé que hay más vida detrás de esto, los años lo curarán y vendrán otras oportunidades, eso es lo que me anima a seguir, a hacerle frente, sé que detrás del muro hay un paisaje. Pero soy consciente de vivir un momento crucial, que es una experiencia que me marcará, por eso, aunque tenga miedo, siento ilusión, estoy llena de sensaciones, sé que me voy a acordar incluso de estos paisajes.

—Estás llena de lirismo, es natural, no sé quién decía que sus fuentes son el amor

y la desgracia, reúnes todas las condiciones, estás enamorada y sientes unos negros presagios.

—Me hace gracia tu observación, en escribir lo que siento he encontrado un alivio, me he dedicado a hacer poemas, me desahogo, uno de estos días te los dejaré leer.

—Me encantará leerlos. No sé si te lo creerás, así entre tú y yo, te envidio, el no sentir nada es peor que el dolor, es el vacío.

— Yo creo que nos estamos poniendo muy trascendentes, vamos a unirnos a los demás, a ver lo que cuentan.

—Vaya grupo más animado que me ha tocado hoy —se acerca un viejo con ganas de hablar.

—¿Va muy a menudo en este tren? —le pregunta Titán introduciéndole en la conversación de todos.

—Que si voy en este tren a menudo, no os lo podéis ni imaginar, durante 30 años he sido el encargado de guiarlo de arriba a abajo y de abajo a arriba, un día y otro. Aunque hace ya años que lo dejé, me jubilaron... Ahora vivimos bien, nos tratan bien a los viejos. Lo peor es el aburrimiento, por eso me monto muchos días en el tren... Como todos me conocen, no me piden el billete... Estaría bien, yo que les he enseñado todo lo que saben. Bueno, como iba diciendo, me monto en el tren y cuando me canso me bajo en una estación, me fumo unos pitillos charlando con el jefe de estación... En esta vía los conozco a todos, ya veremos cuando los vayan cambiando... Entonces solo me podré bajar en algunas estaciones... Pero como os iba diciendo, me bajo en una estación y estoy de charla hasta que pasa el tren para abajo... Me monto en él, y regreso a casa, y cuando regreso a casa...

—Pero —interviene Titán, con intención de parar el río de palabras—, ¿no se aburre de hacer siempre lo mismo?

—Nooo —niega el viejo sonriendo— hago siempre lo mismo, pero la gente que va siempre es diferente y me entero de cosas diferentes... Bueno, no todos son siempre diferentes, en ocasiones hay gente que se repite... Me acuerdo hace un par de años... Había un señor muy raro... Bueno, no quiero decir que era raro, es que vestía como hace mucho tiempo, con un pañuelo atado al cuello... Bueno, no era exactamente un pañuelo, era un trozo de tela con dibujos de colores... Que me despisto... Era un señor que subía hacia arriba todos los lunes y bajaba hacia abajo todos los viernes... Él sí que pagaba billete, se lo pedían... Pero bueno, llevaba siempre una maleta muy grande... Tenía mal color, estaba un poco amarillo... El caso es que siempre me escuchaba... Creo que era representante o algo así... Bueno, siempre me escuchaba, aunque le repitiera las historias... Era muy bueno... No sé lo que le pasaría, dejó de venir... Ya sabéis... Lo echo mucho de menos... Aunque no cambiara no me aburría... —terminó con los ojos llorosos.

Intentando cambiar el tema, Dani saca la imagen del pueblo que ha impreso y se la enseña.

—Entonces por supuesto conocerá este pueblo.

—Claro que sí, está en el trayecto en el que vamos... Aún falta bastante... Primero ha de meterse el tren hacia la montaña... Cuando trabajaba para el tren, pasaba todos los días... Pero bueno, ahora estoy jubilado, cojo el tren para arriba... Pero no me piden el billete, me conocen todos... Pero eso creo que ya lo he contado... Yo ahora no llego tan lejos, no puedo... Aunque su jefe de estación es muy buen amigo, se llama Sergio... Pero hace mucho que no lo veo, es que no puedo llegar tan lejos... Bueno, es que no lo sabéis, claro, es la primera vez que montáis en este tren... Bueno, como os explicaba, no puedo llegar porque el tren que baja se cruza con este en la estación anterior... Y, claro, si me bajo allí, después no puedo coger el tren para abajo...

—Qué interesante, pues nosotros vamos de excursión allí...

—Vaya, no sé si os lo he dicho... Yo soy muy amigo del jefe de estación, se llama Sergio... Lo conozco desde hace mucho tiempo, pero ahora no puedo llegar hasta allí... Es que los trenes se cruzan en la estación de antes, por eso no llego hasta allí... Hace ya mucho tiempo que no veo a Sergio... No sé si se habrá jubilado... Si no, estará a punto... Si lo veis dadle recuerdos de mi parte... De parte de Pablo Merino, el maquinista... Seguro que os atiende muy bien... Si necesitáis algo, pedídselo, seguro que os ayudará... Pero no lo veo hace mucho tiempo... Igual lo han cambiado y está un joven... A esos ya no los conozco. Y por cierto, ¿a qué vais allí?...

—Es que yo debo de tener alguna relación con él.

—Pues no es buen pueblo... En él desaparece gente... Claro que es lo que dicen los viejos y ya se sabe... Aunque yo no quiero decir que lo que dicen los viejos no es de fiar... Por qué voy a decir eso, si yo soy un viejo... Me lo contaba mi abuelo... Y, claro, yo de lo que decía mi abuelo me fío... Pero bueno, no quiero decir que lo que digan otros viejos no es de fiar... Qué va, si yo también soy viejo y soy de fiar.

Todos se quedan bastante sorprendidos, más Dani, aunque no está claro si es o no de fiar.

—Qué interesante, sabe usted muchas cosas de esta zona —apunta Dani con cierto interés.

—Sí... Es que llevo muchos años... No sé si lo sabéis... Durante 30 años fui maquinista de este tren... Pero claro ahora ya estoy jubilado... Pero yo me monto y nadie...

—Entonces... —interrumpe Dani antes de que les repitiera toda la historia— igual conoce a esta muchacha— y le saca la vieja fotografía.

El viejo se quedo mirándola con detenimiento.

—Mira que yo soy buen fisonomista... Bueno, para la profesión de revisor se necesita ser muy buen fisonomista... Claro, si no te engaña la gente... Has de acordarte a quién has picado el billete... Por eso soy muy fisonomista... Pero bueno,

a lo que íbamos... Que soy muy buen fisonomista porque fui revisor... Y es una profesión que hay que ser muy fisonomista... Pero bueno, que no me acuerdo de esta muchacha... Es muy guapa... Me hubiera fijado aunque no fuera muy buen fisonomista... Pero sí que lo era...

Repentinamente se queda callado en su monólogo.

—A ver, déjame que la mire de nuevo...

—Sí, ya... Os he dicho que soy muy fisonomista porque hacía de revisor... A la muchacha no la he visto... pero se parece mucho a una vieja de tu pueblo... Subía muy a menudo... Pero eso era cuando yo empecé... Tenía que tener muchos años... Me acuerdo de ella porque no hablaba casi con nadie... Además, la gente contaba cosas muy raras de ella... por eso creo que la he reconocido.

—¿Qué contaban? —Interviene Dani con sumo interés, mientras todos los demás contienen la respiración. Al mismo tiempo el tren disminuye la velocidad y se escuchaba la salida del aire del colchón neumático.

—Según contaban, cuando era joven, había tenido relaciones con un extraterrestre... Y que vinieron muchos soldados... Con aviones y todo eso... Por lo visto, hasta los americanos iban por las calles...

Interrumpe su discurso y levantándose termina:

—Me tenéis que disculpad, he estado muy a gusto con vosotros, pero me he de bajar en esta estación, tengo que ver al Jefe de Estación. Adiós y muchas gracias por aguantarme, llevaba muchos años esperándoos, al fin puedo descansar —y se baja perdiéndose en el andén.

La estación se encuentra a cierta distancia del pueblo, la realidad es bastante parecida al dibujo, está asentado en un monte con un pequeño castillo en la cumbre. Las casas se agolpan en la parte inferior rodeando un impresionante campanario de tres cuerpos.

—Yo creo que lo primero será buscar los coches, por lo que me han dicho han de estar en un taller al sur del pueblo, los tenían que traer de la ciudad —explica Titán

El grupo se pone en camino para bajar a la población.

—Yo voy ahora, quiero hablar con el jefe de estación, ven conmigo Dani, el tren pudo ser tu medio de salida, es posible que se acuerde de ti —comenta Aurora, con intención de quedarse con él a solas.

—En ese caso lo mejor es que dejemos los trastos aquí y vayamos a por los coches, cuanto los tengamos, venimos y recogemos al equipaje y a vosotros dos. Con subir con un coche es suficiente. —propone Titán.

—OK, podemos ir después a algún sitio donde tomar algo, ya nos comunicamos por los DIB —propone Arturo algo hambriento.

Cuando se quedan solos, se dirigen al despacho del jefe de estación y le preguntan por Sergio.

—¡Sergio!, ¿qué Sergio?, llevo 20 años de jefe en esta estación y no lo conozco, mi antecesor era Francisco.

—Pues un maquinista nos ha dicho que lo conocía.

—Esperad, voy a verlo en los libros... a ver... Sergio... Pues sí, aquí hubo un jefe de estación con ese nombre, pero se jubiló hace más de 60 años, era navarro, se fue a su tierra.

—Qué cosa más extraña, de dónde habrá sacado el abuelo el nombre, desde luego que era original.

De todas formas el objetivo de Aurora se cumple, terminan sentados en unos sillones de la sala de espera, vigilando un montón de mochilas. Aurora no se anda con chiquitas, no cree en las formalidades, no es partidaria de rodeos, eso es perder tiempo.

—Dani, quería hablarte de Luna.

—Me lo imaginaba, se ha notado, querías quedarte conmigo a solas.

—¿Te molesta?

—No, me he dado cuenta, si me hubiera querido escaquear lo habría hecho, me gusta tu forma de ser tan directa, sabe uno a lo que atenerse.

—Pues sí, es así, no me corto, ¿quieres a Luna?

—No lo sé, estoy confuso, sin duda es la persona que más aprecio.

—¿Pero la amas?

—¿Crees que sin vida se puede amar?

—No te comprendo.

—Parece que olvidas que yo no sé quién soy, he perdido veinte años de vida, no sé qué sentimientos he sentido hasta ahora, puedo tener alguien a quien amo esperándome. Vosotros lo tenéis muy claro, recordáis todo, poséis múltiples experiencias para poder comparar.

—Es difícil planteárselo así.

—Me preguntas si amo, ¿qué te puedo contestar?, ¿amar?, no puedo, tendría que plantearme formar una pareja, eso implica hacer proyectos de vida en común, ¿crees que estoy en circunstancias de poderlo hacer?

—¿Y Luna?, ella sí que te ama, ¿sabe qué sientes? O mejor, ¿sabe lo que no sientes?

—No lo sé, yo creo que sí, que conmigo tiene una especie de clarividencia, he intentado explicarme varias veces, no la quiero engañar, pero siempre me hace callar.

—Pero entonces, ¿qué pasó el otro día?

—Para empezar he sido un estúpido, he estado ciego, solo pensaba en mí, en mi problema, todo lo que no fuera eso no me interesaba, no me daba cuenta de lo que se estaba cocinando a mi alrededor, era inconsciente de los sentimientos que surgían en Luna, yo pensaba que todo se limitaba a un deseo de placer.

—Yo me fui, ¿qué pasó al final en la reunión?

—Nos fuimos todos a la cafetería, a celebrarlo.

—¿Ella también?, me dio la impresión de que estaba bastante afectada —dice Aurora haciéndose la tonta.

—No, ella no vino. Es vergonzoso, ni me di cuenta de su ausencia, me siento un monstruo, la alegría por saber dónde podía encontrarme, me cegó... es duro decirlo, me olvidé de ella.

—Desde luego no dice mucho de tus sentimientos.

—No, ya te he dicho que siento vergüenza. Aquella tarde la veo como una película, siento como si un torbellino me zarandeara de un lado a otro, los sucesos pasaban a gran velocidad yo actuaba como un robot, no era yo, empecé bebiendo, algo que no suelo hacer, después estuve bailando un montón, algo que no me gusta, pero por el estado de euforia que tenía, ayudado por la bebida, me sentía uno más, por primera vez no me sentía un extraño...

—Sí, es una reacción típica del alcohol, en una primera fase te desinhibe, te hace perder la sensación de ridículo, pero no te lo aconsejo, luego terminas arrepintiéndote.

—Ya me lo imagino, hay una cosa que no he contado a nadie, aunque puede que lo sepan más de uno.

—¿Qué es?

—Me puse a bailar con Venus, se movía de una forma increíble, el roce me fue excitando, la invitación a la caricia y al beso era clara, me sentía eufórico y no dudé en responder...

—En otras palabras, te dejaste seducir.

—No solo eso. En público estaba cortado, entonces me llevó a un banco del parque, se desnudó de cintura para arriba, me pidió que la acariciara, Venus es una auténtica fiera, no paraba, no se estaba quieta, notaba su calor a través de los pantalones, me quitó la parte superior de la ropa, sabía mis puntos flojos, a las caricias le sucedieron los besos y los mordiscos, fue descendiendo y, finalmente, me desabrochó hasta la cintura.

—¿Y qué pensabas?

—No pensaba, dejaba que sucediera, quería gozar del placer de este mundo, es lo que he visto aquí.

—No te censure, yo también me dejo arrastrar en ocasiones, es agradable. ¿Era agradable para ti?

—Sí, agradable era, pero no sé por qué me detuve en ese momento, de repente me enfrié, no quería continuar.

—¿Por qué?, ¿pensaste en Luna?

—No, aún no la había echado de menos, vi un instante un perro y sentí miedo, vértigo, notaba que no estaba bajo mi control, estaba siendo arrastrado.

—¿Un perro?! —se sorprende Aurora con cara de extrañeza. Y sin dejar que le conteste le pregunta—: ¿Cuándo te diste cuenta de la falta de Luna?

—En ningún momento. Regrese al local, ya no estaba con ánimo, terminé en un

rincón, solo, dándole vueltas. Cuando fui consciente que allí no pintaba nada, me fui sin ni siquiera despedirme, prefería estar solo en casa.

—Entonces, ¿te fuiste por aburrimiento?

—No era exactamente aburrimiento, era apatía.

—¿Cómo fue que te enrollaste con Luna?

—Durante el camino me fijé que Luna no había estado con nosotros. Cuando entré, pasé a ver cómo estaba, me la encontré en posición fetal, moviéndose de adelante atrás, con un rostro inexpresivo. Me asusté, me di cuenta de lo cruel que había sido, intenté consolarla, que explicara qué le pasaba. Ella se negaba una y otra vez, pero al final, llorando, me dijo que me quería.

—¿No te lo habías imaginado hasta entonces?

—No, por eso me siento un gusano, me doy asco, la he tratado con crueldad. Se puso a llorar, la abracé, intenté detener sus lágrimas, las quería beber, de ahí, sin saber cómo, pasamos a los besos, a las caricias...

—No hace falta que me des detalles, me los ha contado ella. Pero, ¿qué significó para ti?

—Fue algo maravilloso, los besos, los abrazos, las caricias se sucedían de forma natural, no hacía falta palabras, la comunicación, con las miradas y con los cuerpos, era total. Llegó un momento, con su primer orgasmo, que parecía que todo se iluminaba, sus convulsiones parecía que la iban a partir, su cuerpo me quemaba, su cara, pese a su temperatura, se puso pálida de repente, se relajó, se quedó como dormida en mis brazos, casi sin respirar, con los ojos cerrados, pasaron unos minutos, abrió los ojos, se incorporó y al ver su rostro me di cuenta de una cosa extraordinaria, tenía otra expresión, quise hablarle, pero con una serenidad absoluta me dijo que me callara, y le diera lo que le tenía que darle.

—Pero no te has planteado regresar con ella o que ella se quede contigo.

—Lo he pensado, pienso que si supiera quién soy, quién me espera, tendría tranquilidad para asentar mis sentimientos y hacer planes. Pero lo veo muy lejano, tengo la intuición de que esas soluciones no caben, me siento en una cuenta atrás, no preguntes por qué, creo que la única que me comprende es ella.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Ya te digo que no lo puedo explicar, es como si existiera una sentencia, una sentencia inapelable, algo que ha de pasar y que no puedo evitar, es como si el destino estuviera escrito, no sé qué es, pero lo siento, lo percibo.

—No te das cuenta que lo que dices no tiene fundamento.

—No sé si tendrá fundamento o no, nada de lo que tiene que ver conmigo tiene sentido. Si no, explícame el cambio en el rostro de Luna desde entonces.

—Pero Dani, ¿no ves que eso son imaginaciones tuyas?, yo la conozco desde hace tiempo y ha tenido la misma cara, ten en cuenta las situaciones por las que está pasando, todo lo vuestro le está obligando a madurar a pasos agigantados, tiene 16 años y se tiene que enfrentar a unos problemas, a una posible separación, que a

muchas mujeres nos costaría superar, lo que ha cambiado es el gesto, es más triste.

—Lo sé, me duele, lo hago sin pretenderlo. Será el gesto, como tú dices, pero mira —dice sacando la foto.

—¡¡Dios mío!! ¡¡Es cierto!! —exclama Aurora tapándose la boca con las manos—. No me había fijado... no es la misma... pero el parecido es increíble...

—Comprendes mi confusión, ¿qué está pasando?, no sé, en torno a mí surgen los misterios, hasta lo del abuelo resulta raro. ¿Quién soy?

—No sé quién eres, es como un sueño, absurdo, anacrónico, confuso. No te tortures, tú no eres culpable de nada. ¿Se lo has dicho a ella?

—No.

No pasa mucho sin que se presente Titán al volante de un gran todoterreno.

—Ya estoy aquí, vamos a cargar el equipaje. ¿Qué ha contado Sergio?

—Calla, Sergio hace tiempo que está jubilado, por lo que nos han dicho, fue jefe de estación el siglo pasado, qué abuelo más curioso —explica Dani—¿A vosotros cómo os ha ido?

—Ya verás lo que ha pasado. Hemos ido Arturo y yo al taller, tenían dos vehículos, como les dijimos, como sabían que éramos siete, nos han dado por una parte este grande, en el que cabemos todos, pero deberías ver el otro, es una moto para dos personas, con cuatro ruedas, Inicialmente hemos pensado en quedarnos solo con este, pero prácticamente no nos ahorrábamos nada, había que pagar la reserva, y, por otra parte, a Arturo le hacía gracia el aparatito... ya puedes imaginarte dónde se montará Venus.

Se ríen todos al mismo tiempo que suben al coche.

—¿Y los demás?

—Los demás se han ido por el pueblo, con tu imagen y la de la muchacha, no es muy grande. Por lo que sé, no ha sido muy fructífero, de todas formas ahora nos contarán, hemos quedado en un bar llamado «El Kilómetro», a la salida de la carretera hacia el norte.

—Entonces solo nos queda la casa de Tejada; yo, desde luego, no recuerdo este sitio.

—No te preocupes Dani, si no encontramos nada o no te gusta lo que encontramos, te vienes de nuevo con nosotros, mis padres te recibirían con los brazos abiertos, te han tomado cariño, y sé de una que se iba a alegrar.

—Ya lo sé, tengo mucho que agradeceros.

Aparcar es fácil, enfrente mismo existe una amplia explanada junto a una antigua gasolinera abandonada. El lugar está perfectamente elegido, tiene una terraza grande con sombrero. Los demás ya han llegado y están por la primera.

—Ya era hora de que llegarais —saluda Venus.

—No ha podido ser antes —contesta Titán— ya sabes que hemos tenido problemas con los vehículos. Por cierto, ¿te ha gustado?

Luna no oculta sus sentimientos y aunque no usa con él esas efusividades en público, se levanta, se acerca a Dani, le da un abrazo y un apasionado beso. Al sentarse Dani se coloca en sus rodillas como si fuera una niña pequeña.

—Qué par de tortolitos —suelta Venus.

—Sí, ¿qué pasa?, Luna es mi pequeñina —contesta Dani, pensando si Luna no se estará haciendo ilusiones con la falta de respuesta a los enigmas.

—No nada, mis felicidades.

—Gracias.

—Por cierto, la moto nos la hemos pedido Arturo y yo —dice Venus cambiando de tema.

La salida de Venus causa risa entre los demás:

—Tranquila, ya sabemos que te hace ilusión, pensamos asignártela —sonríe Titán.

En ese momento sale el camarero y pregunta si desean algo. Como ninguno tiene ni idea de lo que pueden pedir, deciden dejar a su criterio las tapas a sacar, junto a unas cervezas y alguna botella de buen vino. Diligentemente va sacando cosas mientras charla con ellos.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —pregunta Titán.

—Siempre he vivido aquí, pero trabajando en este bar, unos ocho años.

—¿Es tuyo?

—¡Qué va!, qué más quisiera yo, «El Kilómetro» es el bar más antiguo del pueblo, está muy bien situado, junto a la antigua gasolinera, ha vivido muchos años de ella, ese muro de ahí es el polideportivo, que atrae mucha gente, y a poca distancia hay una fuente y el río, donde a los vecinos le gusta ir. Siempre solemos tener gente y, ahora, en verano, por la noche, se llena. Esta misma noche hay verbena aquí mismo, la del solsticio de verano —dice señalando el muro y se retira para sacar lo que falta.

—¿A vosotros qué tal os ha ido? —interviene Aurora.

—Pues... la verdad es que mal, hemos estado preguntando en el Ayuntamiento, la policía, las tiendas, la gente de la calle, hemos tardado poco, el pueblo es pequeño, la mayoría de las casas están cerradas, nadie nos ha dicho nada de Dani ni de la chica de la foto, la policía no tiene referencias de desapariciones recientes, la gente viste normal, más modestamente, más tapada, pero como en la ciudad, desde luego no visten como la de la foto.

—En resumidas cuentas que no saben nada de la chica ni de mí, ¿pero habéis averiguado algo de Tejada?

—Sí, tanto en el Ayuntamiento como en la policía nos han dicho lo mismo, que es una antigua aldea con nueve casas, una pequeña iglesia y antiguos corrales. Allí no

vive nadie desde hace más de cien años, al menos oficialmente, el Ayuntamiento no ha tenido a nadie censado allí, los archivos anteriores, en papel, se perdieron.

—¿Han comentado cómo están las casas? —apunta Dani.

—La policía pasa de vez en cuando y dice que se conserva bastante bien a pesar de que los corrales no se utilizan hace mucho, desde que desapareció la ganadería extensiva, los últimos rebaños fueron de unos subsaharianos.

—Pero di lo que contaron, no te lo calles —conmina Arturo.

—No tiene importancia, son cuentos de brujas, según dice la gente, esa aldea está maldita, las casas se comen a la gente, por eso la abandonaron los negros.

En ese mismo momento sale el camarero con unos cuantos platos de lo más apetitosos.

—¿Conoces Tejada?

—Sí, alguna vez he pasado por allí, en su momento, cuando lo cuidaban tenía que ser un sitio muy agradable, de eso hace muchos años, unos 200, en invierno no vivía nadie, pero en verano se juntaban bastantes familias, creo que tenían vínculos familiares entre ellos. Después, por lo que fuera, dejaron de ir, solo se emplearon los corrales mientras hicieron falta. Ahora queda un pozo para riego.

—¿Y esa historia de que las casas se comen a la gente y todo eso?

—Paparruchas, cuentos de vieja, seguro que en una ocasión desapareció alguien y las murmuraciones han hecho desaparecer a un batallón.

—En los pueblos siempre han existido leyendas de este tipo, se llama animismo, consiste en asignar voluntad y características humanas a los animales y objetos inanimados, es una forma de enfrentarse a las desgracias naturales, echando la culpa a otros seres —aporta Aurora.

—Pues eso, ¡paparruchas! —insiste el camarero.

—Si pensáis ir, tened en cuenta que el camino más directo, el hondo, está bastante mal, sobre todo cuando llueve, mucha gente va por la carretera que va a Rodana, un pueblo de más arriba, después, cogen un camino a la derecha y apenas queda un km de camino, pero eso sí, es el doble de largo y es más fácil perderse.

—De todas formas el vehículo que nos han alquilado está preparado para los malos caminos.

—Sí, no tendrán problemas con él, los que lo pasarán peor son los de la moto, van a tragar polvo.

—¿Qué vino nos vas a sacar?

—¿Cómo os gustaría a vosotros?

—La comida parece contundente, supongo que los sabores van a ser intensos, iría bien un vino con cuerpo, con aromas, que fueran capaces de notarse a pesar de los sabores de la comida.

—Pues voy a sacaros un reservita que tengo por aquí, ya tiene sus años, pero ha estado cuidado.

Apenas unos minutos después sale con un par de botellas, las abre y se la da a

catar a Titán. Lo prueba y dice:

—Desde luego es contundente, pero está bueno, nada picado, se nota que lo han cuidado.

El camarero se retira, se hace el silencio, mientras degustan las viandas, son sustanciosas, con sabores intensos, las texturas son las de los productos. El silencio lo rompe Venus, que está dando vueltas al asunto.

—Diréis lo que sea, pero cosas raras hay, fíjate todo lo que rodea a Dani.

—Nos parecen raras porque no sabemos sus causas, eso no quiere decir que no las tengan —apostilla Aurora.

—Bueno, no vamos a discutir —replica Venus— no solo me refiero a la leyenda de Tejada, ¿dime si no es raro lo de la foto de Dani? Cuéntale lo que te han dicho Luna.

—Nada, una tontería —contesta Luna riéndose—. Dos señoras a las que hemos preguntado en la calle han dicho si buscaba a mi abuela.

Durante la sobremesa se trataron otros temas. De repente, se escucha una música lejana.

—¿Qué es eso? Parece música, es agradable y alegre —pregunta intrigada Luna.

Nadie sabe la respuesta, afortunadamente uno de los señores sentados en otra mesa, da la contestación:

—En algún lugar toca una banda.

La banda

—Deberíamos movernos, no está lejos, pero ya veremos cómo está el camino, puede que sea complicado, mejor tomarlo con tiempo. Tampoco sabemos lo que nos podemos encontrar allí, mejor que no se eche la noche encima —organiza Titán animando a emprender el camino.

—Vamos. Si no podemos entrar, en lugar de acampar allí, podríamos regresar y poner las tiendas en una explanada que hay aquí cerca, en una fuente, a 400 500m, junto al río, ¿te parece bien Titán? —apunta Gani.

—A mí me parece bien, ¿cómo sabes eso?

—Fácil, he escuchado lo que ha dicho el camarero.

Titán se ríe de lo tonto de su pregunta y sigue:

—A ver, ¿cómo nos organizamos? Yo llevo el coche, a mi lado Gani, es del que más me fío con los planos, tiene sentido de la orientación, en la moto Arturo y Venus, os la habéis pedido, iréis detrás de nosotros, os sería difícil consultar los planos, pero, si no queréis tragar polvo, procurar ir separados. Vosotros tres os sentáis detrás. ¿Os parece bien?

Todos afirman con la cabeza, se montan en los vehículos y emprende la marcha. Los dos o tres primeros kilómetros, de carretera asfaltada resultan muy cómodos, pero a partir de ahí la cosa se complica, el coche da bastantes tumbos.

Titán desde el día que le dijeron lo de Luna, no se lo quita de la cabeza:

«He asumido el papel de líder, pero estoy intranquilo, no me quiero imaginar a mis padres si le pasa algo a Luna.

«Ella conserva la calma, pero seguro que los problemas la corroen por dentro, es muy joven, aunque he de reconocer que tengo una hermana con unos ovarios bien puestos. Al no encontrar a ninguna familia de Dani, se ha animado, puede que esté pensando que es posible que él regrese con nosotros, si no encontramos nada, terminará por olvidar su origen y se enamorará, de hecho, se comporta como si así fuera. Mientras no sepa nada de su pasado, no va a querer hacer ningún proyecto. Luna puede llevarse un gran desengaño.

«A Dani, no le entiendo, no hemos logrado resolver nada de lo que pensábamos, sigue siendo un auténtico misterio, no sé qué podemos encontrar en una casa abandonada. Si al menos le hubieran sacado algún parecido con alguna familia, algo que pudiera indicar una relación aunque fuera lejana, pero... Para más guasa se la encuentran a Luna... La verdad es que sí tiene cierto parecido, pero es absurdo... De todas formas, aun está convencido de que va a encontrar algo, puede que inconscientemente se niegue a reconocer que cabe la posibilidad de tener que vivir toda la vida con esa laguna. Por otra parte, se comporta con Luna como si fueran pareja, pero él afirma que no la quiere. Menudo lío se traen los dos.

«Todo es extraño, a medida que pasa el tiempo, en lugar de resolverse, todo parece más raro y complicado. Empiezo a sentir la misma sensación de fatalismo que

parece embargarles a los dos, ya veremos lo de la casa, espero que sea otro chasco y todos cojamos mañana el tren.»

Aurora se hace la distraída mirando por su ventanilla, a su lado está su alumna, abrazada a Dani con la cabeza apoyada en el hombro y la vista perdida:

«No comprendo cómo es capaz de mantener esa serenidad —se dice para sus adentros—, ella dice que intuye que le quedan horas a su lado, pero no se inmuta, no ha soltado una sola lágrima. A mí me da la impresión de que no me necesita para nada, pero ella misma me ha pedido que no me separe, que tiene miedo. Quizás esa pose de heroína es pura fachada, está autodopada. De todas formas lo veo negro, esa actitud no la puede mantener indefinidamente, tarde o temprano entrará en crisis.

«Se comporta con Dani dejando claro sus sentimientos, todos lo hemos visto, no es raro en ella, no es de las que oculta lo que lleva dentro, lo que me extraña es que él corresponda, con lo que le cuesta mostrarse en público y, para colmo, me ha dicho hace pocas horas que no está enamorado, que no puede enamorarse, es posible que lo esté haciendo para corresponder a las muestras de cariño de Luna, se siente culpable y ha optado por seguirle la corriente.

«Luna se ha tenido que enterar del parecido con la foto, los comentarios de las dos viejas le han tenido que hacer pensar, ella es lista y no necesita más, ya nos hemos dado cuenta todos. ¿Qué estará pensando?, es realmente extraño, parece mucha casualidad, será descendiente de la mujer de la foto, pero algo habrían dicho Marcos o Estela... y, en ese caso, qué sentido tiene que la foto la tuviera Dani... es absurdo.

«Y Dani, sus dudas son naturales, no puede hacer planes antes de saber quién es, pero... si lo supiera... qué haría... no hay duda que le tiene cariño, pero él dice que no la quiere, que no puede quererla, para ser más exacto...

«No sé que sería más duro para Luna, quizás lo mejor para ella es que la separación se produzca ya, parece que está preparada, el golpe va a ser duro, pero al menos no será de sorpresa. De todas formas, veo difícil que se dé, sin ningún resultado, no creo que en una casa vieja encontremos motivos para que él se quede, y menos para que no pueda haber contacto posterior.

«Pero... y si regresamos todos, también él, y al final no le corresponde y se busca la vida por otro lado, el golpe será muy grande, Luna sufrirá un montón.»

Aurora no puede contenerse y coge la mano libre de Luna, ella corresponde al gesto y le aprieta la mano.

«Pobre Aurora —piensa Luna— lo está pasando mal, no entiende nada, no sabe que mañana volveremos juntas en el tren. Creo que piensa, como Titán, que me voy a quedar con Dani, ya quisiera yo, pero sé que no va a ser así, mi instinto me dice que me quedan horas con él. Aunque pensándolo bien, me parece que soy un poco tonta, lo más probable es que no encontremos nada, que mañana regresemos a casa todos. Eso tampoco lo soluciona, creo que él no me quiere.

«Pobre Titán, con lo que lo quiero, también lo está pasando mal, para los demás

es una aventura, pero él se siente responsable, creo que teme lo que pueda hacer yo, que tenga que regresar sin mí.

«Menos mal que ha venido Aurora, la voy a necesitar, tengo a Titán, pero hay cosas que solo puede entender una mujer. Venus me quiere mucho, va a sufrir, pero su carácter no es adecuado para esta ocasión.

«Ya se han dado cuenta todos de mi parecido con la chica de la foto. Parece increíble, creo que es porque la de la foto es la mujer que lleva en la cabeza Dani, la que él ama, y yo, inconscientemente, intento mimetizarme, parecerme a ella, intento ocupar su sitio.

«Y Dani, su problema sí que es gordo, carece de vida, le faltan los padres, le faltan hermanos, le faltan abuelos, tíos, primos, amigos de la infancia... ha perdido todo, está vacío, ha de sentirse muy solo, su destino es buscarse a sí mismo. Yo he hecho lo posible para que se sintiera acompañado, pero no soy suficiente, no hay persona que por sí sola pueda llenar a otra. Si no encuentra nada y regresamos todos va a ser muy complicado, no le va a quedar ni la esperanza, ¿cómo va a poder afrontar una vida en sus circunstancias? Así no me va a poder querer jamás. A mí me gustaría plantearme un proyecto común, pero ¿qué proyecto puede hacer él?, ¿acogerse al mío?, no, terminaría odiándome. Yo, aunque lo pierda, prefiero que él se encuentre.»

Estos últimos pensamientos le dan fuerza, no se puede contener y soltándose de Aurora le da un beso.

Dani cavila para sus adentros:

«Soy un monstruo, no me explico por qué narices me ha de pasar todo esto, ¿quién soy yo?, ¿tan difícil es?, menudo chasco, nadie en este pueblo me conoce ni me relaciona, todas mis ilusiones hechas trizas, todos estos días pensando que alguien me iba a dar un nombre, a contarme qué había hecho, con quién me había relacionado, tenía la esperanza de encontrar mi pasado, sentirme una persona normal, poder hacer proyectos. Pero las cosas se han puesto negras, no creo que en la casa encontremos nada importante.

«Todo el mundo se ha dado cuenta del parecido, no me lo explico, pero desde ese momento, cuando me di cuenta del parecido, ha cambiado totalmente mi postura, Luna ha pasado a ocupar gran parte de mi vida. Me duele hacerle tanto daño. ¿Qué va a pasar si la casa es otro fiasco?

«¿Qué haré?... tendré que regresar... pero no es justo... no puedo condenarla a tenerme allí, en su casa, todos los días... Decididamente... me acercaré al puesto de policía, pediré mi salario de supervivencia y me marcharé a la residencia, allí intentaré hacer más averiguaciones, buscar algún trabajo y vivir por mi cuenta. Va a ser duro, pero cuanto antes mejor.»

De repente, como si le leyera el cerebro, Luna se incorpora, le da un beso intenso, él le responde, la abraza y estrecha.

—Me parece que hemos llegado, deben ser aquellas casas —rompe el silencio

Titán.

—Sí, menos mal, qué camino más malo, con razón le llaman hondo, casi todo está más bajo que los campos, parece un barranco, está lleno de rodadas, se nota que no vienen mucho por aquí —comenta el copiloto.

—Puede que hubiera sido mejor coger la otra alternativa, la que nos dijo el camarero, era más larga pero, por lo visto, está en mejor estado.

—Es posible, pero ya hemos llegado.

—Ahí vienen los de la moto —señala Titán riéndose—. Seguro que habrán disfrutado.

Ambos llegan cubiertos por una capa de polvo, al bajarse se sacuden uno al otro como si fueran unas mantas. Venus con buen humor y moviendo la boca como si masticara, dice:

—Pues esto no es nada, menos mal que nos hemos comido la mayoría.

Dejan los vehículos en una explanada grande, en el centro de la aldea.

—Vamos a echar un vistazo por ahí, a ver si vemos a alguien —dice Titán—. Gani, trae el plano.

—Ese rectángulo que se ve a la derecha de la entrada, debe ser aquel caserón —empieza a razonar Gani—... estas casas, si giramos a la derecha, ¡tachán!, aquí está.

Los demás se asoman y ven, a mano izquierda, una pequeña plazuela, con una iglesia que parece de juguete.

—Entonces, esta casota, es la que aparece aquí —prosigue Gani señalando el plano—, y a la que vamos será la segunda, desde el río, de este grupo de casas al pasar el callejón.

Titán sale corriendo, con la llave en la mano, en dirección a la puerta indicada, busca por dónde meterla, a hurgar, la intenta mover.

—Pues no abre la llave —dice Titán.

—Vamos a ver, asegurémonos con el plano antiguo —interviene Gani—, ahí, por donde hemos entrado, está la casona grande, después tenemos las casas de la derecha del camino, la casa grande que da enfrente, a la otra parte del camino está este grupo de casas —dice señalando al plano y a los sitios alternativamente— la segunda casa desde la izquierda es la que está marcada.

—Exactamente, esa es la que intento abrir.

—¡Eh! —llama Arturo desde la otra punta— aquí abajo, junto al cauce hay una casa derruida, se ve que se la llevó una riada.

—¿¡Cómo!?! —dice Gani—. Ya está, cómo no me habré dado cuenta, en el plano aparecen cuatro casas, por lo tanto, es la segunda contando con la hundida, justamente esta.

La casa tiene dos plantas, en la inferior a la izquierda una ventana con una reja y a la derecha un gran portalón de madera con un portillo más pequeño, en la parte

superior dos balcones de hierro.

—A ver, Titán, prueba con esta.

Titán se acerca a la puerta, se fija en diversas aberturas, la única donde aparentemente entra la llave es una del portillo, intenta meterla de una forma pero no entra, cambia de sentido de los dientes, se desliza con facilidad, una vez dentro, gira en una dirección, se atasca, en la otra, con un poco de fuerza cede, se escucha cómo se mueve un hierro sobre otro y el portillo se abre hacia adentro.

—Bueno, bueno, ya tenemos la casa, ahora vamos a explorarla. ¿Quién se atreve? Todos se apuntan.

—Ya veo que estáis muy interesados, primero la linterna —rebusca en la mochila que oportunamente se había bajado del coche—. Nosotros, como no habéis sido previsores, id al coche a por la vuestra.

—Déjame acompañarte —ruega Aurora—, he estudiado las casas de aquella época, posiblemente no funcione la energía eléctrica y aunque la línea llegue hasta el pozo, nunca se sabe.

Aurora coge la linterna y entra junto a Titán, empieza a iluminar las paredes en busca de algo. No tarda en encontrar un pequeño dispositivo de plástico blanco.

—Ahora mismo vamos a saber si hay electricidad

Al pulsar, en contra de lo esperado, se enciende una luz en el techo.

—No me lo puedo creer —comenta Aurora—, hay electricidad, seguro que sus antiguos dueños conectaron en secreto su casa a la del pozo.

—Entran todos, se encuentran en una amplia sala en forma de L, en el techo se ven las vigas de madera que sujetan el suelo del piso superior, en el rincón de la izquierda, hay un gran hueco negro que huele a humo, a su derecha, otro hueco lleno de palos de madera y el resto de paredes estaba cubierto de estanterías, llenas de libros viejos. Al verlo Dani exclama:

—¡Qué maravilla!, una biblioteca privada

Se acerca a los estantes y acariciándolos saca uno, lo abre y hace un gesto con la mano para que se aproxime.

—Ven, Luna, ven, esto es un libro de verdad, no los que lees con el DIB, míralo, el texto está impreso en hojas de papel, tócalo, el papel tiene un tacto especial, este se llama «Los propios dioses», es una historia muy interesante.

Los demás los ven también con curiosidad, pero les cuesta leer, con el DIB se emplean poco las letras, la lectura se les resiste aunque se enseñe en la escuela. Lo que les llama la atención es la reacción de Dani, esa fascinación, casi adoración, por los libros, la facilidad que tiene en leerlos.

—Mirad, este es famosísimo: «En un lugar de La Mancha, de cuyo...»

A Aurora, que ha empleado con frecuencia libros, o mejor dicho, textos impresos sobre papel y sabe de su importancia durante muchísimos siglos, le llama mucho la atención la habilidad de Dani con la lectura. Piensa de nuevo en la estrafalaria idea de que Dani tenga más de 150 años y pertenezca aún a la era Gutenberg, pero pronto cae

en una respuesta más plausible, es posible que haya estudiado Historia.

—Dani, me da la impresión de que antes de perder la memoria estudiaste Historia. Hace muchos años, los libros eran muy corrientes, todos sabían leer muy bien, pero ahora hemos perdido la costumbre, cuesta mucho más. Solo los historiadores, obligados a leer textos escritos que son la fuente más rica de información, somos capaces de leer con bastante facilidad.

—Puede que tengas razón, no he dicho nada, me daba miedo de parecer aún más raro, pero cuando hablabais de llaves, llaveros, Aragón... a mí me sonaba mucho, como si al oírlo me viniera a la cabeza, ¿puede que aprendiera eso estudiando Historia?

—No me entrañaría —contesta Aurora— es posible, cuando regresemos podemos empezar a buscarte entre los estudiantes de Historia, ya tenemos otra pista que seguir. La posibilidad da un vuelco al corazón a todos, abre nuevas esperanzas.

—Por cierto —continúa Aurora intentando sacar algún recuerdo más a Dani— cuando tengáis un rato, buscad con el DIB una película antigua, del siglo XX, una fábula sobre el exterminio de los libros, se llama «Fahrenheit 451».

—Sí, me acuerdo, está sacada de un libro que se titula igual, lo escribió un señor que se llamaba Ray Bradbury, esperad, ahora que me acuerdo, es un pequeño libro azul —se dirige a la estantería—. ¡Aquí está!, en él los bomberos se dedicaban a quemar libros.

Todos se quedan con la boca abierta. Aurora un poco tímida, como con miedo pregunta

—Dani, ¿lo has leído?, ¿has visto la película? ¿Cuándo?

—Pues, que yo me acuerde, no lo he leído ni he visto la película, pero también había una muchacha que desaparece, él tiene que huir de unos perros mecánicos que tienen sus compañeros, lo hace por un río y después ha de aprenderse de memoria un libro...

—Dani, te sabes el libro —exclama Aurora.

—Sí, y el que he dicho antes también.

—¿Cuál?

—El de Isaac Asimov, «Los propios dioses».

—¿Te acuerdas de otros libros?

—Creo que sí... —responde Dani—. Pero de qué sirve si no puedo acordarme de la historia más importante, la mía.

Luna lo abrazó con todas sus fuerzas intentando consolarle y diciéndole:

—No te angusties, antes no te acordabas de esas historias, me las hubieras contado, quién sabe, quizás esta casa es mágica.

—Será mejor dejar descansar a Dani, ¿continuamos la exploración?

Frente al portón, por donde han entrado, hay otro gran portón con su portillo

correspondiente, ese no necesita llave, basta con bajar una palanca. Encuentra otra placa para encender la luz y aparece una estancia alargada con una mesa de comedor, al fondo una rudimentaria cocina, con un ventanuco por donde penetra la luz y una puerta de madera que da a un patio lleno de hierba.

Venus, en su curiosidad, abre un pequeño ventanuco por el que no se filtra la luz y dice:

—Eh, mirad una cueva hacía abajo.

Acuden todos y Aurora, al verlo, dice:

—Eso es un pozo —lanza una piedra y se escucha su choque contra el agua está lleno de agua, un motor la sube y sirve para regar o beber. Este no está en funcionamiento, pero sí algún otro, por eso hay electricidad.

La casa se prolonga con unos corrales llenos de trastos.

En la sala de la entrada, aparte de los portones, hay dos puertas, la de la derecha conduce a un dormitorio con una gran cama de madera, el colchón está cubierta por una tela de colores, la otra parte de la habitación lo ocupa un mueble bastante alto con grandes cajones, en su interior hay numerosas telas puestas con sumo cuidado.

En el lado opuesto, hay otra habitación de dimensiones similares, la que corresponde a la reja de la fachada. En este caso son dos las camas, pero bastante más pequeñas, y un mueble parecido pero más bajo.

—Hemos terminado con la planta baja —indica Titán, registrando el último cajón—. Aparte de la biblioteca no hay nada que nos dé alguna pista.

—En la entrada hay una escalera que debe de subir al piso superior, pienso que deberíamos revisarla —dice Gani.

—Si queremos desvelar los misterios creo que sí, los balcones indican que el piso principal es el de arriba, supongo que estos portalones tan grandes deberían de emplearse para entrar vehículos —añade Aurora, haciendo uso del repaso que ha dado a sus conocimientos del siglo XX.

—Vamos a ver —dice Titán.

Todos se agolpan bajo una estrecha escalera situada a la derecha del portón de entrada.

—De uno en uno.

Dice Titán empezando a subir. Al llegar al final empuja la puerta, no se abre, busca la palanca, como en las demás puertas, pero aunque la baje no cede, también tiene cerradura, como la de entrada.

—Esperad un momento, que intente abrirla.

Se saca del bolsillo la llave, tantea, la introduce en la rendija y entra bien, pero no gira ni en un sentido ni el otro. Hace fuerza, pero no cede. Finalmente desiste, teme romperla. Volviéndose se dirige a los demás.

—No creo que puedas abrir —explica Aurora—. Las llaves servían para una sola puerta.

—En efecto, no se puede abrir. La puerta no parece ser muy fuerte, creo que con

una patada se podría abrir, ¿qué os parece?

Hay opiniones en ambos sentidos, pero Aurora pone las cosas en su sitio.

—Yo creo que no la podemos forzar, la casa pertenece a alguien, su dueño la cerró porque no quería que entrara nadie.

—Tampoco sabemos de quién es esta y hemos entrado sin problemas —reclama Gani, que siente una gran curiosidad.

—No es lo mismo, hemos entrado porque Dani tiene una llave que abre la puerta, en cierto modo tiene permiso para entrar, pero de esta no tenemos la llave, si la rompemos estamos entrando en una casa donde no hemos sido invitados.

—Entonces, ¿qué hacemos?, ¿nos quedamos aquí parados, sin hacer nada más? —se queja Gani.

—Bueno —toma la decisión Titán—, de momento bajemos de aquí, no creo que la escalera, con todos en fila, sea el mejor sitio para discutir el tema.

Todos comprenden la situación y girándose sobre sí mismos, van descendiendo hasta la entrada.

—Lo del piso de arriba nos lo pensamos —dice Titán—, igual está la llave en un cajón, mañana con luz veremos lo que hacemos. Por otra parte, ya que hemos entrado, no merece la pena que nos vayamos a otro sitio a montar las tiendas, la casa nos proporciona un buen sitio para dormir con los sacos.

—Además, el hueco de ahí es una chimenea, un sitio donde poder encender una fogata sin que se llene todo de humo, podemos hacer un fuego con la leña que hay al lado, es muy entretenido —aporta Aurora.

—No es mala idea —prosigue Titán—. Traigamos los bártulos para pasar la noche aquí y acomodémonos.

—Andando, antes de que anochezca, vamos a acercar los vehículos y a instalarnos. En marcha.

Les sobra tiempo y aprovechan cada uno para hacer lo que más le apetece, unos a curiosear los libros que tanto fascinan a Dani, otros a dar un paseo, charlar un rato, intentar abrir las otras casas... Poco a poco, el hambre va llamándolos.

—No ha habido forma —dice Arturo al entrar—, Venus y yo hemos recorrido todas las casas y probado la llave, nada, no sirve para abrir ninguna otra puerta, tenía razón Aurora, solo había una forzada, pero por lo visto y olido ha sido residencia de animales, nada interesante.

—También hemos mirado por un agujerito de la puerta de la iglesia, hay una figura, como un muñeco grande, vestido con un traje hasta los pies y un gorro rarísimo, era triangular y llevaba un aro de metal levantado —completa Venus.

—Pues yo he estado registrando el trastero de ahí atrás, a ver si había algo interesante —cuenta Gani— pero solo he conseguido ensuciarme un montón. Menos mal que la profesora me ha dicho como sacar agua de un pozo con un pozal y me he

podido lavar, ya se sabe, nunca te acostarás sin saber una cosa más.

—Pues nosotros tres nos hemos dedicado a los libros —dice Aurora.

—Bueno, la verdad es que Dani es el que más se ha dedicado, nosotras casi hemos charlado más que leído —explica Luna.

—Veo que no hemos perdido el rato ninguno —comenta Gani al mismo tiempo que entra Titán por la puerta con un sonoro «¡¡Hola!!».

—Vaya, el único que faltaba, casi nos ponemos a cenar sin ti —bromea Venus—. Y tú ¿qué has hecho?

—He salido a pasear, me he metido por donde parece que continúa el camino, se bifurca aquí atrás mismo. Por cierto, que el pozo y la electricidad están allí, junto a los corrales, además he visto una especie de piscinas llenas de agua.

—No me digas que hay piscina, menudo bañito nos podemos dar esta noche o mañana, ya verás lo bien que se me da —salta entusiasmada Venus.

—Yo creo que cuando veas el agua no te metes, está bastante sucia, desde luego no cuentes conmigo.

—No sé, igual me meto, seguro que lo que llamas suciedad son simplemente algas, aunque esté verde me voy a meter.

—Haz lo que quieras, pero yo no me meto, a saber lo que pillas —aclara Titán mientras se dispone a continuar—. He tomado el camino de la izquierda, he encontrado un puente sobre lo que parece un pequeño río, justamente allí hace como una represa y el agua se acumula, para información de Venus hay bastante cantidad y está más limpia, aunque está rodeada de juncos y zarzas, subiendo el cauce no sé si habrá sitios más abiertos.

—Si no fuera tan tarde, me iba a probarlos, qué pena no haberme ido contigo a pasear, mañana voy a verlos.

—He cruzado el puente y he seguido el camino, a poco más de un kilómetro he encontrado la carretera asfaltada. Me parece que hemos hecho el tonto por el camino hondo, es bastante fácil la otra ruta y aparentemente es bastante más cómoda, mañana mejor que regresemos por allí. También me he encontrado un campo de cerezos, las he probado y estaban exquisitas, la pena es que no llevaba nada para traer unas pocas.

—Qué pena —apunta Gani— con lo que me gustan a mí. Qué se le va a hacer.

—Mejor que cenemos ya, aunque sea temprano —dice Titán.

—¿Cómo podemos hacer fuego?, ¿Alguien lo sabe? —pregunta Luna.

—Yo —contesta Arturo .

—¿Tuuú? —le mira Venus sorprendida—. No me lo imagino.

—Pues sí, mis padres se empeñaron en que fuera a un campamento de supervivencia.

—Vaya —comenta Titán— a mi padre que le encanta la montaña y la supervivencia no se le ocurrió mandarnos a ninguno de los dos, pero en fin, manos a la obra. En la leñera creo que tienes todo lo necesario.

—Lo primero es poner al fondo un tronco bien gordo sobre el que apoyar lo

demás —dice mientras coge uno y lo coloca unos cuantos papeles para que arda bien —prosigue cogiendo unas hojas de periódico— se arrugan y las colocamos cuidadosamente junto al tronco.

—¿Habéis visto?! —exclama Dani, que está muy atento a la labor de Arturo— esta hoja lleva la fecha del sábado, 25 de junio de 1977.

—Eso es un periódico —interviene Aurora—. Servía para dar noticias, cada día escribían e imprimían las más importantes, lo repartían por muchos sitios y la gente lo compraba para leerlo y enterarse.

—Menudo trabajo —comenta Luna.

—A ver, déjame ver —continúa Aurora llevada por la vena pedagógica—. Cada trozo es una noticia, la parte grande es el titular, por ejemplo este: «Aparece exhibicionista en la Sierra», que servía para llamar la atención. Más abajo, en letra más pequeña está la entradilla, se explica con más detalle la noticia, por ejemplo: «Anoche, la Guardia Civil, detuvo a un hombre desnudo que rondaba por el pueblo. Parece ser que varios vecinos lo vieron previamente». Finalmente, en letra pequeña se daban los detalles de la noticia.

—Pues qué tontería, ¿por qué lo tenían que detener? ¿eso es una noticia? —apunta Venus.

—Ten en cuenta que en el siglo XX estaba prohibido ir desnudo, la gente se escandalizaba por ello, se llamaba exhibicionismo, como pone la noticia —aclara Aurora.

—Eso me recuerda a alguien —dice con una sonrisa mirando a Dani.

«Qué impertinente —piensa Aurora—, pero tiene razón, Dani muestra todos los síntomas de ser del siglo XX, tengo que retomar lo de la hibernación», pero prefiere cortar con el tema:

—Ya he dado bastantes clases de Historia, prosigamos con el fuego, si no jamás vamos a terminar.

—Tienes razón —dice Arturo que también se ha dado cuenta del planchazo que ha metido Venus—. Ahora colocamos leña fina, esta valdrá, que arde fácilmente y encima leños más grandes, que tardarán en arder, pero durarán.

—Ya está preparado, ¿me dejáis un encendedor?

Se miran unos a otros, como preguntándose, al ver que ninguno hace amago de sacarse de un bolsillo un mechero, se echan a reír, mientras el artífice se queda con cara de chasco.

—Me parece que has montado una preciosa hoguera, pero que no tenemos forma de encenderla —dice Venus, dando un cariñoso apretujón al frustrado Arturo.

Dani se calla y se queda mirando la parte superior de la chimenea, entornando los ojos como si se fijara en un punto. Su gesto llama la atención de los demás, que miran en la misma dirección. El primero en hablar es el propio Arturo.

—¿Qué pasa?, ¿has visto un fantasma?

—Eso es lo que le gustaría a Venus —dice Dani devolviendo la indirecta, y

prosigue—: Casi, me ha venido un flashazo, a ver si se corresponde con la realidad —y se dirige decididamente a la chimenea.

—Este ha perdido la chaveta —se pica Venus.

—Si no recuerdo mal... —dice Dani cogiendo una pequeña caja de cartón que hay en una repisa, adornada con un dibujo de un animal—. Creo que dentro...

Abre la caja y extrae un pequeño trocito de madera con una bolita roja en un extremo, cierra la caja y la mira por todos lados.

—... Creo que sí...

Toma el palito por un extremo, frota la cabeza contra uno de los laterales y, de repente, sale ardiendo. La sorpresa es mayúscula para todos menos para él. Se acerca con cuidado, arrima la llama al papel que empieza a arder. Los demás sueltan un murmullo de admiración.

—¿Como sabías eso? —pregunta Aurora un poco sorprendida.

—Ya lo he dicho, la he visto, me ha dado un flashazo de lo que era y para qué servía y lo he querido probar.

—Me temo que no has perdido la chaveta —dice Luna, mirando a Venus desafiante, al mismo tiempo que le abraza y le da un beso.

—Ya tenemos fuego, ahora hay que echarle de vez en cuando un leño para que no se apague —interviene Arturo.

—Esta casa parece que te sienta bien, en ella te acuerdes de muchas cosas —añade Titán.

—Sí, pero no me acuerdo quién soy.

—A ti te irá muy bien, pero yo tengo una sensación rara desde que hemos entrado, noto algo, pero no sé lo que es, como si algo estuviera fuera de sitio —comenta Arturo haciendo como si sintiera un escalofrío en la espalda

—Eso es miedo, ¡que eres un acojonado! —le comenta Venus al mismo tiempo que le sacude el pelo en plan cariñoso.

—Si tú lo dices... Seguro que me vas a proteger de todos los fantasmas, con lo que te gustan los chutes de adrenalina.

Todos se ríen y no le dan más importancia a las sensaciones de Arturo. Ya con el fuego encendido, se ponen a degustar los platos que cada uno ha traído de su casa, es un auténtico banquete, ninguno ha quería quedar en ridículo como cocinero. Terminada la cena se ponen alrededor de la chimenea a charlar. Dani opta por hojear alguno de los muchos libros que hay, a ver si recuerda algo; en un principio Luna intenta imitarle, pero no tiene para ella el mismo aliciente, siempre ha vivido con el DIB.

La cena ha sido temprano, al par de horas de sobremesa va perdiendo atractivo la novedad de la chimenea y el aburrimiento hace aparición. Su ritmo de vida está hecho a disfrutar de los amigos, la música y baile, no saben qué hacer en un ambiente tan

rústico.

—¿Os acordáis que el camarero ha dicho que esta noche había verbena?, podíamos acercarnos un rato, ¿qué os parece? —propone Venus, falta de un poco de marcha.

—No estaría mal —añade su hermano—, ha de ser curioso lo de la banda, eso de hacer música con instrumentos antiguos, pocas veces vamos a tener ocasión de verlo.

—Además —añade Arturo —si vamos por el camino del puente, seguro que llegamos antes, yo me apunto, ¿os animáis?

—Yo no tengo ningún inconveniente, apretándonos podemos ir todos en el coche —se ofrece Titán.

—La verdad es que no estaría mal, ¿vamos Dani? —pregunta Luna.

—Yo prefiero quedarme con los libros, me hacen recordar muchas cosas, pero vosotros id, aquí hay poco aliciente —contesta Dani.

—Bueno, yo también me quedo.

—No, Luna, es mejor que vayas, si estoy leyendo te vas a aburrir como una ostra, eso no lo puedo consentir, en total dos o tres horas no son nada, vosotros disfrutad.

—Pero Dani, yo prefiero estar contigo...

—Ya lo sé, pero tampoco es tanto, tenemos mucho tiempo, así no te aburres y yo estoy más tranquilo sin pensar que te estás aburriendo.

—Bueno... pero volvemos pronto, ¿eh? —cede finalmente, más por dejar tranquilo a Dani que por apetecerle.

—Vale, no creo tampoco que dure mucho, además, tenemos que descansar —añade Titán—. Aurora, solo faltas tú...

—Pues no me voy a quedar aquí, los libros son muy interesantes, pero tengo acceso a ellos cuando quiera.

—¡Hecho!, Dani, te dejamos la moto por si la necesitas, en cualquier caso tienes el DIB, ya lo sabes usar lo suficiente para llamarnos.

—Vamos a escuchar a la banda, todos al coche —anima Arturo con un gesto del brazo.

La verbena es un éxito. No hay luces que marquen el ritmo, la banda se encarga de todo y la música es muy diferente.

—¡Qué curiosos que son los instrumentos musicales!, parece increíble que sin electricidad sean capaces de sacar tantos sonidos —se admira Gani.

—No iría mal que os interesaraís más por las cosas del pasado —contesta Aurora que está en ese momento de pareja de Gani—. Fíjate en los clarinetes, esos tubos de madera, el sonido lo hace el aire al pasar por él, según qué agujero abran, suena una nota u otra.

—Supongo que los del tubo de metal retorcido funcionarán de una forma similar.

—Sí, incluso ese tan grande, la tuba.

—¿Una banda tiene todos los instrumentos?

—¡¡Qué va!! hay muchos más. Más grande que la banda era una orquesta sinfónica, muchas tenían más de cien músicos y ni aún así tenían todos los instrumentos, usaban cientos de instrumentos diferentes.

—Van a hacer un descanso, vamos, a ver si nos dejan alguno para que lo pruebes.

Se acercan al escenario y Aurora pide si le pueden dejar un instrumento para que lo pruebe Gani.

—¿Qué vais a hacer? —se interesa Venus.

—Tu hermano, va a tocar una pieza con una trompeta —contesta Aurora—. Vamos a ver Gani, has de soplar por aquí, apoya los labios en ese embudito y sopla, con los dedos, apretando aquí te saldrán sonidos diferentes.

Gani, sopla y sopla pero no consigue ni sacar un pitido, cuanto más sopla más se le inflan los mofletes. El espectáculo de Gani, colorado, soplando causa una carcajada.

—Gracias por dejárnosla —dice Aurora al músico que también se ríe.

—De nada, mira, es muy fácil —le muestra el músico .

Se lleva el instrumento a la boca, sopla sin ningún esfuerzo y moviendo las teclas de metal interpreta un lucido solo.

—Pues no comprendo —Gani se muestra frustrado—. Os puedo asegurar que no había forma.

—Es que para hacer música con esos instrumentos se necesita aprender y practicar mucho.

La banda prosigue con la fiesta. Para reanimarla acomete un alegre pasodoble. Muchos de los vecinos se lanzan a la pista y se cogen de los hombros, formando filas, y mientras saltan mueven las piernas al unísono.

A Venus, le gusta el baile:

—Vamos todos, esto parece divertido

Se suman a los vecinos. Terminada la pieza, Venus, entusiasmada, se dirige a uno de ellos que ha bailado junto a ella y le pregunta:

—¿Cómo se llama este baile?

—Es un pasodoble muy popular, se llama «Paquito el Chocolatero», es la mejor forma de animar una fiesta.

—Desde luego, muchas gracias.

—Pues ahora vienen más pasodobles, ¿lo sabes bailar?

—No, hasta ahora no lo había escuchado nunca.

—Pues ven, yo te enseñaré, tú déjate llevar... —dice el vecino mientras la agarra de la cintura con su brazo derecho, con la mano izquierda le levanta el brazo, la atrae hacia sí y se pone a dar vueltas al ritmo de la música.

La tormenta

Después de la euforia del primer pasodoble, Luna se siente triste, echa de menos la compañía de Dani, la diversión sin él no es lo mismo. Se retira a la barra donde pide un zumo de naranja aromatizado al cava francés, con un toque de lima, y se queda allí, sentada en un taburete, pensando qué estará haciendo Dani. Al verla sola, se acerca Venus:

—Pero ¿qué haces aquí?, vente con todos

Al mismo tiempo le estira del brazo. Luna se resiste:

—No, déjame, vete con los demás, yo estoy bien, pero no tengo ganas de bailar, prefiero estar aquí.

—Desde luego, mira que te ha cogido fuerte.

—Pues... sí, me temo que me ha cogido fuerte —contesta al mismo tiempo que se sonríe.

—Pero Luna, si vas a tener mucho tiempo, al final hasta te hartarás de él.

—No sé, no creo.

—¡Qué no!, ya verás, con lo raro que es.

—Ya sé que es raro, no hace falta que me lo recuerdes, pero yo lo acepto así, tal cual es. Pero vete a bailar y déjame tranquila.

—¡Bueno!, ¡bueno!, si me echas me voy, solo he venido a animarte un poco.

—Perdona, no quería echarte, lo que pasa es que tengo ganas de estar tranquila.

—¡Ya lo sé!, si te lo decía de broma. —concluye Venus mientras le da un beso y un abrazo y se marcha a la pista de nuevo. Luna se queda pensando en que lo ha dicho su amiga.

Al cabo del rato, la que se acerca es Aurora, con más intención de hacerle compañía que de animarla.

—¿Qué, pensando en Dani?

—Sí, supongo que él estará tan tranquilo con sus libros. Tiene razón Venus, es muy raro.

—Raro sí que es, pero ten en cuenta sus circunstancias y hoy con más motivo, los libros le hacen recordar cosas y eso es lo que más desea.

—¿Y yo?, no me hace caso.

—Creo que te hace caso, es más, creo que siente urgencia en dar con la solución a lo suyo por ti, para poderse centrar.

—Ojalá... ¿me complico mucho?

—No se puede negar... pero, ¿tienes otro remedio?, te has enamorado de alguien problemático, eso tiene su lado negativo, causa preocupaciones, pero también su parte positiva... ¿Te gustaría alguien más normal?, ¿te gustaría Arturo?...

—No lo sé, a veces sí, pero luego no cambiaría a Dani por ninguno de ellos —afirma Luna, ya más contenta.

—Pienso que mi madre tenía razón, me estoy comportando un poco acaparadora,

quiero tener a Dani a todas horas, como si fuera mío.

—Pues, no te hagas ilusiones, aun en el mejor de los casos, tendrás que pasar alejada de él durante muchos periodos.

—Tienes razón, ahora mismo debería entender lo importante que son los libros para él y estar contenta de ello. Pero no es así... siento como si lo fuera a perder de un momento a otro, como si fueran las últimas horas que puedo pasar con él.

—Me parece que lo ves todo demasiado negro. Estas muy pesimista últimamente. De repente se escucha un gran estruendo y Luna salta asustada:

—¿Qué es eso?

—Pues a mí me ha sonado a trueno... y ahora otro, me parece que tenemos una tormenta de verano, vamos con los demás, a ver qué hacemos.

—Espera, ahí vienen.

En ese mismo instante entran corriendo los demás, medio mojados.

—Menuda se ha liado, ha empezado a llover y cada uno ha salido disparado para un lado, está cayendo una auténtica tromba —dice Arturo.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Luna

—Lo mejor es quedarse aquí hasta que escampe, no creo que dure demasiado.

Treinta minutos después la tormenta sigue en toda su virulencia, los truenos y los relámpagos se suceden, de vez en cuando se escucha el chasquido seco de algún rayo, la cortina de agua apenas deja ver unos pocos metros, el viento sopla con tanta fuerza que la lluvia parece que cae horizontalmente. Son los únicos que quedan, el resto, mojada la verbena, se han ido retirando a sus casas.

—Menuda tormenta —comenta Arturo.

—Nunca he visto nada igual, ¿cómo puede caer tanta agua? —añade Venus.

Luna, compungida, apunta:

—¿Qué será de Dani?, está solo, con los rayos igual se ha quedado a oscuras.

—No te preocupes, la casa es sólida, él es prudente, no habrá salido y, si se le ha ido la luz, tiene el fuego que ilumina un poco, no podrá leer, se aburrirá, pero nada más —la intenta tranquilizar Titán.

—No lo tengo tan claro, hermanito, llevo un rato llamándolo y no contesta.

—No pienses en lo peor, conociéndolo, igual se ha quitado el DIB para centrarse en los libros. Además, los DIB cuando hay mucho aparato eléctrico, no funcionan bien, sobre todo los antiguos.

—Quizás tengas razón, pero no puedo evitar preocuparme.

—Ahora, con este vendaval, no podemos salir, es imposible conducir, pero en cuanto pare un poco y pueda coger el coche, regresamos, ya sabes que por la carretera se va más rápido.

—Perdona un momento —interrumpe el camarero—, ¿dónde está tu amigo?

—Se ha quedado en una casa de Tejada.

—Espero que no tenga miedo a los fantasmas —dice riéndose el camarero.

—No, no es supersticioso.

—¿Por dónde pretendéis ir?, ¿por qué carretera?

—Por una muy recta, que poco antes de llegar te desvías a la derecha y por un puente entras...

—Ni se os ocurra, por ahí no vais a poder llegar.

—¿Y eso?, hemos venido muy bien.

—Sí, pero cuando llueve, como hoy, el río crece bastante y el agua salta por encima del puente, hasta mañana no podréis usarlo, y aun así, con mucho cuidado.

—Pues nada, aunque sea más pesado, iremos por donde la primera vez, por el camino hondo, aunque sea de noche yo me acuerdo.

—Por ahí tampoco vas a poder ir, deberías imaginártelo, va tan bajo que se llena de agua, se forman auténticas lagunas y el barro impide pasar durante un par de días, por eso tiene tantas rodadas.

—¡Madre mía! —exclama Luna—. ¿Cómo vamos a poder ir a recogerlo?, no debía haber venido, al menos tendría compañía.

Aurora se acerca, la abraza e intenta consolarla:

—No digas eso, Dani se sabe cuidar, tiene comida, en cuanto pase la tormenta, podremos comunicar con él, explicarle que no podemos llegar y que duerma, mañana será otro día.

—Habíamos venido para un par de horas y ya llevamos cuatro, seguro que está preocupado.

—Seguro, estará pensando si nos ha pillado a mitad la tormenta, pero no podemos hacer nada —dice Titán.

—Disculpad, hay otra ruta, si habéis estado allí y subido el callejón, habréis visto que el camino hondo, continuando a la izquierda se va al puente y a la derecha sale otro camino.

—Cierto, me fijé en él —salta Titán.

—Ese camino va por encima de una colina, el Cabito, no tiene mucho barro y sale a la carretera que va a Piedrablanca. Tenéis que salir en esa dirección, cuando se llega a una casa, que está en ruinas, se coge el camino a la izquierda hasta un pino muy grande, que lo divide en dos, tomáis el de la derecha y, sin pérdida os llevará allí, tiene 7 km más, pero es practicable cuando llueve, os voy a preparar un mapa para que no os perdáis, aunque es muy fácil.

—Muchas gracias, a ver si para un poco, si tiene que cerrar, nos lo dice, echamos una carrera al coche y esperamos allí —se ofrece Titán.

—No os preocupéis, podéis quedaros todo el tiempo que queráis, voy a arreglar todo para encontrarlo mañana limpio.

—Muchas gracias, muy amable, por cierto, ¿cómo se llama usted?

—Me llamo Justino, un nombre antiguo, pero todo el mundo me conoce como Tino.

En cuanto el camarero se retira a la cocina, Arturo hace una observación:

—Espera un momento, me acabo de dar cuenta, ¿os acordáis que antes he comentado que notaba algo raro en la casa de Tejada?

—Sí, pero no vengas con cuentos de fantasmas, ya tenemos bastante —interviene Aurora mientras abraza a Luna.

—No, no son cuentos, me he dado cuenta ahora mismo, cuando Tino ha dicho lo de encontrarla limpia.

—¿Qué tiene que ver eso con la casa? —dice Titán.

—Muy sencillo, ¿no os habéis fijado que la casa está limpia?

—Sí, vale, ¿y qué?

—Que no puede ser, una casa cerrada más de cien años ha de tener polvo y telarañas para parar un tren.

Todos se quedan paralizados. No saben qué decir, ninguno ha caído en un detalle tan tonto, ¿cómo es posible eso?

—No pensemos de entrada en espíritus —replica Gani—. Si está limpia es porque alguien la ha limpiado, si alguien la ha limpiado es que no está tan abandonada como creíamos, puede ser también el motivo de que aún tenga luz eléctrica.

—Cierto —apunta Aurora— no se me ocurrió al ver que había electricidad, pero es más fácil si la usa alguien.

—Entonces —balbucea Luna, echándose a llorar—; la casa está habitada, hay que avisar a Dani, está en peligro, si regresa, puede pensar que es un ladrón y hacerle algo, Titán, vamos enseguida, no podemos esperar más.

Luna tiembla de miedo, tiene la cara desencajada. Titán, sin que Aurora la suelte, también la abraza.

—Tranquila, seguro que no pasa nada, ahora no podemos ir con la que está cayendo, no llegaríamos, nos estrellaríamos por ahí, tenemos que esperar.

—¡Ay Titán!, ¡Que no lo voy a ver más!

La tormenta aún tarda una hora en amainar, finalmente pueden emprender al camino, no es difícil, la casa es grande, se ve bien y el pino es realmente majestuoso. El viaje se hace eterno, el silencio se puede partir con un cuchillo, todos están preocupados por lo que puedan encontrar.

—Nada, no hay forma, lo he intentado mil veces y no contesta —dice Luna un poco desesperada Mira que si han regresado sus dueños y lo han matado.

—Hermanita, no lo veas todo negro, mucho más fácil es que el DIB no lo lleve o esté estropeado.

—Y si se ha cogido la moto durante la tormenta para buscarnos, a saber si está atascado en un charco o le ha arrastrado el río, él no sabe nadar.

—No seas gafe, tranquilízate, ya llegamos, seguro que no contesta por una tontería, dentro de unos minutos te reirás de lo que piensas.

—Espero que tengas razón, que mi intuición me engañe, no me puedo quitar de la cabeza la posibilidad de no verlo más, ¿por qué tenía que complicarse de esta forma?

—Mira, ya se ven luces allí lejos, seguro que es Tejada, además, hay luz eléctrica.

—Menos mal.

—Tranquila Luna, seguro que aún está con los libros y por eso no te contesta — intenta calmar Gani.

—Ahora llegamos, le preguntamos: ¿cómo ha pasado la tormenta? y nos dice: «¿qué tormenta? ¿Ha habido una?, no me he enterado, estaba con los libros.» — Venus imita una voz grave, como la de Dani, intentando quitar hierro a la situación.

Todos sonrieron, pero sin muchas ganas.

Minutos después el coche baja la cuesta del callejón y gira a la derecha.

—Mira allí está la moto, no ha salido de casa.

—Sí, pero ¿qué le ha motivado a encender todas las luces y abrir todas las puertas y ventanas? —se fija Gani.

—Cierto, además, ha forzado la puerta del piso de arriba, también tiene las luces encendidas. Será raro este muchacho... —completa Arturo.

—No me gusta nada, no me gusta nada —se preocupa Luna con el miedo en el cuerpo—, por muy raro que sea, eso no es propio de él, eso ha tenido que ser otro.

—Tienes razón —comenta Titán— no nos precipitemos, mantengámonos juntos, así será más difícil que nos hagan nada. Y mucho cuidado. Yo voy a entrar...

—Yo voy contigo —se apunta en seguida Luna.

—Vale, —acepta Titán—, pero ahí atrás bien abrazada. Arturo, ¿te encargas tú de Venus?

—Vale, pero por lo que la conozco, va a ser ella la que me cuide, no creo que estas mujeres necesiten protección.

—Tienes razón, Titán nos ha salido algo machista.

—Desde luego... ¿yo machista?... bueno, un poco, eso son las películas del siglo XX, que he visto últimamente, todos los héroes cuidan de las mujeres, apañaros como queráis, pero manteneos juntos.

El grupo avanza hasta la puerta, se paran y Titán dice en voz baja:

—Dani... Dani...

Se queda esperando contestación. Mientras Luna le aprieta con fuerza. Comenta en susurros:

—Parece que no contesta, no quería darle un susto.

Entran por el portalón, abierto de par en par, se asoman a la habitación que hay nada más entrar a la izquierda. Siguen a la sala, donde está la biblioteca.

—Aquí no está Dani.

—¿No le habrán hecho nada? —pregunta Luna aterrorizada.

—Tranquila, está muy aseado, no hay ninguna señal de lucha, ahí está el sillón de Dani y un libro, la chimenea aún está ardiendo, no adelantemos acontecimientos.

—Mira que si ha ido al váter —apunta Venus.

—Silencio, no hables tan fuerte.

—Ay, perdón.

—Vale, continuemos, estad alguno atentos a la puerta y a la escalera, que no nos cojan por sorpresa.

—Yo me encargo —se ofrece Aurora.

—OK, veamos la otra habitación.

Se asoman y nada sospechoso.

—Aquí no hay nada, me parece que debemos dividirnos, Luna, Aurora y yo vamos para dentro, los demás os quedáis aquí vigilando.

Los tres se meten para el comedor, pasan por la cocina, se asoman al patio, lo escudriñan con la linterna y nada, en el cuarto de aseo tampoco, en el almacén del fondo, miran bien entre los trastos, cerciorándose que no existe posibilidad de esconder un cuerpo.

—Aquí no hay nada, regresemos con los demás.

En el camino de vuelta, Aurora se fija en la ventana del pozo, está abierta, piensa que allí puede ocultarse muy fácilmente un cadáver, pero es imposible verificarlo, prefiere no decir nada para no preocupar a Luna.

—No hemos encontrado nada, vamos a revisar el piso de arriba, igual se ha subido allí y ha encontrado algo o alguien.

Suben por la escalera, de uno en uno, la puerta de arriba está abierta, da acceso a un pequeño recibidor, por un lado, mediante dos escalones, se entra en una sala, por el otro, da paso a un largo pasillo con las puertas a la izquierda.

—Aquí vamos a hacer lo mismo, nosotros vamos viendo los sitios, vosotros cuidar aquí, que no nos coja por la espalda, que nadie nos encierre, atentos si escucháis que cierran el portón.

—Vamos a empezar por la sala de los escalones, esto parece un comedor, también tiene chimenea.

Los tres recorren toda la planta superior sin encontrar ninguna pista de Dani ni de nadie.

—Nada de nada, no aparece Dani, ni nadie. El piso de arriba está tan limpio como el de abajo, esto empieza a no gustarme nada, puede estar secuestrado o por ahí fuera. Lo mejor será que cojamos las linternas y nos demos una vuelta llamándolo —sigue ordenando Titán.

Todos salen con las linternas y recorren los alrededores, gritando su nombre y buscando en la oscuridad, finalmente, se reúnen en la replazuela, junto al coche. Están hechos polvo, sobre todo Luna que llora en el hombro de Aurora. Titán, a pesar de estar hundido, aún conserva algo de claridad mental:

—Esto ya es cosa de la policía, no podemos hacer nada, supongo que a vosotros tampoco os apetecerá pasar aquí la noche, lo mejor será recoger, tomar el coche e irnos al pueblo. Mañana ya regresaremos si la policía lo estima oportuno. En el pueblo ne comunicaré con mis padres, es raro, pero aquí no funciona el DIB.

Marchando.

Luna recupera la calma, se hace la idea y es consciente de la realidad, ya tendrá tiempo de llorar. Separándose de Aurora le dice.

—Gracias por estar junto a mí, ahora déjame unos momentos sola, voy a coger un libro para llevarme.

—¿Estás segura que quieres ir sola?, ¿te acompaño?

—No, prefiero estar sola.

—Bueno, yo voy al primer dormitorio a recoger lo mío, si quieres algo me avisas.

Luna entra en la biblioteca, parece mentira, la siente de lo más acogedora, las brasas aún lucen grises y rojas en la chimenea, recorre los estantes con calma.

Mientras, los demás salen, solo falta ella. Titán hace gesto de querer entrar:

—Voy a por ella.

—Espera —le detiene Aurora sujetando su brazo— no tenemos ninguna prisa, podemos esperar, da a tu hermana la oportunidad de despedirse de él en la intimidad.

—No dramatices, aún puede que esté vivo.

—No creo, no te has fijado, pero la ventana del pozo estaba abierta.

—Entonces crees...

—Sí, de todas formas, ya lo verá la policía.

—¡Qué horror!

Luna continua acariciando los libros, nota una tranquilidad especial, se siente vieja, como si hubieran pasado muchos años desde que emprendió el viaje. Se acerca a la mesa donde ha dejado a Dani, se sienta en el mismo sillón, con calma toma en sus manos el libro, el último libro que ha leído Dani.

Es un libro fino, en su portada, menuda casualidad, están dibujados unos músicos como los que han ido a ver, se titula «En algún lugar toca la banda», de Ray Bradbury.

Para sus adentros es una cruel coincidencia, él estaba leyendo ese libro mientras ella estaba en ese lugar donde toca la banda.

Abre, casi acariciando, el libro. De sus hojas cae una carta, la ve y la lee, es la carta secreta de Dani, la que no ha enseñado a nadie más que a ella, la carta con el nombre de la chica de la foto, con las dos lagrimas. Ese es nuestro secreto.

Se da cuenta que hay algo escrito en la primera página del libro, hay dos notas, dos dedicatorias, dos declaraciones de amor. De repente comprende todo, ahora encaja perfectamente. Las lágrimas le mojan las mejillas, se levanta, mete la carta dentro del libro, se acerca al estante, le da un beso, lo acaricia y lo deja con cuidado entre los empolvados libros, que manchan sus manos]. Y para sí misma dice:

—Seguro que a Dani le gustaría que no se supiera algo tan íntimo, mejor será que lo deje aquí. ¡Qué tengas suerte!

Desencajada, apartando las telarañas con sus brazos sale como un zombi, Aurora,

que se lo imagina, sale corriendo y la abraza. Al acercarse al grupo les dice:

—Vámonos, Dani no va regresar nunca, tal como vino se fue, él ya ha encontrado su casa y su camino, no merece la pena que le busquemos más.

—Alejémonos de aquí —dice Titán—. era mejor que vayamos todos en el coche juntos, ya mandaremos al mecánico a recoger la moto.

—Sí, gracias, me impone irme solo en ella —dice Arturo.

Se ponen en marcha, no han avanzado ni diez metros, cuando se escucha un estrépito terrible, como si fuera una traca, cada vez más fuerte, todos se vuelven horrorizados y ven que se están cerrando todas las puertas y ventanas, una tras otra, de dentro a fuera y finalmente el portón, al mismo tiempo las luces saltan como flashes y se apagan.

—¡¡Creo que no vamos a salir de esta!! —grita Venus aterrorizada, dando un chillido histérico.

—No te asustes, seguro que vamos a salir, no nos va a pasar nada, él se ha ido para siempre, pero no del todo —dice Luna tranquilamente, sonriendo, bajando la vista y llevándose la mano al vientre.

2ª Parte

El mundo de Platón

La vejez tiene un gran sentido de sosiego y libertad. Una vez que las pasiones han abandonado su presa, se ve uno libre, no de un amo, sino de muchos.

El exhibicionista

Carije es un pequeño pueblo de la Sierra, con un pasado histórico importante, luce con orgullo su pequeño castillo y su espectacular campanario. Como todos estos pueblos, basados en la agricultura y la ganadería, perdió la mayoría de sus habitantes en los años 50 y 60 del siglo XX.

Aunque durante el invierno permanezca desierto, en verano se llena al retornar los emigrantes y sus familias. Estos, con los pequeños ahorros conseguidos en la ciudad, han arreglado y modernizado sus casas. Esta entrañable invasión es conocida como «los veraneantes».

España vive un momento crucial, hace menos de 20 meses que ha muerto Franco, el dictador que durante 40 años ha oprimido a los españoles con mano de hierro. Los cambios se suceden, hace apenas diez días los españoles han podido acudir a votar libremente y se han elegido las Cortes encargadas de redactar una nueva Constitución. Las elecciones las ha ganado UCD, partido de derecha moderada, nacido en torno a la figura de Adolfo Suárez. La izquierda la domina el PSOE, liderado por un joven Felipe González. El PCE, el más representativo en la lucha contra la dictadura, se ha quedado con 19 diputados, y la derecha franquista, que parecía ser la dueña del país, representada por Manuel Fraga, ha quedado relegada a un cuarto puesto.

En cualquier caso aún no se ha asentado la idea de libertad y la sociedad española sigue estando fuertemente influida por 40 años de nacional catolicismo, donde lo fundamental es la autoridad en todos sus aspectos y una moral muy estricta, dictada por una iglesia, que disfruta de grandes prebendas.

El ambiente social es de cumplir o hacer que se cumpla esa moral puritana. Todos, con independencia de sus ideas, aparentan seguirla. Donde más han calado las ideas liberales ha sido en la juventud universitaria, que ha tenido acceso clandestino a lo que estaba sucediendo en Europa.

Es el 25 de junio, los centros educativos han cerrado y el curso universitario también ha acabado casi para todos. San Juan ha caído en viernes, por lo que el puente ha venido de maravilla a los padres para trasladar a la familia a la casa de verano y descansar un par de días, tras los que regresarán solos a sus trabajos el lunes, hasta que lleguen sus vacaciones. Los veraneantes van llegando al pueblo y, en cuanto pueden, se escapan al bar El Kilómetro, punto tácito de encuentro.

El Kilómetro es el bar más moderno, se ha abierto en los bajos de un nuevo edificio de apartamentos, casi todos adquiridos por los hijos del pueblo que, sin tener la suerte de quedarse la casa de los padres en el reparto de la herencia, han querido seguir acudiendo al lugar todos los veranos.

Está muy bien situado, junto a la carretera nacional, frente a la gasolinera, pegado al recién construido polideportivo, muy cerca del río y la fuente de Bondías, lugar preferido de paseo de los carijeños.

Su situación le permite tener una amplia terraza, que se llena todas las tardes y noches de verano. Su dueño es permisivo con las pandillas de jóvenes y admite traerse los bocadillos para cenar y que solo pidan las cervezas y los cafés, por lo que se ha convertido en el sitio preferido de reunión.

El más madrugador, Fernando, un muchacho de 19 años, acaba de comenzar Medicina, es alto y rubio, buen amigo, confidente discreto, persona prudente y estimada, tanto que incluso los padres confían a él sus hijas. El bar está vacío, aún es pronto, nada más entrar se dirige a la barra y saluda efusivamente al camarero.

—¡Hola Agustín!

Agustín, el camarero, no es mucho mayor que Fernando, tiene 24 años, el bar es de su familia, él se ha limitado a estudiar en la escuela y apenas ha salido del pueblo. Desde hace años que trabaja allí y conoce a casi todos. Es bajo, recio, moreno, con la barba cerrada, que se aprecia ya a esas horas aunque se haya afeitado esa misma mañana. Siempre viste con vaqueros y camisa a cuadros y emplea un mandil para evitar mancharse.

—¡Hola Fernando! cuánto tiempo sin verte.

—Desde Semana Santa, he estado muy ocupado con los exámenes, este año ha sido más fuerte. ¿Y tú, qué tal?

—Ya te lo puedes imaginar, aquí en invierno hay poco movimiento, lo que da la carretera, los camioneros, pero prefieren otros sitios. ¿Vienes a quedarte?

—Casi. El jueves tengo examen, bajaré en tren y subiré con mi padre. Espero quedarme hasta finales de septiembre. ¿Has visto a alguien más de mi pandilla?

—No, eres el primero, si alguien llegó ayer, no saldría, anoche cayó una tormenta de órdago, no había quien diera un paso, agua, viento, piedra...

—Ya, ya, si yo estaba, me quedé en casa, cuando amainó ya no era hora de venir.

—Hiciste bien, no habrías encontrado a nadie.

—Me lo imaginé, mira, por ahí vienen Carmen y Luis.

Carmen es una mujer alta, desarrollada y bien formada, de 18 años, con el pelo moreno, rizado a lo afro, campechana, simpática, siempre con ganas de fiesta e incansable bailarina. Es algo pasota, no se plantea cosas transcendentales, prefiere aprovechar la vida día a día, aunque procura guardar las apariencias para no complicarse. Luis contrasta con ella, más bajo, pero de complexión fuerte, lleva el pelo castaño, lacio, hasta el cuello.

—¡Hola Fernando! —saludan ambos al unísono.

—¡Hola Carmen! —responde Fernando al mismo tiempo que le da dos besos—. ¡Hola Luis! —le estrecha la mano.

—Ya vamos llegando, ¿venís para quedaros?

—Yo sí, he terminado, creo que Carmen aún no.

—Sí, me queda uno, el jueves, bajaré y subiré en tren.

—Vaya casualidad, yo también tengo uno ese mismo día, ya quedaremos para bajar juntos. Si quieres, puedes subirme con mi padre y conmigo, vendremos el jueves

por la tarde

—Muy bien, me viene de miedo, pregúntale a tu padre si es posible.

—Por supuesto, ya lo conoces, es un poco gruñón pero siempre está dispuesto a hacer un favor. ¿Habéis visto a alguien más?

—Yo no he visto a nadie, solo a Carmen que la he encontrado en la plaza y hemos venido juntos.

—Yo he visto a Ana, se ha traído a su prima, una tal Fany, hija de su tío Manolo, el que está de profesor en New Jersey. Me ha dicho que ahora bajará, está esperando a Emilio.

—¿Visteis la tormenta?

—No, he venido esta mañana, pero me han contado que fue gorda, me alegro no haber estado, me dan miedo —explica Carmen.

—Yo tampoco, acabo de llegar, no pudimos venir ayer, mi tío se llama Juan y tuvimos que celebrar su santo, pero algo he oído, de todas formas, se nota por los charcos que hay. Detrás de casa, que no está asfaltado, se ha formado una laguna.

—Vamos a sentarnos ahí fuera, tomemos una cerveza mientras llegan los demás —propone Fernando.

Los otros dos afirman con la cabeza y se encaminan a la terraza.

—Agustín, tres cervezas bien fresquitas, las pago yo —pide Fernando—. Mejor que sean cuatro, por ahí veo que viene Sergio.

Sergio es el «progre», milita en el PCE, ahora lo luce, aunque antes ya se sabía que andaba metido en esos líos. Es alto, con una preciosa melena rubia por los hombros y una barba al natural, fue compañero de colegio de Fernando, también tiene 19 años, pero se ha matriculado en Filosofía y Letras.

—¡Hola a todos! que alegría veros.

Todos le saludan, en especial Fernando que le da un abrazo y no duda en meterse con él.

—Parecía que ibais a comeros el mundo y os habéis quedado con 20 diputados.

—No me hables, no me piques el billete, los españoles están tontos, no terminan de despertar, no saben quién se ha batido el cobre por la democracia, los que hemos luchado somos nosotros, a nosotros es a los que nos han dado hasta en el carnet de identidad, los que nos la hemos jugado delante de los grises y ahora llegan esos niñatos sevillanos, con sus chaquetas de pana y su progresismo barato y se llevan más de 100 diputados, ¡si ni siquiera se lo creían!

—Bueno, bueno, no te enfades, no lo he dicho con ninguna intención, sabes que os aprecio y sé lo que habéis hecho, pero reconoce que la gente quiere libertad pero tiene un poco de miedo, por eso se han ido a los partidos de centro —explica Fernando.

—Ya sabes lo que cantaba Jarcha —apunta Luis.

—¿Te refieres, a «guarda tu miedo y tu ira»? puede que el miedo sí, pero lo de la ira, ahí tenéis, los palos que están dando los guerrilleros de Cristo Rey, o díselo a los

de Vitoria, ellos sufrieron la ira de la policía de Suárez y Fraga, pronto se ha olvidado la letra de Lluís Llach, el

*«Assassins, assassins de raons,
assassins de vides
que mai, que mai no tingueu repòs
en cap dels vostres dies
ique en la mort us persegueixin
les nostres memòries,
memòries»*

—Sí Sergio, tienes razón, aquí venimos a pasarlo bien —apunta Carmen oportunamente—. Además, Ana ha traído a su prima, la yanqui, tiene 15 años, podríamos invitarla a una «caza de gambusinos», ¿no os parece? —propone cambiando de tema y riéndose de la idea.

—Siii, hace tiempo que no tenemos «inocentes». A ver cómo nos apañamos para que Ana no meta la pata —apoya Luis.

—Por cierto, hablando del Papa de Roma, por la puerta se asoma, ahí vienen —avisa Fernando.

—Carmen, llévate a Ana a mear y avísala —dice Luis.

Carmen afirma con la cabeza al mismo tiempo que llegan los tres. Ana es pequeñita, un poco regordeta, morena con media melena, llega cogida de la cintura de Emilio, no muy alto, a la medida de ella, con la barba bastante cerrada para sus 19 años, dos más que Ana. A los dos les acompaña una muchacha desgarbada, alta, rubia, pelo corto, mascando chicle, llena de pecas, en pocas palabras, una norteamericana en toda regla. Intercambian saludos y besos. Fany aun no se ha acostumbrado al típico besuqueo español, lo rehúye, prefiere dar la mano. No habla mucho y le cuesta entender, se nota que no domina el español.

—Ana, tú juega —observa Carmen—, cómo se te ocurre ir cogida de Emilio en este pueblo.

—Ya estamos con las puritanadas —exclama Emilio molesto—. No creo que tú puedas ir dando lecciones de recato, que nos conocemos, lo que pasa es que sois unas acojonadas, si no nos esforzamos en que entren costumbres modernas, el pueblo no va a salir del troglodítico.

—Ya me he cansado de ir ocultándome por los rincones, si dicen que digan, mis padres ya saben lo de Emilio —responde mientras da a Emilio un pequeño beso en los labios.

—Tienes razón, pero yo prefiero disimular un poco, no quiero problemas no me apetece que me pongan en la picota —dice Carmen y continúa en voz baja a Ana— vamos al aseo.

Las dos se levantan y Fany, que ve que su prima se va, las acompaña. Una vez dentro, Luis exclama:

—¡Ya, lo que faltaba! si las tías iban a mear por parejas, ahora por tríos. Emilio, queremos organizar a Fany una «caza de gambusinos». A ver cómo te las apañas para decírselo a Ana y que no meta la pata.

—Tranquilos, ¿cuál es el plan?

—Esta noche, al quedar aquí yo no acudiré, tenéis que bajar a la fuente de Bondía, yo estaré arriba en el huerto, justo en el hueco que hace la fuente por detrás, la tenéis que guiar allí. explica Luis

—Hecho —dice Emilio mientras salen las tres.

La noche ha llegado, la luna ya está bastante crecida y se nota su luz. Hace una noche tranquila, cálida, muy propicia para pasear por los alrededores del río.

—Fany, para celebrar tu venida hemos organizado una caza de gambusinos — dice Ana a su prima, lentamente, para que la entienda.

—¡Yes!... ¿qué está una casa de gabusinos?

—No se dice «está», se dice «es»

—Ok... ¿qué es casa de gabusinos?

A Emilio, entre pensar la sorpresa y la forma de hablar, le entra la risa y le explica a Fany, como si fuera un indio:

—Caza Gambusinos, ser buscar ranas, cuando encontrar, meter en bote y traer.

—Ok, mí comprender. ¿Dónde busco?

—Están en sitios oscuros y húmedos, mojados, con agua. Tú buscas con la linterna —mostrando la que tenía en la mano— a ellos les gustan los sitios oscuros, con poca luz, ¿entiendes? —añade Fernando.

—Yes... yo busco con la linterna.

—Eso. Los gambusinos, cuando les da la luz —se la muestra encendiendo y apagando la linterna—, se quedan ciegos, los puedes coger con el bote. ¿Entiendes?

—Yes, yo cojo con el bote.

—Exacto vamos, por ahí —señala la parte oscura detrás del muro de la fuente.

—Nou, estar oscuro, a mí dar miedo.

—Vaya con la niña, ahora se asusta de la oscuridad —dice rápidamente Fernando.

—¿Qué dices? No entiendo.

—Déjalo.

—No os preocupéis iré con ella, cuidado conmigo —grita en voz fuerte para que se entere Luis.

—No comprendo quien cuidar ti —pregunta Fany.

—Que se cuiden los gambusinos, los voy a cazar contigo —sigue diciendo en voz fuerte para que le escuche.

—Vamos.

Todos se meten en la oscuridad con sus linternas, Fany cogida de la mano de su prima, todos están atentos al desenlace que se va a producir, disimulan moviendo las linternas, pero miran a la pareja. Ana conduce a Fany al rincón.

—Fany, por aquí, hay agua y oscuridad, seguro que hay alguno, ilumina bien por

ahí.

Fany se acerca hacía el rincón de detrás de la fuente, poco a poco, Ana, estratégicamente, sin soltarla, se aleja un poco de ella.

De repente, sin previo aviso, se escucha crujir una ramita por encima del ribazo, Fany pega un grito y da un salto, al mismo tiempo enfoca hacía arriba, ilumina a Luis, chilla de nuevo como una histérica, aterrada, como si hubiera visto un fantasma. Luis deslumbrado y sorprendido lanza el contenido del cubo en un intento extremo de que la broma no se fastidie. Se escucha un grito a dúo y un:

—¡¡¡CABRÓN! me has mojado.

Se reúnen en el poyo junto a la fuente, todos se ríen a carcajadas, incluyendo a Ana que lleva todo su pelo y su camiseta mojada. Fany apenas ha recibido algunas gotas de rebote.

—Qué divertido, esto de casar gamusinos me gusta lo hacemos de nuevo —dice Fany, dando botes de contenta.

—Muy graciosa —contesta Ana haciéndose la enfadada, pero riéndose— como la señorita no le han mojado. Luis, podías haber tenido un poco de puntería.

—Perdona, la luz me ha deslumbrado y he tirado a ciegas. También me ha sorprendido el grito de Fany, me recordaba la ducha de Psicosis —se ríe.

—Se ha asustado de verdad —dice Ana a ver Fany, te ha dado miedo Luis.

—Yes, mi asustar, pensar quería matar, noche oscuro, él pistola o cuchillo.

—Pues vaya —dice Carmen— aquí preferimos el cubo de agua —y se echa a reír.

—Mira quién viene por ahí —señala Fernando.

—Menuda lleva, va dando tumbos —apunta Carmen.

—Se estará desquitando de ayer, no podría salir con la tormenta —añade Emilio.

Por la cuesta baja un hombre, prematuramente envejecido, manteniendo a duras penas el equilibrio, las piernas parecen llevar cada una su camino, luce barba de varios días y el pelo desaliñado y sucio, viste camisa que en su día fue azul, pero hoy la cubre la porquería, va abotonada de forma descuadrada, una parte del cuello le sobresale por encima de otra, uno de los faldones remetido en unos pantalones de pana marrón, que hace tiempo perdieron la cremallera, los lleva sujetos mediante una trenza de esparto, hecha por él, en uno de sus pocos momentos de lucidez. Todo el mundo lo conoce, es «El Mugrón», el ejemplar que le ha correspondido a Carije, dentro de esa especie de profesión que es la de borracho de pueblo.

En su mano porta una botella medio llena (o medio vacía, según el momento). Se acerca al grupo y dice:

—A laas buenas noochessss.

—Buenas noches, Mugrón —saluda Emilio.

—Graaaciaaas, quiereeees un traago, hip.

—No, gracias, ya he tomado en la cena.

—Seguuurooo, noo seeraá un caaso de quee te de ascoo bebeer de la botella.

Emilio piensa que el Mugrón tiene razón, pero no se lo puede decir. Para salir del

atolladero responde:

—No, Mugrón, no me gusta el vino, a mí me gusta la cerveza.

—Eeeen tooncees, taampocoo te guustan las mujeeres, ya sabees, «vivaaa el vino y las mujeeress» —suelta, mientras pretende marcarse unos pasos de jota que casi terminan con él en el suelo.

Todos, menos Fany, que pone una cara rara, sueltan una carcajada.

—Siii, las mujeres sí, ¿no lo ves? —continúa Emilio estrechando a Ana.

—Ya veeeo, yaa veeeo, y bieeen guapaa que ess.

Todos sueltan la carcajada ante el piropo del borracho.

—Lo que tienes que hacer es beber menos y buscarte una mujer.

—Yaaa no mee quiieren, yoo beebo paraaa olvvidarr una, hip —dice al mismo tiempo que se pone triste y suelta unas lágrimas —síii, comoo no mee queríia me fuiii a la Legioón

—¿De veras que has estado en la Legión? —se le ocurre soltar a Carmen.

—Siii, miraaa qué tatuajee —se abre la camisa y enseña un tosco tatuaje con el escudo de la Legión.

Se ríen de su pequeño *strip tease*.

—Un tatuaje muy bonito —le dice Carmen un poco sin pensar.

—Síii —contesta con cara de satisfacción— ¿quiieress seer mii novíia, veen aquí, que tee enseñooo otros —amaga a coger del brazo de Carmen, al mismo tiempo que Fany suelta un grito de pánico y se esconde detrás de Ana y Emilio.

El Mugrón reacciona y se dirige a pequeña yanqui:

—Queeeé mooscaa te haaa picaoo —mientras la mira fijamente— yoo teeengooo lo que haaay que tener.

Y sin pensarlo dos veces, se suelta la cuerda y deja caer los pantalones hasta los tobillos, mostrando unos calzoncillos que debieron escaparse de la colada de Isabel la Católica en Granada. Se ríen a carcajada limpia mientras Fany grita y se esconde.

—Perooo queeé le pasaaa a esaaa chiquillaaaa. Me voy a poneer como el hoombre deeel pueeente.

—No hace falta, no siga, ahora subimos a tomar la penúltima, ¿qué hombre del puente? —interviene Fernando para cortar el destape del Mugrón y evitar el pánico de Fany.

—Un hooombreee desnudo. Looo hee vistoo haceee pocooo, no llevaaba nadaaa, seee lee veíia todooo el badaaajo, perooo ha saaaliidoo corrieendo.

Fernando, que no da mucho crédito a lo que le dice, saca del bolsillo 30 ptas. y se las da:

—Vamos a tomar la penúltima, toma, ves por delante y pide las copas, ahora voy yo —a sabiendas que pronto olvidará su cita.

—Vaaaleee, graacias, allí te esperoooo.

—El Mugrón, retoma el camino por donde ha venido, dando tantos tumbos o más que cuando llegó, tira la botella, ahora vacía del todo, a un huerto cercano.

—Cada día está peor, pobre hombre, hasta alucina, ¿no habéis oído lo del hombre desnudo? —comenta Sergio entre divertido y compasivo.

—Ya —añade Emilio— y tú Fany, ¿qué te pasa? Ahí escondida, temblando y gritando.

—Yo mucho miedo, creía morir.

—¡Pero qué dices!

—Si noche, nosotros reír, él *drunk*, enfadar, desnudo... yo pensar como New Jersey, él sacar *gun*, pun, pun, él matar vosotros y *raping* nosotras.

—Pues menudas joyas que tenéis allí, con nada sacan el cuchillo o la pistola y, ale, al otro barrio —dice Emilio con cierta sorna —a mí que no me guarden la simiente, seremos más pobres, pero nos divertimos más. Tú tranquila aquí no peligro.

—Ya, yo más tranquila —dice saliendo de detrás de la prima y colocándose junto a ella.

Mientras, Sergio, sin que los demás se den cuenta se va a la fuente, llena el cubo, sigilosamente se lo deja caer encima a Carmen, que pega un respingo por el agua que acaba de recibir. Con buen humor, como si llorara, se vuelve a Sergio y le dice:

—Pero, pero... has visto como me has dejado, estoy chorreando.

Todos se ríen a mandíbula batiente y Emilio con ganas de picar el billete y sabiendo del buen humor de Carmen añade:

—Pues debías de verte, estás de lo más sexy, con la camiseta mojada se trasparentea todo.

—Pues ya está, así podéis disfrutar, me veis las tetas, espero que no venga nadie, yo desde luego, hasta que no me seque no voy al pueblo, menuda vergüenza.

—Tú no mires —le manda Ana a Emilio en plan de broma tapándole los ojos.

Mientras, animada por el juego, Fany coge el cubo, lo llena y con disimulo y complicidad de los demás lo vuelca encima de la cabeza de Sergio. Este, siguiendo la broma, se gira, se pone serio, la mira, le quita el cubo, se va a la fuente, llena medio cubo, regresa al grupo, sin quitar la mirada de Fany, poniendo ojos de loco, acompañando de una carcajada que quiere ser tétrica, aunque no lo consiga.

—No, no, Sergio, ¿qué hacer tú? No —grita Fany aterrada mientras sale corriendo a lo largo de la alameda, alejándose de la luz de Bondía. Sergio sale detrás de ella. La alcanza a unos 50 metros, le echa el cubo, le moja toda la espalda, ella da un pequeño gritito de sorpresa y se gira. Sergio la sujeta por los hombros:

—Jaaa, Jaaa, ya ha llegado la hora de la venganza.

Fany se queda pálida, sus ojos se salen de las órbitas, empieza a gritar como una histérica, manotea, se lleva las manos a la cara... Sergio se asusta de verla. Cambia la expresión de sádico y pretende tranquilizarla.

—Tranquila Fany, no te voy a hacer nada, es un juego, tranquilízate que te va a dar algo.

Ella no deja de gritar con cara de auténtico pánico. El susto empieza a hacer mella en Sergio, no sabe si alejarse o intentar calmarla. Los demás, asustados por los gritos,

han salido corriendo, casi han llegado cuando Fany se desploma. Sergio se da cuenta en el momento justo para que no caiga. Al llegar, el que está blanco y a punto de caer es Sergio.

—Ana, lo siento, no sabía que iba a reaccionar así, no le habrá dado un ataque al corazón, no la habré matado —Sergio está totalmente desconcertado.

Fernando le toma el pulso:

—Tranquilos, no le pasa nada, llevémosla junto a la fuente y le damos un poco de agua, es una simple lipotimia.

Sergio, aliviado, pero incapaz de sostenerse más, se sienta en el suelo, mete la cabeza entre las piernas y se echa a llorar.

—Menos mal, menos mal, si llego a matarla...

Luis, se agacha, le pasa el brazo por encima e intenta tranquilizarlo.

—Tranquilo, no has hecho nada, era un inocente juego, no podíamos esperar semejante reacción.

—Sí, debería haberlo imaginado, con lo que ha dicho de su país, seguro que creía que la iba a matar.

—Levántate, mira parece que ya se ha recuperado.

—Mejor no me acerco, igual la asusto.

—Tienes razón quedémonos aquí.

Mientras, han llevado en brazos a Fany, la han tumbado en el poyo y le han dado un trago de agua, va recuperándose poco a poco asistida por Ana y Fernando. Su prima intenta tranquilizarla:

—Tranquila Fany, todo es un juego, Sergio no quería hacerte nada.

Ella no puede hablar, mueve la cabeza de un lado a otro.

—No, ¿qué? —la interroga Ana.

—No Sergio —dice Fany con un hilo de voz.

—¿Puede venir Sergio? —pregunta Ana.

Fany mueve la cabeza de abajo a arriba repetidamente, mientras sigue sin poder hablar.

—Esto es ansiedad. A ver, Fany, hazme caso —ordena Fernando—, procura respirar muy lentamente y muy profundo, a ver sígueme. Coge aire —sube la mano lentamente— ahora suelta el aire —baja la mano—. Ahora repitamos.

En pocos minutos ha recuperado el color y el habla. Su prima le explica:

—Allí, con Luis, está Sergio preocupado por el susto que te ha dado. Lo siente de verdad.

—No, Sergio no ser, él no asustar —dice Fany.

—Ven ya, Sergio, no pasa nada —dice Ana.

Sergio se acerca y lo primero que hace es dirigirse a Fany.

—Lo siento Fany, no sabía lo que hacía, no quería asustarte, perdóname.

—Tú no susto, tú jugar, susto el hombre desnudo.

—¿Qué hombre desnudo? —pregunta Luis.

—Al mojar, yo vuelta, allí, en no luz, un hombre desnudo, ver todo.

—¡Ay Señor! será mejor irnos, el día ha sido demasiado fuerte para ti, con el hombre desnudo del Mugrón te has sugestionado y ya ves fantasmas —dice Ana bastante rápido.

—¿*Ghosts*? —responde Fany— no fantasma, ser verdad, yo ver con esto —se señala los ojos— ¿Tú no creer?

—Sí te creo, pero vamos a descansar a casa —dice Ana—. Perdonarme, ya veis, mejor que me retire.

—Voy a acompañarlas, si vais a estar en El Kilómetro me acerco después.

—Vale, sí, allí quedamos.

El pueblo está dominado por una montaña a la que todos conocen como «Muela», ese nombre, nada original, se debe a su forma, bastante escarpada pero con una cumbre extensa y prácticamente llana. El día de San Juan ha sido movido, durante la noche ha descargado una fuerte tormenta.

Un muchacho, de apenas 20 años, se despierta en la cumbre, totalmente desnudo, con el cuerpo mojado, apenas se puede mover, se siente confuso.

Intenta incorporarse, siente dolor en todos los huesos, pero lo peor es no poder mover apenas las articulaciones, es como si fueran de piedra, como si carecieran de toda elasticidad, el desplazarlas unos centímetros es una auténtica tortura, nota unos pinchazos como si le clavaran un cuchillo. Apenas logra incorporarse y sentarse sobre la piedra.

Por si fuera poco, a esas horas de la mañana, corre una pequeña brisa y está congelado, tiembla y siente su frente caliente, le duele la cabeza, está medio mareado, sin duda la fiebre se ha adueñado de él. Aunque ya sea verano, no se puede pasar una noche como aquella sin abrigo ninguno, a esa altura, al ventistate y mojado, no hay salud que lo aguante.

Se encuentra totalmente confuso, no sabe qué hace allí, no tiene ni idea de dónde puede encontrarse, jamás ha estado en ese sitio ni en ninguno parecido. Está consciente, vivo, pero no recuerda quién es, cómo ha ido a parar a un sitio tan inhóspito.

Trabajosamente alcanza el borde de la montaña desde el que puede vislumbrar un pueblo. Lo nota raro, los vehículos hacen mucho ruido y siente algo que le resulta inquietante, que le aconseja extremar la prudencia. Piensa que lo mejor será descender la ladera y esconderse en el bosque en espera de la noche, así le será posible acercarse más sin ser descubierto y poder saber la reacción de sus habitantes.

Llegada la noche, cuando la actividad en los huertos ha desaparecido, decide aventurarse en cruzar el río, Para su adentros piensa: «voy a probarlo, para empezar

tengo este trozo, es peligroso, cuando coja el camino, durante 300 metros no tendré dónde esconderme, por un lado, el muro es muy alto y por el otro el salto es demasiado grande, he de ir rápido y pasar el puente, al otro lado hay más sitios donde ocultarse».

Sale de la protección de los árboles y rápida y sigilosamente se desliza en dirección al puente. Piensa. si lo logro cruzar, es difícil que alguien me vea.

Cuando llega al puente, por la esquina de la última casa, aparece un hombre dando tumbos. Por unos instantes duda, se queda petrificado y se dice para sus adentros: maldita sea, me ha pillado, no me puedo echar atrás, estoy lejos del bosque, parece que va solo, supongo que le podré hacer frente.

—¡Saa las buenas nochees! ¿Quiiere un traagitoo de vinooo.

—No, gracias —contesta al mismo tiempo que piensa «está como una cuba, ni se va a enterar».

—¿Teeneee caloor?

—¿Qué dice?

—¿Queeé si seee ha quitaadoo laa ropaaa pooo eee tieeneee caloor.

—No, voy siempre así —dice mientras se mete en la oscuridad de unos huertos ya cruzado el puente.

—Pooos vayaaa, y doondeee meteeraa loos duroosss, esteee no leee gusuustaaa el viiino

Y sigue por otra calle, dando tumbos, tal como llegó.

Cuando el borracho se ha alejado el muchacho se dice en voz baja: «He tenido suerte, menuda borrachera, si dice algo, no se lo va a creer nadie». Retoma al camino subiendo por la vera del río para rodear el pueblo, mientras aprovecha los huertos para descansar de la carrera y el susto y para tomar algún fruto.

Escucha a lo lejos unas voces, decide acercarse con cuidado, aprovechando la sombra de los álamos y nogales que bordean el cauce. Decide esperar, ve que se trata de un grupo de jóvenes con el borracho de antes, como él pensaba no lo toman muy en serio.

Cuando el hombre se aleja dando tumbos en dirección al pueblo, decide acercarse un poco más para intentar escuchar su conversación y calibrar la posibilidad de que puedan ayudarle. Se acerca entre los árboles hasta una distancia prudente y se queda lo más quieto posible.

Súbitamente, del grupo sale una muchacha y un muchacho, entre gritos y risas, en dirección a donde se encuentra, el miedo le paraliza, no sabe si van en su busca, pero si se mueve seguro que lo ven. Decide intentar pasar desapercibido. Los dos pasan casi rozándolo, el muchacho echa el cubo de agua sobre la espalda de ella, esta se gira para hacerle frente, pega un grito terrorífico y su mirada se queda fija. El muchacho piensa: «¡Mierda!, me ha visto, mejor será que salga corriendo, ahí vienen los demás».

Corre hacia la oscuridad, escucha gritos, piensa que han salido en su persecución,

no se detiene, salta ribazos, cruza campos, no para hasta ver unos edificios y esconderse tras los muros. Agotado, se deja caer. «Los he despistado, menos mal —se dice a sí mismo— menudo susto, he metido la pata, cuando lo cuenten, a ellos sí que les van a creer, saldrán a buscarme, maldita sea. Mejor descansar un poco, cuando me recupere, continuaré, mejor salir más tarde, cuando todos se acuesten, buscaré algo de ropa. Aquí parece que hay ganado, puede que tengan algún mono de trabajo. Joder qué hambre, con el par de tomates no voy a ningún lado, para colmo la sed, ¿dónde voy a beber?, la única fuente que he visto es donde estaban los muchachos, no puedo regresar, seguro que es por donde primero van a buscar». Finalmente le puede el cansancio de los trajines del día y se queda dormido.

Dos disparos en la noche

El Kilómetro está en plena faena, los veraneantes han llegado a lo largo de los dos últimos días, están deseosos de encontrarse y no han dudado en salir a tomar la primera cervecita del verano. La noche invita a ello, la temperatura es agradable, la tormenta del viernes trae olores de monte que perfuman la terraza. El grupo más animado es uno de universitarios, espontáneamente hacen de actuación en directo, los demás parroquianos escuchan con gusto las canciones con que les obsequia Beli.

A Beli le encanta la música, siempre va acompañada de su guitarra, cuando llega el verano es el alma del coro del padre Antonio, el párroco, que disfruta del toque de modernidad que le da a sus misas. Es alta, delgada, su pelo castaño lo lleva muy corto, es la más joven del grupo, tiene 18 años, pero siempre ha sido muy precoz, ha ido con personas mayores a ella, encuentra sus conversaciones más sustanciosas.

Ha renovado su repertorio, las canciones de «Res no és mesquí» de Serrat, recién regresado de México, y «Un pueblo es» de María Ostiz, después del éxito en el Festival de la OTI, han ampliado el repertorio clásico de Paco Ibáñez, Raimond, Llach...

En estos menesteres se encuentran cuando llega la partida de caza de gambusinos. Se intercambian saludos, abrazos y besos.

—¡Hola Belisa! —saluda Fernando haciendo uso de su nombre completo, que sabe que le da rabia, y le da un par de besos.

Fernando es un amigo especial para Beli, desde hace tiempo piensa que no hay nadie tan interesante en la pandilla de los más jóvenes, le gusta hablar con él, es el único con el que congenia.

—¡Ay! Fernando, siempre con tus bromas, menos mal que no te da por Belisandra.

—Sabes que a mí me gusta llamarte Belisa, te va muy bien, significa «esbelta», además, tenemos la Belisa de Lorca.

—Pues vaya, se ve que piensas que no soy fiel.

—No pensaba en eso. Ya hablaremos, el verano es muy largo, ahora me voy con mis compañeros.

Casi al mismo tiempo que se sienta, llegan las que faltaban, las dos hermanas, Paqui y Cecilia, se parecen un montón, bajitas, delgadas, con un cuerpo bien formado, melena rubia y ojos azules. Paqui es la mayor, tiene la misma edad que los demás, 18 años, Cecilia es la benjamín, tiene dos años menos, va con la pandilla porque su hermana se la trae, sus padres lo quieren así, es una forma de que se recaten una por la otra.

—Vaya qué guapas —piropea Luis— os ha favorecido este curso, cada vez estáis más atractivas.

—Gracias, Luis, siempre tan halagador. ¿Lleváis mucho tiempo?

—No mucho, nos hemos visto está tarde —comenta Carmen— ya tenemos la

pandilla completa.

—Faltan aún Ana y Emilio —puntualiza Paqui.

—Ya han venido, sentaos ahora os cuento —les invita Carmen, señalando las sillas, y una vez acomodadas, continúa—, hemos estado con ellos, lo que pasa es que se han tenido que ir a casa...

—¿Les ha pasado algo? ¿No se encontraban bien? —pregunta Paqui.

—No, es que Ana se ha traído a su prima Fany de América... —empieza a contar Carmen.

—¿Que Ana tiene una prima en América? —interrumpe Cecilia.

—Sí, además, casi es de tu edad, ahora no serás la más pequeña —dice Fernando.

—¡Qué bien! Qué interesante, pero no sabía que Ana tenía familia allí, ¿sabe español? —se interesa Cecilia.

—Poco a poco. Fany es hija de su tío Manolo, el hermano de su padre, hace muchos años que conoció a una norteamericana, se casó con ella y se fue a la Universidad de Princeton, en New Jersey, de profesor de español —cuenta Carmen—. Por lo que me ha contado Ana, han venido a visitar a la familia, ver España y pasar el verano. Como era de esperar, se la han cargado a la prima. Sí que sabe español, pero le cuesta un poco, ya la conocerás es muy divertida. Mira, por ahí viene Emilio.

—¡Hola Emilio! —saluda Paqui— ¿no vienen Ana?, me ha contado Carmen que está con una prima.

—Sí, justamente por eso no puede venir Ana, les he acompañado a casa, Fany se ha pegado un susto morrocotudo, se ha desmayado y todo, que te lo diga Fernando que ha actuado de médico.

Fernando afirma con la cabeza y Carmen, que está deseando contarlo, se lanza, al mismo tiempo que Sergio oculta la cara entre las manos.

—Esta tarde, cuando estábamos aquí, he comentado que Ana había venido con una prima y se nos ha ocurrido... —cuenta toda la aventura con pelos y señales: la desafortunada caza, el chapuzón de Ana, la conversación con el Mugrón, el intercambio de cubos, la carrera... el caso es que cuando se recupera del desmayo, dice que no ha sido Sergio el que la asustó, que ha visto a un hombre desnudo, un exhibicionista.

Todos se ríen de la ocurrencia de Fany. Agustín, que está sirviendo la mesa, al escuchar el final de la historia, interviene diciendo:

—Pues el Mugrón ha estado por aquí hace un rato y también me ha contado que había visto un hombre desnudo en el puente, también es casualidad.

—De casualidad nada —dice Fernando— estuvo con nosotros y nos contó la historia y casi nos hace un desnudo integral, Fany temblaba de miedo, ¿a que sí, Emilio?

—Sí, se ve que no está acostumbrada a esas cosas, dice que en su país enseguida te salen con un cuchillo o una pistola y te mandan al otro barrio.

—Yo creo, que con lo del Mugrón se ha sugestionado y luego, con cualquier sombra, le ha parecido ver un hombre desnudo —puntualiza Fernando.

—¿Qué es eso del exhibicionista? —pregunta Aurelio a Agustín desde la otra mesa.

—Que te expliquen aquí, ellos se han encontrado con él —contesta Agustín señalando la otra mesa.

—¿Qué ha pasado Fernando? —pregunta Beli.

—Nada, que esta tarde... —y Fernando cuenta de nuevo toda la historia con un poco menos de detalle que Carmen.

—Pero, del Mugrón no puedes fiarte ni un pelo, más en el estado que iba, se ve que ha empezado temprano, y de la chiquilla, qué quieres que te diga, estaba muy afectada por el Mugrón, por lo que cuenta vive en un sitio bastante violento, para mí que ha visto fantasmas en su imaginación —concluye sonriéndose.

—Qué diver —participa Manolo— qué moderno está el pueblo, ya han llegado a Carije hasta los nudistas.

—A lo mejor era un hijo de la mar —añade Aurelio— casi desnudo, Beli, ¿no era algo así lo de Serrat?

—Supongo que te refieres a «Retrato», no es de Serrat, es de Antonio Machado, Serrat solo lo canta, ya que lo has nombrado...

Beli coge la guitarra, la afina y comienza a tocar y en unos segundos entona la canción:

*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla, y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierras de Castilla;
mi historia, algunos casos de recordar no quiero...*

Mientras interpreta la canción cerrando los ojos y metiéndose en situación, todos escuchan con atención y deleite.

*Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.*

—Cántanos alguna más, anda —pide Fernando, ferviente admirador de Beli.

Beli se queda pensando y pregunta:

—¿Qué os parece *el Bandoler*?

Los presentes afirman con la cabeza, Beli prepara su voz para poder hacer los bajos y los altos, tan exigentes en la composición, con la guitarra toca los primeros compases al mismo tiempo que toma aire y acomete la canción.

*Era el segle XIX,
amb el nom d'en Joan Serra
es coneix un bandoler
per tothom en "La Pera".
Li agradava la sang
i el xiprer encara recorda
tots els crits que allà han pregat:
"pietat, pietat"....*

Apenas ha comenzado la canción, se escucha un estampido, que la corta, y, casi seguido otro igual.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Beli.

—Suenan como dos disparos —contesta Fernando.

La comarca viene sufriendo, en los últimos tiempos, diversos robos de ganado, se sospecha que viene actuando una banda organizada, que cuenta con vías para deshacerse del género robado, la Comandancia ha avisado a todos los puestos para que estén atentos a corrales y mataderos. La noche del sábado le toca salir de ronda al cabo Eufronio y al número Calixto.

El primero, ya camino de la jubilación, luce a sus 54 años una pequeña tripa cervecera, pero no tiene un pelo de tonto, no por sus estudios, que por desgracia no pudo hacer, sino porque hace años que perdió todo el cabello. Es cabo, pero actúa de Comandante del pequeño puesto de Carije.

Su compañero es un número joven, de 26 años, recién salido de la academia de Baeza, él tiene estudios, ha hecho Magisterio, pero al no encontrar trabajo se alistó en el Cuerpo. Es moreno, alto y fuerte, pertenece a las nuevas hornadas que van entrando.

—Mi cabo, ¿usted cree que van a acercarse los ladrones por aquí? me parece que con el poco ganado que hay en el matadero no les compensa venir.

—Tiene razón, pero las órdenes están claras, hay que vigilar corrales y mataderos, si tuviéramos coche podríamos visitar algún corral, pero como lo tenemos estropeado, hemos de vigilar bien el matadero, las órdenes son las órdenes.

—Entonces, mi cabo, ¿vamos a pasar toda la noche aquí plantados?

—No sé de qué se queja, esto no es todo, nos acercaremos más tarde por El Kilómetro y por el río, no vaya a surgir alguna pelea o alguna pareja busque la oscuridad con malas intenciones.

—Mi cabo, no creo que seamos nosotros los que tengamos que intervenir en las relaciones sexuales de la gente.

—Me parece que es usted un poco comunista, porque soy bueno y no digo nada a la Comandancia, le iban a cantar las cuarenta.

Calixto se calla, sabe que en la Guardia Civil no puede llevar la contra a un superior, aunque después se pueda compartir una cerveza.

—Nuestra obligación, no lo olvide, es mantener el orden y la decencia es parte del mismo. En España no somos como los franceses, que se dedican a fornicar sin cuidarse de los Santos Sacramentos, afortunadamente, el Generalísimo ha mantenido a nuestra Patria al margen de esa epidemia, hoy somos la envidia de los decentes del mundo, o es que no se ha enterado usted, somos la reserva espiritual de occidente.

—Si usted lo dice mi cabo. —responde Calixto, resignándose a soportar la filípica de su jefe, por mucho que le quiera hacer razonar, es inútil, el cabo es un cabeza cuadrada. De repente, Eufonio, en voz baja, llama la atención al guardia.

—Atención Calixto, ¿qué es aquello que se mueve junto a la tapia del matadero?

Calixto, más rápido y con la vista más aguda, se fija y ve salir de detrás del matadero a una sombra:

—Alguien que huye —coge su arma y grita— ¡¡Alto! Guardia Civil.

Espera unos instantes y ve que quien sea no se detiene y dispara su arma al aire. Simultáneamente, el cabo Eufonio, se echa el arma a la cara, apunta y dispara. Un instante después, con un gesto de orgullo dice:

—¡¡Le he dado!! ¡¡Lo he cazado!!

El muchacho desnudo no tiene tiempo para descansar, apenas puede echar una cabezada, no ha pasado ni una hora cuando dos voces masculinas le despiertan, una de ellas parece enfadada, habla fuerte, con energía.

«Maldita sea, —piensa— vienen para aquí gritando sobre la decencia, ya verás cuando me pillen desnudo, hay que poner pies en polvorosa, a correr se ha dicho».

—Salta de su escondite y se pone a correr como un loco alejándose de las dos voces y pensando que o son muy rápidos o no le pillan. De repente se escucha:

—¡¡Alto! Guardia Civil.

Inmediatamente se oye un estampido seco, siente un dolor agudo en la pierna, cae al suelo al mismo tiempo que se escucha un segundo estampido, siente un fuerte golpe en la cabeza, un dolor como si le estallara, la vista se le nubla y deja de sentir.

El muerto

En Carije ha amanecido con niebla, promete un bonito día, es temprano, pero las labores de la tierra no esperan y menos en las fechas que corren, los campos piden todas las horas que se les pueda dar, por eso, aunque sea domingo, a El Kilómetro no le faltan sus clientes de primera hora, aquellos que antes de dirigirse a sus labores se pasan a calentar el cuerpo, a matar el gusanillo. La terraza permanece desmontada, no hace falta hasta bien avanzada la mañana, cuando termine la misa y acuda la gente a tomarse el aperitivo. Por ahora es suficiente con la barra.

—Me han contado que en Piedrablanca le robaron 30 borregos al Eufrasio, con esto de la democracia esa no sé dónde vamos a llegar.

—Qué me vas a decir, Basilio, eso es el pan de cada día, es cierto lo del Eufrasio, la semana pasada les tocó a los de Rodana y cualquier día te toca a ti o mí.

—Y mientras tanto, los comunistas matando a los Guardias Civiles, cómo van a cuidar de nuestros ganados si ya tienen suficiente con que no les maten. Con ese señoritingo del Suárez, y las zarandajas de que si constitución, si elecciones... Todo paparruchas, lo que falta es mano dura.

—Ahora que lo dices, te has enterado que anoche la Guardia Civil se cargó a un ladrón de dos tiros.

—¡Bien hecho! eso es lo que hace falta, un tiro y verás cómo no vuelven a robar, si pudiera, salía con la escopeta y no dejaba a uno vivo, como te digo, lo que hace falta es mano dura. Pero si han dejado libres hasta los comunistas, si esos matacuras andan por las calles, seguro que se dedican de nuevo a violar a monjas.

—Hombre no exageres, no creo que sea para tanto.

—¡Que no! Ya verás, no han pasado tres meses y ves arrastrada por la calle a la virgen y la iglesia ardiendo. Si el otra día vi en la tele al comunista ese, el que mató a tantos cerca de Madrid, ¿cómo se llama?...

—¿Carrillo?

— Eso es. Ya sabía yo que era algo de comer. Pues sí, estaba en la televisión y decía que lo votáramos que ahora les tocaba mandar a ellos, hasta con la hoz y el martillo se presentaba.

—Sí, sí, lo vi

—Si Franco levantara la cabeza. Estos sinvergüenzas del Gobierno van a acabar con todo lo que se ha conseguido en estos cuarenta años, ya verás, en cuanto lleguen los comunistas te quitan la tierra, la casa, los borregos y el tractor y se lo quedan todo.

—Tranquilo Basilio, que te pones muy alterado —dice Agustín.

Otro hombre que estaba sentado al otro extremo de la barra tomándose una cazalla, intervino aclarando el incidente de la noche anterior.

—Me han dicho que al que disparó la Guardia Civil anoche no era un ladrón, era un exhibicionista, un muchacho que iba por ahí desnudo.

—¡No te digo yo! —retoma Basileo— a dónde vamos a llegar, cómo no van a salir muchachos en porreta, si ya no hay vergüenza, ahora hacen todos lo que les da la gana. Pero si te encuentras a los novios por la calle cogidos de la mano, no hay decencia, Ahí también tienes tú la culpa, Agustín, me han contado que anoche, en tu terraza, delante de todos, una chica le dio un beso en la boca a un mozo, será zorra la chiquilla.

Agustín se limita a contestar levantando los hombros.

—No te hagas el tonto, tú con tal de ganar dos duros... si ya sé que aquí por la noche los comunistas se dedican a cantar canciones revolucionarias, cualquier día me cambio de bar.

—Anda, anda, Basilio, a trabajar, que se te pasan las coles, hoy te invita la casa.

—Tienes razón, se me va a pasar el turno de riego —dice Basileo al mismo tiempo que abandona el bar.

—Buff, ¡cómo se pone! da miedo —comenta el hombre de la esquina.

—Y vosotros le seguís la corriente, con lo fácil que es picarle el billete — responde Agustín.

—Le he sacado lo del exhibicionista para ver si se despistaba de lo de los robos, pero ha sido peor —añade el hombre de la esquina.

—Ahora que nombras lo del exhibicionista, ¿sabéis que anoche un grupo de jóvenes estaba aquí contando que un hombre desnudo había asustado a una muchacha? —dice Agustín hablando con el hombre de la esquina.

—No me digas y ¿le hizo algo?

—No, solo le dio un susto, estaba con su prima y toda la pandilla.

—¿Quién era la muchacha?

—La hija de Manolo, el hijo de Antonio, el *juanlanas*, el que se casó con una americana y se fue.

—Pues vaya recuerdo de España que se va a llevar la moza, eso seguro que no le pasa en su país, allí están más adelantaos, hasta van a la Luna.

—Tampoco creo que sea tan grave. Hablando de otra cosa, ¿sabes si lo han matado o no?

—Si quieres que te diga, no tengo ni idea, pero vivo o muerto lo han trincao.

—Y ¿no te han dicho nada más por ahí?

—Por lo visto, esta mañana, muy temprano ha estado el médico y han llamado al forense y al juez.

—Mala pinta tiene, suena a que se lo han cargado.

—No sería raro, uno de los guardias que participó fue el cabo Eufronio, ya lo conoces, es de vieja escuela, de los de primero disparar y luego preguntar, no se anda con chiquitas.

—Pues pobre muchacho, no creo que ir desnudo sea motivo suficiente para que te descerrajen un tiro. Otra cosa es cogerlo, tenerlo una temporada a la sombra y que comprenda que no se puede ir por ahí en porretas. Por cierto, ¿tiene algo que ver con

el pueblo?

—Yo creo que no, alguien que lo conozca no se va a meter a esconderse en el matadero. Desde que pillaron a aquellos muchachos que entraron a torear a una cabra, la Guardia Civil se suele pasar todas las noches, y más ahora con los robos de ganado.

—Más vale así, que no toque la desgracia a ninguna familia del pueblo.

En la plaza, *la Fraila* acaba de abrir su bodega, una reliquia de otros tiempos. Una pared está ocupada por tres grandes tinajas de barro con vino, en la otra pared se apilan una montaña de cajas de cerveza, precedidas de una fila de garrafas, al fondo, un estante viejo, apenas sujeta una colección de botellas diversas, algunas con auténtica solera, delante un mostrador, a modo de barra, cubierto por una piedra de mármol. Es una institución en el pueblo, el único sitio donde puede comprarse vino a granel.

Al patrimonio de Carije también pertenece su dueña, Agustina, apodada *la Fraila*, su edad no la conoce nadie, ni ella misma, pero está claro que los años son muchos. De estatura baja y pelo totalmente blanco, ha de subirse a una tarima para poder hacer las cuentas con un lápiz, mediante palotes, sobre el mármol. Su peso y las varices que llenan sus piernas le hacen dificultoso el movimiento.

Al poco de abrir la bodega entra Rosa, a pesar de sus 50 años, y de que ha perdido la línea, sigue mostrando la belleza que trajo loco a más de un hombre.

—¡Hola Agustina!

—¡Hola Rosa! ¿qué va a ser?.

—Dame un par de botellas de Cariñena, hoy tengo invitados y quiero poner un vino mejor.

—Llévate este de Villarrobledo, está muy bueno.

—Me fiaré de ti. Dame un kilo de arroz, voy a hacer paella, no me quiero quedar corta...

En ese momento entra María, una mujer mayor, bajita y delgada, con el pelo blanco con unas pequeñas calvas.

—¿Os habéis enterado de lo de anoche...?

—No, ¿qué pasó? —pregunta Agustina.

—Anoche la Guardia Civil pilló a un exhibicionista, ¿no escuchaste los disparos?

—Pero ¡qué dices, María!, yo no me entero de nada, ya sabes que estoy un poco teniente.

—Ahora que lo comentas, algo oí, pero pensé que eran unos petardos, ya sabes la de muchachos que vinieron ayer, cuenta, cuenta —interviene Rosa intrigada.

—Me han dicho que un hombre joven andaba desnudo por ahí, creo que lo vieron por Bondía un grupo de muchachos...

En ese momento entra Doña Marisa, ya perfectamente arreglada para misa.

—Buenos días —saluda doña Marisa— qué alegría en verlas de nuevo.

—Yo también, ¿hace mucho que han llegado? ¿han venido ya para todo el verano? —pregunta Rosa.

—Llegamos el viernes, yo me quedaré con Beli, Don José ira y vendrá, aun le quedan algunos asuntos que terminar. Ya saben que nos gusta mucho el pueblo, está una mucho más tranquila.

—Pues no sé qué decirle —dice María—, el pueblo no es tan tranquilo como antes, ya están llegando las modernidades, ahora mismo les estaba contando que ayer la Guardia Civil disparó contra un exhibicionista.

—Pero ¡qué me dice! un exhibicionista en Carije, ¡Virgen Santa! —dice doña Marisa al mismo tiempo que se santigua— ¿seguro que no era un violador?

—No lo sé, lo que sí sé seguro es que iba totalmente desnudo —continúa María— si lo encuentro en la calle me da un patatús, lo peor es lo que pueda hacerte, igual te viola.

—Pues si yo me lo encuentro y se acerca lo suficiente le suelto una patada en sus partes y le pongo los huevos de corbata, se le iban a quitar las ganas de desnudarse por una buena temporada —apunta Rosa, mucho más dispuesta.

—¡Santo Cristo de la Sangre! ¡Pastora Bendita!, a dónde vamos a llegar, y yo con una hija pequeña por esas calles —exclama asustada Doña Marisa.

En un rincón de la barra les está escuchando el Mugrón, que se está tomando la «primera». Al escuchar a las mujeres interviene contando su versión.

—Yo lo vi ayer.

—Pero qué dices Mugrón —dice Agustina

—Que lo vi anoche, en el puente de Bondía, me dijo que nunca llevaba ropa... para mí que tenía calor... pero no le gusta el vino... no se echó un trago... además... donde iba a llevar los cuartos para pagar...

—Pero que dices Mugrón —contesta Agustina medio riéndose.

—Lo juro, lo vi con estos ojos —responde un poco enfadado.

—Mugrón, tal como ibas anoche eras capaz de ver desnudo a toda la corte celestial, como en la sistina esa —apuntilla Agustina.

A Beli le gusta madrugar en verano, así tiene más tiempo, ya ha terminado con sus faenas y antes de vestirse para ir a misa aprovecha para leer un rato sentada en la butaca del salón. Escucha que la puerta se abre, alguien entra y grita.

—¡Hola! ¿hay alguien en casa?

—Sí, estoy aquí mamá, en el salón.

Entra Doña Marisa y la ve en el sillón repantigada, leyendo y aún con el pijama.

—¿Qué haces ahí sin vestir? tendrás que arreglarte para ir a misa.

—Tranqui, mamá, aún hay tiempo, yo me arreglo en diez minutos, no necesito tantos requisitorios como tú.

—Claro, siempre vas hecha un adefesio, siempre con los vaqueros, como si no tuvieras otra cosa, pareces un chicote, a ver cuándo te vistes como una mujer, esto no es la facultad, aquí se fijan mucho en esos detalles y has de ser consciente de la imagen de la familia.

—Por favor, mamá, déjame de rollos, si no les gusta que se aguanten.

—Desde luego, no comprendo cómo te gusta presumir tan poco.

—Vale, vale, ¿qué se cuentan por ahí? —pregunta Beli cambiando de tema.

—No mucho, toda la gente habla de lo mismo, que anoche la Guardia Civil pilló a un muchacho desnudo junto al matadero. Por lo visto le dispararon.

—Ahora que lo dices, anoche, mientras estábamos en el Kilómetro, escuchamos dos disparos, seguro que eran esos, sonaron por esa zona.

—Yo ni me enteré, aunque no es raro, pilla lejos y tu padre estaba con el partido, ya sabes cómo le gusta poner el volumen, parece que estés en el campo.

—Ahora que me acuerdo, por lo que contaron los de la pandilla de Fernando, ellos lo vieron en la fuente de Bondía un poco antes.

—¿Y no dijeron nada?

—No, pensaban que no era cierto, por lo que entendí, solo lo vio la prima de Ana, la que vive en América, que poco antes la había asustado el Mugrón. Por lo que decía Fernando, era fruto de su imaginación, que estaba sugestionada, por eso no le dieron importancia y no lo denunciaron.

—Pues al final ha sido verdad, gracias a Dios que no te pasó a ti, no sabes lo presente que te tengo en mis oraciones.

—Mamá, no dramatices. ¿Al final qué pasó?.

—Unos daban una versión y otros otra, por lo visto acudió el médico, al menos está herido, pero hay quien dice que le mato el cabo Eufronio.

—Pobre muchacho, con lo mala bestia que es Eufronio.

—Más respeto, niña, el cabo Eufronio es un Guardia Civil y el muchacho ese era un sinvergüenza.

—Pero mamá, ir desnudo no es motivo para que te maten.

—Puede que sea excesivo, pero hay que hacer algo por evitar la degradación de los valores cristianos. Nos hemos vuelto locos, si hasta en los cines hacen películas pornográficas, con tanta apertura, todo el mundo ha visto a María José Cantudo como su madre la trajo al mundo.

—Por favor, mamá, ya estamos con lo mismo, deja que cada uno vea lo que quiera, nadie te obliga a que tú lo veas. A mí me da lástima el muchacho ese, puede que fuera un vicioso, pero lo verdaderamente cristiano es intentar corregirlo.

—¡Qué me vas a contar de cristianismo! quién eres tú para hablar de eso.

—No es lo que digo yo, pregúntale al padre Antonio, verás lo que te dice.

—No me extrañaría que dijera lo mismo, ¡qué se puede esperar de un cura sin sotana y con una melena que más parece una chica que un cura!

—Como digas mamá —dice resignada.

—Por cierto, ayer, mientras estabas fuera te llamó Arturo, que le llames.

—Vale al mediodía lo llamo.

—Tú cuídate con Arturo, un muchacho como ese es difícil de encontrar, tan formal, tan estudioso y de buena familia. Cualquiera día se cansa de ti, yo creo que deberías guardar ausencias.

—Mamá, eso ya no se lleva.

—Claro, no me gusta, no se lleva, donde está el espíritu de sacrificio —dice Doña Marisa mientras se dirige a su dormitorio.

Esa mañana, a primera hora, está revolucionado el cuartel de la Guardia Civil, permanecen los seis guardias del cuartel y desde la Comandancia han mandado a un teniente a cargo de un destacamento de atestados. Por esas tierras no es habitual que se hagan dos disparos y existan bajas civiles, es todo un acontecimiento. El cabo Eufonio, como responsable, está nervioso y preocupado, ha de dar cuentas ante un superior.

—Lo primero que necesitamos es identificar al individuo y ver si tiene antecedentes, tómenle las huellas y una fotografía, aquí tiene una polaroid, sáquenle desde todos los ángulos posibles, me tengo que llevar todo —ordena el teniente

—¡A sus órdenes, mi teniente! ahora mismo voy —contesta el cabo Eufonio.

—Usted no se mueva, que lo hagan los guardias

—¡A sus órdenes, mi teniente! Calixto, saque las huellas digitales y las fotografías.

—¡A sus órdenes, mi cabo!

—Vamos a necesitar un informe muy detallado de lo sucedido, en cuanto pueda me lo redacta y me lo manda urgente, ha de indicar todo lo de su interceptación, justificando con toda claridad cómo y por qué se hicieron los disparos, es preciso especificar el uso de cada bala que sale de la recámara. Lo han de firmar tanto usted como el guardia Calixto, si no concuerdan que él exponga su versión. Esto no excusa de que el juez, cuando venga, les tome declaración.

—¡A sus órdenes mi teniente!

—Vamos a ver, necesito también todo lo que se le haya requisado y una relación de los objetos.

—Eso es muy sencillo, mi teniente, ya está hecho, como iba desnudo no llevaba nada, el único objeto es este audífono que tenía en su oreja. Si se lo quiere llevar.

—¿No le hace falta para oír?

—Es raro, pero oye perfectamente sin él.

—Siendo así, me lo llevo, además qué curioso, es diferente a todos los que conozco, lo mandaré al laboratorio, que el técnico lo examine, a ver si puede aportar un poco de luz de quién se trata. La pena es que está de vacaciones y tardará un poco, pero no creo que sirva de mucho. Supongo que habrá llamado al forense y al juez de

guardia.

—Por supuesto, mi teniente, nada más llamar a la Comandancia, llame a ambos.

Ya es media mañana, el cuartel sigue siendo una casa de locos, acaban de llegar el Juez de lo Penal de la Audiencia, encargado de la instrucción, Don Seberiano Palacios y lo acompaña el forense Don Manuel Fenollosa. A su llegada sale el cabo Eufronio.

—A sus órdenes sus Señorías.

—Supongo que usted es el cabo al mando del cuartel, yo soy Seberiano Palacios, instructor de este caso y este que me acompaña, Don Manuel Fenollosa, médico forense, ha de levantar acta del muchacho.

—A sus órdenes Don Seberiano, a sus ordenes Don Manuel, ¿en qué puedo servirles?

—Necesito ver al muchacho, tengo que examinar detenidamente sus heridas para descartar posibles abusos policiales, no están las cosas para chiquitas. Es imprescindible para levantar la correspondiente acta de Hábeas Corpus y de daños. ¿Pueden indicarme dónde puedo examinarlo?

—A sus órdenes Don Manuel, tendrá que ser en la celda, es donde lo hemos llevado, nuestro cuartel es pequeño y carece de las instalaciones apropiadas.

—No hay problema, me puede guiar.

—A sus órdenes, acompañeme.

—No, usted espere tengo que interrogarles al guardia Calixto y a usted, mande a otro guardia —interviene el juez.

—A sus órdenes. Raúl, acompañe a Don Manuel a la celda del muchacho.

El forense se dirige hacia el fondo acompañando al guardia encargado de guiarlo.

—Voy a necesitar un lugar tranquilo donde tomar declaración —pide el juez

—A sus órdenes Don Seberiano, creo que el mejor sitio será mi despacho, es pequeño pero allí tendremos tranquilidad.

—Perfecto, empezaré con usted, el guardia Calixto que espere aquí fuera, ha de pasar a continuación.

El juez y el cabo se meten en el despacho, mientras Calixto se queda todo nervioso en la puerta pensando: tengo que contar la verdad, ya veremos cómo se lo toma el cabo, esto me va a complicar la existencia.

La resurrección

Beli ha acudido, como todos los domingos, al coro de la iglesia, a amenizar la misa, en invierno lo hace en su colegio y en verano en la parroquia, es algo que le llena, una buena ocasión de hacer algo práctico aprovechando sus aptitudes musicales. Durante toda la mañana no puede quitarse de la cabeza lo contado por su madre. El muchacho tenía más o menos su edad, ocurrió tan cerca de donde estaba, lo siente alguien próximo, le dan escalofríos solo de pensar que puede haber perdido la vida de un tiro. En la puerta ve a Fernando, se acerca a él, sabe que es amigo de Calixto y puede que sepa más.

—Hola Fernando.

—¿Qué hay Belí? —contesta dándole dos besos.

—Yo, ya ves, bien, a descansar un poco, ya sabes que me gusta mucho el pueblo, lo encuentro mucho más familiar que la ciudad.

—¿Bajamos al Kilómetro a tomar una cervecita?

—Vale, hasta la comida aun falta, además, mis padres no me dicen nada cuando estoy contigo. ¡Están de un pesado! —dice con cara de asco, al mismo tiempo que se ponen a caminar.

—¿Y Arturo?

—Pues bien, ahora nos toca separarnos, así lo cogemos con más ganas —dice entre amargura y risas— él se va a la playa, sabes que su familia procede de allí y tienen un caserón precioso, me gustaría ir unos días, pero ya conoces a mis padres, de eso nada. Vendrá para las fiestas de septiembre.

—Me alegro, la cosa va en serio, ya lleváis más de un año juntos.

—La verdad es que sí, congeniamos mucho y afortunadamente a mis padres les cae muy bien, dicen que es un buen partido, aunque eso me da un poco de rabia. Pero —cambia de tema— ¿qué sabes de lo de anoche?

—¿Del muchacho? —y sin esperar contestación— pues lo que cuentan por ahí, que la Guardia Civil le disparó junto al matadero y que lo metieron en el cuartel en camilla, he intentado hablar con Calixto, pero no hay forma, todos están acuartelados.

—¿Pero está vivo o muerto?

—Yo creo que debe de estar vivo, sé que esta noche ha ido el médico al cuartel.

—También pudieron llamarlo para firmar la defunción.

—Tienes razón, se ve que quiero verlo vivo.

—No te fastidia, y yo, cuando me lo ha dicho mi madre me ha impresionado un montón, hoy en misa he pedido por su salvación, nada más de pensar que pudierais ser alguno de vosotros me dan ganas de llorar.

—Ya ves, poco puedo contarte, según me ha dicho Rafael, el de la tienda de enfrente del cuartel, hay un movimiento grande, a primera hora ha llegado una furgoneta de la Guardia Civil con más guardias y un jefe.

—Se ve que no es cualquier cosa, no es algo que se quede aquí en el pueblo.

—Qué va, el tema dará que hablar todo el verano. Además, ha venido un cochazo con chófer y dos señores muy elegantes que aún no han salido.

—Ojalá solo esté herido, pero no me gusta nada, un herido de bala lo habrían llevado en ambulancia a un hospital.

—De ambulancias no me han dicho nada, ni lo han nombrado en la radio, he estado atento. ¿Nos sentamos?

—Sí.

—¿Qué vas a querer?

—Pues una cerveza. Ahora que me acuerdo, vosotros lo visteis anoche, ¿no?

—Bueno, estábamos allí, pero verlo, lo que se dice verlo, solo lo vio Fany.

—Lo que sí que es raro es lo de que fuera desnudo, no tiene mucho sentido, sabes que los exhibicionistas suelen llevar una gabardina para abrirla y dar el susto.

—Ya, será todo lo raro que quieras, pero Fany afirma que iba en pelota picada, aunque la muchacha es bastante sugestionable

—Pues ya nos enteraremos. ¿Y tú qué?, ¿te decides a buscarte novia o no?

—Qué ganas que tenéis de casarme.

Don Manuel Fenollosa entra dentro de la pequeña celda donde el muchacho está tumbado en una cama no muy grande y dice.

—¡Hola! ¿Cómo te encuentras?, soy el médico forense y tengo que cerciorarme de que te tratan bien.

—¡Hola! —contesta el muchacho incorporándose un poco dolorido.

—Por favor, Raúl, salga y cierre la celda, tengo que hablar a solas con él, compréndalo.

—A sus órdenes —el guardia se retira y cierra.

—Te voy a hacer unas preguntas, ¿te importa?

—No.

—¿Cómo te llamas?

—No lo sé, no logro acordarme.

—¿De dónde eres?

—Tampoco lo sé, lo siento, me acuerdo de despertarme ayer por la mañana en lo alto de la montaña, mojado y desnudo, de antes de ese momento no me acuerdo de nada.

—A ver, cuéntame todo lo que ocurrió ayer con el mayor detalle posible.

El muchacho le cuenta todas sus peripecias hasta los disparos.

—Entonces, ¿no te caíste por efecto de los disparos?

—No, señor, me caí al tropezar con una rama, entonces me hice la herida de la pierna, caí de narices, me golpeé con una piedra en la frente, todo se hizo borroso y perdí la consciencia.

—¿Cuándo te despertaste?

—No debí de tardar mucho, estaba tumbado en el mismo sitio, con la cabeza arriba, apoyada en una chaqueta y otra tapándome, junto a mí había un hombre joven con uniforme.

—¿Te chilló o te golpeó?

—No, no, estaba arrodillado a mi lado y pretendía que me despertara, me trataba bien.

—¿Cómo te trajeron aquí?

—Vinieron más hombres uniformados y me trajeron en camilla.

—¿Aquí te han tratado bien?

—Sí, vino un médico que me limpió y vendó las heridas.

—Ahora te las veré yo. Por cierto, según pone aquí, tenías un audífono, pero no se nota ninguna sordera, parece que te funcionan bien ambos oídos, de todas formas te haré la prueba. ¿Has comido?

—Sí, me trajeron comida, tenía mucha hambre, llevaba todo el día sin comer.

—Vamos a examinarte.

En el despacho del cabo, el juez se dispone a interrogarle. Se sienta en el sillón, abre la cartera y saca unas hojas y una pluma y le indica que se siente en la silla de enfrente.

—Dígame qué pasó a partir de que vieron al muchacho.

—Pensamos que era un ladrón de ganado y fuimos a detenerlo. El guardia Calixto dijo «¡Alto, Guardia Civil!», disparó con su fusil al aire y yo, a continuación, disparé mi arma. Nos acercamos al muchacho y vimos que estaba tumbado en el suelo, con la cabeza llena de sangre. Lo giramos, el guardia Calixto le puso los dedos en el cuello, me dijo, «menos mal, está vivo, yo lo cuidaré, vaya al cuartel y llame a otro guardia traigan las parihuelas». Entonces...

—Espere, aclaremos algunas cosas

—Antes de disparar, ¿vio que el muchacho iba desnudo?

—Sí.

—¿Los ladrones de ganado suelen actuar en esta comarca desnudos?

—No, supongo que no.

—¿Por qué pensó que era un ladrón?

—No lo sé, era lo lógico al ver que se escondía y huía.

—Piense por un momento que es un muchacho que ha ido a una poza del río, se ha bañado desnudo y alguien se ha llevado la ropa. ¿Iría escondiéndose?

—Supongo.

—¿Qué haría usted si se viera en esas circunstancias?

—Esperar a la noche e intentar llegar a mi casa a escondidas, sin que nadie me viera.

—¿Podría ser el caso del muchacho?

—Sí.

—Ha contado que el guardia dio el alto y disparó al aire. ¿Cómo disparó usted?, ¿al aire o al cuerpo?

—Al cuerpo —dice viendo su error.

—¿Es consciente de que podía haber matado a un muchacho inocente?

—Sí, he metido la pata, esto va a terminar con mi carrera.

—Podría hacerlo, pero en atención a lo cerca que está de la jubilación y la impecable hoja de servicios, si al guardia Calixto le parece y el forense no ve indicios de delito, habrá disparado al aire. Pero desde luego, cuídese mucho a la hora de usar su arma.

—Continuemos, según parece, el guardia Calixto le daba órdenes, ¿cómo es eso?

—Yo no sabía qué hacer, lo reconozco, él sabe más que yo, le tomó el pulso y vimos que estaba vivo, él ha hecho socorrismo, tenía que regresar yo, él no se insubordinó, me lo decía como compañero.

—Ya lo supongo, hicieron bien.

—Que pasó después.

—Trajimos al muchacho, lo metimos en la celda, mandé a un guardia a buscar al médico, lo curó y le dio los puntos, el certificado lo tiene la Comandancia.

—¿Mientras llegaba el médico qué hicieron?

—El guardia Calixto se quedó con el muchacho cuidándolo y tranquilizándolo. Yo llamé a continuación a la Comandancia, desde donde me mandaron la Unidad de Atestados y a ustedes para que iniciaran el sumario. Cuando vino el médico, el guardia Calixto dijo que si podía acercarse a casa a por ropa civil para el muchacho y le di permiso.

—Vale, todo correcto.

—A ver lo que dice su compañero y el doctor. Haga pasar al guardia Calixto.

Pasado un rato, sale de la celda el médico forense, se encuentra al cabo bastante preocupado e inmediatamente lo pregunta:

—Me permite, ¿cómo está el muchacho?

—El muchacho está bien, las dos heridas carecen de importancia, de hecho puede hacer vida normal, está claro que se le ha dado buen trato, sus heridas no son consecuencia de los disparos. Si me dejan una mesa, voy a redactar el informe forense.

—Siéntese aquí.

Minutos después sale Calixto acompañado del juez. Este último se dirige al médico y le pregunta:

—¿Qué hay del muchacho, Manolo?

—Ningún problema, son heridas al caerse, no hay heridas de bala ni malos tratos, al contrario el muchacho dice que ha sido muy bien tratado. Una cosa curiosa es que

pese a que se le ha encontrado un audífono, no tiene problemas en ningún oído. Lo que no comprendo es que sufra de amnesia, no se le ve ningún golpe que la justifique, el único golpe, el que se dio al caer, carece de importancia y además el problema viene de un día antes, pudiera ser consecuencia de un *shock* psicológico. Yo aconsejaría abrir una investigación para averiguar quién es.

—Entonces vamos a tomar resoluciones. Primero, dado que las declaraciones coinciden —dice el juez guiñando un ojo al cabo y este una mirada de agradecimiento a Calixto— voy a proponer que se sobresean los expedientes internos, lo que transmitiré a la comandancia.

—En segundo lugar, parece ser que el muchacho, aunque iba desnudo, no realizo gestos obscenos, con lo cual no entra dentro de los supuestos de exhibicionismo. Por lo que se sabe, aunque iba desnudo, no lo hizo voluntariamente e intentó ocultarse, por tanto, no cabe abrirle juicio de faltas por escándalo público. En consecuencia, acordamos dejarlo en libertad sin cargos, aunque deberá estar localizable, como posible testigo de su propia desaparición, y a disposición de las autoridades para facilitar cuanta información le sea requerida.

—Me permite señoría —interviene Calixto

—Dígame.

—Hay un problema, el muchacho no sabe de dónde es ni quién es, aquí en el cuartel no puede estar, la celda no reúne condiciones y en la calle no tendría modo de subsistir.

—Pues en ese caso habrá que llevarlo a un albergue de caridad en la ciudad.

—Disculpe, pero el muchacho, por el rato que he pasado con él parece buen muchacho y es muy educado, el meterlo en sitio así es muy arriesgado siendo tan joven, ya sabe... Si me lo permitieran me gustaría alojarlo en casa.

—Por mí no hay ningún problema. ¿Está todo claro?

—Sí señor juez —dice el cabo

—¿Nos vamos Manolo?

—Vamos, con un poco de suerte llegamos a tiempo de comer con la familia, ya sabes que los domingos.

Mientras, Fernando y Beli continúan su conversación al resguardo del sombrero, llega Calixto buscando a Fernando.

—Hola Fernando, Hola Beli, ¿os importa que me sienta con vosotros?

—¡Qué va! si hace poco estábamos hablando de ti —le contesta Fernando.

—Gracias —dice sentándose—. He pasado por tu casa y me ha dicho tu madre que de misa te habías venido aquí. ¿Qué decíais de mí?, seguro que algo malo.

—No, Beli y yo estábamos comentando sobre el rumor que corre por el pueblo del muchacho al que disparasteis anoche. Nos lo tienes que contar, que estamos intrigados, ¿está muerto o vivo?

—Venía a hablarte de eso mismo, la gente exagera enseguida, el muchacho está perfectamente, un golpe en la pierna que se hizo al tropezarse con una rama y un par de puntos en una brecha que se abrió con una piedra al caer. Nada de importancia.

—No sabes lo que me alegro, era una noticia que me daba escalofríos —dice Fernando.

—Yo también he estado muy preocupada, son cosas que ves a menudo en las noticias, pero así, tan cerca, escuchando los disparos, impresiona mucho más. Por cierto, si has de hablar a solas con Fernando me voy a casa.

—No, quédate, si puedes escucharlo perfectamente. Es que me he metido en un pequeño follón, me he comprometido a alojar temporalmente al muchacho.

—¿Cómo es eso?

—Os lo explicaré desde el principio. Anoche cuando estábamos de ronda... —comienza y les cuenta todo lo sucedido la noche anterior.

—Entonces, ¿no se acuerda de nada? —pregunta Beli, algo preocupada.

—No sabe nada de lo que ha vivido, pero se acuerda de las cosas, de lo estudiado, sabe leer y se nota que tiene una buena cultura.

—¡Qué raro! —dice Fernando—, entonces, te lo vas a llevar a vivir a tu casa, ¿nos dejarás conocerlo?

—Es más, te buscaba a ti Fernando para que te hicieras un poco cargo de él. Yo tengo bastante trabajo en verano, sabes que no suelo tomarme las vacaciones hasta septiembre, y no voy a poder atenderlo la mayor parte del día, necesito alguien como tú, que esté de vacaciones, para que salga y se relacione con los demás, es, más o menos, de vuestra edad, no me gustaría que se quedara encerrado en casa todo el día dándole vueltas a lo suyo.

—Pues no tengo ningún inconveniente, el pobre ya tiene bastantes problemas como para quedarse solo. Lo que pasa es que estos días tengo que estudiar y tendré pocos ratos y el jueves, tengo que ir a la ciudad a examinarme.

—Pues ya veré como me las apañó.

—Si no os importa, puedo echar una mano, yo ya no tengo nada pendiente y tengo mucho tiempo, además, desde esta mañana cuando me lo ha dicho mi madre, estoy dándole vueltas a lo que le habría pasado, me parece interesante su compañía y poder hacer un favor a alguien tan desvalido lo siento como una obligación.

—Me parece bien, por el tiempo que he estado con él parece muy respetuoso y educado. De lo que ha dicho por ahí la gente de si es un ladrón, un violador o un exhibicionista, nada de nada, puedes estar segura.

—Ya me lo imagino, aunque ya veremos la gente —dice Beli— son muy desconfiados y les gusta el morbo, ya veremos cómo lo admiten.

—Yo no creo que en mi pandilla haya mucho problema, ya les pondré en antecedentes, confío en que lo acepten —apunta Fernando—, la que más me para es Fany, no sé cómo se lo va a tomar.

—¿Quién es Fany? —pregunta Calixto

—La prima de Ana, la que vive en Estados Unidos, es la que lo vio desnudo en Bondía, ya veremos cómo lo recibe.

—No sabía que era a vosotros a los que les dio el susto, si tienes algún problema, me lo dices y buscaré otra solución.

—Por lo menos lo intentaré, ¿cuándo quieres que vaya a conocerlo?

—Hoy voy a estar en casa, ahora, al comer lo recogeré, ha de acomodarse, de momento le he prestado mi ropa, él también es alto, pero es más delgado, le viene un poco ancho, mañana iremos a comprarle algo. Si te parece bien puedes venir a última hora de la tarde, así se despeja, que lleva dos días muy malos.

—Nosotros iremos a cenar de sobaquillo, le diré a mi madre que prepare dos bocadillos. Me llevaré unos pantalones y una camisa, tengo muchos, yo soy más estrecho y puede que le venga mejor.

—Me parece bien, pero que tu madre no se preocupe del bocadillo, yo se lo prepararé y le daré dinero para que pueda tomarse lo que quiera.

—OK, entonces, ¿a las ocho? —dice Fernando

—Sí, cuando puedas.

—¿Puedo ir yo? —pregunta Beli—. Me hace ilusión conocerlo.

—No hay ningún problema, así mejor, que se vea arropado por más gente, que no se vea tan dependiente.

—¿Cómo se llama? —pregunta Beli.

—No se acuerda, no tiene nombre, a mí no se me ha ocurrido otra cosa y le llamo *Boy*.

El muchacho ya está en casa de Calixto, le ha acomodado en un pequeño cuarto, pero con mucha luz y muy cómodo. Le ha explicado, para que no le coja desprevenido, lo que se ha dicho de él por el pueblo y que al principio, seguro que despierta mucha curiosidad y es fácil que sufra algo de rechazo. En los amigos que le van a recoger puede confiar plenamente. A la hora convenida llegan Fernando y Beli, se saludan y continúa:

—Pasad que os presente a *Boy*

Ante ellos se encuentra un muchacho, alto, delgado, no muy fornido, más bien desgarrado, su pelo y su tez es morena, se le ve cohibido, no conoce a nadie, ni siquiera a sí mismo.

—Mira, este es Fernando, mi mejor amigo, él se encargará de acompañarte hasta que te desenvuelvas bien tú mismo, no es tu vigilante, no lo necesitas, pero te irá bien para que te presente más gente.

—Mucho gusto en conocerte —dice Fernando dándole un fuerte apretón de manos— tú tranquilo, seguro que en poco tiempo haces muchos amigos.

—Esta es Beli, una amiga de Fernando, se ha interesado por tu salud, es una muchacha muy agradable, también puedes contar con ella.

—Hola —dice Beli dándole dos besos—. Ya nos ha contado Calixto tu caso, espero que pronto se solucione.

—Muchas gracias —atina a decir Boy.

Irrracionalmente Beli le da una impresión muy positiva, sus ojos, siempre con su chispa, esa sonrisa que transmite confianza y seguridad, le proporcionan una sensación de familiaridad, como si la conociera desde hace tiempo, algo muy agradable dadas sus circunstancias, donde nota agresividad por todos lados, se encuentra en un estado de inestabilidad, de inseguridad, no puede fiarse de su instinto, sabe que no está preparado para funcionar en este mundo.

—Él habla perfectamente el castellano, pero no conoce a nadie y tampoco sabe las costumbres, es como si fuera un extranjero, vosotros tenéis que hacer de cicerones —continúa explicando Calixto.

—No te preocupes, va a estar bien cuidado —dice Fernando—. Por cierto, traigo aquí un pantalón y una camisa mías, a ver si te viene menos anchas.

—Gracias, voy a probármelas —responde Boy mientras hace gesto de ir a cambiarse.

—¡Espera! —se dirige a él Calixto— cámbiate en tu cuarto, tenemos compañía femenina.

—¿No puedo quitarme la ropa si hay una mujer?

—No, Boy, no solemos quedarnos desnudos delante de las mujeres.

—Vale, me acordaré —dice Boy retirándose.

—Qué raro, ¿no siente vergüenza? —pregunta Beli.

—Vergüenza sí que siente, pero no del desnudo, posiblemente está criado en una familia nudista.

—Eso explicaría que fuera desnudo, pero por lo que has contado se escondía.

—Según me contó, desde el monte vio que todos íbamos vestidos, incluso en la piscina y como es bastante listo, se imaginó que no era muy oportuno, yo creo que de donde proviene es frecuente el desnudo en la casa e ir vestido en la calle —cuenta Calixto

—Sí que coincide bastante con las costumbres nudistas —comenta Beli—. Lo que estoy pensando es que no tendría nada, sin bolsillos...

—En efecto, bueno, tenía una cosa, llevaba un audífono muy raro en la oreja, no sabemos para qué le serviría, tiene los oídos perfectos, no lo necesita para nada, para colmo, lo probamos y no funcionaba.

—Qué raro —dice Fernando, al mismo tiempo que Boy regresa.

—Te sienta mucho mejor —dice Calixto

—¿Vamos? —añade Fernando haciendo ademán de dirigirse a la puerta.

En la terraza de El Kilómetro se ha congregado el grupo de Fernando, ya se han enterado de que el famoso exhibicionista de Bondía se va a sumar a la pandilla, lo

que causa una mezcla de interés y reparo.

— Este verano empieza interesante —dice Sergio— aparece un desconocido, nada más empezar, y, para colmo, va a venir con nosotros.

—A mí no gustar, yo miedo —dice Fany.

—A mí tampoco me hace mucha gracia, un desconocido, para colmo que se presentó desnudo y le dio a mi prima un susto terrible —apunta Ana—, acordaros que incluso se desmayó, no me voy a sentir nada tranquila, a saber cuándo le da por desnudarse, no comprendo a Belí, no le va nada, alguien tan de misa y se mete de acompañante de alguien sin vergüenza ninguna.

—No seas tan exagerada Ana —comenta Emilio—, no ha matado a nadie, ni siquiera ha hecho daño, la desnudez no es algo tan raro, de hecho hay mucha gente que vive así y es de lo más respetable.

—No tengo yo muy claro lo respetable que serán —contesta Ana— además, eso es cosa de los alemanes y los suecos.

—Ana, a ver si vas abriendo un poco esa mentalidad, parece que vivas en el siglo XIX —añade Emilio.

—Ana, creo que no hay que darle tantas vueltas —dice Carmen— démosle el beneficio de la duda, por lo que sé, su historia es bastante triste, veamos cómo se comporta, yo creo que ha de ser bastante inocente, además, es interesante conocer a un chico tan diferente.

—Ya te veo venir Carmen —dice Ana con una sonrisa irónica— yo no tengo ningún problema, me sé cuidar, pero si mi prima no quiere ir con él, me tocará buscar otras compañías y lo sentiría mucho.

—Lo que pasa es que, debido a la dictadura y el nacionalcatolicismo, los españoles tenéis una mentalidad bastante estrecha, en Europa están acostumbrados hace tiempo a convivir personas de diversas ideas —interviene Sergio no desperdiciando la ocasión de meter un discurso— es que en este puto país o piensas y haces lo que dicen los curas o tienes muy difícil las cosas. Ahora os escandalizáis con el culo de la Cantudo, en *La Trastienda*, no me imagino lo que diréis cuando veáis la escena de la mantequilla de *El último tango en París*, menudo polvo que le pega el Marlon Brando a la María Schneider.

—Y tú, ¿dónde has visto esas guarradas? —pregunta Ana.

—En el cineclub del Colegio del Pilar.

—No nos sueltes esos rollos —dice Cecilia— las cosas van a cambiar, pero seguro que mucho más lentamente, nosotros no llegaremos a conocerlo.

—No lo tengas tan claro —apunta Sergio—. Para que veamos eso no faltan ni cinco años.

—¡¡Ale! no seas exagerado —dice Paqui.

—Ahí vienen con el nuevo —señala Emilio.

—La verdad es que está bastante bueno —le dice Carmen a Ana en voz baja.

—¡Hay que ver! Cómo te gustan los pantalones —contesta Ana riéndose.

—Os presento, este es el famoso muchacho, lo llamamos Boy, Calixto me ha encargado que cuide de él este verano, he pensado, si os parece bien, que venga con nosotros.

A pesar de las reticencias anteriores nadie pone ninguna pega, dando la mano y besando al nuevo fichaje. Finalmente le presentan a Fany, que está bastante nerviosa. Boy se dirige a ella con intención de darle unos besos cuando nota que se echa hacia atrás. Reacciona rápido y le tiende la mano:

—Encantado de conocerte. Discúlpame por el susto que te di anoche, no era mi intención, espero que con el tiempo me perdones y podamos ser amigos.

Fany no sabe qué contestar, pero ante la educación con que se lo ha pedido, se queda más tranquila.

—Ten en cuenta que ella fue la única en verte desnudo —aclara Ana explicando la mudez de su prima—. Fue la primera vez que vio desnudo a un chico, yo también me habría asustado un montón.

—¿Vosotros no os habéis visto desnudos unos a otros? —pregunta Boy.

—Por supuesto que no —dice Ana entre sorprendida y escandalizada— ¿por qué teníamos que habernos visto desnudos?

—No lo sé, practicando deporte, en el baño, en casa...

—Pues no, ¿qué te has pensado? hay cosas muy íntimas que se las enseñas a muy pocas personas —responde Ana ligeramente enfadada.

—¿Por qué? ¿qué diferencia hay entre un pene y un brazo?

—¡Madre mía! pues mucha. Enseñar eso no puede ser, es algo muy íntimo, mostrarlo es pecado —le contesta Ana

—¿Qué es pecado?

—Anda este... —empieza a decir Ana.

Beli, también se ha quedado escandalizada, piensa que no es bueno el derrotero que está tomando la conversación y decide intervenir:

—Tampoco vamos a discutir ahora, pensad que Boy procede de otra sociedad, con otra forma de comportarse, con otras costumbres... Pero seguro que él comprende que nosotros seamos como somos, ¿a que si Boy?

—Por supuesto, pensáis de forma diferente, podéis estar seguros que respeto vuestras ideas y vuestras costumbres, nada más quería saber los motivos.

Se queda así pospuesta la discusión y la conversación continúa por otros derroteros. En cuanto tiene una ocasión, Beli le explica a Boy.

—Esos temas más vale que no los saques, por lo menos de momento, hasta que tengas más confianza, son algo delicados, pueden crearte antipatías.

—No lo sabía, pensaba que se podía hablar de cualquier cosa y me ha parecido interesante para hacer amigos.

—Pues me temo que no, son temas muy íntimos, que afectan mucho a las ideas...

—¿Temas tabú?

—Sí, ¿has estudiado antropología?

—No lo sé, no me acuerdo.

—¿Te gusta leer?

—Sí, mucho.

—Te dejaré algunos libros, a mí también me gusta mucho, tengo una pequeña biblioteca, aunque la mayoría está en la casa de campo. Ya te traeré alguno. Qué suerte, alguien que lee. Me alegro tener con quien poder hablar de temas interesantes

—Gracias —responde.

—De nada. Pero acuérdate de que para hablar de «temas interesantes», es mejor que hables primero con Fernando o conmigo, así no tendrás problemas. Con los demás lo mejor es que hables de fútbol.

—¿Qué es fútbol?

—¡No sabes lo que es fútbol! —se sorprende Beli—. ¡Qué maravilla!, mira que eres extraño, es raro un chico que no sepa un montón de fútbol, pero eres el primero que conozco que no sabe lo que es.

—Pues, no lo sé.

—¡Qué genial! —se ríe entre admirada e incrédula—. Pues 22 hombres en calzoncillos detrás de una pelota.

—¿Y es divertido?

—No está mal.

Fernando había encargado a Agustín que pusiera a enfriar un par de botellas de cava a su cuenta, terminada la cena, Agustín las saca junto a unas copas. Fernando las abre, llena las copas y las reparte. Se levanta y hace un brindis:

—El cava es para celebrar la llegada del nuevo amigo, brindemos por él, por Boy o por como se llame. Brindemos por su resurrección.

Le métèque

Boy espera que Fernando y Beli lo recojan. Calixto no para en casa, siempre está liado, se nota que es una profesión bastante sacrificada. La casa es pequeña y no tiene mucho que hacer, menos mal que Beli le deja libros, la lectura ocupa muchas de sus horas, pero echa de menos el contacto personal, necesita salir. Suena el timbre y sale a abrir

—¡Hola, Beli!

—¡Hola, Boy! —le contesta Beli mientras le da un par de besos—. Fernando hoy no ha podido venir, está estudiando, supongo que no te importará venirte conmigo.

—¡Qué va! ¿Has quedado con los demás?

—La verdad es que no, yo voy con otra pandilla. De todas formas, podemos bajar al Kilómetro, lo más probable es que se pasen por allí.

—Por mí perfecto.

—¿Qué tal con *Los propios dioses*? ¿te gusta?

—Es interesante, cómo por el dinero que produce la fuente de energía se puede ignorar el peligro que implica. Además, me gusta el idealismo de los protagonistas.

—Pues espera, la segunda parte es alucinante, no te quiero adelantar nada...

—No, no me la adelantes, pierde mucha gracia.

—A mí me encanta la ciencia ficción, Asimov es de lo mejor que hay, tiene una gran fantasía. Hay otro autor que seguro te gusta, se llama Ray Bradbury, en cuanto pueda te traigo *Fahrenheit 451*, es una trama en torno a los libros.

—Perfecto, ya sabes que me encanta leer.

—A ver si vengo a sacarte y te fastidio la lectura.

—Nada de eso, me alegro que vengas, yo, por mi cuenta, no saldría, pero con tu compañía me animo, aunque sea a dar un paseo.

—¿Es que no estás a gusto en el grupo?

—Me lo paso bien, me río, tomo algo, doy un paseo, escucho chistes, aunque alguno no lo pillo... pero sobre todo pasamos el rato criticándonos unos a otros... que si cual... —se ríe—. Es entretenido, una buena forma ocupar muchas horas, pero lo veo superficial. Echo de menos más franqueza, más profundidad...

—La verdad es que sí —dice Beli—, yo también las echo de menos, por eso me encierro en los libros, prefiero pasar el tiempo en casa, leyendo. Pero no quiero aislarme, procuro forzarme a salir, selecciono a mis amigos, como a Fernando o a ti, en los que confío, a los que acudo cuando algo me pasa o me preocupa.

—Gracias por la confianza.

—De todas formas, creo que eres un poco utópico, pides demasiado a las personas, buscas en todos una relación intensa, como diría... pretendes que todos seamos amigos íntimos. Yo lo veo imposible, uno puede encontrar solo unos pocos, es preciso adaptarse a la realidad, no hay forma de cambiarla.

—Tal como lo planteas no se puede evolucionar, la sociedad solo puede cambiar

si cambian sus miembros. Pero una persona no puede cambiar, o mejor madurar, si no se plantea las cosas, si no busca soluciones, no las contrasta, las comenta... Es difícil que se pueda progresar si no se ponen los medios para cambiarse, no se puede crecer como ser humano. Es posible que Fernando y tú seáis diferentes, os planteáis cosas, pero parece que os conforméis con vuestro pequeño círculo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Vosotros, como amigos, habláis de temas trascendentes, que ya es decir, pero nunca os he visto intentando que los demás también lo hagan, me parece una actitud bastante conformista.

—Desde luego, no te cortas, ni corto ni perezoso nos has llamado superficiales y conformistas.

—Sí, soy directo, me gusta decir las cosas tal como las siento. Por otra parte, no he pretendido decir que fuerais superficiales, si lo ha parecido, lo siento, otra cosa es lo de conformistas, como he dicho os conformáis con vuestra amistad sin pretender extenderla a los demás.

—Yo no pienso que sea conformismo, puede haber algo de comodidad, de no querer complicarse la vida con discusiones.

—No entiendo cómo es posible llamar amigo a alguien con quien no deseas discutir. Si no lo haces, si te limitas a temas superficiales, difícilmente conseguirás el conocimiento necesario para la amistad.

—Bueno, no les llamemos amigos, digamos que son conocidos.

—¿Y no deseas tener más amigos? Tú no tendríais problemas, por lo poco que he podido escuchar, vuestras ideas están bastante próximas a las que se puedan llamar «lo socialmente correcto». A mí me resulta más difícil, ahí tienes la experiencia del primer día, cuando pretendí explicar mi posición respecto al tema del desnudo.

—Es que fuiste a sacar un temita que ya, ya...

—No entiendo, se permite la discrepancia, pero eso sí, dentro de un orden, no se admite que alguien tenga ideas abiertamente contrarias a las impuestas socialmente.

—Pues menos mal que no viniste hace cinco años, entonces podías terminar en la cárcel. No sé donde quieres llegar, creo que eres una persona interesante, piensas, razones y que sabes muchas cosas, pero no comprendo tu perra con el tema del desnudo, es un tema tabú, vale, pero no es tanto, hay otros muchos temas.

—No es el desnudo, yo a lo que me refiero es al tema del bien y del mal, de lo que es bueno y lo que es malo, pienso que es un tema fundamental.

—Madre mía, nada menos, llevan los filósofos miles de años con el tema y no se aclaran.

—¿Qué importa lo que digan ellos? Lo importante es lo que diga cada uno, es difícil vivir sin planteárselo.

—Pues mucha gente vive sin planteárselo.

—Si no se lo plantean, ¿cómo saben lo que pueden o deben hacer?

—No se complican tanto las cosas, aceptan unas normas, unas reglas, las sigues y

vives sin problemas, para eso tenemos las normas morales.

—Entonces no hace uno lo que libremente piensa que ha de hacer, hace lo que otro le dice.

—¿Qué libertad pretendes? No se puede admitir cualquier cosa, según tú, cualquiera puede hacer lo que le da la gana, si quieres ir matando, vas matando.

—No, no digo eso, digo que es preciso plantear las cosas para saber lo que debes hacer. Si lo haces, si lo piensas, llegarás a la conclusión de que no puedes ir matando por ahí a la gente. Pero otras cuestiones son más discutibles, sobre todo en lo personal, cuando tus decisiones no afectan o no deben afectar a otro.

—Ahora sí que me pierdo, ¿qué es personal?

—Hasta qué punto una persona puede influir en lo que quieres hacer. No entiendo por qué hay que ocultarse para hacer muchas cosas.

—No creo que la gente vaya ocultándose de los demás —dice Beli—, lo que pasa es que tienen sus convicciones.

—No Beli, no es así, por lo que he visto, la gente, en general, no se muestra tal como siente, siempre están interpretando un papel, por eso no necesitan plantearse las cosas, el papel trae incluidas las normas, el guión. Ahí tienes el caso de Emilio y Ana, son una pareja, se desean y me costa que tienen sus encuentros sexuales, pero después, cara al exterior, apenas se atreven a cogerse las manos, y qué decir de otros tantos que sabes que tiene unas ideas y públicamente muestran otras diferentes. A todos les pasa lo mismo que a mí, tienen que callarse y amoldarse.

—Entonces ¿qué pretendes que hagamos?

—Si lo que en realidad nos importara fuera las personas, cuando las viéramos felices, nos alegraríamos de ello, pero se ponen por encima de las personas muchas convenciones sociales. Para mí no tiene explicación que se critique a Ana y Emilio porque se expresan lo que sienten, no hacen daño a nadie, no obligan a nadie, qué derecho hay a torturarlos haciendo que renuncien a lo que desean, qué derecho hay a negarles su placer.

—Lo que defiendes es hedonismo —dice Beli un tanto escandalizada.

—Sí, por qué no. ¿Ves bueno hacerles daño porque ellos libremente deciden darse placer?

—Si ellos son libres para darse placer, los demás son libres para criticarlos, ambos son libres ¿no?

—Beli, te has dado cuenta lo que has dicho, te lo repito por si acaso: «los demás son libres para hacerles daño».

—Yo no he dicho eso, he dicho «los demás son libres para criticarlos», que es muy diferente.

—¿Tú crees? ¿Al criticarles no les haces daño?, claro que sí, por eso tu frase la podríamos decir como «los demás son libres para hacerles daño criticándolos».

—Yo, desde luego, no pienso que hacer daño esté bien.

—Ya sé que no lo piensas, pero para mí el «dar placer» es un valor ético positivo

y «el hacer daño» es un valor ético negativo, y en el fondo tú opinas lo mismo.

—Tienes razón... bueno no, puñetas me estás liando de mala manera —responde Beli un poco perdida—, dejemos este tema para otro día, ahora tomémonos unas cervecitas.

Se sientan tranquilamente, se piden unas cervecitas y se ponen a esperar que vengan los demás.

—Si me gusta tanto discutir contigo es porque me importas, Beli, espero, al menos, haberte hecho pensar.

—Sí, vas a conseguir que no pueda dormir por la noche, que me desvele intentando determinar el sexo de los ángeles —apunta Beli con cierta ironía

—Eso no tiene que quitarte el sueño, eso es como plantearse si el yelmo de Mambrino era de cobre o de latón —añade Boy también con ironía.

Aquel día la pandilla de Fernando no ha quedado allí, pero Beli y Boy no los echan de menos, tienen tema para hablar, fundamentalmente de libros, donde son almas gemelas. Están en lo más interesante cuando llega el grupo de ella.

—¡Hola Beli! —saluda Celia.

—¡Hola! —se levanta Beli y da un beso a todos sus amigos.

—Ya veo que estás bien acompañada —continúa Celia.

—Desde que apareció este —interrumpe Aurelio con retintín —se ha olvidado de los amigos.

—No digas eso, el verano es muy largo, ya tendremos ocasión, Boy tiene una historia muy especial y creo que me necesita más que vosotros.

—No me extraña —espeta Aurelio, con clara mala leche— siempre te ha gustado ser abogada de causas perdidas, no es raro que ahora te dediques a redimir a un exhibicionista.

Ante la situación claramente violenta, Boy hace amago de levantarse, sin temer a Aurelio, aunque le saque un palmo y sea mucho más fuerte. Pero Beli le sujeta del brazo y mientras se sienta le replica, con tan mala leche como él:

—Pues sí, ¿qué pasa? es mil veces más interesante que tú, al fin y al cabo eres un saco de músculos con la cabeza hueca.

—Pues anda que tú, seguro que te lo estás tirando —contesta Aurelio ya fuera de sí.

Boy no puede callarse y dice:

—Se ve que has tomado más copas de las que admites y estás buscando gresca.

Aurelio no puede contenerse y se lanza hacia Boy, pero Manolo, con su corpachón, se interpone y lo sujeta, al mismo tiempo que le dice que haga el favor de estarse quieto, que se siente, llevándoselo a una mesa algo alejada.

—Siempre estamos con lo mismo —intenta calmar Manolo— no se puede tener esos prontos, algún día vas a buscar algún problema.

—A mí no me asusta ese alfeñique, seguro que no tiene ni media hostia.

—Aurelio, ya es hora que cierres página, no puedes ir dando numeritos por ahí, lo de Beli se acabó hace tiempo —interviene Celia.

—¿Pero has escuchado lo que me ha dicho? —protesta Aurelio.

—Sí, te lo tenías merecido, te has buscado la contestación —le recrimina Celia— y lo que has dicho no tiene nombre, has perdido totalmente los papeles, él ha mostrado mucha más sensatez que tú.

—Ahora se llama sensatez a la cobardía.

—¿Lo vas a dejar ya? —le suelta Celia.

—Si, míralo, ahora huye con el rabo entre piernas.

—Verdaderamente eres insoportable, comprendo que Beli te dejara —dice Celia harta.

Mientras, en la otra mesa, Boy y Beli ven que la tensión no disminuye:

—Es mejor que nos vayamos, la mejor forma de eludir la violencia es alejarse de las tensiones —comenta Boy.

—Tienes razón, vayámonos, no merece la pena, lo que pasa es que hace unos años fue mi novio, pero después me di cuenta de que no era hombre para mí —dice Beli en voz baja—. ¡Agustín!, cóbrate que nos vamos.

—Beli, no le hagas caso, no te sientas ofendida, ya sabes cómo es —le dice Agustín por lo bajo—. Enseguida te traigo el cambio.

—No lo entiendo, según lo que me dices, él piensa que eres o eras de su propiedad. Otra de las cosas que me hacen sentirme un extranjero, el afán de poseer y lo peor, poseer personas.

—Eso lo comparto plenamente contigo.

Pasados unos días, la situación de Boy sigue siendo muy atípica, es alguien que tiene apenas unos días de existencia, desconoce hasta su nombre, pero se encuentra con un cuerpo y una mente de una persona de 20 años. Está fuera de lugar, proceda de donde proceda, su sociedad, donde ha crecido, donde se ha educado, tenía que ser muy diferente. No es absurdo que se sienta un bicho raro, como un forastero que desconoce su patria y que no sabe dónde buscar sus iguales. De todas formas, más o menos, ha sido admitido dentro del grupo de Fernando, aunque lo más correcto sería decir que es tolerado, que se ha introducido con calzador, pero en el fondo es visto con cierto recelo, igual que un albino dentro de una tribu africana. El miedo inicial ha desaparecido, nadie siente pánico ante su presencia, pero las diferencias son muchas, se siente inseguro y no puede establecer relaciones de confianza.

Las excepciones a ese aislamiento son Fernando y Beli, su compromiso y su interés hacen que la relación sea diferente, más completa, más profunda.

Como tantos días, Fernando y Beli pasan a recogerlo antes de reunirse con los demás, un momento que suele aprovechar Boy para sincerarse. Ese día deciden bajar

a Bondía por la orilla del río, por donde Boy entró en Carije.

—Mirad, ese es el puente, os fijáis cómo al otro lado hay un trozo largo de camino que no tiene escapatoria por ninguno de los lados.

—Claro —contesta Fernando— se ve que el camino lo excavaron en la ladera de la montaña.

—Pues tenía que recorrer todo el tramo, hasta poderme esconder en este lado, era como intentar pasar una frontera a escondidas.

—Eso que cuentas me recuerda a los alemanes orientales cuando cruzan el muro de Berlín, han de correr durante unos cuantos metros en los que les pueden disparar hasta llegar al otro lado donde ya están salvados —explica Fernando.

—No sé lo que es el muro de Berlín, pero supongo que será algo parecido, aunque a mí no me iban a disparar. El caso es que me lancé casi corriendo, pero en cuanto llegué al puente, apareció el borracho, por aquí mismo, menos mal que parecía que no se enteraba de mucho, quería que bebiera de su botella y pensaba que iba desnudo porque tenía calor.

—Es que el pobre Mugrón, a esa hora, siempre va más allá que aquí, otros se chispan de vez en cuando, pero él es el borracho «oficial» —aclara Beli.

—¿Nadie hace nada por él? Se podría curar.

—No, más bien se ríen de él, a mí me da mucha pena, pero no creo que se dejara ayudar, él es feliz así, emborrachándose todos los días —señala Beli

—¿Tú crees? ¿No puede ser que beba para no ser consciente de lo desgraciado que es?

—No lo sé, yo siempre lo he conocido así, creo que su padre ya era un borrachín —interviene Fernando.

—Posiblemente ya fuera un desgraciado cuando era niño —apunta Boy—, en todo caso me parece bastante cruel la forma como le trata la gente, se ríe de él, se burlan de su desgracia, aunque no me he atrevido a decir nada, sigo al pie de la letra tu consejo.

—Yo no suelo hacerlo, me da lástima, pero desde luego no puedo decir que lo defienda —afirma Beli.

—Me di cuenta enseguida, siento empatía por él, en cierto modo tengo unas circunstancias parecidas, a veces me veo así dentro de muchos años.

—No te comprendo.

—Me siento angustiado, casi no puedo dormir, estoy en tensión, siempre con miedo a meter la pata, una ansiedad que invita a ahogarla con alcohol.

—Pues no sé por qué, yo creo que la gente del grupo te ha admitido bastante bien —observa Beli.

—No me puedo quejar, se portan bien conmigo, pero no puedo evitar sentirme raro. No lo hacen directamente, como en el caso del Mugrón, saben que yo me daría cuenta, cuando estoy delante todo son sonrisas y buenas caras, pero en cuanto me giro, se lanzan a criticar y murmurar.

—¿No serán imaginaciones tuyas? Puede que el sentirte diferente te haga pensar eso.

—No, Fernando, no es una neura, cuando voy por la calle sé que me miran, me señalan y comentan, no soy tonto, son cosas que se notan. Además, ni siquiera lo disimulan.

—Pero eso es natural, no eres el único al que le pasa lo que comentas —apunta Fernando.

—Ya me he fijado, es algo que me llama la atención, no se atreven a decir las cosas a la cara, no son capaces de criticar directamente, que es la forma que les permitiría corregirse y mejorar, lo critican duramente cuanto no están delante.

—Hay que reconocer que algo de hipócritas tenemos, más de una vez lo he pensado —dice Beli—, pero no te debe angustiar.

—No es una cosa que pueda elegirse voluntariamente, la angustia que siento es fruto de la inseguridad. No sé dónde me he criado, dónde he adoptado mis ideas, qué experiencias son las que he tenido, lo que es seguro es que han de ser muy diferentes. Imagínate que de repente aparecieras en otra cultura cualquiera y no te acordaras nada de nada.

—Ya, ya te comprendo —le consuela Beli— me imagino que de repente apareciera en el mundo árabe, me costaría un montón el asumir el papel de mujer en aquellos países.

—Ha de ser parecido a un extranjero, alguien que ha emigrado a otra cultura, que se ha de adaptar, ha de integrarse —añade Fernando.

—Sí, puede valer el ejemplo del extranjero, imaginaos que he venido de otro país con una cultura diferente, pero, además, no guardo recuerdos de ese otro país, he perdido todos los lazos.

—Me imagino que debe de ser algo triste, explicado así comprendo que te sientas angustiado, que te cohíban muchas cosas —le compadece Beli.

—La situación es dolorosa, de una profunda soledad, pero estas sensaciones se ven incrementadas al no poder expresarme con naturalidad, siendo quien en realidad soy, no entiendo qué necesidad hay de que tenga que parecer otra persona.

—Pero te has de dar cuenta que es a ti a quien corresponde hacer el esfuerzo —señala Beli— eres el que ha de adaptarse al nuevo país, eres tú el que ha de buscar la integración.

—Aprecio el esfuerzo que haces para entenderme, pero no sé dónde queda la libertad en tu concepto de integración.

—Ahora sí que me pierdo, no pretenderás que la sociedad entera se ajuste a tu forma de pensar.

—No, no me entiendes, yo no pretendo que nadie cambie, a no ser que quiera, a mí me gustaría que cada uno fuera tal como es, que no necesitara cambiar nadie. ¿Es necesario que el extranjero adopte el papel de local?

—Es lo normal, ¿no?

—Puede ser normal, pero no creo que sea lo correcto, ni lo más enriquecedor, yo apostaría por que el local sea local y el extranjero sea extranjero. ¿Qué problema hay en ello?

—Pareces un poco utópico, ¿cómo van a convivir personas tan dispares?, estarían siempre discutiendo.

—Muy fácil, con respeto, valorando la libertad como lo más importante de una persona. Yo creo que la gente parece tener unos anteojos que solo le dejen ver hacia delante, se admite la discrepancia, pero dentro de unos límites. Por eso el extranjero tiene que dejar de serlo, si no se integra o, mejor dicho, no se somete, es rechazado y marginado, el extranjero solo tiene dos alternativas: o se somete o se le excluye.

—¿Tú te sientes así, excluido? —pregunta Beli.

—Sí, es lo que intento explicar, me siento presionado, o cambio de forma de pensar o me tengo que encerrar en un gueto.

—¡Ay! Menudo extranjero estás hecho, aunque con lo del audífono que no era audífono y apareciendo un día de tormenta, lo que eres es un extraterrestre. Cualquiera día aparece en La Muela un platillo volante lleno de colorines, tocando una musiquita, como el de *Encuentros en la tercera fase*. Ya hemos llegado, ahí están los demás.

El resto de la pandilla se ha reunido en la plaza y ha bajado a la fuente. Ya se han hecho a la idea del nuevo miembro aunque aún existen ciertas reticencias.

—El muchacho ese es raro, tiene unas ideas muy especiales —opina Ana.

—Sí, tiene mucho de anarquista, pero no de los de ahora, de la florecita... lo que pasa es que no estáis acostumbrados a personas con ideas progresistas —interviene Sergio.

—No sé lo que llamas progresista —Emilio se une a la conversación— pero se pasa tres pueblos, según él podríamos ir todos desnudos y acostarnos los unos con los otros, seguro que defiende hasta a los maricones.

—Yo creo que exageras —contesta Sergio— además, hay que respetar también a los homosexuales, id haciéndoos la idea, que las cosas van a cambiar mucho.

—Ya estamos con tus cambios —dice Paqui.

—En serio —insiste Sergio— en Europa y en Estados Unidos, los jóvenes se relacionan con mucha más libertad, hablan de amor libre, hay películas practicando sexo y playas donde se puede ir desnudo. Veréis como en pocos años lo tenemos aquí, lo que os pasa es que estáis adocenados por la dictadura.

—Entonces, Boy debe de ser extranjero, a lo mejor es una avanzadilla que viene a conquistarnos —se burla Carmen riéndose— no sé si apuntarme yo a eso, no debe de estar mal.

—Mirad, por ahí viene el trío —corta Luis señalando al paseo junto al río.

—Mejor el cuarteto —apunta Paqui— también viene la guitarra. Qué bien, así

tendremos música.

Nada más llegar y saludar, Fernando en tono de broma y continuando la conversación que llevaban dice señalando a Boy:

—Aquí os traigo al extraterrestre.

—Mira que serás burro —comenta Beli medio en broma medio en serio— llamarle extraterrestre, acaso lo ves de color verde.

—Bueno, quitemos lo de marciano, lo podemos dejar en extranjero —corrige Fernando.

Los demás se ríen de la ocurrencia de Fernando y este se sorprende porque no pensaba que fuera tan gracioso.

—Ahora mismo estábamos diciendo que tenía cosas de extranjero —explica Luis.

—Pues nada, que mejor ocasión, voy a cantar —dice Beli— quiero dedicar esta canción a Boy, por el aprecio que siento por él, porque no me deja de sorprender, por los dolores de cabeza que me produce con sus charlas, por ser nuestro extranjero particular.

Se calla, prepara la guitarra, la afina, y acomete los primeros compases de un sirtaki, y pausadamente, imitando el estilo francés, canta:

*Avec ma gueule de métèque
De Juif errant, de pâtre grec
Et mes cheveux aux quatre vents
Avec mes yeux tout délavé...*

—Espera, espera —interrumpe Fernando— no la cantes en francés que Boy no sabe y no se va a enterar de lo que dices.

—Tienes razón, la cantaré en castellano.

—Prepara de nuevo la guitarra, acomete por segunda vez el sirtaki y canta:

*Con mi cara de extranjero
de judío errante, de pastor griego
y mis cabellos a los cuatro vientos...*

*...Y seré un príncipe legítimo
un soñador o bien un adolescente
como el que tú quieras escoger
y haremos de cada día
toda una eternidad de amor
que viviremos a morir*

Al terminar la canción cambia su semblante serio y concentrado para mirarlo fijamente, con una sonrisa deliciosa, apenas apuntada y hace el gesto de lanzar un beso.

Boy se queda sorprendido, su mente no sabe cómo reaccionar, su corazón late

aceleradamente, lo que siente en ese momento es algo especial, algo que sobrepasa lo que hasta ahora había sentido, esa mirada, esa sonrisa se le quedan grabadas, parece que se le claven, son unos momentos que parecen siglos, todo parece suceder a cámara lenta.

No puede contener la emoción, no puede hablar ni para decir un gracias, un nudo le aprisiona la garganta, las palabras de ella le siguen resonando en la cabeza. Las lágrimas corren por su cara, pero no le importa que los demás las vean, él no retira la mirada, esa larga conversación sin palabras que está teniendo con ella.

Todos se quedan cortados, no saben qué decir, nunca han visto a un hombre llorar así, tan abiertamente. Ella, por un instante no entiende lo que ocurre, cuando lo nota le da un vuelco el corazón, no se puede creer que su canción haya sido capaz de provocar tal reacción, solo una persona muy sensible es capaz de sentir así, solo una persona muy segura, un hombre muy especial, es capaz de ponerse a llorar delante de desconocidos, sin ocultar su rostro. Descubre que ha conocido a alguien muy diferente, todo un mundo por explorar, un extranjero venido de un extraño Dorado.

Beli no puede evitarlo, su rostro se transforma, se llena de simpatía, de admiración, de ternura, todo su instinto protector se remueve ante la fragilidad e indefensión de él, solo se le ocurre cogerle la cara entre las manos y, sin romper el contacto visual, pedirle con cariño que no llore.

Los demás permanecen quietos, silenciosos, impresionados, atónitos ante la escena. Él, poco a poco, se va tranquilizando, detiene el llanto, recupera la capacidad de hablar y, con un hilo de voz, dice:

—Gracias Beli, ha sido algo maravilloso, estoy conmovido.

León de Carije

El jueves ha surgido uno de esos extraños días de verano donde el cielo se cubre de nubes y hace aparición la lluvia, un día triste, con poca luz. El agua, aunque escasa, impide poderse mover de un lado a otro, lo mejor es quedar en la plaza, céntrica, con sus soportales donde refugiarse, sus bancos para sentarse y la confitería si se desea alguna chuchería. Una tarde de chaqueta, de intercambiar impresiones, de compartir ilusiones. También es la ocasión en que más suele faltar la gente, esa tarde, además de Fernando que ha estado de examen y aún no ha salido, no ha aparecido ni Sergio ni las dos hermanas.

Boy se siente a gusto, es un día donde la palabra adquiere toda su importancia y en esa salsa se desenvuelve con facilidad.

—Una pregunta, ¿no os habéis planteado cómo os gustaría que fuera vuestra vida en el futuro? ¿cuáles son vuestras ilusiones? —propone Boy— ¿quién se atreve a empezar?

—Me parece un tema muy interesante —responde Beli— para que os animéis, voy a ser yo la primera, vamos a ver... —se queda pensando.

—¿Tanto te lo tienes que pensar? —pregunta Luis.

—Bueno, a mí lo que más ilusión me haría, es tener un hombre con quien casarme, con bastante dinero, no hace falta que sea rico, pero sí con lo suficiente para tener una casa muy grande y poder tener muchos hijos, que pueda decir «este es mi marido, esta es mi casa y estos son mis hijos».

—Beli lo tiene muy claro —se suma Luis—. Yo no lo tengo tanto, no me he planteado aún lo que quiero para el futuro, pero por decir algo, a mí lo que me hace más ilusión es un buen coche, a poder ser un deportivo bien chulo, aunque supongo que no seré muy original.

—Yo, más o menos lo que dice Beli, eso sí, con menos hijos, a poder ser una casita en la playa y tener dinero suficiente para hacer viajes —aporta Emilio.

—Yo, ya os lo imagináis, lo que quiera Emilio, al fin y al cabo es mi chico —completa Ana.

En ese momento llega Fernando de la ciudad, parece que viene bastante contento, reparte saludos a todos y pregunta:

—Vaya tarde, ¿qué estáis haciendo?

—Ante todo cuéntanos sobre tu examen, ¿qué tal te ha ido? —pregunta Beli.

—Muy bien, mejor de lo que me esperaba, creo que lo he aprobado, me libro de estudiar para septiembre, con lo cual, me voy a pegar un buen verano, no sabéis qué alivio.

—Me alegro muchísimo —dice Beli— ahora nos vas a poder dedicar mucho más tiempo de compañía.

—Eso es lo que más me apetece. Por cierto, ya veo que te has abonado a nuestro grupo.

—Si me admitís —Beli pone cierto tonillo de niña buena— yo encantada, no sabes cómo me lo paso con Boy, es todo un fichaje, a la hora de dar a la hebra no hay quien le iguale, después diréis de las mujeres.

—Vaya, vaya, con el extranjero, me voy un par de días y me quita la amiga —dice Fernando en plan de guasa.

—Tú tranquilo, yo tengo fuerzas para soportar la amistad de los dos, me tomo dos aspirinas para el dolor de cabeza y Santas Pascuas —le contesta Belí con tono abiertamente jocoso—. Pero no vayas por ahí llamándole extranjero, que después hay problemas, como lo de la otra noche con Aurelio.

—¿Pasó algo? —pregunta Fernando.

—Pasar, pasar, no pasó nada, pero estuvo a punto de pasar, ahora déjalo, ya te lo contaré, no tiene más importancia, un poco de celillos.

—Bueno, como tú quieras, pero no me olvidaré de que me debes una historia —se conforma Fernando—. ¿Pero qué estabais haciendo cuando os he interrumpido?

—Estábamos diciendo cada uno lo que quería para el futuro, lo que le hacía ilusión, dínoslo tú —interviene Luis.

—Pues yo qué voy a querer viniendo de donde vengo, terminar la carrera de Medicina, encontrar un buen puesto de trabajo y, si es posible, tener mi propia clínica —contesta Fernando.

—Pues yo no lo tengo muy claro —expone Carmen— he conocido muchos chicos, pero ninguno de soñar juntos, supongo que llegará el día en que encuentre a mi media naranja, por lo demás, pues como todos, ser muy rica. Pero ¿y tú Boy?

—Antes que lo diga Fany, que con eso del idioma y la edad siempre la dejamos de lado. ¿A ti que te gustaría? —se dirige Boy a Fany.

—Yo... lo que todos, un marido, tener hijos, una casa, un carro grande, mucha ropa, mucho dinero... pero aún soy muy joven, ya pensaré mejor. ¿Y tú extranjero? —dice Fany atreviéndose a meterse con Boy.

—Fany, ¿lo que me gustaría a mí? Me gustaría ser amigo de todos vosotros y de muchos más, ser útil, amar, ser amado... en pocas palabras, me gustaría ser feliz. ¿Pido mucho?, sí, quizás demasiado —responde Boy y guiña un ojo a Belí-. Pero hay algo que sí que me gustaría tener, que echo de menos: un pasado y un nombre.

Belí se ha quedado muy pensativa por los deseos de Boy, son diferentes a los que han expresado los demás, empezando por ella misma, se siente un poco incómoda, no comprende como él, que no cree en Dios, a la hora de elegir los deseos resulte más cristiano que cualquier otro. Y tiene razón, lo más difícil es lo suyo, salvo lo del nombre.

—No sé lo que pensaréis vosotros, un pasado no se lo podemos dar, pero un nombre sí, no sería muy difícil —interviene Belí—. ¿Qué os parece?

—Sí, muy buena idea, ¿lo llamamos Arturo? —propone Carmen.

—No le va —opina Ana.

—Como nos pongamos a proponer nombres no nos vamos a poner de acuerdo —

interviene Fernando—. Lo que podíamos hacer es ponerle el nombre del día en que nació, como se hacía antiguamente. Como no sabemos qué día nació, podemos ponerle el del día que apareció, para nosotros es su nacimiento, ¿qué os parece?

—A ver qué nombre me ponéis, igual es Segismundo y toda la gente se ríe de él.

—Me parece bien, dentro de un orden, como dice el interesado —dice Beli—. Mi madre tiene un santoral, si os parece, me acerco un momento y me lo traigo.

—Sí, así será más fácil ponerse de acuerdo —observa Carmen, que se ha dado cuenta de que ha metido la pata, ha dicho el nombre del novio de Beli, se le ha notado en la cara que no le ha hecho mucha gracia.

—Tampoco estaría mal Alejandro —propone Luis mientras esperan.

—Si hemos dicho de ponerle el nombre de una forma, vamos a esperarnos, no creo que tarde, su casa está aquí cerca —señala Fernando.

—Ya verás, que te apuestas a que sale Anacleto, el agente secreto —se burla Ana.

—Pues como salga Filemón, con lo alto y delgado que es, terminaremos llamándole Mortadelo... —Emilio provoca la carcajada general.

—Yo me pierdo —Boy no sabe de qué se ríen —no sé quiénes son.

—No les hagas caso —le explica Fernando—, son personajes de historietas infantiles, de todas formas por ahí viene Beli con el libro.

Beli llega casi sin resuello, se sienta y abre el libro por la mitad:

—Él apareció el día 25 de junio, ese día son San Agatón, San Diógenes, San Sosipatro, San Adalberto, San Godoaldo.

—Nooo, son muy feos —dice Carmen— eso de Agatón parece egipcio y lo de Diógenes parece que va a acumular cosas viejas, no le van.

—Lo de acumular cosas, desde luego que no, pero lo de filósofo le va muy bien y, además, cínico —se ríe Beli.

—¿Qué hacemos ahora? Esto tenía que pasar, hay más nombres raros que normales —comenta Fernando un poco defraudado.

—Pues podíamos buscar el del día del bautismo, el santo de hoy —dice Beli, poniéndose a buscar.

Todos se quedan callados en espera de que Beli diga el santo del día. Al final lo encuentra:

—30 de junio, san León. Pues no está mal. ¿Qué os parece?

Los demás asienten con la cabeza y con un gesto de aprobación. Carmen añade:

—Un nombre bonito, no es corriente, es corto, no tiene diminutivo y es sonoro.

—Diminutivo sí tiene, Leo —puntualiza Ana.

—Tienes razón, no había caído —apunta Carmen— creo que le va, aunque no lleve melena ni sea feroz.

—A ver lo que piensa él, ¿no? —dice Beli— ¿Qué te parece?

—Me gusta, además de ser un animal muy bonito, eso de Leo suena a constelación y me gustan los nombres astronómicos.

—Pues hecho, lo vamos a llamar León —se levanta Beli y se dirige a la fuente,

para coger un poco de agua en su palma. Se acerca a León, le hace arrodillarse y echándole el agua por la cabeza dice:

—Yo te bautizo con el nombre de León en nombre del zodiaco, ya te puedes levantar, ya tienes nombre, deseo cumplido.

—Qué bien —León está emocionado.

—Escuchadme un momento, para que todo el mundo lo llame León es preciso que todos le llamemos con ese nombre, es más, que nos esforcemos de decir su nombre en alto cuando estemos en público. Encargaos de decírselo a los demás, tú Fernando, se lo has de decir a Calixto, que se aplique él también —explica Beli.

La personalidad de León tiene a Beli un poco desconcertada, por una parte se siente agradablemente impresionada por la sensibilidad que muestra León y la facilidad para expresar sus ideas, pero le preocupa la posibilidad de que bajo ese comportamiento puedan ocultarse sentimientos más profundos. Necesita hablar con Fernando sobre este tema:

—El otro día, con la canción del «Extranjero» se emocionó tanto que no se qué pensar, aunque sea una canción muy emotiva, vi su reacción excesiva, me dejó preocupada, ¿qué piensas tú?

—No sé —observa Fernando— su actitud es bastante rara, nosotros, sobre todo los hombres, nos esforzamos por no llorar en público, es algo que aprendemos desde pequeños. En su caso no tengo ni idea, no es que llorara, es que no mostró pudor ninguno, como con el desnudo.

—Su forma de ser es desconcertante, no sé a qué atenerme, por una parte se muestra débil, necesitado de ayuda, solo, aislado, pero por otro muestra una gran seguridad, podría decir que es soberbio, se siente por encima de los demás, incluso resulta hiriente.

—También me ha dado esa impresión, pero solo cuando habla, cuando discute, no tiene clemencia, ataca a degüello las ideas del otro. No sé qué puñetas tiene, parece que lleve siempre la razón. Quizás sea que él está acostumbrado a hacerlo y nosotros no.

—Además, tiene unas ideas bastante especiales, chocan mucho con nuestra forma de vida, no sé lo que puede sentir, en su comportamiento no muestra señales claras, no me puedo fiar de mi instinto.

—¿Qué quieres decir?

—Pensarás que estoy loca, a veces me da la impresión de que me ve como algo más que una amiga.

—No sé qué decirte. Desde luego siente por ti un gran aprecio, lo muestra abiertamente.

—Eso es lo que me preocupa, su fijación en mí.

—Ten en cuenta que tampoco tiene donde elegir, siendo como es, ¿con quién iba

a congeniar? De todas formas, no creo que físicamente corras ningún riesgo, no lo veo nada violento.

—No, por ese lado no tengo ningún miedo, lo que temo es hacerle daño, que se haga ilusiones y tenga que sufrir un desengaño. Me iba a sentir fatal.

—Ese riesgo lo vas a tener siempre, no es la primera vez, hace un par de años te pasó con Aurelio.

—Sí, es cierto, aún trae cola, espero que no pase como la otra noche.

—¿Por qué lo dices?

—Es lo que no te conté. La otra noche, que no estabas tú, bajamos a El Kilómetro a buscar a los demás, no los encontramos, pero bajaron los de mi pandilla y Aurelio se metió con León y conmigo y casi se pegan.

—¿Celos?

—Eso me pareció, no sé a qué vienen, después de dos años, puede que entonces me impresionara su físico, pero ahora lo veo vacío.

—Si es lo que yo digo, estás hecha una vampiresa —dice Fernando con un tono jocoso.

—Eso, eso, tú riéte —contesta Beli, en plan de broma, para continuar en serio—. Ya conoces el pueblo, aunque pase mucho, ya hay alguna que otra comidilla, de momento, en casa las voy capeando.

—¿Tienes problemas con tus padres?

—Bueno, problemas, algún que otro sermón, pero no pienso dejar que digan lo que tengo que hacer, lo sé perfectamente, me sé cuidar sola, pero ellos siguen viéndome como una niña.

—Si vas a tener problemas, más vale que andes con cuidado, no hace falta que te la juegues.

—No te pongas como ellos —Beli adopta un tono de cansancio y disgusto.

—Vale, vale, haz lo que quieras.

—Perdón por el tono, es que me da mucha rabia. De todas formas, ahora estás tú, al ir los tres, no habrá motivos para rumores.

—Yo que esperaba no tener que hacer de carabina hasta dentro de unos años, cuando mi hermana creciera —bromea Fernando.

—Pues sí, pero yo necesito, por lo menos, una escopeta o, mejor, un cañón —puntualiza Beli siguiendo la broma y aprovechando la ocasión para cambiar de tema—. Por cierto, ¿no te llamó la atención lo que dijo que eran sus deseos para el futuro?

—No, la verdad.

—A mí me dejó helada, yo sí que me fijé. Todos deseábamos, cómo no, tener un futuro acomodado, con riquezas, pero él pasó olímpicamente de ellas, todo lo que deseaba eran sentimientos.

—Puede que lo tuviera preparado.

—¿Tú crees?

—No lo sé, ¿por qué no?

—No me lo imagino, le he visto muchas veces quedar mal por decir las cosas a la cara, no creo que le vaya una estratagema así.

—No sé a dónde quieres llegar.

—Su contestación es de un cura, parece más cristiano que yo —replica Beli medio riendo— y todos tenemos claro que de eso nada.

—Ahora que viene a cuento, Sergio, que como los demás del PCE hacen más proselitismo que los Testigos, me comentó que lo había sondeado políticamente, que no sabía de qué pie cojeaba, que sí, que le da mucha importancia a la sociedad, pero después te defiende a capa y espada al individuo.

—Ya te lo decía, no hay por dónde cogerlo, es siempre radical, no le gustan las medias tintas, pero es inclasificable, diría que es de extrema nada.

—Buen calificativo, le va como anillo al dedo.

Pese a las intenciones de Beli de procurar estar siempre en compañía de Fernando a la hora de acompañar a León, esa mañana insiste en llevarlo a la piscina, no cree que haya ningún problema en un lugar tan concurrido. En un principio, se muestra remiso a ir, no sabe nadar y no le encuentra sentido el ir allí para quedarse sentado, al final, se decide para estar con Beli y los demás, aunque para los ratos en que los demás se bañen, se lleva lectura.

Al llegar todos los compañeros le saludan remarcando el nuevo nombre que le han dado, tal como quedaron. Por comodidad se queda en una sombra, con el pantalón corto y la camiseta, Beli prefiere el bikini, de momento no le apetece el baño y decide sentarse junto a León para hablar.

—¿Te gusta el nombre de León? —le pregunta Beli.

—Por supuesto, ya lo dije cuando me lo pusisteis, aunque sea nombre de santo, también tiene otros significados, en primer lugar el del animal, que es muy bello y después el de la constelación, estoy contento con él. Por cierto, ¿qué es tu nombre?, no me suena nada lo de Beli.

—Beli es un diminutivo, yo me llamo realmente Belisa, según me han contado significa la más esbelta, es un capricho de mi padre, por lo visto es la forma que empleaba Lope de Vega de llamar a Isabel de Urbina, su amante a la que secuestró y con quien posteriormente se casó.

—Eso de esbelta te cuadra muy bien.

—Gracias, no conocía tu faceta de piropeador.

—No es un piropo, solo hay que verte. Además, la historia es muy interesante, no la conocía.

—Yo tampoco la conocería, porque me la han contado en casa que si no. Creo que después, García Lorca escribió una obra de teatro con una Belisa.

—Me gusta saber algo de ti, siempre hablamos de mí o de otras cosas, pero no me has contado casi nada de tu vida.

—No me gusta mucho hablar de mí, me da vergüenza, soy hija única, mi padre es médico y tiene una fábrica de embutido, mi madre se dedica a la casa, no vivo en Carije, vivo en la ciudad, estudio Historia, ¿qué más te voy a decir?

—Me has contado más de tus padres que de ti. ¿Qué te une a Aurelio?

—Desde luego, no te callas, directo al centro.

—Ya me conoces, no me ando por las ramas.

—Ya, Ya. Aurelio, cuando tenía 15 años me impresionó por su planta y fui su novia durante casi un año, después me cansé y lo dejé, aunque, como has visto, él no lo ha asumido todavía.

—¿Entonces practicabas sexo con él?

—¡¡Pero! ¡qué te has creído tú!, yo no voy por ahí contando mis intimidades, no creo que sea algo que te importe —se enfada Beli.

—Lo siento, no veo nada malo en la pregunta, además, era casi una afirmación.

—León, si no me voy de aquí es porque te conozco y sé que lo dices sin mala intención, pero es una pregunta o afirmación bastante inconveniente, no puedes ir por ahí hablando así. De todas formas y en confianza, yo creo que el sexo hay que reservarlo para cuando una se casa.

—Pero ¿todo, todo?

—Bueno, besos, abrazos, alguna caricia, pero no más, yo soy creyente, sigo unas normas que están muy claras, ya te he dicho alguna vez que soy católica practicante.

—Ya, y ahora, ¿tienes novio?

—Qué perra has tomado con mi vida sentimental, sí, en la ciudad tengo novio, ahora está en la playa, se llama Arturo.

—Y ¿piensas casarte?

—Claro, pero primero hemos de terminar los estudios, encontrar un trabajo, montar un piso...

—Eso va a tardar mucho tiempo, ¿no es muy duro el aguantar tanto tiempo?

—Sí, pero esa capacidad de aguantar hace el amor más fuerte.

—¿Por qué? yo pensaba que el amor era felicidad y ahora dices que cuanto más sufrimiento mejor.

—Bueno, lo dejemos ya, no me gusta nada hablar de cosas tan íntimas. ¿Y tú? ¿Tienes algún amor en tu cuenta?

—Pero ¿qué te voy a decir?, ¿no te acuerdas que no recuerdo nada de mi pasado?

—Es cierto, discúlpame.

—No pasa nada, pero creo que sí que he estado enamorado, no son recuerdos, es una sensación, como si me fuera familiar.

—Por supuesto, ¿sería con sexo?

—Yo creo que sí, cuando pienso en él lo hago como si lo hubiera experimentado, no lo veo como un misterio, pero no sé si el instinto te hace sentirte igual.

—También me lo imagino yo, pero no lo siento como algo vivido.

—Yo lo veo como algo agradable, que produce satisfacción, te hace feliz, por eso

lo definiendo, es una forma de hacer feliz disfrutando.

—Ya he notado que eres muy hedonista.

—Depende, vosotros también, lo que pasa es que vuestra felicidad es tener muchas cosas, por lo menos esa es la impresión que me da.

A Beli le apetece darse un baño y León aprovecha para leer un poco el libro. Al regresar, ella prefiere no interrumpirlo y se tumba donde estaba a tomar el sol un rato. En ese momento entra en la piscina Aurelio y se dirige a saludar a Beli con bastante mala leche.

—¡Hola Beli! ya veo que sigues con tu nuevo noviete, el exhibicionista.

—Aurelio —contesta ella con tono de enfado, lo nuestro terminó hace tiempo, deja de meterte conmigo y no te pongas en evidencia.

—La única que se pone en evidencia eres tú, pasando el día con este tipo —con un tono de mayor irritación.

—Anda vete, vete, que no quiero saber nada de ti.

—Vaya con la mosquita muerta, a saber cómo te la montas con este alfeñique.

Viendo que Beli ya no puede aguantarse más, León se levanta y se pone entre ella y Aurelio, diciéndole.

—¿No la has oído? ¡Vete de una vez!

—Vaya con el exhibicionista, ahora se me pone chulo, míralo ahí, todo vestido, ¿qué pasa, que si no vas desnudo eres incapaz de bañarte?

—No, si no me baño es porque no sé nadar.

—No sabes nadar o tienes miedo.

Beli asustada de que puedan llegar a las manos, sujeta del brazo a León en un gesto para detenerlo:

—Quieto, León.

—León, que nombre más ridículo, llamar León a semejante acojonado, aunque puede que sea el por el muñeco del león Rodolfo, al que se le ve la pluma por todos lados.

—Por favor, márchate y déjanos tranquilos de una vez, no te hemos hecho nada.

La escena ha concentrado la atención de todos los que se encuentran en la piscina, lo que envalentona más a Aurelio, deseoso de mostrar su superioridad humillando a su contrincante.

—No vas a ser tú el que me diga dónde puedo estar o lo que tengo que hacer.

—No seas pesado y déjanos de una vez.

Aurelio lanza un puñetazo directo e inesperado que derriba a León en el suelo. Este se levanta aturdido y se queda frente al otro.

—Qué. ¿No tienes cojones de pegarme? Eres una niña, vale, ven, dame... —lo provoca Aurelio poniendo la cara a su alcance.

—Yo solo quiero que te vayas, no deseo pegarte —contesta León ya más

despejado en tono conciliador.

—Ahora me viene este en plan Ghandi, ¿qué piensas? ¿que te voy a dejar?

—Y dispara de nuevo el puño, pero esta vez pilla a León prevenido y lo elude agachándose al mismo tiempo que adelanta la pierna; Aurelio, impulsado por su propia fuerza, tropieza en la pierna y cae de narices en la hierba. Esta inesperada caída hace que su irritación se incremente y se levante gritando.

—Esto te va a costar caro.

Esta vez lo quiere sorprender con un puñetazo en el estomago, pero León, en un movimiento rápido, cruza los brazos delante de él y girándose, le para el puño con una mano y le coge el codo con la otra, haciéndole perder el equilibrio y caer de nuevo.

Aurelio se levanta, su rostro muestra la ira, las venas del cuello están hinchadas, ya no se anda con chiquitas y lanza la pierna derecha a la entrepierna, León da un salto hacia atrás, le coge la pierna y la impulsa hacia arriba, lo que hace que pierda de nuevo el equilibrio y caiga de espaldas.

Se levanta y, sin esperar a más, arremete con la cabeza, como si fuera un toro, diciendo:

—¡Te voy a matar!

—León espera, hace un quiebro y deja que Aurelio, por su propio impulso, vaya de cabeza a la piscina.

—Las personas que se encuentran contemplando el incidente, no dan crédito a lo visto, ni evitan la carcajada ante lo cómico del último lance. Aurelio está desconcertado, con el orgullo herido, su fama de chulito y fuerte se ha visto puesta en entredicho por un alfeñique, pero no sabe qué hacer.

—En ese momento llegan los guardias, que avisados por alguien, preguntan qué ha pasado. Los testigos se lo cuentan y en vista de que es una cosa sin importancia, los amonestan con una advertencia y les dicen que no vuelvan a hacerlo.

—Cuando se calma un poco se sienta en su sitio y Beli le pregunta:

—¿Dónde has aprendido a pelear así?

—No lo sé.

—Pues te mereces el título de León de Carije, que suena a guerrero.

Mañana de domingo

«Yo no soy así —piensa León—, mis ilusiones son muy diferentes, pero no sé lo que me inclina a no intentarlo, a renunciar a ello sin luchar. Me pregunto si estaré tan atado a los convencionalismos, que aunque mi razón me indica que no es lo que me conviene, me arrastran y me obliga a seguirlos.

»No puedo evitar acordarme de mis primeros días, las cosas han cambiado, no me encuentro tan solo, tengo un grupo con el que relacionarme, pero no me siento más feliz, solo más cómodo. Obtener el consuelo de esa compañía me ha hecho renunciar a gran parte de mis principios y me he tenido que someter a las normas.

»Con Beli es diferente, no se parece a los demás, es capaz de conversar seriamente, es profunda e inquieta, no se pasa el día haciendo y diciendo tonterías. Siento algo especial por ella, pero no sé por dónde abordarla, está claro que no la puedo tratar como a los demás. Yo creo que ella también siente algo, se ha tomado mucho interés por mí.

»Es posible que haya hablado demasiado sobre mí, ella sabe mucho más de mí que yo de ella. Me siento cómodo a la hora de sincerarme, siento la confianza de personas que se conocen hace tiempo.

»Ese sentimiento va más allá de la amistad, su presencia, su visión, su olor me hacen sentir algo especial, una sensación cálida, una especie de borrachera que me desinhibe, mi cuerpo busca su proximidad, tengo que hacer esfuerzos para no acercar mi boca a sus labios, a esa sonrisa constante, sincera, sensual.

»Su mirada es penetrante, como si buscara escrutarte, leerte lo que piensas, esos ojos que transmiten candor, comprensión, en ocasiones compasión. Te sientes vivo delante de ella, hace que merezcan la pena las horas esperadas hasta el reencuentro.

»Su cuerpo, aunque no sea llamativo, llama a la caricia, al beso, al sexo pausado, tranquilo, largo, su piel transpira cariño. Pero qué inaccesible me parece, siento un abismo entre los dos, ¡somos tan diferentes!

»Sin lugar a dudas, ella siente por mí aprecio, interés, lo que pienso, hago o digo le importa, no escatima su tiempo conmigo, incluso se enfrenta a otros por acompañarme.

»¿Qué sentirá? ¿Notará por mí lo que yo noto por ella? Qué complicado es esto, con lo fácil que sería el expresar nuestros sentimiento sin más, ¿por qué jugar al ratón y al gato?, no tiene sentido ese reservarse, intentar averiguar las cosas indirectamente, con lo fácil que sería poder decir lo que sentimos y lo que deseamos sin tener que andarse por las ramas.

»La canción, la dedicatoria, ¿qué significó todo aquello?, la canción era preciosa, la expresión que tenía cuando cantaba, sin quitarme la vista, con esa mirada y esa sonrisa, estaban llenas de cariño, cuando lo recuerdo la noto muy próxima. ¿Y ese guiño al final?, ¿sería señal de algo?

»¡Qué desastre!, no tengo ni idea del juego de la seducción, soy una calamidad,

tengo menos idea que un niño, carezco de experiencia y la necesito urgentemente. En momentos así me siento profundamente solo, es cuando más consciente soy de lo que significa carecer de niñez, de haber ido, poco a poco, entrando en un mundo tan resbaladizo. No voy a preguntar a Fernando la forma de conseguir a Beli. Me tendré que apañar como pueda, dejarme guiar por el instinto.

»Una de las cosas que debo hacer es interesarme más por sus cosas, por lo que piensa, lo que siente, lo que es importante para ella, tengo que dejar de ser tan egocéntrico, de pensar tanto en mí, he de interesarme por lo suyo. Hoy es domingo, acudiré a misa, algo fundamental para ella.»

León acude por primera vez a la iglesia, quiere vivir aquello, conocer la misa. Sus pensamientos van surgiendo con aquello que ve.

«Cuánta gente, además, qué bien vestidos, qué joyas más llamativas, sin duda se han puesto sus mejores ropas. Aquellos deben ser los padres de Beli, ¿qué lleva en la cabeza su madre?, parece una tela muy fina.

»Entremos, no me voy a quedar aquí, seguro que ella ya está. ¡Qué barbaridad!, es impresionante, qué salón más grande, más decorado, las paredes están llenas de imágenes, seguro que cada una tiene una historia, un día le he de pedir a Beli que me las cuente, seguro que las conoce.

»¿Qué hacen al entrar?, que curioso, meten los dedos, se los mojan y se limpian la frente, la barriga y los hombros. Haré lo mismo. Por cierto, no es solo la madre de Beli, esa tela la llevan muchas mujeres, se lo he de preguntar.

»¿Dónde está?, por lo que veo, las mujeres que vienen solas se sientan en el lado izquierdo y los hombres en el derecho, allí están Emilio y Ana, seguro que todos están por aquí.»

De repente todos los presentes se ponen de pie y de un lateral sale una canción:

*Juntos como hermanos,
miembros de una Iglesia,
vamos caminando al encuentro del Señor...*

«Ya la oigo, claro, no estaba en los bancos, por eso no la encontraba, voy a acercarme un poco, así la veré mejor.»

León permanece atento a todo lo que le rodea aunque le cuesta mucho seguir el protocolo de sentarse y ponerse de pie que parece dominar todo:

«Parece una sucesión de frases muy sonoras e historias muy raras, aparentemente muy antiguas. Todo lo dirige ese muchacho, es joven y guapo, esas melenas rubias son preciosas, no me extraña que las mujeres estén encantadas con él, no parece mucho mayor que nosotros, lo raro es su vestimenta, se parece a las imágenes de las paredes si no fuera por esa especie de poncho verde, ese debe de ser el cura.»

Beli se da cuenta de su presencia y piensa: «¿qué hace aquí?, por dónde le ha dado hoy, madre mía, espero que no le dé por ser muy espontáneo y monte un numerito, como piense que el sermón es una discusión, no sé donde me voy a meter.»

Los rezos y las lecturas se suceden, en una de ellas, sale Fernando y cuando este se retira ve que Belí deja su guitarra en la silla y se dirige al atril.

«Vaya, también lee ella, a ver lo que dice —piensa León, poniendo especial interés

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los colosenses

Hermanos: Ahora me alegro de sufrir por ustedes, porque así completo lo que falta a la pasión de Cristo en mí, por el bien de su cuerpo, que es la Iglesia.

«Qué bien lee, con que calma, no se pone nerviosa delante de tanta gente. Está claro que lo que dice va dirigido a gente como yo, pagana, que no cree en su Dios, pero me parece una aptitud muy altanera, solo ven lo que han de enseñar, nada dicen de lo que han de aprender. Parece que no les gusta escuchar.»

—Palabra de Dios —termina Belí.

—Te alabamos Señor.

Beli se retira buscando con la vista a León, este le hace un discreto gesto con la mano que apenas contesta ella con una sonrisa. La ceremonia continúa y él le da vueltas a lo que hacen. La ceremonia continúa y finalizado el sermón piensa:

«Me parece que lo estaba explicando, sus palabras las comprendo, aunque no termino de relacionar lo anterior con esto, parece que uno ha de estar dispuesto siempre a recibir a Cristo, por lo que he entendido, nosotros, los que no creemos, debemos estar atentos a su mensaje, ¿qué tendrá que ver con el cuento de las dos hermanas y la visita?, para mí que María era una vaga, al final todo lo hace Marta y, para colmo, se lleva el rapapolvo.»

La ceremonia continúa, a León le parece que cada vez es más críptica, como si se tratara de magia, no comprende las manipulaciones que realiza con la copa, el platito, las aceiteras....

Lo que desde luego le compensa es que de vez en cuando el coro canta y en él destaca la voz de Belí, entonces piensa:

«Me encanta cuando cantan, es la ocasión de oírla, me da lo mismo lo que diga la canción lo importante es escucharla.»

Suenan tres campanillazos, el sacerdote levantando un círculo blanco:

—Tomad y comed todos de él...

Suena de nuevo tres veces la campanilla y el sacerdote levanta la copa grande diciendo.

—Tomad y bebed todos de él...

—Este es el sacramento de nuestra fe.

«De nuevo con los ritos, que cosas más raras dicen, parece que digan que se van a

comer el cuerpo y la sangre de alguien, pero eso es imposible, no creo que sean capaces, desde luego que Beli no.»

Sigue la sucesión de palabras y ritos incomprensibles para él llenos de continuos cambios de postura: de pie, sentado, de rodillas...

El coro empieza a interpretar una nueva canción:

Demos gracias al Señor, demos gracias; Demos gracias al Señor. Demos gracias al Señor, demos gracias; Demos gracias al Señor.

La gente sale de sus sitios y se va poniendo en una cola, haciendo turno, el sacerdote pone en su boca una cosa redonda. Beli sale de su sitio en el coro y se dirige para ponerse al final.

«Se ve que es lo que toca hacer ahora —piensa León— voy a ponerme yo también, con un poco de habilidad me puedo poner detrás de ella, así aprovecho y le digo algo.»

León ataja el camino y cuando está justo detrás de ella, con un rápido movimiento, se cuela a las espaldas de Beli.

—Hola Beli —dice León en voz baja

—Silencio —contesta Beli volviéndose con cara de mal genio.

«Vaya, ya he hecho algo mal —piensa León algo perplejo— no entiendo nada, se ve que no se puede decir nada... Hoy va muy guapa, se nota que se ha arreglado más que otros días... Que tentación tenerla ahí delante, tan cerca, le puedo oler perfectamente... El pelo le brilla, seguro que si fuera largo se movería con salero.»

«¿Qué hace este aquí? —piensa Beli— menuda idea se le ha ocurrido, no pinta nada, no ha mostrado jamás ningún interés por la religión y sin comerlo ni beberlo se presenta aquí... Seguro que se ha fijado medio pueblo, empezando por mis padres... Ahora va a comulgar, tiene valor, puede que no esté ni bautizado... Tampoco tiene tanta importancia, supongo... Lo más fácil es que se haya presentado por mí, por lo menos no me ha quitado ojo, a los demás no les ha hecho caso... Ahora veremos cómo se apaña...»

—El cuerpo de Cristo.

—Amén —dice Beli y toma la ostia que le da el sacerdote retirándose hacia su lado.

—El cuerpo de Cristo.

—Amén —dice León imitándola y tomando su correspondiente forma.

Ella se retira a su silla en el coro. Mientras él piensa:

«Vaya, no hemos terminado, ella regresa a su sitio, regresaré yo al mío... Parece que ahora hay que ponerse de rodillas otra vez y esconder la cara entre las manos... Voy a hacer lo mismo.»

«Por favor Señor, acuérdate de León —reflexiona Beli—, es un poco raro, pero la verdad es que es bueno, lo aprecio mucho, le he tomado cariño, ojalá recupere la

memoria y pueda regresar con su familia y amigos, te ruego que, si puedes, le devuelvas la memoria. A mí, ayúdame a cumplir tus mandamientos, dame fuerza para superar las tentaciones y perdóname todo los fallos que tengo. Dame fuerzas para poder ayudar a los demás. »

Terminada la ceremonia el cura se retira y la gente va saliendo de la Iglesia. León se queda esperando que Beli salga. Ella, que tiene que entrar a la sacristía, piensa que se va a meter detrás. Se acerca a él y le comenta:

—No me esperes aquí, espera fuera, no tardaré mucho.

León sale y tiene que esperar más de lo que supone, le da tiempo de saludar a todos, despedirlos, quedarse con Fernando a esperarla y que este, por falta de tiempo, se tenga que ir a su casa. No es algo que le preocupe, sabe que no va a salir por ninguna puerta trasera, ni que lo haga con la esperanza de que se canse, ella no es de las personas que hacen esas cosas, si se retrasa es porque no puede salir.

Beli tarda, quiere consultar a Don Antonio una serie de dudas que tiene, lleva una temporada en que está sometida a tensiones que le hacen dudar. Hasta entonces sus ideas, su forma de vivir, se ha adaptado perfectamente a la de sus padres, pero cada día siente inquietudes sociales que le alejan de ellos, cada día se muestra más crítica respecto a su forma de ver las cosas, empezando por la religión.

Por otra parte está inquieta, sabe que León está en la puerta y no le gusta hacerle esperar. Ha empezado a sentir miedo de su relación con él, le da vértigo la rapidez con que ha hecho confianza, sabe que los rumores se empiezan a extender, pero no está dispuesta a renunciar a su compañía por las maledicciones de la gente.

León ha conseguido que la firmeza de sus convicciones se tambaleen, su forma de expresar las cosas, de razonar, de mostrarse libre de cualquier credo, le hace dudar de muchas cosas. Él es el escepticismo en persona, le resulta agobiante, siempre pide una explicación a todo.

El interés de León, le preocupa, no sabe si es por su extraña forma de comportarse o porque su cabeza alberga alguna otra idea.

Don Antonio le aclara los límites a los que ha de ajustarse, pero por otra parte le anima a mantener la amistad, según él, es una relación no superficial, aunque sea diferente, son de las que ayudan a crecer, a profundizar. Ve positivo que se plantee una visión social diferente a la de sus padres, anclados en épocas anteriores, personas mayores con dificultades para cambiar. Le aconseja que se aleje de su formalismo y busque el sentido de las cosas.

Al salir encuentra solo a León, mirando la fachada de la iglesia, mientras la espera. No puede evitar mostrar una sonrisa de satisfacción, le alegra que él sea capaz de haber pasado más de media hora sin impacientarse. Su rostro muestra alegría y no manifiesta ninguna contrariedad por la espera. Ella aprovecha que ya esté vacía la plaza para darle un par de besos en la mejilla.

—¡Hola León! perdón que te haya hecho esperar tanto tiempo, tenía que hablar con Don Antonio.

—No te preocupes, tus besos hacen que haya merecido la espera, he pensado en ellos cuando en la misa han dicho lo de daros la paz.

—No me digas —se muestra satisfecha— ¿por dónde te ha dado hoy para venir a misa?

—He estado pensando esta mañana lo importante que era para ti, he querido venir a ver lo que era, pero te he de confesar que no me he enterado de mucho, el lenguaje es un poco críptico, ni siquiera lo he comprendido cuando lo ha explicado el cura.

—No me extraña, muchos de los textos están escritos hace mucho tiempo.

—Entonces, por eso parecen ritos mágicos. Por cierto, ¿por qué has puesto cara de mala leche cuando me he puesto en la cola?

—Es que te has puesto en la cola de comulgar.

—¿Qué es eso?

—Lo que ha dicho el cura cuando te ha dado la forma. Toma el cuerpo de Cristo.

—Pero aquello no era carne, parecía un papel muy rígido pero muy blando.

—Es que el cuerpo de Cristo no está en forma, nada más que está en esencia.

—Pues... ¿qué es estar en esencia?

—Me parece que es muy complicado, eso es muy difícil de explicar —dice con una sonrisa.

—Bueno, yo no soy tonto, si me lo explicas, supongo que lo entenderé. Por cierto, ¿te apetece dar una vuelta hasta Bondías?

—Bueno, he dicho a mi madre que no tardaría, pero tengo un rato.

—Entonces, ¿he metido la pata? ¿te has enfadado?

—No, no me he enfadado, es que he estado un poco asustada.

—¿Por qué?

—Porque había mucha gente, estaban mis padres, y les podía mosquear que vinieras, no sabía cómo ibas a reaccionar en algunos momentos. Se ha notado que venías porque yo estaba aquí, y eso les puede dar motivos para hablar.

—¿No te gusta que haya ido a misa?

—No, no es eso, yo me alegro que te intereses por mí, lo que temo es que la gente empiece a hablar sobre nosotros.

—Pues no sé lo que van a decir, no creo que hagamos daño nadie.

—No es cuestión de eso, pero compréndelo, tú eres un chico y yo una chica, si ven mucho interés tuyo por mí y que te hago caso van a pensar que somos más que amigos.

—¿Qué pasa? ¿Es verdad?

—No es que sea o no verdad el problema es que piensen que lo sea.

—Entonces son ellos los que lo hacen mal, son ellos los que te hacen daño a ti, tendrían que ser ellos los que cambiaran.

—Es difícil de explicar, yo tengo novio en la ciudad, se supone que yo no debo

intimar con ningún chico mientras estamos separados.

—¿Por qué? ¿Lo quieres menos por estar conmigo?

—No. Vamos a ver, no es por eso, yo no dejo de quererlo por estar contigo, es por cuestión de guardar las formas.

—Me pierdo, ¿qué es eso de guardar las formas?

—La sociedad tiene una serie de normas no escritas que hay que cumplir, si no las cumples la gente te ve mal, te critica.

—¡Ya te critican!

—Pues ya hay quien dice que hay algo más que amistad entre tú y yo.

—No me hace ninguna gracia causarte problemas. Eres la persona con quien más a gusto me encuentro, no querría tener que dejar de verte porque la gente piense cosas raras.

—No te preocupes, yo también me siento bien contigo, no pienso dejar que los rumores hagan que pierda tu amistad.

—Me alegro, en poco tiempo te he cogido cariño, estoy temiendo el final del verano, tú te irás y yo no sé qué va a ser de mí.

—León, yo siento por ti lo mismo, no has de estar siempre con miedo de perderme, no eres ningún bicho raro, eres un hombre con un gran atractivo, tienes un gran corazón, y pareces muy inteligente, seguro que no te faltarán los amigos. Cuando llegue el otoño ya veremos, si no nos vemos, podemos escribirnos cartas, no tenemos que perder el contacto.

Las palabras de Beli animan a León, el que ella también sienta lo mismo, le hace estar más esperanzado. Buscando un contacto más personal, le pasa el brazo por el hombro, acercándosela.

Ella se siente repentinamente violenta, no se esperaba el gesto, le da la impresión que ha existido un mal entendido. Le coge la mano y le quita rápidamente el brazo, separándose de él con evidente irritación:

—No, León, eso no, por favor, no te pases.

León se queda algo sorprendido, no comprende que si ella se siente atraída por él, rechace de esa forma el contacto físico.

—Pero, Beli, yo pensaba, por lo que me has dicho, que te gustaría un poco más de intimidad.

—Pero ¿qué te has creído? —claramente enfadada por las pretensiones de León.

—Pues, yo pensaba que si dos personas se apreciaban y se sentían bien juntas...

—Ya, lo que querías era sexo...

—Pues, la verdad es...

—No me digas más, no me digas más —responde ya fuera de sí.

—Pero Beli, yo creo...

—¡¡Cállate! lo has fastidiado todo, déjalo, déjalo, me voy a casa, no quiero saber nada más, te has pasado tres pueblos.

Beli, se da la vuelta, deja a León plantado y perplejo en pleno paseo. León no

sabe lo que ha hecho, se da cuenta de que ha metido la pata, va a ser difícil que se olvide de lo ocurrido. Ya no tiene ganas de nada, se va a casa de Calixto a intentar reflexionar sobre lo que ha pasado.

Beli, da un largo paseo para recuperar la compostura y cuando logra calmarse sube a casa, se dirige directamente a su cuarto, deja la guitarra y se encierra en el baño.

«Quizás me haya pasado —piensa Beli— él se ha dejado llevar por su forma de pensar, la atracción física es algo natural, hay que reconocer que yo misma, si no fuera una persona consciente de mis obligaciones, sería la primera en desearlo. No me lo esperaba, aunque me lo debería haber imaginado, puede que le haya dado motivos para hacerse ilusiones. He de andarme con más cuidado, espero que nadie lo haya visto, solo faltaba eso.»

Tira de la cisterna, para disimular la tardanza, se lava la cara para quitarse los restos de sus lágrimas y sale dispuesta a ayudar.

—Hola mamá, ¿voy poniendo la mesa?

—Sí, anda, ponla, ¿cómo es que has tardado tanto?

—Es que primero me he entretenido con Don Antonio que quería consultarle unas cuantas cosas y luego he ido a dar un paseo.

—¿Dónde?

—Por el paseo, dirección a Bondías, ¿por qué?

—Es que me han dicho que te han visto con el muchacho ese, el que apareció en la montaña.

—Si, he ido con él a dar una vuelta y hablar un rato, es amigo mío.

—Pero hija, es que vas mucho con él, ¿no te parece?

—No sé lo que pretendes decirme, no creo que esté haciendo nada malo.

—Yo lo que no comprendo es la perra que has cogido, me han dicho que es muy raro.

—Desde luego mamá. León, que es como le llamamos, es un muchacho que tiene un problema muy gordo, no se acuerda de nada de su pasado, ha perdido todo, a su familia, a su casa, a su pueblo, a sus amigos. Es una persona inteligente, culta, con buenos sentimientos, que de repente está rodeado de extraños...

—Y a ti qué te va ni te viene; que otros se encarguen de él, no siempre has de ser la salvadora del mundo.

—Mamá, se ve que a la única misa que has faltado es la que explicaban lo del Buen Samaritano.

—Lo único que falta, que me faltes el respeto.

—No, no te quiero faltar el respeto, me refiero a que para ser un buen cristiano hay que ser caritativo.

—Para eso están las limosnas, con ellas ya se encargan los curas de hacer lo que

hace falta. Por lo que me han contado, ese muchacho piensa como un libertino, no cree en Dios y a saber si es comunista.

—No comprendes nada mamá.

—Yo lo único que entiendo es que ir con él es un peligro de pecar.

—Mamá, yo sé lo que puedo hacer y lo que no, yo no hago nada malo, simplemente hablo con él.

—Pero, ¿y qué diría Arturo de esto si se entera?

—Arturo no diría nada, lo tendría que comprender, él también tiene amigas y habla con ellas ¿o piensas que no?

—Pero eso es diferente, él es un hombre y tú una mujer, has de cuidar tu fama, a la que te descuides, como te quedes embarazada, seguro que si te he visto no me acuerdo, te cuelgan un san benito y ningún hombre te querrá. Una mujer ha de cuidarse, tiene las de perder.

—Mamá, todo eso ya lo sé yo, no soy tonta, sé lo que me hago, no he conocido a ninguna chica que se haya quedado embarazada por hablar —Beli ya está cansada de dar explicaciones.

Entra su padre, las saluda y, en vista de sus caras, interroga:

—¿De qué estáis discutiendo?

—Pues hace un rato ha pasado a pedirme un poco de sal Clotilde, la vecina, y me ha contado... explica la madre.

—Ja, a pedir sal, con lo cotilla que es

—Déjame hablar —continúa la madre —que por lo visto han visto a tu hija y el muchacho ese...

—Se llama León —ya claramente indignada.

—Haz el favor de callarte y dejar hablar a tu madre.

—Pues como te iba diciendo, que tu hija y ese chico iban solos y muy acaramelados...

—Lo que faltaba, esa vieja víbora.

—¡¡Cállate!! Y guarda más respeto a los mayores.

—El caso es que por el pueblo van diciendo que tiene dos novios, uno en la ciudad y otro en el pueblo, y ahora me dice ella que no se va a quedar embarazada.

—Pero, no es así...

—¡¡Cállate! no todo es cuestión de quedarse embarazada o no, ni siquiera si es verdad o no, ten en cuenta que la gente enseguida comentan, exageran y te crean una fama.

—¿Y qué culpa tengo de que el pueblo este lleno de cotillas? —aduce Belí con creciente enfado.

—Eso no se puede evitar, las cosas han sido siempre así y así serán —responde el padre.

—¿Por qué ha de ser así?

—Porque sí, es necesario cuidar la fama, ya sabes, la mujer del César no solo ha

de ser buena sino parecerlo.

—A mí me importa un bledo lo que digan cuatro aburridos —suelta Beli claramente tensa.

—Pues a mí no, lo que tú hagas, tu fama es la de nuestra familia, siempre hemos sido honrados, piadosos y formales, nunca nadie ha tenido nada que decir de nosotros y no pienso consentir que venga ahora una mocosa a poner en duda mi autoridad en esta casa —manifiesta el padre claramente enfadado.

—Cómo tengo que deciros que yo solo hablo con León, que no hay nada más entre los dos, que les va a importar a los demás con quién hable o deje de hablar — sostiene Beli con tono lastimoso queriéndose hacer entender.

—Tú puedes decir lo que quieras, pero no quiero que vuelvas a ver a ese muchacho.

—¿Por qué?

—¡¡Porque sí! porque soy tu padre, y ya no se discute más, he dicho que no quiero que vuelvas a ver a ese exhibicionista.

—Eres una persona cruel, él no es un exhibicionista, es una persona con unas circunstancias muy tristes, no comprendo como con vuestro ejemplo soy católica. No pienso dejar de verlo, haré lo que me de la real gana —afirma fuertemente irritada.

El padre no aguanta más, se pone colorado, las venas del cuello se le hinchan y le da un sonoro bofetón al mismo tiempo que grita:

—¡¡Calla desgraciada! ¡¡Harás lo que yo diga!!

Beli, se queda plantada, es el primer bofetón que ha recibido de su padre, en 18 años nunca le había tocado la cara. Se queda mirándolo fijamente, mientras la mejilla se va poniendo roja, cierra los labios fuertemente, las lágrimas le salen de los ojos, le dice:

—Eres un maldito tirano.

Y, sin esperar a más, se va a su cuarto, da un fuerte portazo y se hecha sobre la cama, para poder desahogarse por la terrible mañana de domingo que ha tenido.

El Puente

Beli, evaluando la situación, llega a la conclusión de que debe de establecer cierta distancia con León, procurar seguir como amiga, pero evitar las circunstancias equívocas que puedan dar alas a sus ilusiones. Se siente dolida, su relación con León era de lo más interesante, se sentía muy a gusto, no le importaba lo que pudiera decir la gente, ella sabía que no obraba mal, pero las circunstancias son ahora diferentes, León abriga otras esperanzas, ahora siente la sombra de la posibilidad de hacerle daño.

—¿Qué puedo hacer, Fernando? ya te he contado lo que me pasó el domingo con él y con mis padres, me siento entre dos fuegos.

—Lo de tus padres, yo creo que lo debes de hablar con ellos, con tranquilidad, en un momento en que no se plantee un enfrentamiento, no lo expongas desde el punto de vista de que consientan tu relación con León, hazlo intentando que comprendan que ya eres mayor, que eres una persona adulta, que sabes lo que te haces.

—Veo muy difícil que lo comprendan, ya conoces a mi padre, no hay quien le lleve la contraria.

—Ya lo sé, he podido verlo. Es algo que has de tener en cuenta, pero tú, en cierto modo, eres como él.

—Pues vaya, qué mala imagen tienes de mí.

—Sabes perfectamente que no. Lo que pretendo decir es que tú también eres muy tozuda, cuando se te mete algo entre ceja y ceja no hay quién te pare.

—Sí, en cierto modo sí, pero es que pienso que tengo razón, por qué me ha de controlar tanto.

—No te irrites, ya estas sacando las uñas. Lo que quiero decirte es que si planteas las cosas con tu padre como un enfrentamiento, como un «yo tengo la razón y no hay otra solución que reconocerlo», no vais a llegar a ningún lado y tú tienes las de perder.

—Y ¿qué sugieres?, ¿que me quede callada y aguante sus imposiciones y sus bofetadas?, mira, aún se me nota.

—No pretendo decir eso, lo que intento explicarte es que si abordas el problema indirectamente conseguirás más que enfrentándote.

—¿Cómo sugieres que haga las cosas?

—Intenta que te vean como mayor, como digna de confianza, puedes plantearlo alagando su vanidad, diciendo lo buenos padres que han sido, lo bien que te han educado, lo sensata que te han hecho, seguro que le es más fácil admitir sus posibles virtudes que las tuyas. A mí me ha ido muy bien esa táctica y me temo que inflando el ego a Don José conseguirás muchas cosas.

—No me había planteado hacer las cosas tan sibilinamente, sabes que soy más directa, pero puede que me interese cultivar un poco la hipocresía.

—*C'est bon ami*, el mundo es hipócrita y como tal lo has de tratar.

—¡Vaya! no te va el papel de cínico.

—A veces es necesario un poco de cinismo.

—¿Y qué me dices de León?

—Lo de León, eso lo ha de solucionar tu corazón.

—¿Qué quieres decir?

—Que depende de lo que sientas.

—Lo que sienta por él. ¡Qué difícil! Le tengo mucho aprecio, su presencia está haciendo este verano menos aburrido, me atrae su aire distante, su misterio, encierra un mundo por descubrir.

—No sé qué decirte, ¿es simple amistad? ¿es lo mismo que sientes conmigo?

—En menudo compromiso me metes.

—Es que lo que pretendes que te diga es muy comprometido.

—La verdad es que no, sois relaciones diferentes.

—¿Diferentes en qué?

—Tú eres mi amigo de siempre, eres de mi mundo, te conozco hace muchos años, piensas casi igual que yo, eres el que mejor me conoce, con el que tengo la confianza de hacerte preguntas «comprometidas» con la esperanza que me ayudes a verlo claro.

—¿Y él?

—Él es diferente, lo he conocido este verano, piensa muy distinto a mí, a él no le puedo consultar como a ti, sus soluciones no me valdrían. Pero tiene el interés de lo desconocido, el ser tan diferente, el que me contradiga pero nunca discuta, es alguien capaz de suscitar sensaciones contradictorias, en un momento causa rechazo y al siguiente admiración. Por otra parte está su historia, sus circunstancias, parece una persona muy firme, con las ideas muy claras, pero realmente es frágil, se siente desplazado, no he visto a un hombre tan sensible y con la lágrima tan fácil, parece una mujer. Es alguien lleno de sorpresas, no puedo evitar de acordarme de la pelea de la piscina, con qué tranquilidad pudo con Aurelio, sin ejercer ninguna violencia, parecía el «pequeño saltamontes» de la serie «Kung fu».

—Te noto sentimientos contradictorios, por una parte sientes admiración por él y por otra sientes compasión, pareces deseosa de explorarlo, de descubrir su misterio, pero también lo quieres proteger, ser su guía, ayudarle a integrarse.

—La verdad es que sí, por eso estoy tan confusa, tan perdida. No me había preocupado hasta ahora, ambos aspectos me resultaban atractivos, no le veía ningún problema, pero desde que me cogió por el hombro me da por pensar qué idea se habrá hecho él, o mejor qué sentimientos alberga por mí, no puedo quitármelo de la cabeza, temo hacerle daño.

—¿Pero te ha dicho él que te quiere?

—No, así no, pero ¿cómo te tomarías eso?, me dijo como si fuera lo más natural que pensaba en sexo.

—Beli, ¿no estás juzgando su comportamiento desde tu punto de vista? No digo que cedas, que lo admitas como válido, pero recapacita: ¿cómo se ven las cosas desde

su forma de pensar?, él se comporta según su forma de ver el mundo. Piensa que pudo malinterpretar tus palabras o tus gestos, él desconoce nuestro juego de señales del amor y del sexo.

—No se me había ocurrido verlo así. Quizás he sido demasiado dura.

—Tampoco puedo asegurarte lo que siente él, no tengo tanta confianza como la tienes tú. Pero tampoco tengo claros tus sentimientos.

—¿Qué quieres decir?

—Ha habido momentos que me ha dado la impresión de que tu interés se convertía en apasionamiento.

—Puede ser, no sé, ¿qué puedo hacer?

—Me pones en un aprieto, no sé qué decirte, creo que te has de plantear tus sentimientos por él, si notas que van más allá de una simple amistad, debes pensar si quedarte con él o seguir con Arturo.

—No creo que vayan por ahí los tiros. Yo creo que mi relación con Arturo es firme, es muy parecido a mí, con mis mismas inquietudes, alguien con el que fundar una familia.

—Ya lo sé, pero más aburrido.

—Desde luego, ¡cómo eres!, y un payaso también es más divertido —se ríe.

—Yo sé lo que me digo, si por un casual sientes cosquillitas por ahí abajo, prepárate.

—¡¡Qué burro!! riéndose de la gracieta.

—Tu ríete, que Kung Fu, no se comerá rosca, pero se liga a todas.

Como tantas tardes el grupo está reunido el Kilómetro y en esta ocasión León acude por su cuenta.

—Hola a todos —saluda Fernando.

—Hola —responden todos.

—He recogido las fotos del puente de mayo, han tardado pero al final las tenemos, ir pasándolas para que todos puedan verlas.

—En esta estáis lejos pero se os ve bien y además se ve todo el paisaje —comenta Fernando pasando la primera.

—Madre mía en esta, cualquiera que la vea dirá que me paso el día dándole al morapio —apunta Carmen al verse pegando un trago de vino.

—Desde luego, Fernando —dice Beli— ¿cómo se te ocurre sacarme comiendo?, he salido fatal.

—Estas son las del grupo, las que saqué con el temporizador, son las únicas en que salgo. No están nada mal, supongo que todos querréis copia.

—Yo sí —dice Sergio— yo quiero de todas en las que aparezco y de las del grupo.

—Bueno, no empecéis a encargarme, ya tomaré nota después. He puesto el

número por detrás a cada foto.

—En esta es a mí a la que me has pillado empinándole —replica Beli con cierta sorna— pero anda que los caretos de Emilio y Sergio, no tienen desperdicio

—En esta, Beli, has salido preciosa —se atreve a decir León— con esa sonrisa, sentada delante del árbol tocando la guitarra, me has de dar una copia, es una foto que me encanta.

—Sí que he salido bien, es una foto para enmarcar. Fernando tienes que hacerme una ampliación, seguro que en casa les encanta —pide Beli.

—A mí, en esta, me has sacado un poco rara, así desde abajo —señala Ana.

—Tienes razón, quise probar el contrapicado, pero has salido con demasiado cuello. En esta, que estás con Emilio, sales mucho mejor.

—En esta, en la que estamos los dos con Sergio, también has salido muy bien.

León se ha quedado algo mosqueado, pensaba que Beli no pondría ninguna pega en que él tuviera una copia de su foto, pero ella ha preferido dar la callada por respuesta, no ha dicho que no, pero él piensa que ha quedado en evidencia delante de todos, se censura a sí mismo el haberse atrevido a hacer semejante petición.

—Y aquí están las hermanas juntas. Por ahí había una que saqué a Paqui que salió muy bien.

—¿Cuál? —pregunta la interesada.

—Debe de ser esta, la que estoy viendo —Sergio se la pasa directamente.

—Pues aún ha de haber alguna más —dice Fernando buscándola entre las que le quedan—. Aquí está, miradla.

—Esta aún me gusta más —opina Carmen.

—Estas dos son de Cecilia. Anda que no sabe posar —comenta con una sonrisa de complicidad.

—Otra de Beli y su guitarra —interviene Emilio— pero está más seria, no parece ella.

—Pues anda que en esta, parece enfadada —dice Ana riéndose—. ¿Qué estabas pensando Beli?

—A ver, déjamela —pide Beli alargando el brazo

—...Pero, tienes razón, ¡cómo me haces esto Fernando!, cría cuervos y te sacaran los ojos —añade Beli riéndose— ¡qué vergüenza!

La foto pasa por las manos de León y sin hacer mucho caso se la pasa al siguiente. Beli se da cuenta de que León está muy serio, se nota que se ha molestado, pero qué iba a hacer, el habérsela negado le hubiera dejado en peor lugar. Se siente molesta, por qué tenía que ponerla en ese compromiso, ninguna de las opciones era buena.

—En esta que estás con los perros sales mucho mejor, con los animales siempre se te queda esta cara de felicidad —dice Emilio— no puedes negar lo que te gustan los animales.

—Y esta, Fernando —interrumpe Paqui—. ¿Tu vena artística? la mano tocando la

guitarra te ha quedado muy bien.

—Esta es la última, un perfil de Beli tocando la guitarra sentada en un banco.

—Está bien, pero como la del pino, ninguna —opina Sergio.

—De vosotros dos no hay fotos porque no estabais —dice Fernando dirigiéndose a Fany y León.

—Ya saber, cuando las de ahora, dale fotos a mi prima mis fotos, ella mandar América —responde Fany.

—Tú tranquila, si me das la dirección, te prometo mandártelas yo mismo —se ofrece Fernando.

—Gracias, mañana la escribo.

León se muestra ausente; un rato después, se levanta y entra al bar. Aunque todos se han enterado del motivo del enfado, solo Beli y Fernando se quedan pendientes de su marcha. Los minutos pasan y no sale, Fernando no sabe si será mejor estarse quieto o entrar a ver lo que le pasa. Finalmente sale con los ojos hinchados, se sienta en una mesa alejada, saca un cuaderno de su macuto y se pone a dibujar árboles, la manía que ha cogido los últimos días.

«León está deprimido por mi culpa —piensa Beli— pero no tengo opción, ¿por qué puñetas tiene que ponerme entre la espada y la pared? No puedo soportar verlo así, pero he hecho el firme propósito de mantenerme a distancia. Lo ha de estar pasando mal, es tan sensible que cualquier cosa le afecta. No lo soporto, tengo que hacer algo.» Se levanta y se dirige a la mesa donde se encuentra León dejando al grupo.

—¿Me puedo sentar contigo?

—Por supuesto, yo siempre estoy dispuesto para ti.

—¿Qué te pasa?

—Nada, que me apetece estar solo.

—A mí no me engañas, te pasa algo.

—Si tú lo dices.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No.

—¿Es por lo de la fotografía?

—No —niega poniéndose a llorar.

—¿Es eso? ¿Querías una copia de la foto?

León no puede contestar y aprieta fuertemente los labios mientras intenta ocultar su rostro concentrándose en su dibujo casi mecánico.

—¿No comprendes que me has puesto en un compromiso?

—No.

—¿No? ¿No te das cuenta que no podía darte una copia y menos públicamente?

—Pues no, no sé qué mal hay en que tenga una foto tuya, Fernando tiene muchas.

—Fernando tiene muchas porque las ha hecho él, eso es una cosa, pero es diferente a que te dé yo una foto mía.

—¿Por qué?

—Porque solo se suelen dar a los novios.

—¿Por qué?

—No te lo puedo explicar, para empezar, me parece ridículo, yo te la daría, pero las cosas son así, hay que cumplirlas.

—Ya, las famosas normas sociales.

—Sí, así es.

—Pues ¡¡que se vayan a la mierda las normas sociales!! —exclama en alto, mientras se levanta y sale a paso rápido.

Durante el resto de la tarde León no regresa, tanto Beli como Fernando no pueden evitar preocuparse. Este tipo de espantada no es propia, suele mostrarse más comprensible y adaptable, pero lleva unos días que está menos comunicativo, más callado, más aislado.

En cualquier caso, el grupo queda esa noche en la discoteca y Fernando va a buscar a León para intentar sonsacarle qué le pasa. Beli prefiere mantenerse al margen.

Fernando llega tarde, al verlo solo, Beli piensa que no habría querido ir.

—Hola Fernando, ¿no ha querido venir?

—No sé donde parará, he ido a recogerlo a casa de Calixto, pero según me ha dicho no ha ido a cenar, él pensaba que estaría con nosotros.

—¿Y qué le has dicho?

—No he querido preocuparle, le he dicho que yo no sabía si habíais quedado a cenar, que de todos formas, si iba por allí, que le dijera que íbamos a estar en la discoteca, que acudiera aquí.

—¿Dónde se habrá metido?

—Lo mismo me pregunto yo, de su casa he ido a El Kilómetro y he preguntado a Agustín si había pasado por allí, pero me ha dicho que desde esta tarde cuando se ha ido enfadado no lo ha visto.

—Puede que haya ido a Bondías para estar solo.

—También me he acercado por allí, pero no se veía señal de él, incluso lo he estado llamando, por si estaba escondido, pero nada, no sé me ocurre dónde buscarlo.

—¡Madre mía! ese, por el camino que llevaba, se ha echado monte arriba y está llora que te llora en cualquier rincón.

—También lo he pensado, pero eso sería buscar una aguja en un pajar, es ágil y rápido, a saber hasta dónde ha podido llegar, no hay otra solución que esperar, él se sabe cuidar, mañana, si no ha aparecido, se lo diremos a Calixto.

—No voy a estar tranquila hasta que aparezca, como le pase algo me lo voy a estar echando en cara toda la vida. Con lo bien que me sentía con él, con lo que estaba disfrutando este verano, ¿cómo se ha podido complicar tanto? —se lamenta

Beli.

—No te castigues, tú no has hecho nada, tu comportamiento ha sido totalmente correcto, todo es por lo raro que es, tiene reacciones que parecen de niño.

—No puedo estar tranquila, tengo mucho miedo, lo veo muy desesperado y carece de frenos morales, le da una ventolera y hace cualquier tontería.

—No seas tan melodramática, ha tenido un caprichito de niño pequeño, no le has dado su piruleta y ha cogido una pataleta, es una chiquillada, en cuanto se le pase, ni se acordará.

—Pero no es un niño, es un adulto, es capaz de tomar decisiones mucho más trascendentes. No quiero ni pensar que le haya dado por subirse a una peña y tirarse

—Beli está claramente afectada.

—Por favor Belí, tranquilízate —le dice Fernando—, será mejor que salgamos, que tomes un poco el aire.

León no acude aquella noche a la discoteca, nadie tiene noticias de él. Belí no se quiere ir con la esperanza de que, aunque fuera tarde, terminará por aparecer. La noche se hace muy larga y muy triste, no puede dejar de dar vueltas a las ideas más negras; menos mal que tiene la compañía de Fernando, que con sus palabras consigue, al menos, que no se desespere. Cuando dan las dos y se disponen a cerrar la discoteca, decide ir a acostarse y esperar al día siguiente, aunque sabe perfectamente que no va a poder conciliar el sueño.

—Vamos a casa, te acompañaré —dice Fernando.

Caminan en silencio durante un rato.

—¿No deberíamos pasarnos por casa de Calixto a ver si ha regresado?

—Yo creo que no es tan urgente, es una hora un poco intempestiva para ir llamando a las puertas, además, Calixto no podría hacer nada hasta mañana. Tú no te preocupes, ya me encargaré yo, ahora, al llegar a casa, me pondré el despertador y antes de que se vaya al cuartel estoy allí y veo si ha acudido.

—Menos mal que te tengo a ti, tu tranquilidad me ha ayudado, yo estoy hecha un nudo ciego. Yo también madrugaré, en cuanto sepas algo me lo dices sea lo que sea.

—Tú tranquila, verás como no pasa nada.

—Dios te oiga.

—No des más vueltas al asunto.

—Bueno, estoy prácticamente en casa, no hace falta que subas, gracias por acompañarme toda la noche, siento haber sido una compañía tan poco divertida.

—Anda, anda, hasta mañana —se despide con un beso.

Belí recorre el pequeño tramo que le queda hasta su casa con paso raudo, mientras saca las llaves del bolsillo. Cuando de repente escucha en el callejón:

—Pse, pse

Se asusta y se gira para ver quien sisea. Su sorpresa es mayúscula, ve surgir a

León hecho un guiñapo, todo despeinado, la camisa por fuera, mal abrochada, los pantalones rotos... En un primer momento se lleva una gran alegría de verlo vivo, piensa que le ha pasado algo y se acerca en su ayuda.

—¿Qué haces aquí?

—Esperarte

—¿Cómo que esperarme? ¿desde cuándo?

—Desde hace dos horas.

—Te has visto la facha que llevas —entre asustada y enfadada.

—No paaasa nada, no me sé abrochar,

—¿Cómo que no sabes abrocharte?

—Por mucho que lo intento siempre falta un botón.

—¡Madre mía! pero ¿qué te pasa?, parece que te vayas a caer.

—No me pasa nada, he bebido un poquito.

—¿Cómo que un poquito! si estás que te caes —dice irritada, con rabia.

—Quería hablar contigo...

—¡Hablar! pero ¿piensas que así vas a decir algo coherente?, si estás como una cuba.

—Quería decirte que...

—¡No! ¡No quiero!, no me interesa lo que me tengas que decir en ese estado, no te ibas ni acordar mañana, lo que quieras decirme me lo dices sobrio, que sepas lo que haces —claramente enfadada—, ponerte así es lo peor que podías hacer para agradarme.

—Pero Beli...

—Ni, peros, ni nada, eres un desgraciado, ¡mírame los ojos! no están rojos del tabaco, están rojos de llorar por ti, después de irte como te fuiste, no sabía si estabas vivo o muerto —le suelta desahogando toda la rabia contenida, mientras le golpea en los hombros.

—Beli, es que yo...

—Vete, vete, no quiero saber nada más de ti, yo desesperada por no saber nada de ti y tú, por ahí, poniéndote trompa, anda vete a casa a dormir la mona y si no sabes como llegar, buscas al Mugrón, os cogéis de la manita y os vais a compartir la botella.

—Espera... —la sujeta León por el brazo para que no se vaya.

—¡¡DÉJAME!! —le grita Beli, dándole un fuerte bofetón—; ¡no me toques!, ¡me das asco!

León se queda parado por las palabras de Beli, mucho más dolorosas que el bofetón que las han acompañado. Mientras ella se gira, abre la puerta, se mete y la cierra.

A partir de aquella noche Beli decide que lo mejor es mantenerse alejada, le duele

mucho tener que hacerlo, ella ha llegado a apreciarlo sinceramente, pero la deriva que está tomando la relación en los últimos días, le hace sentirse mal, le hace daño a León y se hace daño a sí misma. Retorna con su pandilla, no tiene sentido continuar con la otra, el motivo que la mantenía con ella ahora la alejaba. Pero se siente acosada, la persigue, se lo encuentra al salir de casa, en el callejón de enfrente, o mirándole fijamente desde otra mesa, sin decir nada, hasta en misa se presenta.

El pueblo es pequeño, no se puede eludir el asedio, resulta violento, se saludan con mucha más frialdad que antes.

A León, la experiencia de aquella noche y la frialdad y distanciamiento de Beli, lo han vuelto mucho más huraño, se niega a salir de casa con los demás, se le ve por su cuenta, con su libreta de dibujo y su lápiz, pintando retorcidos árboles y extrañas viviendas, como si quisiera dibujar una idílica urbanización. En las ocasiones en que sale con la pandilla no es extraño que termine en un rincón, callado, como ausente, es el preliminar de levantarse y desaparecer durante horas.

Fernando ha intentado acercarse a él, preguntarle por lo que le pasa, interesarse por sus problemas, que se anime a salir... pero no hay forma, contesta educadamente, con poco más que monosílabos, no hay forma de romper la cascara que ha construido en torno a él, se le ve sufrir intensamente. Al futuro médico le preocupa seriamente su salud, por lo que sabe, prácticamente ha dejado de comer, se le ve descuidado, aunque al menos no ha vuelto a emborracharse.

Un día, de los pocos en que León les acompaña, coinciden por la noche con la pandilla de Beli. Cuando ella entra, León cambia de expresión, se calla y se sienta en un rincón mirándola fijamente, sin perderla de vista, siguiéndola con los ojos. En un momento dado ponen la canción de éxito del año, el *Ti amo* de Umberto Tozzi, una canción que sabe que especialmente le gusta, a pesar de que nunca ha bailado, se ha fijado que las parejas se limitan a dar vueltas al ritmo de la música, en un arrebato de valentía se levanta, se dirige a ella y le dice:

—Beli, ¿quieres bailar conmigo?

A Beli no le hace ninguna gracia, después de lo que ha pasado no le parece pedirle bailar la mejor forma de solucionar los problemas, ella en realidad espera una disculpa y una oportunidad de discutir lo que pasó, así que contesta:

—No, ahora no me apetece.

León, que no se lo esperaba, después del esfuerzo que ha realizado para acercarse, se siente fracasado, dolido consigo mismo, no puede evitar pensar que es un desastre, que es incapaz de cortejar como debe ser a una mujer, cada paso que da intentando acercarse, le aleja más de ella. Se retira muy serio a un rincón oscuro donde ocultar mejor su tristeza.

Beli se queda de nuevo fastidiada, vista de la reacción, le da por pensar: «¿Habré sido demasiado dura?, ¿qué me habría costado concederle un baile, es posible que quisiera disculparse y esa fuera su forma de acercarse. Pero qué jodido que es, es más raro que un gato verde, no hay forma de entenderlo. Seré yo estúpida, ya me están

saliendo de nuevo mis instintos maternos, he de olvidarme, yo no soy su hermana.»

—¿Bailas? —le propone Aurelio.

—Vale —contesta Beli con esperanza de evadirse de sus pensamientos.

León, desde la oscuridad, sigue sin dejar de mirarla, si la negativa le ha dolido, aún lo hace más que poco después acepte a Aurelio. Lo ve claro, su futuro con ella es negro, aún más, es totalmente imposible.

«¿Cómo he podido ser tan torpe, con la gran amistad que tenía, la he echado a perder con un par de decisiones, está claro que este no es mi mundo, soy torpe, carezco de los mínimos conocimientos para tratar a las mujeres, a mi alrededor veo a todos relacionarse con facilidad, saben como ligar, pero yo no tengo ni pajolera idea de cómo hacerlo.

»No sé qué pinto aquí, lo mío es la soledad, el aislarme, cuando me abro, cuando más contento estoy con mis progresos, cuando actuó instintivamente, la cago y echo todo a perder. »

Se siente agobiado, el ambiente festivo de la discoteca entra en contradicción con su estado de ánimo, le duele sentirse tan triste en medio de tanta alegría, un nudo agarrota su garganta cada vez más fuerte, casi no puede respirar, su cabeza retumba al ritmo de la música y sus lagrimas convierten las luces de la discoteca en un baile de colores. Tiene que salir, no lo soporta más, se levanta, y prácticamente a ciegas cruza a empujones la pista y sale a la calle.

Parece que el aire fresco y puro le permiten recuperar el resuello, pero su mente le mantiene aislado de cuanto le rodea, se desconcierta, da tumbos buscando una ruta de huida, necesita alejarse de todo y de todos, no se da cuenta y se cruza en medio de la calzada. Un coche que pasa tiene que frenar en seco y se queda a medio metro, suena un bocinazo, unas potentes luces le ciegan, sin saber muy bien qué pasa se aleja de ellos, acelera el paso y sale de las luces del pueblo, echa a correr, necesita llorar.

Siente un dolor intenso en el pecho, el aire no entra en los pulmones, lo impide la contracción de la garganta, no puede correr, necesita parar, recuperarse. Llega al puente sobre la vía del tren, allí puede descansar, se sienta en uno de los quitamiedos que bordean los laterales, y agachando la cabeza y el cuerpo sobre las rodillas y tapándose el rostro con los brazos, deja que el llanto se apodere de él.

«No hay forma, tengo mucho que aprender antes de aspirar a una mujer como Beli, me faltan muchas cosas que ofrecerle, tengo demasiadas carencias para satisfacer su complejidad, soy muy diferente, tendría que engañarla a ella y a mí para satisfacerlas, no sé ni cómo me lo puedo plantear, he de reconocer mis limitaciones, renunciar a ella, esconderme y procurar no hacerle más daño del que le he causado.»

Con el llanto se ha desahogado y se ha librado de la ansiedad. Levanta su cabeza, tiene con los ojos hinchados, los mocos le salen por la nariz, recupera la consciencia de todo lo que le rodea.

«Parece mentira —piensa—, qué cielo más precioso, cuantísimas estrellas, que espectáculo, que belleza, siento vértigo nada más verlo, qué impresionante, qué pequeño que somos dentro de su escala, es inmutable, qué le importa al Universo, lo que nos pase, ni siquiera toda la humanidad junta tiene importancia para él, soy ridículo, insignificante.

»¿Qué es nuestra vida?, nada, absolutamente nada, una chispa, una mínima fracción del tiempo en que tarda en llegar la luz de esa estrella, puede que por bien que la vea, por clara que tenga su presencia, puede que ya no exista, que nada más sea un fantasma de lo que fue. Puede que en su entorno, después de que saliera la luz, surgiera una civilización mejor que la nuestra, una civilización que haya durado millones de años y que ya este extinguida.

»Cuántas humanidades habrán existido, cuántas existirán ahora, y yo preocupándome de mí, de no poder conseguir a la mujer que quiero. Y si he viajado a velocidades superiores a la luz, he traspasado la barrera del tiempo, resulta que vengo del futuro, de un futuro donde la gente es como yo, y he venido para mostrarles el camino. Y si realmente fuera un extraterrestre, si una nave espacial me hubiera abducido en cualquier lugar y dejado aquella noche en la Muela. ¿Pueden escuchar mis plegarias, mis quejas en esa nave, en ese futuro?, qué genial si de repente aparecieran en un ovni, me trasplantaran todos los conocimientos que necesito, si me dieran poderes, si me hicieran capaz de cantar y tocar música, si pudiera regresar, causar la admiración de Beli, conseguir su cariño.

»Pero qué digo, estoy desvariando, sufro alucinaciones, eso es pura fantasía, jamás voy a poder tener lo necesario para conseguirla, soy una mierda pinchada en un palo, soñando en marcianos, poniendo toda mi ilusión en una quimera, ese futuro no existe. Convéncete León, no eres nadie, no hay otro remedio que rendirse, solo cabe sacar bandera blanca y retirarse con el rabo entre piernas.

»¿Qué futuro te espera?, ya has estropeado lo mejor que tenías, su amistad, la has hundido al pretender su amor, ¡qué iluso!, debiste de creerte el rey del mundo, confundiste su pena con el interés, ahora, por estúpido, no te queda sino vivir el resto de la vida dando vueltas a tus torpezas.

»Has llegado donde ibas, ya has alcanzado tu cima, tan solo te queda la caída. Beli tenía razón la otra noche, debes irte junto al Mugrón, emborracharte cada noche, buscar anestesiar tus sentimientos, sacártela de la cabeza a base de resacas.

»¿Qué haces aquí León?, ¿el capullo?, tú aquí amargado, sin saber qué hacer con tu vida, y ella en la discoteca, bailando, riéndose, disfrutando, ella sí que sabe, ella no tiene problemas, sabe lo que ha de hacer para conseguir lo que quiere y a quien quiere, tiene las ideas claras, se siente a gusto del mundo tal como es, se casará con su novio, disfrutará, tendrá muchos hijos, como ella quiere, seguro que él también sabe lo que ha de hacer, sabe bien lo que hay que darle a ella para hacerla feliz.

»El infeliz eres tú, te has llegado a creer que podías alcanzar el cielo, que podías estirar la mano y traerte la estrella más preciosa. No eres más que un escarabajo, a lo

que puedes aspirar es a arrastrar una bola de mierda a un agujero.

»¿Te merece la pena esto? ¿merece la pena soportar ese dolor toda la vida?, León, ¿estás dispuesto a lamerte tus heridas en la soledad el resto de tu vida? ¿Vas a poder soportarlo?, qué remedio, tendrás que asumirlo... o no.

»Puede que sea una solución cobarde, que importa ya un defecto más, ¿por qué puñetas no puedes ser cobarde? ¿no tienes derecho a huir?, ¿por qué no? Qué más da la cobardía cuando no tienes ante quien lucir tu valentía. Ante ti mismo, ¿qué más da ser valiente que cobarde?

»No creo que te duela mucho, en cualquier caso, no durará demasiado. Es lo mejor, la mejor forma de limitar el dolor, en total, ¿qué pierdes?, nada, una vida oscura, sin pasado y sin futuro.

»El puente es alto, no puedes fallar, es un instante, salta hacia delante, basta con dejarte caer, como si te tiraras a la piscina, con la cabeza por delante, que sea lo primero que impacte, ha de ser casi instantáneo, no te echas de pie, puedes romperte las piernas y las caderas y estar horas agonizando —se levanta y se pone de frente—. ¿Estás decidido? Sí, pues no lo dudas más, adelante, a qué esperas.»

Se detiene durante unos segundos, intentando asumir la decisión tomada.

«¡Madre mía! ¿Qué le pasara a Beli, cuando se entere? Seguro que le duele, le voy a hacer daño, no puede ser que no sienta nada por mí.

»Pero, ¿no estabas decidido ya? No pienses en ella, te llorará unos días y luego seguirá su vida, como hasta ahora, piensa en ti, solo en ti.

»Qué horror, seguro que se va a sentir culpable, además, todo el mundo lo va a entender así, seguro que piensan que lo he hecho por ella, ¿podrá soportar todos los rumores? la fama es algo que le importa mucho, y todo por mi culpa.

»Pero qué tontería, con los desprecios que te ha hecho, con los desplantes, ella no ha pretendido nada más que pasarlo bien, cuando has necesitado algo más, bien que te ha fallado, piensa solo en ti, olvídate de ella, no vas a soportar el desamor toda la vida porque ella no pierda la fama.»

León, lentamente, se sube al quitamiedos central, se para durante unos segundos y exclama:

—¡¡Dios!! ¡¡Qué oscuro que está esto!!

Firme, con los ojos en el vacío, exclama:

—Beli, te amo.

Toma aire profundamente y cierra los ojos.

La distancia

Beli ha visto la salida en estampida de León, pero se ha negado a salir detrás de él, no quiere entrar en su juego, lo ve como un chantaje, una forma de llamar su atención, un intento de que se sienta mal y que se acerque a él solo por compasión. No está dispuesta a ello.

«Es más tonto y no nace —piensa Beli—, en lugar de pedir disculpas e intentar arreglarlo todo hablando, con la labia que tiene, se pone a hacer chiquilladas que no logran sino irritarme cada vez más.

»Esto no es normal, desde que le paré los pies en el paseo, ha ido de mal en peor, no sé lo que se habrá imaginado, que pretenderá de mí, yo, a pesar de no conocerlo ni hace un mes, lo consideraba mi mejor amigo, no me importaba abrirme, escucharle, pero ese empeño en que nuestra relación incluya el sexo, no la entiendo, él ha de comprender cómo soy, mis circunstancias y no pretender forzarme de esa manera.»

—Dejémoslo Aurelio, ya no me apetece bailar, quiero estar sola.

—Es ese desconocido, ¿no?

—Por favor, no tengo ganas de discutir, simplemente me apetece estar sola.

—Ya, desde que lo he visto salir, estaba esperando que me dejaras.

—Pues si ya lo sabías no tengo que explicarte nada mas, adiós.

—Cuidado con él, terminará haciéndote daño.

Beli va a la barra sin decir más y se pide una cerveza.

«Al final va a tener razón Aurelio, me va a hacer daño, ¡puñetas! ¡Qué mala suerte tengo!, con lo contenta que estaba, se tiene que joder todo.

»¿Qué pasaría si mis circunstancias fueran otras?, ¿qué habría hecho yo si no tuviera novio formal?, sin tener tan claro mis planes con Arturo, sin existir esa insalvable diferencia ideológica...

»Sí, puede que sí, he de reconocer que me atrae, si fueran otras mis circunstancias le habría dejado el brazo sobre mi hombro, en el fondo me apetecía, si mis deberes, mis obligaciones no me lo hubieran impedido, habría intentado ver si funcionaba...

»No estaría mal, seguro que mejor que con Aurelio, pero claro, entonces era una niña, podía permitirme el jugar un poco...

»Él lo ve todo muy bonito, no tiene ataduras morales, no necesita someterse a unas normas, puede dejarse guiar por sus deseos. Así, con esa desinhibición, cualquiera, a mí también me gustaría no tener problemas de conciencia para hacer el amor, a nadie le amarga un dulce, pero no somos animales, tenemos que respetarnos a nosotros mismos.

»Puede, que con su desconocimiento de nuestra sociedad, no sepa cómo arreglarlo, a lo mejor quiere reparar sus errores pero no sabe los pasos que ha de dar. Me parece que he sido demasiado exigente, yo tampoco me he parado en ponerme en su lugar, creo que debería ser yo, que conoce mejor este mundo, la que abriera las vías de comunicación entre ambos, es inteligente, si se lo explico comprenderá mis

limitaciones, aunque no las comparta.

»Esta noche he sido demasiado cruel, me he mostrado muy seca a la hora de rechazarlo. ¿Dónde estará ahora?, si pudiera hablar tranquilamente. Lo mejor es que vaya a buscarlo, seguro que está en algún rincón llorando.»

Beli se dirige a la puerta y no lo encuentra, pero en el banco de enfrente están Emilio y Ana pelando la pava.

—¿Sabéis algo de León?

—Sí, dice Emilio, hace un rato ha salido como un poseso de la discoteca, yo creo que iba borracho.

—No creo, he estado dentro y no ha probado ni gota, te lo puedo asegurar.

—Pues si no lo iba, lo parecía, iba dando tumbos, ha saltado en medio de la carretera y un coche casi lo atropella, ha pegado un frenazo que se ha dejado media rueda en el asfalto, le ha pegado un bocinazo de órdago, ¿no lo has oído?

—¿Con la música? imposible, ¿A dónde ha ido?

—Se ha ido, como alma que lleva el diablo, por la carretera, en dirección a Tejadas.

—Vale, gracias, voy a ver si lo encuentro.

—No sé si lo pillarás, iba corriendo— dice Ana.

—Cuídate, llevaba cara de pocos amigos, ¿quieres que te acompañe?

—No hace falta Emilio, gracias, si lo encuentro le será mucho más difícil sincerarse, lo conozco bien, es incapaz de hacerme ningún daño, no siento ningún temor.

—Como prefieras, si no lo ves cerca, regresa y entre todos lo busquemos, se ha podido meter en cualquier camino o huerta.

—Vale, espero que no haga falta.

Beli, a pesar de que la noche está oscura y no hay Luna, se encamina hacia la dirección que le han mencionado. Al llegar a la altura de la vía del tren, ve recortada una figura sobre el cielo en pleno puente.

«Solo puede ser él, menos mal que lo encuentro, seguro que ha estado llorando todo el tiempo, a ver lo que le pasa.»

De repente se le encoge el corazón, la figura se encarama sobre el pretil del puente, el terror se apodera de ella, no sabe qué hacer, correr para cogerlo y que no lo haga, gritarle, quedarse parada. Escucha su voz llena de miedo y determinación.

—¡¡Dios! ¡¡qué oscuro que está esto!!

El cuerpo de él, se estira, se pone firme, como un soldado, peor aún, como un saltador en el borde de la palanca. Un nudo atenaza su garganta, las lágrimas empiezan a manar, tiene claro que presencia una tragedia que ella ha desencadenado. Él grita:

—Beli, te amo.

La figura suelta un suspiro, levanta los brazos en cruz dispuesto a dar el salto del ángel.

—¡NO! ¡LEÓN, NO!... ¡POR FAVOR!

La figura se detiene sorprendida, baja los brazos, pero permanece firme al borde del abismo, ella no se puede mover, teme que si se acerca pueda provocar el salto, pero no puede dejar de gritar:

—¡LEÓN! , ¡POR LO MÁS QUIERAS!, ¡NO SALTES!, ¡SI ME QUIERES NO ME HAGAS ESO!

La silueta no se mueve, tan solo se ve en su pecho una serie de rápidas sacudidas.

—¡POR FAVOR, BAJA DE AHÍ! ¡SI TE BAJAS HARÉ LO QUE QUIERAS!

La silueta se gira emitiendo una serie de hipidos, se baja y cae arrodillada en medio de la carretera, en medio de llantos, mete la cabeza entre las piernas. Ella sale corriendo, se arrodilla a su lado y, llorando lo abraza todo lo fuerte que puede

—¿Qué ibas a hacer, León? ¿Qué ibas a hacer?

El llanto, que le atenaza la garganta, le impide hablar.

—Pero, ¿cómo se te ha ocurrido semejante locura?

Los dos se quedan llorando abrazados uno al otro, pasado unos minutos, cuando él puede hablar:

—Ya no quiero vivir más, estoy cansado, ¿por qué has tenido que venir? —y de nuevo se pone a llorar.

—Pero León, ¿cómo puedes decir eso? ¿sabes que me haces mucho daño?

—Lo siento, no quiero hacerte daño, soy un inútil, tú mismo lo dijiste, si no me mato, terminaré como el Mugrón.

—León, aquello no te lo dije en serio, te lo dije porque estaba muy enfadada, me indigna que alguien como tu fuera borracho, es algo que no soporto.

—¿Ves como meto siempre la pata? Soy de lo más torpe, ni siquiera sé cantar ni bailar.

—¿Y para qué necesitas eso?

—He estado observando a la gente, es muy importante en el juego de la seducción.

—¿Me estas intentando seducir?

—Sí —y se echa de nuevo a llorar.

—Pero León, eso es imposible, has de comprenderme. La amistad contigo la aprecio mucho, no me gustaría perderla por nada del mundo, cuando ha hecho falta me he enfrentado a quien fuera, aunque fueran mis padres. Pero para mí, ya lo sabes, el sexo es algo muy especial, algo que tengo reservado para el día que me case. No pienses que soy una mujer fría, no, yo también siento el deseo, pero sé que no lo debo hacer, tengo un compromiso y unas ideas. Cuando me quieres seducir, cuando pretendes el sexo conmigo, me lo pones muy difícil, me siento como si estuviera entre la espada y la pared, me veo en la tesitura de tener que renunciar a ti o a mis principios.

—¿Y qué quieres que haga yo? Por eso quería morir, para no hacerte daño y no tener que sufrir toda la vida conteniéndome.

—¿Por qué te desprecias tanto?

—Porque no valgo para nada.

—Eso no es cierto, no creo que en el pueblo haya nadie como tú, intenta ser tú mismo, no quieras imitar a nadie, verás cómo encontrarás todo lo que busques.

—Y qué, ¿dónde voy con eso?

—A todos lados. Por mi parte olvidamos todo lo sucedido y retornamos la amistad donde la teníamos, pero me has de prometer no hacer locuras como estas de nuevo, por lo que más quieras, quítate la idea de matarte.

—No puedo negarme a lo que me pides, si quieres que te lo prometa te lo prometo, aunque signifique el condenarme para siempre, si quieres no beberé jamás en mi vida, pídemme que renuncie al sexo y lo haré, pero no me pidas que cambie mis sentimientos, es lo máspreciado que tengo. ¿Tan difícil es de entender?, ¿no lo imaginas ya? —sigue León, mientras Beli agacha la cabeza sabiendo lo que le va a decir—, creo que es evidente, la pasión no se puede ocultar, estoy locamente enamorado de ti, te amo, pero por eso no sufras, ya no te lo diré más.

La experiencia ha sido traumática para Beli, lo que intuía de León se ha hecho realidad, la ama, pero lo peor es que no se aclara con sus propios sentimientos, quiere huir, pero no quiere renunciar. Como siempre en estas ocasiones acude a su amigo Fernando y le cuenta todo lo sucedido. Él le responde:

—Beli, quieras o no, estas entre la espada y la pared, de nada te sirve quererlo negar y cerrar los ojos.

—Yo no quiero esconder la cabeza, como hace la avestruz, pero por una parte, tengo lo que ha sido mi vida, mi trayectoria, Arturo, mis padres, mis creencias, mis estudios, es lo que he querido y sigo queriendo, siempre lo he tenido claro, es mi proyecto vital. Pero, por otra parte, está León, prácticamente la antítesis de lo primero, una persona inestable, un mundo lleno de problemas, unas ideas escépticas y hedonistas, un comportamiento anárquico, un mundo dominado por pasiones e instintos.

—Tal como lo dices, lo tienes claro, pase lo que pase, haga lo que haga, debes de alejarte de León, solo vas a hacerte daño y se lo vas a hacer a él. No puedes someterte al chantaje del o me quieres o me mato, si lo haces, podrás solucionar lo de hoy, pero ¿y mañana?, la vida es muy larga, no puedes vivir en el engaño durante muchos años, terminarás echándoselo en cara y odiándolo.

—No lo sé, Fernando, no lo sé, no lo tengo tan claro, ya no tengo nada claro, dudo de mis sentimientos y de mis ideas, León no me es indiferente, será muy distinto, pero eso no lo hace fácilmente prescindible, no he encontrado una persona tan compleja, el tratar con él es como explorar un mundo nuevo, hasta ahora he visto todo de una forma ideal, bucólica, que funciona como un reloj, hasta el comunismo de Sergio encajaba, pero sus dudas actúan como el ácido, lo desfiguran todo.

—¡Joder! Beli, te veo más perdida de lo que esperaba, piénsalo bien, ¿estás dispuesta a renunciar a tu proyecto a cambio de la pura incertidumbre?

—No sé, ¿es mi proyecto o es el proyecto de mis padres? ¿lo he construido yo o me lo han construido? Sí, estoy muy confusa.

—Beli, Beli, Beli, ¿estás segura de que solo sientes amistad por León? ¿no te estarás enamorando?

—¿Crees que con la confusión que tengo, puedo aclarar lo que realmente siento? Sí, puede ser, anoche cuando lo tenía en mis brazos, cuando sentía su calor, la humedad de sus lágrimas, sentía una fuerte necesidad de tenerlo, deseaba besarle, yo creo que si me hubiera intentado besar, no lo habría evitado, habría sucumbido.

—Me dejas helado, eso no lo he oído de ti jamás, ni siquiera lo podía imaginar. Pero, ¿tú lo quieres?, ¿esa tentación era fruto del cariño o de la tensión del momento?

—No lo sé, realmente no lo sé —ocultándose el rostro con las manos.

—Pero, ¿cómo puede ser? ¿No has comparado tus sensaciones con Arturo con tus sensaciones con León?

—Sí, muchas veces, si lo pienso racionalmente, está claro que con Arturo las cosas son mucho más fáciles, compartimos las ideas, es un sacrificio compartido que solo hace que intensificar la ilusión por el futuro, es fácil llevarlo, de él no siento requerimientos sexuales, no hay miedo al beso o al abrazo, sé que no existe riesgo de ir a más. Pero si me dejo guiar por mis instintos, León adquiere su dimensión, es algo contradictorio, por una parte me atrae y por otra me aterroriza, siento pánico de ser arrollada por mis propias sensaciones. Es algo animal, violento, como lanzarse al abismo, aunque sea inoportuna la comparación.

—Yo creo que has de intentar asentarte, te voy a decir lo que pienso, luego haces lo que quieras. Con Arturo tienes un amor maduro, sosegado, racional, responsable, con las ideas claras, un amor realmente basado en un proyecto en común, encontrar un trabajo, unas formas de subsistencia, constituir un matrimonio, una pareja para toda la vida, fundar un hogar donde sustentar una familia. Piensa bien lo que tienes antes de echarlo por la borda a cambio de una aventura. Con León tienes un enamoramiento adolescente, un capricho de verano, parecido al que tuviste con Aurelio, muy atractivo, muy lleno de pasión, pero con un futuro incierto, lleno de problemas, de trampas, de dudas, que temo esté basado en un chantaje. ¿Merece la pena aventurarse?

—Ya te he dicho que cuando lo pienso lo tengo claro, coincido en todo contigo, pero ¿y si me equivoco? ¿y si dejo escapar unos momentos muy especiales por toda una vida llena de aburrimiento?

—Yo ya te he aconsejado, eres tú la que te has de aclarar. De todas formas pienso que deberías de establecer distancia, coger perspectiva, alejarte, encontrarte a ti misma.

—¿Crees que puedo hacerlo? ya he intentado mantener la distancia, ignorar su presencia, durante unos días lo conseguí, pero me engañaba, seguía viéndolo, aunque

fuera en la distancia, le mantenía en mi cabeza y lo de anoche es una prueba de lo absurdo del intento.

—¿Y si fue una encerrona, un truco para llamar tu atención?

—¿Qué pretendes decir?

—¿Puedes asegurar que él no estuvo esperando a que llegaras para montar el numerito? Por lo que has contado, lo viste subir, es mucha coincidencia que se subiera justo cuando tú llegabas, es mucha coincidencia que dijera en voz alta que te amaba, siendo que estaba solo.

—No, no creo, él sería totalmente incapaz de hacer eso, él no es una persona con dobleces, él es directo, sincero. Recuerda lo que pensaba respecto a nuestra forma de interpretar papeles.

—No te digo que no lo sea, pero, y ¿si ha aprendido de los demás?, ¿si ha visto la utilidad de interpretar un papel? Él mismo ha comentado que nos estudia para aprender a comportarse.

—Porque no estuviste allí, su estado, sus ojos, sus gestos, eran pura desesperación, aquello no era una interpretación, solo podía ser real, ni el mejor actor sería capaz de interpretar semejante papel, las lágrimas no eran postizas, los mocos le caían por la nariz, sus ojos estaban hinchados, no creo que nadie le maquillara. No, no era un papel.

—No pretendía decir que fuera así, solo quería que pudieras ver otras posibilidades. De todas formas, insisto, debes de verlo todo desde lejos, desapasionadamente, sin pensar en León ni en nadie.

—Pero ¿cómo lo hago?

—Creo que te iría muy bien el pasar una semana o dos lejos de aquí, en un sitio tranquilo, donde reposar y pensar con tranquilidad, sin presiones, si tus padres aceptan vete unos días a la playa, si quieres ayuda para convencerlos yo te la ofrezco, se lo puedo decir a mi padre, ya sabes que se lleva muy bien con el tuyo.

—A la playa, pues no estaría mal, lejos de todo esto, con hamaca y libro. Puede que sí. Puedo llamar a Arturo, ellos tienen una casa muy grande, seguro que me hacen un sitio, me llevo muy bien con su hermana Cristina, puedo dormir con ella.

—No sé qué decirte, Beli, si puedes vete a otro sitio, la presencia de Arturo te puede alterar, tú eres muy sincera, seguro que le comentarías algo, de momento no debes hacerlo, allí no ibas a poder disimular, no tendrías tranquilidad.

—Entonces no sé, a mí sola no me van a dejar ir.

—Del colegio o de la Facultad, ¿no tienes ninguna amiga íntima? Si pudieras ir con alguien que te pudiera ayudar, que comprendiera tus necesidades, sería lo mejor.

—No sé, quizás Sara, era mi mejor amiga, aunque este año, al hacer estudios diferentes, la he visto menos. Además, su padre también es médico y se lleva muy bien con mi padre. Esta tarde la llamaré, a ver si tiene sitio.

Beli habla con su amiga, que está encantada de acogerla, y aunque en un principio se encuentra con la resistencia de sus padres, finalmente logra el permiso para irse con ella a la playa, además, Fernando los convence de lo conveniente de poner tierra de por medio para acallar rumores. Para eludir cualquier problema no quiere despedirse de nadie excepto de Fernando y él se queda encargado de decírselo a los demás y especialmente a León. Le insiste en que esté vigilante, no se fía de que se lo tome mal y haga cualquier tontería.

Fernando se queda preocupado por las dos partes: «Beli está más desequilibrada que nunca, siempre la he conocido como una muchacha con la cabeza muy bien sentada, con las ideas claras, pero lleva unas semanas que no parece la misma, casi no puedo creerme que, siendo como es, se haya podido encaprichar de León, alguien que no le va ni con cola. Indirectamente soy responsable de ello, era yo el que debía encargarse de él, pero al final, por lo que fuera, ese papel lo asumió ella.

»Por otra parte está León —continúa pensando— que ha mostrado ser bastante inestable a pesar de lo que parecía en un principio. Su cabeza funciona con sosiego, reflexivamente, es agradable en la conversación, muy hábil en las polémicas, con muchos conocimientos, me parece un amigo fiel, sincero, entregado. Pero su otra cara, en los sentimientos, es todo lo contrario, un torbellino, los tiene a flor de piel, los expresa con facilidad, no se corta, no siente pudor de manifestarlos delante de los demás, es apasionado, atolondrado, irreflexivo, actúa con torpeza, se obsesiona, es capaz de cualquier cosa.

»Ya veremos cómo se toma que Belí se haya ido a la playa sin decirle nada, le temo como una vara verde, he de aprovechar esta ocasión para intimar con él e intentar que comprenda lo que está haciendo. Tengo que tener muy claro cómo hacerlo, he de hablarle a su razón, tengo que convencerle, tengo que conseguir que contenga su apasionamiento, que se dé cuenta que está haciendo daño a la persona que más quiere. Vamos allá —se dice mentalmente, mientras toca el timbre de casa de Calixto.»

—Hola Fernando.

—Hola León, ¿cómo vas de ánimos? ¿más tranquilo?

—Sí, mejor, ¿hoy tampoco ha venido Belí?

—No, tenemos que hablar sobre ella, le estás haciendo mucho daño y te estás haciendo mucho daño a ti mismo.

—Yo creo que eso lo tendré que hablar yo con ella, a ti nadie te ha dado vela en este entierro.

—Siento que pienses así, yo creo que sí, que tengo vela en este entierro, tanto ella como tú sois mis amigos, lo que os pase me importa y mucho. León, Belí esta deshecha, lo de la otra noche le ha afectado muchísimo, está desconcertada totalmente, ella parece una mujer muy firme, muy resistente, con las cosas claras,

pero es mucho más frágil de lo que te imaginas, yo la conozco desde que éramos pequeños, es alguien de gran corazón, tiene una sensibilidad especial por los que sufren, tu historia le conmovió y la llevo a establecer una relación muy especial contigo.

—¿Qué pretendes decir? ¿qué es lo que siente por mí es compasión?

—En un principio sí, no te ofendas, tu desvalimiento hizo aflorar sus sentimientos maternales, pero ahora no, siente por ti un gran respeto, no existe nadie al que aprecie más, tu amistad es algo a lo que le da mucha importancia.

—¿Lo dices por consolarme?

—No, no te equivoques, si no le importaras, lo tendría muy fácil: decir adiós y Santas Pascuas, por autoprotección lo ha intentado. Pero, ¿crees que si le dieras lo mismo hubiera salido en tu busca la otra noche?, ¿a quién del grupo se le ocurrió?, Emilio y Ana te vieron salir, presenciaron como casi te atropella un coche, pero ¿salieron detrás de ti?

—¿Qué quieres decir? ¿qué Beli me quiere?

—En cierto modo sí, te ha tomado cariño, siente una fuerte empatía por ti, le importas mucho, pero tú le pides lo que no puede darte, no te conformas con la admiración y el interés que siente, tú quieres más, quieres hacerle tu pareja, le pides sexo.

—Yo la amo, ¿no es justo que desee acercarme más a ella?

—León, por favor, piensa con la cabeza, no con los testículos, te empeñas en verlo desde tu punto de vista, intenta ser menos egoísta, intenta ver las cosas desde su punto de vista, le estás pidiendo que traicione a la persona que quiere, ella tiene novio, se llama Arturo y lo ama, ¿o no lo sabes? A estas alturas deberías de saber cuáles son sus ideales, sus creencias, ¿no te das cuenta de que le pides que renuncie a ellos?

—Sigue, supongo que no habrás acabado.

—No sé si terminaré algún día, me importáis mucho.

—Te importará ella.

—Puede que a ella más, no lo voy a negar, llevo muchos más años de amistad, pero eso no implica que no me importes también,

—Vale, sigue el sermón.

—Me gustaría que me escucharas con la cabeza, que lo pensaras, sé que eres muy capaz de hacerlo, pero estás con las uñas sacadas, intenta serenarte, procura ver las cosas sin tanto apasionamiento, yo no pretendo que la dejes de querer, ni siquiera que dejes de aspirar a ser su pareja, a ver si te enteras, lo que yo quiero es que no os hiráis uno al otro.

—Vale, te escucho.

—Recuerdo un día que explicabas que no comprendías que viéramos a otros como una propiedad, que lo importante era aceptar al otro como un ser independiente, respetando su forma de ser. Ahora reflexiona, ella, aunque seáis muy diferentes, te ha

respetado tal como eres, no ha intentado cambiarte, se ha interesado por tus cosas, muchas de las cuales están en oposición a las tuyas, jamás, que yo sepa, ha pretendido que cambiaras de forma de pensar ni ha dejado de ser tu amiga.

—No.

—¿Y tú? Sabes cómo piensa, sabes lo importantes que son algunas cosas para ella, ¿la has aceptado tal como es?, ¿no le estás haciendo chantaje?, ¿no le estás diciendo en cierto modo, «o haces esto o me emborracho, o haces esto o monto el numerito, o haces esto o me mato»?.

—No, puede...

—¿Te has parado a pensar lo que sintió Beli cuando te vio subido a pretil?

—No...

—Pues muy fácil, piensa por unos instantes, que es ella la que ves que se va tirar. ¿Cómo te sentirías? —dice Fernando.

León se queda en silencio, no puede pronunciar palabra solo pensar en Beli muerta, hace que la angustia se apodere de él.

—León, en ocasiones nuestras decisiones tienen consecuencias en los demás, si te sientes tentado en otra ocasión, párate a pensarlo, no estás solo, hay gente a la que importas.

—No lo había pensado, me disculparé, ¿sabes dónde puedo encontrarla?

—Se ha ido a la playa.

—¿Con Arturo?

—No, con una amiga.

—Podía haberse despedido de mí si tanto le importaba.

—¿No lo comprendes?

—Pues no, no le hubiera costado nada.

—Tienes mucho que ver con su marcha. Beli está hecha un lio, la otra noche lo pasó muy, muy mal, debías de imaginártelo, se ve metida sin comerlo ni beberlo en un torbellino, se siente presionada por ti, por sus padres, por sus creencias, necesita aclararse, necesita tomar decisiones. Yo mismo le dije que se fuera, para que no le agobies tú ni le agobien sus padres. Como comprenderás no era oportuno que se despidiera de ti. De todas formas me pidió muy encarecidamente que te enteraras por mí, que te dijera lo importante que es tu amistad para ella y que cuidara de ti, que no hicieras ninguna tontería.

—Entonces, ¿ya no hay nada que hacer?

—Sí, esperar que tome libremente, sin presiones su decisión, y a partir de entonces respetarla. Si no te ves capaz de hacerlo, si la quieres, tendrás que alejarte.

—Fernando, lo doy por hecho, yo no tengo ninguna posibilidad, soy el más nuevo en su vida, y en mi contra actúan el novio, sus padres y sus principios. De todas formas puedes estar tranquilo, no voy a hacer ninguna tontería, ya se lo prometí la otra noche.

—Yo no lo tengo tan claro.

Las palabras de Fernando hacen recapacitar a León, al plantearse su comportamiento de los últimos días, se da cuenta de que ha actuado en contra de sus propios principios, ha considerado a Belí como algo suyo, no ha sabido respetar su personalidad, hasta tal punto la ha presionado que ha forzado su huida. Ahora es consciente de su situación, ha roto una gran amistad.

Piensa que es una amistad imposible de mantener, los sentimientos piden más, no puede permanecer al margen de ellos, intentar prolongar la relación es someterse a una tortura continua, no hay otro camino que cerrar página, poner tierra de por medio y afrontar la vida, es posible que encuentre otro camino.

«He de asumir de una puñetera vez mi realidad, he de vivir con esa gran laguna en mi pasado, tengo que buscar una forma de vida, un trabajo, a poder ser fuera de Carije, aquí siempre la tendré presente, no podré evitar el verla de vez en cuando, aunque, quién sabe, quizás, con el tiempo, no signifique tanto y no sea tan doloroso.

»Tengo que pedirle a Calixto que me busque algún sitio donde trabajar, quizás Agustín necesite un camarero para las horas de más trabajo, tampoco parece muy difícil, de momento me iría bien, mientras puedo ir buscando algo para el invierno, es posible que alguien necesite ayuda para el campo o cuidando el ganado, aquel señor dijo que necesitaba un pastor, he de intentar buscarlo.

»Lo de pastor no me iría mal, mi vida es la soledad, es una profesión que me permitiría reflexionar mucho mientras camino, y a la hora de los descansos puedo llevar un libro en el zurrón y leer.

»Si encuentro trabajo podría buscar una casa pequeña, una simple habitación donde vivir, no voy a estar toda la vida como una lapa. De todas formas, primero tengo que encontrar el trabajo, puede que me interese la casa cerca del ganado, en algún cobijo que se pueda arreglar, no me importaría vivir totalmente aislado.

»Pensándolo bien, es un poco exagerado, ese buscar el aislamiento es una huida, no quiero admitir el fracaso sentimental, tengo que afrontarlo, no puedo esconderme toda la vida, tendré que hacer un esfuerzo e intentar relacionarme con los demás, quizás he sido demasiado exclusivo, no me he intentado acercar a los demás, puede que encuentre otras amistades.

—¡Hola! Agustín.

—¡Hola! León, ¿Qué haces tan temprano por aquí? Faltan por lo menos dos horas para que venga la gente.

—Es que quería hablar contigo y he pensado que ahora lo tendrías más fácil, antes de comer no paras.

—Cierto, ¿qué querías?

—No estoy a gusto mientras me mantiene en su casa Calixto, he de pensar en ganarme mi propio dinero, tengo que intentar ser independiente.

—Te comprendo, no te gusta estar a la sopa boba.

—No sé lo que es la sopa boba, pero supongo que se trata de eso.

—¿Qué puedo hacer?

—He estado pensando que podría irte bien la ayuda de un camarero en las horas puntas, a mi no me importaría, al fin y al cabo no estoy de vacaciones.

—La verdad es que no me iría mal aunque fuera para servir las cervezas, pero no puedo darte mucho, no es un negocio de hacerse rico, si quieres podemos hablar de que me ayudes a ratos, unas horas, las de más trabajo, así el servicio será más rápido y te ganarías unos durillos.

—Yo encantado, ¿cuándo empiezo?

—Tranquilo, tranquilo, primero quiero hablar con Calixto para saber cuáles son tus circunstancias, si puedo tenerte trabajando sin meterme en problemas, ¿lo comprendes?

—Sí, por supuesto, entonces ¿Cuándo puedo empezar?

—Mañana, antes de que empiecen los aperitivos te acercas, yo ya tendré una contestación, pero no te prometo nada.

—Aquí estaré como un reloj.

—También hay otra cosa, no pretendas vivir de esto, en cuanto pasen las fiestas, en Carije no queda nadie, apenas hay movimiento para mantenerme, no voy a poderte dar trabajo.

—Ya me lo imaginaba, quiero buscarme algo para el invierno.

—Harás muy bien, si te puedo ayudar en algo me lo dices.

—Ya que te ofreces, he pensado que como soy tan solitario y me gusta leer, un trabajo que me iría bien sería el de pastor, me gusta andar, me gustan los animales, me gusta la soledad y leer tranquilamente.

—¿Tú crees? es un trabajo muy duro y muy mal pagado, te pasas el día solo, vagando por ahí y cuando regresas estás lleno de pulgas y se te ha metido el olor del ganado en la piel, notarás el rechazo de la gente.

—No pretendo hacer una vida social muy intensa.

—Eso dices ahora, con el tiempo seguro que te gusta salir y charlar, incluso quizás cortejes a una moza, nunca digas de esa agua no beberé ni ese cura no es mi padre.

—No creo, veo difícil encontrar a alguien que me soporte, soy demasiado raro, me cuesta congeniar con la gente.

—Eso te parece ahora, a la larga verás cómo te sientes atraído por las muchachas, al fin y al cabo no eres maricón.

—No lo sé, en cualquier caso, para empezar tampoco estaría mal. Aquí, el otro día, oí a un señor comentarte que necesitaba un pastor, creo que para un sitio llamado Tejadas.

Agustín se sonríe y le dice:

—¿Sabes quién era ese señor?

—No, ¿por qué?

—Es el mayoral de Don José —contesta con cara de decir lo siento.

—¿Quién es Don José?

—¿No lo conoces? —dice sonriendo de nuevo.

—No.

—Don José es el padre de Belí, es dueño de medio Tejadas y tiene muchos ganados, pero, después de lo pasado, no creo que te sientas a gusto trabajando para él.

—¿Qué sabes de lo pasado? —dice con cara de extrañeza.

—En los pueblos no se pueden guardar secretos, tu comportamiento te delata, todo el mundo sabe que estás colado por Belí, que ella te ha dicho que no y que se ha ido para alejarse de ti. No creo que el trabajar para el padre sea la mejor idea, suponiendo que lo admitieran, que lo dudo,

—Entonces, aunque no haya dicho a casi nadie lo de mis sentimientos, se ha enterado todo el mundo —dice totalmente sorprendido.

—No te extrañe, esto es tan pequeño y pasan tan pocas cosas que cualquier motivo es bueno para entretenerse. Además, eres un libro abierto, la primera semana ya se te notaba cierta tendencia, al final era una cortejo en toda regla, incluso con riñas propias de enamorados.

—Pues vaya, me dejas de hielo, no era consciente de estar haciendo el ridículo de semejante forma.

—Tú tranquilo, espero que no te hayas ofendido, no has hecho el ridículo, todos nos hemos enchochado por alguna muchacha.

—Y ¿qué se decía?

—¿Te interesa de verdad?

—Sí, al menos que me entere de lo que piensan los demás, he estado en la inopia todo el tiempo.

—¿Sinceramente? entre tú y yo, lo que se decía es que habías picado muy alto, Belí no solo es una muchacha excepcional, inteligente, de buena familia... sino con unos principios cristianos muy arraigados, que entraban en contradicción con los tuyos. No se entiende cómo es posible que se haya establecido esa confianza entre los dos.

—En otras palabras, que no la merecía.

—Depende de que cómo lo mires, también se podía decir que ella no te merecía.

—Gracias por tus palabras, ya supongo que la opinión general será la primera.

—Supongo que sí. Por eso pienso que no te interesa el puesto de pastor en Tejadas. En cualquier caso, en confianza, te la estabas jugando, Don José es alguien a quien nadie le gusta tener de enemigo, tiene un genio terrible y posee muchas influencias, a alguien en una situación tan frágil como tú, le podría hacer mucho daño.

—Pues procuraré cuidarme, pero puedes estar seguro que es porque ella lo quiere, si no, no dudaría en enfrentarme a él.

—No seas tan valiente, siempre es bueno conocer al contrario antes de enfrentarse.

—De todas formas, si puedes, dile al mayoral ese que si me admite de pastor, a mí no me importa ser trabajador de Don José.

—Bueno, se lo diré, pero no creo que se arriesgue a contratarte.

—Quizás. Tendré en cuenta tu consejo. Voy a casa a terminar de arreglarla, que al menos ponga algo de mi parte, mañana me tienes aquí.

León se ha quedado totalmente sorprendido de haber sido la comidilla del pueblo durante las últimas semanas:

«Beli ha tenido que pasarlo muy mal, ella seguro que sabía qué se decía de nosotros, es increíble, que los demás pensaran que tenía algún rollo conmigo le habrá hecho mucho daño, seguro que ha tenido problemas en su casa. Pensaba que era yo el que más esfuerzo hacía y no, ella arriesgaba más para mantener su amistad conmigo.

»No puedo seguir viviendo así, no puedo encerrarme en mi mundo permanentemente, he de asumir que desde que baje del monte mi vida tenía que cambiar, no puedo pretender seguir siendo un apátrida en una sociedad tan diferente, por mucho que me empeñe en que la integración ha de hacerse admitiendo las singularidades de los demás, la realidad es otra, la sociedad es demasiado cerrada para admitir ideas tan diferentes, mi integración ha de pasar por someterme a las normas no escritas que la rigen.

»El camino está en observar cómo se comportan los demás, como he venido haciendo, pero con un espíritu menos crítico, no tan analítico, he de comprender que necesito vivir en ella, no hacer un tratado. He de aprender bien, he de probar y ensayar los juegos sociales de la gente.

»La precipitación, el pensar que esos comportamientos eran superficiales, sin transcendencia, es la causa de mis errores. Debo esforzarme en aprender a tratar a los demás, principalmente a las mujeres, he de lograr hablar, relacionarme, aprender a bailar, hacerlo aunque no me guste, es mejor que practique el juego de la seducción con quien no me importa mucho, así el fracaso no será tan doloroso. Debería escribir un diario.»

«Los días pasan, se acerca el final del verano, el trabajo de camarero lo he conseguido, me gusta, me parece ideal, es un gran observatorio, permite ver y hablar a muchas personas, es un lugar ideal para estudiar los juegos sociales, delante de mí se desarrollan todas las partidas y nadie se siente incómodo por mi presencia.

»Mi vida se ha hecho más rutinaria, pero no lo veo como algo negativo, he establecido unos tiempos, un orden, por la mañana me encargo de la casa, ya no necesito dinero para salir, pero es lo menos que puedo hacer por quien me da cobijo,

antes de comer trabajo un par de horas, Agustín me suele invitar a comer, siempre hay algo que se está quedando atrasado, le echo una mano con la fregada y me voy a casa. Por la tarde descanso un poco y leo hasta que se hace la hora de acudir a mi puesto de nuevo. Me he quedado sin fuente de libros, todos me los dejaba Beli, pero he descubierto la biblioteca y no me faltan. Las cenas son más duras, acude más la gente, casi siempre los de mi pandilla. Al terminar, Agustín se niega a que me quede recogiendo, me obliga a irme con los demás a Bondías o a la discoteca, dice que no puedo pasarme el tiempo encerrado, incomunicado y es cierto, necesito poder practicar.»

«Hoy, domingo por la mañana, han venido los padres de Beli a tomar un aperitivo, no me he querido escaquear, podía habérselos dejado a Agustín, pero no podía consentir que nadie pensara que les tenía miedo. El trato ha sido un poco frío, pero no me ha importado. No han escatimado a la hora de pedir, yo he procurado esmerarme con ellos, quería mostrarles que era alguien serio, que no era un vago inútil. Cuando se han ido me han dejado una propina sustanciosa; según me contó Agustín, en ocasiones, la propina es una forma de establecer una diferencia entre uno y otro, al hacer a otra persona objeto de la generosidad gratuita por un servicio prestado. Puede que tenga razón, seguro que sabían mi nombre, como el de Agustín, pero conmigo solo emplearon el apelativo «muchacho», en todo caso, las propinas son bien recibidas. También me he dado cuenta que con disimulo me miraban mientras trabajaba, me sentía observado, analizado, pero no incómodo, al contrario, era un acicate para mostrarme más eficaz, más amable, más simpático, orgulloso de mí

»En otra mesa estaban los de mi pandilla, en un momento que me he acercado, Fernando me ha preguntado si sabía quiénes eran esos señores. Le he respondido que sí, que los padres de Beli, que los conocía por haberlos visto en la puerta de la iglesia. Según Fernando debería haber dejado que los atendiera Agustín, pero le he dicho que yo no me avergüenzo de mi papel de camarero, que me siento orgulloso de trabajar.»

Otro día por la noche, a la hora de la cena, León acababa de atender a sus amigos cuando llegó la pandilla de Beli. No le hizo mucha gracia, iba Aurelio un poco bebido, pero como se había quedado con la tarea de atender la terraza y Agustín tenía bastante con la cocina y el interior, se acercó a ellos con la libreta dispuesto a tomar nota. No había podido ni preguntar lo que querían cuando Aurelio le soltó:

—Vaya, ahora el exhibicionista se ha metido a camarero, se ve que como le han dado calabazas no tiene esperanzas de que el «papá» le dé un empleo mejor.

Sus palabras le dolieron como una puñalada, le encendieron la sangre y estuvo a punto de disparar su pierna y sacarle un ojo, pero viendo que era una provocación se

quedó quieto.

Agustín, que estaba muy atento, salió corriendo:

—Déjame, de esta mesa me encargo yo.

Pero León no estaba dispuesto a que alguien como él alterara su vida en lo más mínimo. Por eso contestó a su jefe, un poco con dureza:

—De eso nada, está en la terraza y me toca a mí.

Y sin esperar a más, se dirigió a los de la mesa en general, con tono de circunstancias, sujetando fuerte la libreta con la mano izquierda y el bolígrafo con la derecha.

—¿Qué desean los señores?

Ahí quedó la discusión, Agustín se retiró y León se hizo cargo de la mesa el resto de la noche. Afortunadamente, Aurelio le dejó tranquilo, aunque eso sí, no le dirigió la palabra.

Al acercarse a la mesa de los compañeros, Fernando le comentó:

—Cuidado con él, tiene muy mala baba.

—No te preocupes, no me da miedo, es un simple bravucón con ganas de pelea. Conmigo no la va a encontrar y en caso de necesidad terminará en el suelo como en la piscina.

—Di que sí —intervino Carmen— has quedado como un señor al comportarte así, lo has dejado en peor lugar que si reaccionas violentamente, yo también tuve un problemilla con él, es un asqueroso y un pulpo.

Todos se rieron y alguna confirmó con la cabeza.

—Pues si tienes otra vez algún problema, me lo dices, yo no le tengo ningún respeto, lo hago a la gallega y arreglado.

—Gracias, gritaré «¡a mí, Superleón!», te imagino apareciendo volando y llevándotelo al Polo Norte, y regresando rápidamente para recogerme en brazos del suelo —dijo Carmen riéndose—. Tú también tienes una pinta inocente en la vida real, como Supermán.

—¿Quién es Superman? —preguntó Cecilia.

—Claro, como no lees cómic, no lo conoces, es un personaje muy famoso.

—Yo también conozco —dijo Fany— gustan mucho, están haciendo una película, Superman va a ser Christopher Reeve.

—Supongo que es algo bueno, gracias Carmen, ten por seguro que te protegeré y daré una vuelta por espacio, ahora me voy a continuar que no me pagan para que esté de palique.

Cuando León se aleja, Carmen comenta:

—La verdad es que no está mal, parece muy interesante aunque no sea guaperas, ahora que se ha quedado libre... Es un desperdicio que haya ido a emperrarse de Beli, con lo estrecha que es.

—Por favor, Carmen —dijo Fernando—, no empecemos a criticar, ya sé que piensas que es una meapilas.

—Tiene razón Fernando —apunta Ana— Beli, es de lo más normal, muchas vamos a misa todos los domingos.

—Vale, vale.

Al terminar la jornada, antes de irse, Agustín le dijo:

—Por un momento he pensado que os ibais a liar a puñetazos, por eso he salido a poner paz, para que no te metieras.

—No hacía falta, se dominarme, no sé quién me enseñó que si te dejas llevar por la furia pierdes la mitad de las fuerzas y la práctica totalidad de la agilidad.

—Pues, si llego a ser yo, lo muelo a patadas.

—Eso mismo pensé yo —dice riendo.

Esa noche León se acerca por la discoteca para estar un rato con su pandilla. Los encuentra especialmente alegres, por lo que pregunta:

—¿A qué se deben tanta alegrías?

—A Paqui, que será nombrada la Reina de las fiestas de este año, se lo ha dicho su padre hoy mismo, y a Cecilia, que será Dama de Honor.

—¡Que alegría! —contesta León suponiendo por la cara de los demás que sería algo bueno— y perdonar mi ignorancia, ¿qué hace la Reina?

—Ha de asistir a todos los actos: para empezar, la presentación y después la cabalgata, las procesiones, los torneos deportivos, los toros... Para eso le hacen unos trajes muy bonitos, cada vez que va a salir de casa acude la banda y la comisión de fiestas a recogerla y cuando se retira también la acompañan.

—Pues a mí me parece muy cansado, ¿no?

—Sí, pero merece la pena, eres la representante de las mujeres de Carije, es un orgullo.

—¿Y de los hombres quién es?

—¿De los hombres? dice Carmen —ya hay bastante representación, la Comisión de Fiestas la forman solo hombres y el Ayuntamiento solo tiene concejales.

—Bueno, Paqui, ¿a ti te hace ilusión?

—¡Por supuesto! me encanta la idea.

—Pues eso es lo importante, enhorabuena y ánimo.

—Pues es una pena —explica Ana —también querían que fuera Dama de Honor Fany, pero tiene el billete de avión en medio de las fiestas.

—¿Y no había forma de aplazarlo?

—No, mi tío tiene que trabajar.

—Pues lo siento.

Tras la celebración por esta noticia, poco a poco cada uno va a su rollo. León se queda sentado en un sillón observando el comportamiento de los demás para poder

aplicar después lo aprendido. Carmen se fija en él, no entiende que un tipo tan interesante esté solo en un rincón y aprovecha para acercarse:

—¿Puedo sentarme contigo?

—Por supuesto.

—Te veo muy solitario, siempre estás meditando.

—Es que soy así —responde sonriendo agradecido por su preocupación— o mejor dicho, tengo que ser así.

—Que tienes que ser así, ¿por qué? yo pensaba que tú te sentías muy libre, que podías hacer lo que quisieras. Por lo menos a mí lo que más de gusta de ti es ese aire rebelde.

—No, no es porque nada ni nadie me obligue, es por que carezco de las habilidades necesarias para actuar de otra forma. Para que lo comprendas, tú no puedes volar porque alguien te lo impida, no puedes volar porque no tienes alas.

—Eso está claro, pero no se trata de volar, se trata de divertirse, de bailar, de salir de excursión... No es tan difícil, tienes lo que hace falta, cabeza, piernas, supongo que no te debe de faltar nada —dice sonriendo con cierto tono de desenfado.

—Ten en cuenta que no recuerdo muchas cosas de mis primeros veinte años, no tengo la misma experiencia, vosotros, desde pequeños, habéis ido aprendiendo cómo comportaros, tenéis una comunicación con gestos, con actitudes que yo ignoro o los entiendo diferentes.

—¿Y sentado en un sillón los vas a superar?

—Puede que sí, yo me dedico a observaros, voy aprendiendo como comportarme.

—No me había imaginado que pudiera ser una rata de laboratorio —dice soltando una gran carcajada.

—No quería hacer esa comparación —apunta León con una sonrisa—, supongo que es mi forma de solucionar las cosas, de forma muy analítica.

—Pues es una lástima, deberías dejarte llevar por tus impulsos, sin pensarte tanto todo, yo creo que incluso serías un tío majo —pone sus manos sobre el brazo.

—No sé, no sé, yo creía que ya comprendía cómo funcionaba todo, he intentado ponerlo en práctica y he fracasado, tengo que aprender más, tengo que ver en lo que fallé.

—¿Quieres que te lo diga yo?

—Ahora va a resultar que después de estar meditando días y días vas a venir tú y me vas a dar la solución —León, sonrío, con gesto de incredulidad.

—Pues puede que sí, me parece que no ves a dos palmos de tus narices —contesta Carmen un pelín molesta por considerarla incapaz y, con su tradicional franqueza, continúa—, tú en lo que te has equivocado es a la hora de elegir la persona.

—¿Qué quieres decir con eso? —León se muestra un poco dolido pues sabe por dónde van los tiros.

—Conmigo no tiene sentido andarse haciéndose el tonto, a mí me gusta llamar al

pan, pan y al vino, vino, la mujer que elegiste no te iba ni con cola.

—Desde luego que no te callas, eso me gusta, pero creo que te equivocas con Beli.

—Yo me llevo muy bien con ella y la quiero muchísimo, comprendo que sea una muchacha de éxito, tiene muchas cualidades, pero es una meapilas y tú eres demasiado abierto como para salir con ella.

—Creo que te estás pasando, eres muy injusta —protesta León claramente ofendido—, no puedo consentir que delante de mí la descalifiques de esa forma.

—Siento si te ha molestado lo que he dicho de ella, discúlpame, es mi forma de hablar, no puedo callarme nada y puede ser que sea un poco brusca, pero si lo he dicho es por tu bien, será muy interesante y todo lo que tú quieras, pero es más fría que una barra de hielo.

León permanece callado, le duelen las palabras de Carmen, pero no puede negar lo que dice, Beli, excepto el día del puente, ni le ha tocado ni se ha dejado tocar lo más mínimo. No puede evitar ponerse triste, pensar en dónde estará, con quién y haciendo qué, la echa de menos y, lo más duro, sabe que la ha perdido para siempre.

Carmen, advertida del efecto de sus palabras sobre León, piensa que ha sido muy dura, que se ha dejado llevar por la rabia. Para consolarlo, le coge el rostro entre las manos y le acaricia mientras dice:

—Lo siento León, me he pasado, soy una burrota, nunca aprenderé a ser más delicada. No te desanimes, eres muy majo, muy interesante, ya verás como con el tiempo superas todos esos problemas.

—Lo que me duele es que tienes razón, mi mayor error con ella, ha sido quererla cambiar, no tenía ningún derecho.

—Es como es, una muchacha muy religiosa, con las cosas muy claras, tiene un novio, que piensa como ella, dudo que hayan pasado de un besito o una caricia superficial, a los dos les va lo de la castidad, que se casarán por todo lo alto, que fundarán una familia con muchos niños, que los domingos acudirán a misa, se tomarán un aperitivo y acudirán a la casa de unos abuelos.

—Sí, lo más normal es que así sea.

—Tú necesitas una mujer más apasionada, más independiente, que no dude en aventurarse contigo, que viaje, que disfrute de las novedades, que no se corte, que no esté limitada por una moral pasada de moda.

—Me hace gracia, sin pensarte tanto las cosas, tus palabras resultan más racionales que las mías.

—No hace falta pensarlas, las cosas son como son, uno ha de buscar su media naranja, pero que encaje, no pretender unir una mandarina con un pomelo. Es cuestión de sentido común.

—Pues ya me dirás tú como buscarla, ¿dónde la puedo encontrar?

—¿Cómo que dónde la puedes encontrar? Aquí mismo, es donde más puedes ligar. ¿No pretenderás que te la busque yo?

—No, no quería decir eso, es el cómo entrar en contacto, no se lo voy a soltar de sopetón.

—No, es cuestión de hablar con ellas, bailar, acercarse, cuando llegue el momento el instinto te dirá lo que hacer, déjate llevar por la intuición, como mucho puedes llevarte un bofetón. Lo que no puedes hacer es quedarte aquí parado, has de poner en práctica todo lo que has estudiado de nosotros —observa con creciente alegría.

—A ver si cojo fuerzas y me animo.

En ese momento ponen *The Night Chicago Died* de Paper Lace, una canción que a Carmen le gusta especialmente. Le dice:

—De eso nada, vamos a bailar y que conste que el que una chica te saque a bailar es un gran honor.

—Pero Carmen, yo no sé bailar.

—No te preocupes, yo te enseñaré, el baile lento es muy fácil, ahora verás.

—No sabes lo que se arriesgan tus pies.

—Tú tranquilo, ya tengo cayos de tanto pisotón —dice riéndose.

—Vamos a probar, no te voy a hacer el feo.

—Mira, lo primero que has de hacer es cogermelo con las manos de los hombros.

—¿Así?

—Con más firmeza, sin miedo, y no hace falta que los pongas tan extendidos, es mejor estar más cerca. Ahora te pongo las manos en la cadera.

—Vale ¿y ahora?

—Hay que dar dos pasitos a un lado y un pasito para el otro siguiendo el ritmo de la música. Déjate que te guíe la cadera, sigue mis manos, un, dos... tres, un, dos... tres, muy bien, así, continúa, un, dos... tres, un, dos... tres. Ajá, muy bien, así, ves como no es nada difícil.

—No parece mucho, todo es así.

—Hay ritmos más difíciles, el vals, el paso doble... pero con el lento tienes bastante, ya habrá tiempo de aprender los demás.

—¿Y ahora qué?

—Ahora relájate, vas demasiado tieso.

—¿Así?

—Sí, mejor, dejándose llevar por el ritmo de la música, sin miedo. Ves, no me has pisado ni una vez.

—Por cierto, veo que los demás bailan al revés, el chico con los brazos en la cintura.

—En efecto, te lo he dicho así para poderte guiar, cambiemos, ahora tú con las manos sobre mis caderas.

—¿Así?

—Con más fuerza.

—¿Y ahora?

—Se supone que el chico ha de intentar acercarse y apretar a la chica.

—¿Así? —dice León dando un fuerte tirón hacia sí.

—No demasiado brusco, eso no te lo va a admitir prácticamente ninguna, lo has de hacer suavemente, poco a poco, casi milímetro a milímetro, digamos a lo largo de una canción.

—Ajá, comprendo.

—Puede que la chica te ponga el brazo así —explica Carmen poniendo el brazo derecho flexionado por delante de cuerpo de León— eso quiere decir que te pares, que no te acerques más.

—Ajá, ¿entonces?

—Pues sigues bailando sin arrimarte más, puedes hablar, pasártelo bien, si estás a gusto, pues sin problemas, si no es lo que quieres no la saques a bailar, aunque después puedes volver a intentarlo.

—Si la chica confía en ti y está a gusto, quitará el brazo y pondrá los dos por encima del cuello, así.

—Sí, ¿y ahora?

—Ahora arrímate, que los cuerpos se toquen... muy bien... ¿te gusta?

—Por supuesto que sí, ¿y ahora?

—Ahora cállate, disfruta, déjate llevar por los instintos, pero sin pasarse, aquí no se pueden hacer caricias, besos y cosas así.

—Vale

Una pieza sucede a la otra, Carmen permanece agarrada al cuello de León y él la abraza con delicadeza, se esfuerza en mantener el ritmo, procura disfrutar el momento. La cabeza de ella busca apoyarse en su hombro, los rostros están en contacto, él nota la respiración en el cuello.

Los cuerpos se balancean y rozan ligeramente, sus grandes senos se aplastan sobre su tórax, despidiendo un tenue y agradable calor, el deseo mutuo invade ambos cuerpos, él echa de menos esas sensaciones, es consciente de que forman parte importante de la vida, que no puede renunciar a ellas. Casi sin querer incrementa la fuerza de su abrazo y no encuentra resistencia alguna, al entrar en contacto los vientres, Carmen, con un ligero ronroneo, introduce con más fuerza su rostro en el cuello e inclina hacia atrás su cabeza, y le susurra:

—Se te da muy bien León

—¿Te gusta?

—Sí, yo no soy como ella.

Al nombrarla, León piensa en la posibilidad de que fuera Beli la que estuviera en sus brazos bailando, pero no podía ser, la situación era impensable en su caso, tenía que luchar en contra de esa idea que se le había metido como un taladro en su cabeza, tenía que sacarse de su cabeza su imagen, su voz, su olor, su sonrisa, su mirada chispeante, ella nunca va verme más allá de la amistad.

«No es justo para Carmen que en momentos así, piense en otra, es necesario sentirla como ella, con su voz, con su olor. Tengo mucho que agradecerle, me ha

sacado con su desparpajo y su franqueza del pozo en que me encontraba. Es posible que no tenga la profundidad de Beli, pero está viva, siente su cuerpo, no pretende huir con ensueños metafísicos, deja salir lo que tiene dentro, sin dar más explicaciones, espontáneamente, sin estridencias, con naturalidad.

»Es posible que haya estado ciego, obsesionado por algo que no podía ser, me he escondido en ello y no me he enterado de lo que estaba pasando a mi alrededor, puede que haya juzgado con altivez y suficiencia a todos, los he despreciado por no ser capaces de tener una conversación profunda, no he sido capaz de ver que debajo de sus comportamientos, aparentemente superficiales, existían personas con sus virtudes y sus defectos, con sus ideas, con sus pasiones, con sus deseos, con sus sueños.»

León, excitado por la proximidad del cuerpo de Carmen y su respiración en el cuello, se va animando y su pene incrementa de tamaño buscando salida. Ella, cuando lo nota sobre su vientre, no se retira, al contrario se arrima e incrementa el ritmo de sus caderas rozando ambos cuerpos. La tensión aumenta, la temperatura de ambos cuerpos crece, los rostros prácticamente queman. Instintivamente ella echa la cabeza hacia atrás, mejilla contra mejilla, dejando sus carnosos labios apenas un par de centímetros de los de él, el calor de sus respiraciones se mezclan.

—¡Ay! Carmen, no te acerques tanto, me cuesta mucho no besarte —susurra León acompañando a un suspiro.

—No te contengas —replica Carmen, a penas con un hilo de voz— lo estoy deseando.

—Pero me has dicho que en público no podía —le comenta desesperado por no acercarse sus labios a los suyos.

—Me da lo mismo, que digan lo que quieran —dice Carmen, y sin esperar a más acerca suavemente sus labios a los de él.

León siente que los labios de Carmen arden, están hinchados, febriles, su roce le produce un escalofrío que le recorre toda la espalda, con miedo y con pasión se entrega al beso, es consciente que son objeto de la atención de los demás, pero nada les importa, están centrados en su momento. Terminado el beso, continúan bailando unos minutos abrazados uno al otro.

—Nos damos una vuelta, que tome un poco el aire, ya no puedo más —le pide Carmen.

—Por supuesto, a mí también me vendrá bien un poco de aire fresco.

Se separan y se dirigen a la puerta, al cruzarse Ana suelta una sonrisa de complicidad, su beso no ha pasado desapercibido a ninguno de los presentes. Por un momento, León piensa que al día siguiente será la comidilla de todo el pueblo. «Seguro que Fernando me ha visto, no me extrañaría que se lo cuente a Beli, ¡Madre mía!, qué chasco que se va a llevar, que vergüenza, va a pensar que la he olvidado con mucha facilidad.»

Salen a la puerta y toman el camino a Tejadas, el mismo que tomó hace poco,

desesperado, y que terminó al borde del puente de la vía del tren. Le parece adecuado coger la mano de Carmen. Ella al notarlo lo corrige pasando su mano por su espalda llevándola a la cintura, al mismo tiempo que le pasa su brazo alrededor de su cuerpo y apretándolo lo abraza fuertemente, le da un beso ligero en sus labios y deposita el rostro en su hombro.

«¿Y por qué no?, por qué me he de avergonzar de esto, fue ella la que me rechazó, la que se fue sin avisar, la que me dejó el recado con Fernando de que me olvidara, que ella no era lo que esperaba. Carmen no se anda con tantos remilgos...»

—¿Qué piensas, León?

«Las palabras de Carmen rompen sus pensamientos, se da cuenta de que no puede ser que esté con ella y se dedique a pensar en otra. ¿Habrá notado algo?»

—Estaba recordando, haciendo recapitulación, de las ocasiones que he estado contigo, de lo que decías...

—No hace falta que disimules —le corta Carmen con una sonrisa— se notaba que pensabas en Beli, los hombres no sabéis disimular.

León se pone rojo, se siente mal, no es justo, cómo es posible que en un momento así se dedique a pensar en otra.

—Yo... es que... —balbucea León.

—Cállate, que estás más guapo, a mí no me importa, ahora quiero tu boca para otra cosa —y se vuelve hacia el dándole un abrazo y un beso largo y profundo.

Por unos momentos, León se siente como en su casa, el comportamiento de ella le parece de lo más natural, como si esa espontaneidad perteneciera a su acerbo. Él le corresponde y centrándose en su compañera la estrecha con fuerza, mientras sus manos se mueven por la espalda.

Carmen, lo empuja hacia un lado, lo mete en la oscuridad y consciente de que es ella la que tiene que llevar la iniciativa, le saca la camisa del pantalón e introduce la mano por debajo acariciándole directamente. Él, sin dejar de besarle, la imita y le acaricia la espalda y los costados provocándole un suspiro. Ella se ladea ligeramente y comienza a desabrochar los botones de la camisa, con seguridad, mostrando que tiene claras las cosas. Cuando termina de descubrir el torso, le pasa suavemente la palma de la mano por él...

—León, te deseo.

—Yo también —dice intensificando sus caricias.

De repente se escucha un ruido en unos arbustos cercanos, ambos se separan de un salto y se tapan, miran hacia donde ha surgido y ante ellos encuentran un perro que les mira con atención, Unos segundos después se gira y se retorna a la oscuridad.

—¡Ay! León, aquí no podemos, que susto me he llevado, puede venir cualquiera, estamos muy incómodos, tenemos que meternos en los huertos, allí estaremos más seguros y podemos quitarnos la ropa.

—Si quieres, Calixto tiene hoy guardia, no hay nadie en casa, ¿quieres que vayamos allí?

—Vale, vamos.

El concierto

El verano, poco a poco, se agota, las primeras tormentas empiezan a aparecer algunas tardes, la chaqueta empieza a hacer falta por la noche, todos los días se escucha ensayar a la banda.

La pandilla hace planes para disfrutar las fiestas, este año el protagonismo corresponde a Paqui y Cecilia. La mitad de los días no acuden, se han tenido que ir a ver algún traje que otro, a tomarse medidas, a elegir telas, necesitan mucho para lucir en los innumerables actos a los que han de asistir. Si pueden acudir, cuentan con entusiasmo todos los pormenores de los preparativos. Quieren invitarlos un día, después no podrán por falta de tiempo.

León está más integrado que nunca, la relación con Fernando se ha enfriado, es demasiado próximo a Beli, ahora su amiga de referencia es Carmen. Han establecido una relación muy especial, niegan cualquier noviazgo, aunque todos saben que salen juntos, algo que no se esfuerzan por mantener oculto.

El más sorprendido es Fernando, ha vivido de cerca los problemas surgidos entre León y Beli, no puede comprender cómo es posible que en tan poco tiempo haya podido olvidarla, con lo enamorado que parecía.

Una tarde, mientras toman unas cervezas, llega Sergio muy indignado, despotricando de los miembros de la Comisión.

—Serán asquerosos elitistas, quieren montarse la fiesta para ellos solos y a los demás que les parta un rayo, claro, así podrán fumarse sus puracos sin que nadie les apriete. Malditos plutócratas ¿qué se han pensado?, ¿qué son los dueños de todo?

—Tranquilo Sergio, serénate y explícanos qué te pasa, ten en cuenta que alguno de nuestros padres está en esa comisión —intenta apaciguarlo Luis.

—¿No os habéis enterado?

—Pues como no nos lo expliques tú, yo estoy en la inopia —interviene de nuevo Luis.

—No, no lo sabéis, resulta que el sábado que viene, para la verbena de la presentación, han contratado a Los Tres Sudamericanos.

—Eso había oído —dice Carmen— a mí no me gustan, son demasiado carrozas, pero no creo que sea para escandalizarse.

—No es eso, es que el Restaurante de la piscina va a servir una cena a tuti plen y pretende cobrar 240 duros por barba —explica Sergio remarcando las últimas palabras.

—¡¡Hostias!! —exclama Carmen— pues yo ya lo tengo claro, a casita, no me puedo permitir ese lujo, mi padre no es médico, es un simple dependiente.

—¡Uf! me temo que nosotros también vamos a tener que pasar de ello —dice Emilio en su nombre y el de Ana.

—A mí me parece una burrada —añade Luis—, supongo que mi padre es uno de los que lo ha montado, seguro que me la compra él, tengo que ser uno de los chicos

que lleve a las damas de honor al escenario, pero, sinceramente, no me apetece nada, en cuanto pueda me escapo, no aguanto tanto vejestorio.

—Tienes razón Luis —contesta Fernando— va a ser un baile de lo más triste, solo van a ir los cuatro ricachones, a mí también me toca el papelazo del paseílo. Pero, mi padre no me había dicho nada del precio.

—Pues sí, mira ya están hechas las entradas, mirad, esta me la ha pasado Manolo —enseña Sergio— se la ha robado a su padre. No debemos de consentirlo, deberíamos hacer algo, yo creo que una manifestación en la puerta con una pancarta bien grande y que tengan que pasar por delante.

—Uf —opina Ana —no sé yo, so sé yo, ya sabes lo que conoce Don José al Gobernador, ese es capaz de traernos un par de autobuses de grises.

—No me seáis tan acojonados —responde Sergio—, si hay que correr se corre, para mí no iba a ser ninguna novedad.

—Pero para nosotros sí —replica Emilio— y además en una protesta contra nuestros padres.

—Haced lo que queráis, nosotros, aunque seamos cuatro gatos, vamos a montar el pollo como sea, un militante no puede echarse atrás ante tal desatino.

—Ya sé que ni pinto ni corto —se une León— pero creo que si se les boicotea directamente, con el enfrentamiento no se conseguirá nada, quedaremos a su misma altura.

—Desde luego —corta Sergio— otro que no tiene huevos, eso no me lo esperaba de ti.

—¿Has terminado? —prosigue León— pues sigo diciendo lo que pienso. ¿Qué es lo que nos fastidia?, ¿quedarnos sin verbena?, no le veo tanta importancia, cogemos pilas, un radio casete una cuantas cintas y nos montamos una fiesta en Bondía, ¿necesitamos la cena por todo lo alto del restaurante?, yo creo que no, hacemos un fondo, compramos papas, cacahuetes..., yo le pido a Agustín que nos deje una cámara y un grifo de cerveza y que nos deje la bebida al coste, seguro que acepta, y nos traemos el bocadillo y nos lo pasamos tan ricamente. Si alguien más del pueblo se quiere apuntar que se apunte, ellos a la suya y nosotros a la nuestra.

—No me parece mal la idea —dice Ana— así no habría un enfrentamiento directo.

—¿Y qué se consigue con eso? —interviene Sergio—. Ellos se dan la gran tripada y nosotros pasando, eso me suena a protesta de niñas de teresianas.

—No creas Sergio —contesta León—, no los comprendes, ¿piensas que lo que se quieren pegar es una gran cena?

—Pues ya me dirás...

—No, ellos se la pueden pegar cuando quieran, ¿no lo comprendes?

—Debo de estar muy obtuso, no te pillo.

—Sencillo, ellos han montado la fiesta para lucirse, para enseñar sus galas, sus joyas, sus puros... quieren mostrar a todo el mundo que ellos pueden gastarse el

dinero, si nosotros nos vamos detrás, si arrastramos a la gente, si no hay gente fuera viéndolos entrar y mirándoles detrás de la verja, les va a sentar mal la cena... si te fijas, los segregados pasan a ser ellos. ¿Me he explicado?

—¡Hum! —reflexiona Sergio— quizás tengas razón.

—Yo me apunto a la fiesta, que se vayan a hacer puñetas la reina y sus damas, de paso me libro de la corbata —responde Luis.

—¿Qué van a decir Paqui y Cecilia? —pregunta Ana un tanto preocupada por sus amigas.

—Pues las convencemos a ellas y las presentamos nosotros —observa Carmen.

—¡Eso si sería un golpe! —se anima Sergio— voy a comentárselo a Manolo, vamos a ir sondeando la actitud de las demás pandillas y de la gente del pueblo, a ver cómo conseguimos que la mayoría de la corte se decante por nuestra fiesta.

—Ya veremos lo que dicen Paqui y Cecilia, les hacía mucha ilusión estrenar sus trajes —interviene Fernando un tanto preocupado por lo que está pasando.

—Que hagan lo que quiera —replica Sergio— voy a hablar con Carlos el de la banda, también están fastidiados, os imagináis que al llegar la corte a la puerta, una parte sigue hacía Bondías. Vamos a ver si mañana organizamos una reunión, quedamos a las 12 en los locales de la OJE.

Las verbenas de los sábados durante el verano son toda una tradición, y más al acercarse las fechas de las fiestas, cuando acuden aquellos que no se pueden permitir un veraneo largo. El pueblo se llena y ocasiones para el reencuentro, como las noches sabatinas, son muy apreciadas.

La novedad de una fiesta tan pomposa no ha sentado bien en la mayoría de las personas que tiene recursos limitados. No solo están dispuestas a boicotear la cena las pandillas jóvenes, sino también gran parte de la gente del pueblo: viven de la agricultura o de trabajos poco cualificados y con lo que ganan no da para demasiadas alegrías. Tantos acuden que el salón de la casa de juventud se queda pequeño y se tienen que trasladar a la plaza del ayuntamiento.

La voz cantante, como es natural, las llevan los jóvenes del PCE, acostumbrados a intervenir en asambleas.

—Os agradecemos que hayáis venido, cuanto más seamos, más fuerza tendremos —empieza a decir Manolo.

—No podemos consentir que unos pocos ricachones vengan a robarnos lo que es nuestro, es necesario que defendamos, ante su ataque, algo tan tradicional como las fiestas. Una minoría elitista, basada en el dinero, apoyada por un ayuntamiento fascista, totalmente servil a sus intereses, pretende marginar a los trabajadores de Carije, organizando una fiesta con un precio inalcanzable para la gente humilde, para el proletariado. Pero, ¿vamos a consentirlo? —grita Manolo.

—¡¡¡NO!!! —contesta Sergio desde el otro lado de la plaza, arrastrando a parte de

la concurrencia.

—Por supuesto que no, no vamos a consentir que se salgan con la suya, hemos de ser nosotros, los que les dejemos de lado, que les mostremos que el pueblo unido jamás será vencido —y hace una pausa.

—¡¡El pueblo, unido, jamás será vencido!! —intervienen de diversos sitios Sergio y otros camaradas.

—Por eso, mis camaradas y yo hemos pensado que lo mejor es dejarlos con su orgía desenfundada de gasto. Hemos de acudir todos a Bondías, a mostrarles que ellos están solos, que el pueblo se divierte sin sus cuartos, sin enfrentamientos, por nuestra cuenta...

—Se están quedando con tu idea —susurra Carmen a León—, te van a robar tu idea, di algo.

—Qué más da, para mí mejor, a mi no me gusta esto de la política. No estoy de acuerdo con la fiesta y ya está.

—... ellos quieren que veamos lo ricos y poderosos que son, no debemos de hacer de espectadores... —continúa Manolo.

—¿Qué piensas de esto, León? —pregunta Paqui.

—Pues que va a pensar —salta Carmen— la idea que están diciendo es la suya, es lo que dijo León, ellos en realidad querían montar una manifestación en la puerta.

—... nosotros, el pueblo, civilizadamente, celebraremos nuestra fiesta, demostraremos que los trabajadores estamos maduros para asumir... prosigue el orador.

—Entonces, ¿lo has organizado tú? —pregunta Paqui.

—No, la idea era mía, pero la organización es suya, aunque me parece que manipulan un pelín.

—Entonces ¿estás en contra? —vuelve a preguntar Paqui.

—No, a mí me parece muy mal lo que han hecho, han dejado fuera a mucha gente, lo siento porque sé que uno de los organizadores es tu padre, y la idea de la fiesta paralela me parece muy bien.

—... tomando las riendas de la sociedad, asumiendo la organización, fomentando la autogestión, conseguiremos... —prosigue el discurso.

—Es que yo tengo una duda —expone Paqui deseosa de ser ayudada—, sabéis que tengo que ser la reina y que en esa fiesta he de ser presentada, si no voy, nunca seré reina y me hace mucha ilusión, pero si voy va a ser un desastre, Luis y Fernando no van a ir, solo quedaremos mi hermana y yo, a mí me apetece irme fuera. ¿Qué hago?

—Tú has de ir a Bondías —dice Carmen.

—No —interrumpe León— no debes llevarla a hacer lo que tu harías, has de hacer lo que tú quieras.

—Pero no tengo ni idea de lo que hacer.

—¿Sabeis lo que os digo? Pienso que lo de la fiesta tiene solución, ven, vamos a

buscar a Fernando y después a los demás...

Terminado el largo discurso de Manolo, Sergio da otro más pequeño apoyando las mismas ideas, y desde abajo, una intervención invita a sumarse a la iniciativa, es el único camino.

Fernando pide la palabra y sube al estrado:

—Estoy de acuerdo con los compañeros en que es intolerable la cena de gala, inalcanzable para muchos, pero ¿qué es lo que queremos?, ¿cómo nos gustaría que fueran las cosas?, para mí a la mayoría nos gustaría que solo existiera una fiesta, sin cena, mucho más barata, en donde pudiéramos entrar todos y donde se presentara, como todos los años, a la reina y a la corte.

—Pero Fernando —salta Sergio— comprendo que tu situación es muy incómoda, tu padre es uno de los que ha organizado la fiesta y estás obligado a hablar así, pero es necesario enfrentarse directamente, que sepan quiénes somos, de lo que somos capaces.

—Creo que te pasas un poco, Sergio —habla Emilio desde otra esquina— mi padre no tiene nada que ver, ni Ana ni yo podemos ir, pero estoy de acuerdo con Fernando en que la mejor solución, puede que utópica, sea la de una sola fiesta, a mí me gustaría ver salir del brazo de Luis a Paqui, es mi amiga y sé que le hace mucha ilusión, además que a muchos le gustaría que fuera así, ¿qué me dices Carlos?, ¿no te gustaría que la banda no se separara en la puerta y no tener que continuar hacia Bondía unos cuantos?

—Por supuesto, esto puede romper la banda y no habría nada que me gustara menos —opina Carlos.

—Es más —interviene Agustín con su potente voz— hay que andarse con cuidado, el enfrentamiento puede llevar a dividir el pueblo en dos mitades y es algo que a ninguno nos interesa.

Se escucha un murmullo afirmativo, poniendo de manifiesto que la mayoría de la gente está de acuerdo con ellos. Entonces Manolo recupera de nuevo la palabra.

—Ya os estáis echando para atrás, no seáis acojonados, si permanecemos unidos somos más fuertes, si se quieren dividir peor para ellos.

—Tú te vas a la ciudad, pero yo me los he de cruzar todos los días en la calle —apunta Carlos— creo que no deberíamos perder la idea de que contra lo que se protesta son unos precios abusivos.

Se produce un murmullo afirmativo.

—Ahora es tu momento —le dice León a Paqui— acuérdate de lo que te he dicho.

—¡¡Quiero hablar! —se hace notar Paqui.

—Su majestad la reina quiere hablar —añade Manolo con cierto tono de ironía.

León le da un codazo a Carmen y esta salta con voz fuerte.

—Manolo, parece que olvidas que Paqui es como tú una joven de Carije, y más afectada que tú, eres injusto con tus ironías,

Las palabras de Carmen logran sacar un aplauso bastante general y fuerza a Manolo a realizar una retirada estratégica.

—Sabéis que mi padre es uno de los capitostes de la Comisión, pero porque sea mi padre no me impide estar totalmente en contra de semejante cena —explica Paqui concentrando el interés, y León desde abajo le hace un gesto como empujándola—, soy yo la primera afectada y desde aquí os digo que no pienso entrar en ella, tendrán que presentar a la reina sin reina

Y hace una pausa siguiendo la instrucción de León, para permitir un aplauso generalizado y entusiasta.

—Ese espía de la Comisión que está por aquí puede salir a contarles lo que he dicho —prosigue Paqui sacando otro aplauso— pero ... —añade cambiando de tono y esperando que se callen.

—Pero... no me siento feliz, yo quería ser reina, me hacía mucha ilusión, quizás os parezca una niñería, pero sé que muchas me comprenderán, lo que más me gustaría es poder ir a la verbena con todos vosotros, subir al escenario, recibir el ramo y poder llorar un poco —continúa mientras suelta unas lagrimillas— ¿por qué no hacemos un último intento?, ¿por qué no intentamos solucionarlo por las buenas?, que no haya ganadores ni vencidos, expongamos nuestras peticiones y negociemos, os pido por favor, darme una oportunidad de ser reina —termina Paqui y sin esperar más se baja y se mezcla con los demás.

León le recibe y le da un abrazo, al tiempo que le dice en voz baja:

—Lo has hecho fenomenal, te has quedado con todos.

—Pero, madre mía, no quiero ni pensar mi padre en estos momentos, supongo que habéis mandado al espía.

—Si a estas horas ya lo sabrán.

—Me tiemblan las piernas.

—Pues recupera fuerzas, las vas a necesitar,

Fernando, sabedor de lo que iba a decir Paqui, se pide el siguiente turno de palabra, sin esperar más, sin dejar intervenir a nadie del PCE, sube al escenario:

—Creo que lo primero que habrá que hacer es elegir una comisión para ir a negociar, les podemos dar un día, mañana quedamos a esta hora y decidimos. ¿A quién podemos mandar?, yo creo que Manolo y Sergio, que tanto se han implicado y tanta facilidad de palabra tienen irían muy bien. Pero claro, falta que quieran, ¿queréis negociar para que se vuelva a la presentación de otros años?

—Por mi parte sí —contesta Manolo sorprendido por la nominación— pero que conste que pienso que no van a ceder, pero si queréis que lo intentemos lo intentamos. Yo voy.

—Yo también —se apunta Sergio.

—Creo que por su importancia, debería ir alguien de la banda, Carlos, ¿te

apuntas?

Carlos mira a los demás músicos presentes y los interroga con la mirada y estos le confirman con la cabeza.

—Vale, yo voy.

—Carmen dice desde abajo, creo que Fernando también debería ir, ya sabéis que se lleva de maravilla con todos los padres, puede ser un gran intermediario, la gente confirma con la cabeza y de palabra.

—A ver —continúa Fernando—, alguien más del pueblo, ¿estás tú dispuesto, Agustín?

—Yo ni hablar —dice Agustín— mi negocio es muy especial, no me puedo meter en estos fregados, compréndelo.

—Sí, tienes razón. A ver, quién podría ser que no tenga negocios que puedan verse afectados —pregunta Fernando al mismo tiempo que revisa a la gente que está presente.

—¿Tú, Dimas? Eres joven, del pueblo y propietario de tus tierras.

—Bueno, no creo que aporte mucho, pero os acompaño.

—¿Pensáis que alguien más debería ir?

—The Queen —dice Fany con una voz casi inaudible.

Y alguien que lo ha oído, insiste:

—La que ha de ir es la reina, Paqui has de ir, y la gente lo confirma con un aplauso.

—Yo no... Mi padre... en cuanto me vea me mata...

—Sí, Paqui, tú mantente firme y lo harás muy bien —la anima Carmen.

—Madre mía, de esta no salgo.

—¡Ánimo! seguro que lo haces muy bien, solo necesitas confianza —añade León.

—Por cierto, ¿tú no vas? eso no puede ser.

—Yo no pinto nada.

—¡Qué no pintas nada! —dice Paqui.

—¿Yo? —dice León, al mismo tiempo que le hace un gesto con el dedo en la boca, guiñándole un ojo y soltando una gran sonrisa.

—Ahora os toca a vosotros, yo me voy con Carmen a tomar una cerveza y celebrarlo.

Y sin esperar más se gira, coge a Carmen del brazo y se va hacia abajo.

La intermediación de Fernando permite que esa misma tarde pueda darse la reunión. No gustan ninguno de los representantes y la presencia de la Reina causa auténtico estupor, nadie se la imaginaba metida en este tema. Como ya se imaginan, los padres juegan en campo propio, el lugar de reunión es la Sala de Plenos, que amablemente cede el Alcalde, también perteneciente a la comisión. El salón tiene dos partes bien diferenciadas, en una, al fondo, con una gran mesa y una serie de sillones

para los concejales, presidida por un gran crucifijo, a su derecha un gran retrato del General Franco, vestido de militar, y en el otro una imagen marcial de José Antonio, vestido con su camisa azul y su boina roja, en la pared que hace esquina con esta, junto a unas grandes estanterías, una pequeña foto en color, enmarcada con media caña, con los actuales reyes.

La otra parte de la sala, solo posee una serie de sillas de enea destinadas al público que quiera asistir a los plenos.

Como era de imaginar, los padres ocupan los sillones de la parte noble, dejando las sillas para los revoltosos. Su rostro es serio, casi amenazador, se han puesto sus galas, a nadie le faltaba su traje oscuro y su corbata discreta. Algunos de ellos fuman grandes puros y dejan salir lentamente el humo de sus bocas que al ser iluminado por el sol que penetraba a través de las persianas adquieren consistencia y los oculta.

Un poco cohibidos, entran los jóvenes y se sientan en las sillas destinadas al público. Esta diferencia, acompañada de la escenografía les hace sentirse como acusados, incluso culpables.

—No creo que haya mucho que discutir —empieza Don José con voz engolada al mismo tiempo que deja escapar las últimas volutas de su tabaco—, no sé lo que pretendéis, si os recibimos es porque tenemos la esperanza de que entendáis lo grave e irreflexivo de vuestra actitud. Estamos dispuestos a olvidar vuestro intento de motín, como si no hubiera pasado nada, en aras de tener unas fiestas tranquilas.

—Como veis, compañeros, —interviene Sergio— no hay nada que hablar, con esta serie de fachas, jamás podremos llegar a un...

—Bueno, Sergio, ahórranos tus discursos —le corta Fernando— venimos a intentar dialogar.

—Ya me imaginaba yo que tenían que estar los comunistas por medio —apunta Don José—, lo mejor es llamar al gobernador y que mande a los antidisturbios.

—Por favor Don José —señala Fernando— sabe que muchos de los aquí presentes no somos comunistas, no solo ellos se sienten molestos por lo de la cena.

—Lo que pasa es que los demás os habéis dejado manipular por ellos —opina Don José—, poco bien los conozco yo, tengo en la fábrica a uno de las comisiones esas que me extraña que no esté aquí. Lo que necesitáis es palo y pienso conseguíroslo.

—Recapacite un poco, si se llega a organizar la fiesta en Bondías o en cualquier otro sitio, va a ser algo pacífico, lejos de vuestra fiesta, sin intentar boicotearla, no creo que el gobernador se arriesgue a meter la policía en algo así, ahora él depende de las elecciones —observa Fernando.

—No te digo, ya están estos con la puñetera democracia, este Suárez va a entregar España a Rusia, este señorito avulés y el botarate del Borbón van a echar por la borda lo que tantos años y sangre ha costado.

—Por favor, Don José —prosigue Fernando— dejemos de lado la política, de lo que tenemos que hablar es de la fiesta, al menos escuchadnos.

—Porque eres tú, Fernando, a ver, qué es lo que queréis, por qué estáis en contra de la Comisión —cede Don José.

—Nosotros no estamos en contra de la Comisión, ni siquiera queremos forzar a nadie, lo que pasa es que la verbena de presentación del sábado, tal como está planteada, no es asequible a mucha gente del pueblo y a muchos de nosotros que no disponemos del dinero necesario para pagar la entrada.

—Pero sois estúpidos —se indigna Don José— una verbena no es un artículo de necesidad, si alguien no tiene dinero, que se aguante, que se quede en casita a ver la tele, pero que no vaya fastidiando la fiesta a quienes trabajamos duro y nos lo podemos permitir, eso es cochina envidia. Ya hemos hablado antes y hemos pensado que en muestra de nuestra buena voluntad, los menores de 18 años paguen solo 1000 ptas.

—Me temo Don José que eso no soluciona gran cosa, sigue siendo un importe inalcanzable para la mayoría de la gente, nosotros lo que queremos es que la fiesta sea como siempre, una verbena más, que pueda ir todo el mundo.

—Eso es imposible, ya tenemos contratados a los Tres Sudamericanos y la cena —dice Don José.

—No comprendemos para que hacía falta un conjunto tan caro y una cena por todo lo alto, la mayoría de nosotros nos arreglamos con mucho menos —apunta Dimas que estaba escondido detrás de los demás.

Don José consulta con los demás miembros de la Comisión en voz baja, discutiendo de cantidades.

—Si el problema es la cena lo podemos solucionar, quien no quiera la cena, que no vaya, no es obligatoria, así el coste es mucho menor, lo podemos arreglar así, a la cena se apunta quien quiera y pueda, y una vez terminada, los que lo deseen, podrán entrar por 500 ptas. a la actuación, que es lo que calculamos que costará por persona.

—No es justo —señala Manolo—, no hay derecho que aquellos que no pueden pagarse la cena se les tenga en la puerta viendo como los otros se ponen ciegos y después cobrarles 500 ptas. por una verbena que siempre ha costado 20 duros.

—¡¡Entonces, qué pretendéis! ¡¡Que invitemos a todo el mundo!!, como siempre, a repartir lo de los demás, pero lo mío me lo quedo yo —Don José está visiblemente irritado—. ¿Sabéis lo que os digo? que marchaos a freír puñetas, ya hemos cedido bastante, para que no hagamos la cena y la verbena como habíamos planeado tendréis que pasar sobre mi cadáver. Organizar lo que queráis en Bondías y, por mí, os podéis ahogar con su agua, ya os arrepentiréis cuando escuchéis la música.

—¿Es esa su última palabra? —pregunta Fernando.

—Ya te he dicho que sí.

—Bueno, pues yo ya anuncio que no asistiré, pienso irme a la fiesta de Bondías.

—No me lo esperaba de ti —responde Don José dolido porque no acepten su espléndida propuesta—. Siempre te he considerado un muchacho muy formal, pero ya veo que te has dejado influenciar por esta panda de comunistas. De todas formas,

no haces ninguna falta, yo mismo acompañaré a la dama correspondiente.

—Me da una pena terrible que no se haya podido solucionar la diferencia —añade Paqui medio llorando—, yo voy a estar con mis amigos en Bondías, no asistiré a la cena.

—¡¡¡Desgraciada!!! —explota su padre—. Tú harás lo que yo diga y se acabó, no pienso consentir que después de lo que me ha costado que fueras Reina lo echés todo a perder.

—Lo siento papá, pero como dice León, hay que saber tomar nuestras propias decisiones.

—¡Ya decía yo! —salta Don José—, ¡tenía que estar ese desgraciado por medio!, en mala hora llegó ese tipejo, menos mal que mi hija puso tierra de por medio, si no también la corrompe, voy a hablar muy seriamente con Calixto, no podemos consentir que un anarquista como él vaya por ahí enseñando a nuestros hijos pijotadas de libertad, de igualdad y de puñetas. Y vosotros —volviéndose a los demás— más vale que os preocuparais más de atar corto a vuestros hijos en vez de darle tanto al tute, por lo que he oído no sería extraño que una muchacha apareciera preñada por el exhibicionista ese.

—Tranquilo Pepe, que te va a dar algo —dice el padre de Luis intentando calmar la ira de su compañero—. Tendremos que pensar algo, así no vamos a ningún lado.

—Con permiso —interviene Carlos— dado que la Reina va a Bondías la banda la acompañará, como es tradicional.

—¿Sabes lo que dices? —manifiesta el Alcalde—. La banda la subvenciona el Ayuntamiento, sin ese dinero y los locales que os cedemos no serías más que una charanga. Vosotros haréis lo que yo diga, para eso soy el Alcalde.

—Lo siento yo y otros muchos músicos preferimos ser una charanga honrada que una banda vendida y como parece que el Ayuntamiento no nos apoya, no llevaremos ni los uniformes ni la bandera, se la pueden meter por el culo —estalla Carlos, perdiendo el control al final.

—¡¡Gusanos asquerosos!! —salta de nuevo Don José— sanguijuelas, contubernio judeo-masónico, ¿qué pretendéis?, ¿quedaros con la presentación de la Reina?, ¿lo vas a consentir calzonazos?, ¿vas a consentir que vaya tu hija?

—No, yo la encierro.

—No hay problema, no nos importa esperar, tocaremos en la puerta hasta que salga.

—¡¡Esto ya es la repera!! —exclama de nuevo Don José con el rostro colorado y las venas hinchadas— es un motín, que digo un motín, es la revolución, esto lo arreglaba yo a tiros —aflojándose la corbata e intentando coger más aire a base de bocanadas.

—Tranquilo —intenta calmar el padre de Luis— no te encorajines tanto, no ves que te puede dar algo, vamos a tranquilizarnos y a pensarlo bien, bebe un poco de agua, y respira profundo varias veces.

—Vale, ya sé que tengo un ataque de ansiedad, soy médico —suelta Don José intentando recuperar el ritmo de la respiración.

—Si no os importa —continúa el padre de Luis, con bastante más serenidad que el de Beli— tendríamos que hablar a solas, por favor, esperad fuera mientras tanto.

Los miembros del grupo se retiran sin decir nada más, aunque al salir el padre de Paqui amenaza:

—Ya hablaremos, esto no va a quedar así.

Ambos grupos permanecen reunidos por separado durante más de media hora, los de dentro sopesando diversas alternativas y haciendo cuentas, los de fuera en silencio, nerviosos, mordiéndose las uñas, mientras acuerdan evitar cualquier enfrentamiento aunque se muestren agresivos. Paqui está terriblemente asustada, Fernando la consuela, le dice que su intervención ha sido fundamental. Finalmente, sale el padre de Luis y los invita a entrar y mientras lo hacen, Don José aprovecha y se va. El Alcalde toma la palabra.

—Nos sentimos profundamente dolidos, habéis puesto en duda nuestra capacidad, la de la Comisión, que se elige para organizar las fiestas, habéis tenido un comportamiento de niños mimados, de chiquillos que sin tener ni puta idea de lo que es organizar una fiesta os habéis atrevido a poner en duda lo hecho por vuestros mayores, personas con mucha más experiencia, después de arreglado el tema de la verbena del sábado que viene, os tengo que lanzar un reto, a ver si en verdad tenéis cojones.

—No queremos más enfrentamiento, intentemos solucionarlo lo mejor posible —sostiene Fernando.

—Bueno —continúa el Alcalde— hemos hecho un terrible esfuerzo, pero queremos tener unas fiestas en paz y todos unidos, ahora solo depende de vosotros.

—Pero ¿cuál es la propuesta?

—Pensamos trasladar la cena del sábado a una comida el domingo, costará 900 ptas. por persona, la corte no tendrá que pagar pero tiene la obligación de asistir, también invitaremos a un acompañante.

—Muy bien, ¿y el sábado? pregunta Fernando

—El sábado tienen que venir los Tres Sudamericanos, están contratados hace mucho tiempo, por tanto será una verbena con más costes, parte saldrá de la comida del día siguiente, por eso es más cara, pondremos dinero de nuestro bolsillo y la entrada será de 150 ptas., un poco más cara de lo normal.

Fernando mira a los demás:

A mí me parece aceptable, aunque sea un poco más cara, se puede pagar, ¿qué os parece?

Todos van confirmando con la cabeza, hasta Manuel y Sergio que son los últimos.

—Pues yo creo que debemos de alegrarnos que solo vaya a haber una, que Paqui

inicie su reinado como debe ser —afirma Fernando contento por su amiga y todo lo que ha pasado.

Paqui no puede evitar el echarse a llorar, no se puede creer que un plan tan estrafalario, en unas horas haya logrado dar la vuelta a la tortilla.

—Esperad un momento —puntualiza el Alcalde— creo que habéis sido unos inconscientes que habéis estado a punto de echar al traste nuestras fiestas, que solo sabéis llorar y protestar para que otros os saquen las castañas del fuego. Os voy a retar, a ver si tenéis huevos.

—No creo que seamos tan niños —dice Manolo— a ver ese guante, ¿dónde está?

—Así me gusta, valiente, ya veremos lo que dices dentro de 10 días. El reto es el siguiente, ya que sois tan chulitos, formar una comisión, la que queráis, el Ayuntamiento os dará 10.000 ptas., que es lo que pone cada semana, podréis disponer de las instalaciones municipales en las mismas condiciones que la Comisión de Fiestas, lo que tenéis que hacer es organizar la verbena del sábado siguiente, le ponéis el precio que queráis, contratáis a quien queráis, si tenéis ganancias podéis hacer lo que queráis con ella, pero si tenéis pérdidas debéis hacer frente a ellas con vuestro bolsillo.

Se miran unos a otros, lo confirman y Manolo dice:

—De acuerdo, vamos a hacer una fiesta popular, que la entrada sea 20 ptas., al alcance de cualquiera.

—¡Cuidado! —observa el Alcalde— las cuentas habrá que darlas en la fiesta públicamente, con el reconocimiento de vuestro fracaso, no vale hacer trampas.

Se levanta la sesión y cada uno sale contento en busca de sus amigos. Fernando, Sergio y Paqui acuden a El Kilometro, allí son recibidos ansiosos de conocer el resultado, al verlos llegar, Agustín sale, con otros cuantos, para enterarse qué pasará el sábado por la noche. Fernando, que es más tranquilo cuenta los detalles empezando por la solución, que es recibida por un «¡Bien!», general. El primer aliviado es Agustín, asustado por los efectos de las rencillas en su negocio, por eso, antes de que entre en detalles, corta diciendo.

—Voy a sacar una botellas de sidra que he metido en la cámara con la esperanza que se solucionara, os invito a todos.

Entre Fernando y Sergio cuentan todo lo sucedido. Mientras, Paqui busca a León, que está con Carmen, y le arrea un beso:

—Con permiso de Carmen, muchas gracias, el plan me parecía de lo más loco, pero ha funcionado como un reloj.

—No tienes por qué, cuando has observado cómo se comportan las personas puedes prever, más o menos, cómo van a reaccionar.

—Dirás lo que quieras, pero has salvado mi reinado, si no le importa a Carmen,

me gustaría que el día de la presentación me acompañaras tú al escenario y que el domingo en la comida fueras mi acompañante. Creo que te lo mereces. Carmen, ¿puedo?

—¿Que si puedes? ¿Y qué pinto yo? León no es mío, dudo que pueda ser de alguien, yo lo tengo claro.

—Paqui —interviene León— no quiero ofenderte ni que te sientas despreciada, pero no me apetece, puede que a los de Carije les haga ilusión, pero no tengo ropa adecuada y aunque la tuviera no me apetecería pasar calor con la corbata y la chaqueta. Yo estaré en la presentación aplaudiéndote muy fuerte, por lo que cuentan has sido muy valiente, eras la que más tenía que perder, tu padre estaba delante.

—Y, ¡madre mía!, ahora que me acuerdo, en menuda te he metido, se me ha escapado que me habías dicho que tenía que decidir por mí misma; te he metido en un buen lío, Don José se ha puesto como una fiera y te va a hacer la vida imposible, creo que va a hablar con Calixto, ten cuidado, tiene muchas influencias, puede echarte del pueblo.

—No te preocupes para nada Paqui, yo no tengo ningún miedo de ese tal Don José, por lo que me contó Beli, es un auténtico dictador. No puedo contarte más. Su fuerza es el miedo que le tenemos los demás, si me echa ya encontraré otro lugar, como el de la canción aquella.

Afortunadamente, la fiesta de presentación transcurre con absoluta normalidad, como todos los años, la pista de tenis del deportivo se llena con creces y la gente disfruta del trío de paraguayos. Sus canciones pegadizas y sus excelentes versiones de temas norteamericanos, prometen una velada para disfrutar, y la gente, olvidando las diferencias, lo hace.

El movimiento surgido de la protesta sirve de plataforma a la organización, en un tiempo récord, de un concierto en toda regla, se crea una comisión, muy amplia, donde participan todos los que desean colaborar de alguna forma. Aquellos que tienen buenos contactos se dedican a buscar a los cantantes, otros preparan carteles para anunciarlo y otro grupo, liderado por Agustín, se encarga que no falte de nada en las barras que se tienen que abrir y de reclutar a un grupo de camareros voluntarios para servir.

Durante los días previos a la presentación se confecciona el cartel del concierto. España está muy politizada y la idea de hacer una fiesta popular en confrontación con los estamentos del régimen, hace que la influencia del PCE se vuelque con la organización, en tres días, se compromete a acudir al polifacético Joan Monleón, con sus falleros, Els Pavesos, y que baje desde Zaragoza, con su guitarra, José Antonio Labordeta. Además, se piensa reservar parte del concierto a los cantantes y músicos del pueblo para que actúen ante su público.

Lo que debía ser una verbena de pueblo, adquiere en pocos días unas dimensiones

que ni sus propios organizadores esperan. El reto a la juventud, causa que la fiesta arrastre a jóvenes de poblaciones vecinas, el sábado de las presentaciones se sabe ya que los autobuses fletados superan la docena.

La comisión se siente asustada, pero ilusionada, se improvisan la mayoría de las cosas, pero con suerte y buena voluntad se van solucionando: Agustín, en vista que su almacén no va a dar abasto, hace un pedido muy grande a condición de devolver los restos, pide más cámaras... se encarga a la panadería 1000 bocadillos que esa misma mañana se encargaran de rellenar un montón de voluntarios.

Las expectativas superan pronto la capacidad de la pista de tenis, se habla con el Alcalde, que sigue pensando que se van a estrellar, para poder hacer la fiesta en el pequeño campo de fútbol, entre risas les dice que donde van, que se pasan de optimistas, que nunca se ha llenado la pista, pero que por él no hay ningún problema.

Los del PCE se encargan de que se impriman carteles en una imprenta que les fía y está dispuesta a hacerlos con tan poco plazo. Una cadena de radio, donde trabajan unos amiguetes, comenta el concierto a nivel regional varias veces y hasta algún periódico, falto de noticias en verano, lo refleja en sus páginas.

La actividad de la pandilla aquellos días se ve bastante afectada por el concierto, el sesteo habitual se transforma en actividad, de repente todos son de lo más concienciados, las conversaciones se transforman, los temas de cotilleo dejan paso a temas sociales.

León se siente como pez en el agua, ahora es más amigo de todos, le han tomado cariño, ya nadie piensa que está metido con calzador, la gente comienza a olvidar su origen. La popularidad le quita algo de su amargura, de las rarezas que tanto le alejaban de los demás. Pero sobre todo se siente bien con Carmen, en ella ha encontrado una mujer mucho más profunda de lo que él se esperaba, debajo de ese papel de nadar y guardar la ropa, hay muchas inquietudes, mucho inconformismo y sobre todo un gran corazón.

Para Carmen ese verano está siendo muy diferente, León no solo la ve como un cuerpo que abrazar, la ve como una mujer completa, con ideas, con inquietudes, y tan solo ese interés, hace que su parte rebelde se vea potenciada, es como un Pepito Grillo, no había encontrado nadie que sintiera que sus pensamientos tuvieran alguna importancia. Pero, por otra parte, intuye que lo que le une a León es algo pasajero, es el que más se interesa por ella, sí, pero intuye que ese interés no procede del cariño.

Fernando, como los demás, se ha implicado en el concierto, sigue haciendo de intermediario con los padres, que cada día que pasa, cada noticia que les llega, les preocupa más, temen que el concierto pueda desembocar en disturbios políticos.

El gobernador ha prometido que mandará un par de furgonetas, de la Policía

Nacional, para que controlen cualquier problema, pero que se tranquilicen, ya se han celebrado varias y lo más grave ha sido algún borracho camorrista.

Fernando piensa que Beli no debe quedar fuera del concierto. Su padre no le va a decir nada, pero ya es hora de que regrese, las cosas han cambiado, así que decide llamarla.

—Diga.

—Por favor, ¿puede ponerse Beli? Soy Fernando.

—Vale, ahora se lo digo, espera.

Fernando escucha voces por el fondo, le parece escuchar la de Beli y que se sorprende de que la llame. Finalmente se pone.

—Fernando. ¿Qué tal estas?, ¿cómo va León?

Fernando, un poco sorprendido, contesta:

—Hola Beli, estamos bien, a León se le pasó su obsesión por ti, ahora está más integrado en la pandilla que yo y está saliendo, aunque lo niega, con Carmen, me parece que ha encontrado lo que necesitaba. Por tanto no hay problemas para que vengas, por eso te llamaba.

—¿Se ha olvidado de mí? —dice con una voz encogida, sin especificar más.

Fernando se queda indeciso, no comprende demasiado la reacción de Beli.

—Sí... es lo que querías, ¿no?... Pero qué te pasa, pareces tristonera, ¿te ha pasado algo ahí?

—No, no... no me pasa nada.

—¿No puedes hablar? ¿Hay alguien delante que no me puedas decir algo?

—No, no, que al oírte, al recordar Carije, me ha entrado la morriña, os echo de menos.

—¿Entonces vienes a fiestas?

—No sé, por una parte tengo muchas ganas, pero por otra tengo mucho miedo.

—Ya te he dicho que no tienes nada que temer.

—No, es que... nada... mejor lo dejamos, no tengo ganas de hablar por teléfono, ya veremos, más tarde... Cuando nos veamos ya te contaré... —con voz llorosa.

—Me estás preocupando. ¿Quieres que mañana me acerque?, cojo un tren y me planto enseguida.

—No, no... ni se te ocurra... si no es nada... que soy muy tonta y me has pillado un día sentimental...

—No me quedo tranquilo, pero en fin, ya me contarás. Por cierto, ¿te enteraste de lo que sucedió con la fiesta de presentación?

—No, no sé nada, ¿qué pasó?

Fernando le cuenta en pocas palabras lo sucedido: las asambleas, las intrigas, las negociaciones...

—Sí, se le veía maneras —dice Beli con cierto tono de sorna—. Es muy listo, esa cabeza es capaz de maquinarse lo que no nos imaginamos —continúa regresando al tono pesimista— Entonces, ¿se enfrentó a mi padre?

Fernando sigue sin entenderla, no comprende el interés por él, pero continúa con la esperanza de lograr animarla.

—No, no se enfrentó directamente, no fue en la comisión de negociación, se escaqueó como una anguila, pero no te puedes imaginar lo que dijo tu padre cuando a Paqui se le escapó que León estaba detrás. Casi le da un ataque, no podía ni respirar de la ansiedad que tenía.

—Es que mi padre se toma las cosas muy a la tremenda. Lo que más me llama la atención es Paqui, no me la imagino en ese papel, con lo apocada que es, ahí veo una influencia que me suena.

—No lo dudes, Paqui le pidió a León que fuera él quien la llevara al escenario en lugar de Luis.

—¡Vaya!, parece que han cambiado mucho las cosas mientras yo estoy aquí, León ha pasado directamente de rarito a chico de moda, no sé si voy a reconocer al pueblo —dice Beli entre sorprendida y seria—, creo que voy a regresar pronto, pensaba hacerlo más tarde, para las fiestas, pero me apetece ver ese concierto.

—Perfecto —contesta Fernando— yo te llamaba para eso, en el concierto se va a dejar espacio para los cantantes locales y, por supuesto, una eres tú.

—Muy bien, ya tengo ganas de veros —responde sin mucho entusiasmo.

—Pues hecho, así podemos hablar, que te noto un tanto chafada.

La semana pasa con rapidez, el ritmo de organización es frenético, según los cálculos previos, se va dar la mayor concentración de Carije, los autobuses superaban ya las dos docenas y hay gente que acudirá en tren.

Hay que improvisar soluciones, crear una zona de acampada junto al río, buscar otras zonas de aparcamiento, dirigirse a la Guardia Civil para pedirle apoyo. La presencia de tantas personas puede desbordar al pequeño destacamento, se consigue que manden refuerzos desde los cuarteles próximos. Los padres se empeñan y se mandará un grupo antidisturbios de la Policía Nacional.

León pasa la semana con Sergio y su furgoneta, trasladando material de lo más diverso, desde sillas plegables para los mayores a sacos de pan.

Beli regresa la víspera, esperaba que después de tantos días fuera, sus padres la recibieran con alegría, pero ya su madre, al llegar, muestra frialdad, como si no deseara el reencuentro. Esta actitud le sorprende, su madre siempre la echaba de menos, era su hija y le costaba separarse. La sorpresa fue aun mayor al preguntarle:

—¿Qué te pasa mamá? ¿no te alegras de verme?.

—Sí, sí que me alegro, pero no sé si no te has precipitado, podías haber esperado que pasara el fin de semana.

—No entiendo, ¿por qué?

—Temo el enfrentamiento con tu padre, está muy excitado con la fiesta de los comunistas, solo falta que tú vengas y quieras ir.

—Mamá, para empezar, no son comunistas, hay algunos que sí, pero otros muchos no, están mis amigos, está mi pandilla, está Fernando y su pandilla, es una fiesta de los jóvenes.

—Puede, pero eso no importa, tu padre lo ve como un ataque a todo lo que tanto tiempo nos ha costado conseguir.

—Pues no solo vengo para ir, vengo para actuar, voy a cantar en el concierto.

—¡¡Tú estás loca!! No lo va a consentir tu padre

—No, no estoy loca, lo que pasa es que papá es un tirano, no pienso hacer lo que él me imponga.

—¡¡Pero qué dices!! ¿Cómo puedes hablar así de tu padre?, con todo lo que ha hecho por ti.

—Yo lo quiero, pero estoy harta de hacer siempre lo que él diga, he comprendido que ya me toca decidir y lo pienso hacer.

—¡¡Qué horror!! ¡¡Qué horror!! —exclama escandalizaa mientras sale de la habitación sin querer escuchar nada más.

Las palabras de su madre le causan el efecto contrario al que le hubiera ocasionado un tiempo antes, en contra de sentir dudas sobre la conveniencia o no de haber venido, le reafirman en la idea de que la decisión es la correcta. Se dice a sí misma:

«Ha llegado la hora de enfrentarme a mis miedos, he de dejar de ser una niña, he de tomar mi vida en mis manos. Necesito hacer las cosas por lo que siento, no me puedo supeditar a hacer lo que se espera de mí.

»He sido tonta, he pensado en un mundo muy simple, muy cándido, en el que todo encajaba perfectamente, pero me da la impresión que se me viene abajo por momentos, jamás he pensado tanto y he tenido tantas dudas, en vez de encontrarme me he perdido en un laberinto.

»Qué ciega he estado, no he visto la mitad de lo que pasaba ante mis ojos, me he negado a mí misma, me he escondido debajo de una imagen de niña buena, he vivido la idea de hija de mi madre, me he negado a mí misma cualquier impulso, he sacrificado mis pulsiones a las de mis padres.

»Va a costar, va a ser muy duro, les voy a hacer mucho daño, ellos están seguros de mi comportamiento, se sienten orgullosos de mí. Me aterroriza nada más pensarlo.

»Es posible que ya haya perdido mucho, que ya sea, en muchos aspectos, demasiado tarde para mí, pero he de luchar, no puedo darme por vencida sin intentarlo, si no lo hago, nunca me perdonaré, siempre me cabrá la duda de si hubiera sido diferente de haber luchado por ello.»

Estando en estas meditaciones escucha desde lejos la voz seca y seria de su padre:

—¡¡Beli!! ven aquí.

—Ha llegado la hora —se dice a sí misma— ahora o nunca.

—Sí, papá.

—Ante todo un beso —empieza conciliadoramente con un beso en la frente lleno de frialdad— y, ahora cuéntame ¿a qué has venido?

—¿Cómo que a qué he venido? ¿No es esta mi casa? ¿no se supone que tenía que regresar?

—Sí, pero no despistes, sabes a lo que me estoy refiriendo, ¿por qué has adelantado tu regreso?

—Porque me apetecía estar en Carije con mis amigos, es mi pueblo.

—No nos andemos con tonterías —dice el padre un poco nervioso—, ¿has venido para ir a la fiesta de los comunistas?

—Sí —contesta con decisión como si entrara a matar y se queda mirando a su padre.

—¿Me dices eso y te quedas tan tranquila?

—¿Cómo quieres que te lo diga? Vengo al concierto.

—¡Será si yo te dejo!

—Voy a ir al concierto y voy a cantar en él, quieras o no.

—¡¡Pero!! ¡¡pero!!... —grita Don José al mismo tiempo que pierde el control de sus nervios— ¿Cómo te atreves a poner en duda mi autoridad?

—He reflexionado y me he dado cuenta de que no soy propiedad tuya...

—¡¡Cómo!! Ya estamos como los comunistas, claro, se quieren cargar la propiedad privada... ¿entonces tú qué? —interrumpe enrabiado—, ¿vas a hacer caso a los comunistas y vas a ser de todos? ¡¡¡FANTOCHES!!!

—Por favor papá, no te dispaes, que no tiene nada que ver con la política.

—¡Cómo que no! el concierto de mañana es el concierto de nuestros enemigos y piensas ir, ¿Cómo quieres que me ponga?, si hubieras vivido la guerra sabrías de lo que son capaces esos desarrapados.

—Papá, a ver cuando te das cuentas que estamos en otros tiempos, que la fiesta de mañana la organiza mucha gente que no es política.

—Pero, como puedes ser tan tonta, no te das cuenta que todo lo han montado los comunistas como Manolo, que los demás son cuatro desgraciados manipulados por ellos. Ya me dirás, seguro que el Laporreta ese y los Pavos son comunistas.

—No lo sé, pero Labordeta canta de maravilla y Els Pavesos son la mar de divertidos.

—Me da lo mismo, aunque viniera el mismísimo Caruso, es una fiesta roja y no pienso consentir que mi hija vaya.

—Papá, no es cuestión de que consientas o no, yo ya soy mayor, ya tengo que decidir por mí, yo te quiero pero lo he pensado bien y he llegado a la conclusión de que he de vivir mi vida y tomar mis propias decisiones. Mañana pienso ir y pienso cantar.

—¡¡Cómo!! —salta el padre levantando la mano amenazadoramente—. Vaya con la señoritinga esta, que no solo quiere ir, quiere subir al escenario, que todo el mundo la vean junto a esos asesinos, ¿te das cuenta dónde vas a dejar a la familia?

—Me trae sin cuidado el qué dirán.

—¿No comprendes que somos de una familia católica de siempre? no podemos consentirnos un desliz como ese. Nos van a encasillar como tibios.

—Papá, yo no digo que vayáis la mamá o tú a verme cantar, aunque me gustaría.

—¡¡Tú estás loca!!

—Qué empeño en la locura. El no pensar como vosotros no es estar loco, cada uno puede pensar como quiere, para eso existe la libertad.

—¿Quién te ha metido esas ideas? seguro que Arturo no —interrumpe el padre con rabia— me extrañaría si no fuera el cantamañanas que nos cayó del cielo.

—Puede que sí. No me gusta que hables así de él, vale mucho más que otros, le da cien vueltas a todos los que he conocido.

—Ya decía yo, ese malnacido te tiene sorbido el seso.

—Eres muy injusto.

—Ahora que soy injusto. ¡¡¡En maldita hora erró el tiro el Sargento Eufronio!!! La de dolores de cabeza que nos hubiéramos ahorrado.

—¿Y tú te llamas cristiano? ¿deseando la muerte de una persona que no ha hecho nada?, eres... eres... —dice Beli llorando— un desalmado.

—¡¡¡COMO TE ATREVES!!! —estalla el padre al mismo tiempo que le da un revés que la derriba en el suelo.

En Carije, desde primeras horas de la mañana se nota una actividad superior a otros sábados, comienzan a desfilar grupos, mayoritariamente de jóvenes siguiendo las flechas indicativas, no hay pérdidas, en la estación de trenes se ha habilitado un puesto de información con planos y hojas, se les guía hacia las zonas dispuestas para su atención.

Los autobuses una vez han dejado a su pasajeros son llevados donde han de estacionar para no agotar el aparcamiento en las proximidades del campo de fútbol.

En el paseo junto al río se va levantando una pequeña ciudad multicolor, llena de alegría, con grupos que cantan canciones protesta, que agitan banderas, bailan, intercambian material...

Al mediodía el gentío es manifiesto, las provisiones se quedan cortas, hay que ir a buscar pan y acompañamiento a los pueblos cercanos, vuelven a encender el horno para hacer más pan.

A las 7 de la tarde se abren las taquillas, se incrementan las mesas de venta de entradas, se ponen en Bondías y en el aparcamiento. Afortunadamente, en el número de entradas se tiró por lo alto. La música, enlatada, empieza a sonar, y el campo de fútbol se va transformando en una fiesta. La cena transcurre con tranquilidad y

creciente alegría.

León y Sergio intentan reunir a todos los que van a actuar, para preparar los datos para el presentador. Manolo es el encargado de recibir a los artistas invitados.

—Le he propuesto a Joan Monleón que haga de maestro de ceremonias — comenta Manolo—. Ya sabéis lo bien que se lo monta, lo va a hacer mejor que nadie, pero necesitamos una lista con los participantes.

—Por cierto —interrumpe León— ¿quién va a dar los resultados? Se han vendido más de 20.000 entradas, sin contar con lo de las barras, que dice Agustín que cuando vea lo que ha sobrado lo calculará aproximado.

—Se ha hablado demasiado de los comunistas, creo que será mejor que no sea uno de nosotros —comenta Sergio—, además, no me iba aguantar y soltaría alguna impertinencia. ¿Por qué no sales tú?

—Yo no —dice León— soy un pestoje, un advenedizo, y por motivos varios prefiero permanecer menos visible.

—Ya comprendo —dice Sergio sonriéndose—. Conflictos familiares.

—Digámoslo así —contesta León riéndose—. No sé lo que os parecerá, yo propondría a Paqui, quién mejor que la Reina, la quiere mucha gente, no es política y es prudente.

—Buena idea —afirman al unísono los dos compañeros.

—Ya tenemos solucionado eso, y de los cantantes de la tierra, ¿quién ha venido?

—Francisco Alegre y Vicente Solsona ya están aquí —dice Sergio.

—A Carmen Rivelles le era imposible —continúa Manolo— pero Mercedes Roca viene con un grupo de amigos y cantarán en plan Mocedades y Salvador Seguí me ha llamado que está en camino.

—Falta Beli, ¿sabéis algo? —pregunta León.

—No lo sé, se encargó de ella Fernando, vamos a preguntárselo, está ahí —señala Sergio.

—Fernando, ¿qué sabes de Beli? —pregunta León.

—Me temo que no va a poder venir.

—¿Y eso?

—Ayer regresó de la playa, tuvo una discusión con su padre y le arreó un bofetón, lleva media cara morada, aunque esta mañana pensaba venir —cuenta Fernando.

—¿Y por qué no ha venido? —pregunta León un tanto nervioso.

—He ido a su casa antes de cenar y su padre la ha encerrado con llave y se ha ido, de hecho está ahí, en el restaurante —contesta Fernando.

—Y tú tan tranquilo, parece que tengas sangre de horchata —responde a Fernando, claramente enfadado—. ¿Te parece bonito? ¡Ay!, Fernando, me defraudas, te faltan huevos, no se puede consentir que el dictador ese se salga con la suya.

—Tienes toda la razón, Don José es un facha de cuidado —remata Sergio.

—Fernando, con actitudes tan conformistas no me extraña que este país aguantara un dictador cuarenta años —dice León—. Vamos a ver, Manolo, para ir empezando,

poned a Beli la última, si no puede ser ya la quitaremos. Tú, Sergio, coge las llaves de la furgoneta y vamos a rescatar a la princesa —haciendo un saludo principesco.

León y Sergio, llegan poco después a la puerta de Beli.

—Sergio, aparca debajo mismo del balcón.

—Vale.

—Ahora ayúdame con las mesas, ponemos una aquí —le pide León y se sube a la primera mesa —dame la silla.

—Aquí la tienes

—Ya está —dice subiéndose al techo de la furgoneta.

—Ahora alcánzame la mesa.

—Espera un poco, me parece que los vecinos se van a enterar.

—Los vecinos me la sudan, dentro de unos minutos, cuando suba al escenario, se va a enterar todo el mundo.

—Tú sabrás lo que haces —dice Sergio alcanzando la mesa.

—Ya está —León se sube a la mesa, agarra la barandilla del balcón y aupándose salta dentro.

—¡Madre mía! Esto es allanamiento de morada.

—Yo pensaba que a los revolucionarios no os paraban estas cosas —dice León riéndose al mismo tiempo que golpea con fuerza en las puertas.

No tarda mucho en encenderse la luz del comedor y abrirse las puertas del balcón, surgiendo Beli, en pijama de verano, con cara de sorprendida. Momento en que León, en un teatral gesto de quitarse el sombrero y hacer una reverencia, dice:

—Aquí el Príncipe Azul a rescatar a su princesa de la torre donde la tiene encerrado su celoso padre.

Beli siente una gran alegría, por verse libre y por el reencuentro y sin pensárselo dos veces le suelta un fuerte abrazo.

—Esta locura solo podía ser tuya. Vamos —dice haciendo un gesto de querer saltar.

—Para, para, ¿te has visto cómo vas vestida? No me importa enfrentarme a tu padre, pero eso ya sería el colmo.

—Cierto —se mira adopta una postura pudorosa.

—Espérame aquí.

—Qué remedio. Pero no tardes mucho.

El concierto es todo un éxito, está actuando Labordeta cuando entra por detrás Beli, acompañada por León y Sergio, cuando la ven y comprueban el estado de su cara, acuden todos a saludarla como si de una famosa se tratara, momento en que León aprovecha para escabullirse y continuar la organización.

—¡Madre mía! Cómo te ha dejado tu padre la cara, ha tenido que ser salvaje, ¿te duele? —pregunta Ana.

—No, y aunque lo digan, no me duele el orgullo.

—Qué alegría de verte —dice Fernando— parece que este año es el de las heroínas.

—¿Por qué lo dices?

—Por ti, escapándote por el balcón después del bofetón, pero también por Paqui, ¿no te acuerdas lo que te conté?

—Es cierto, Paqui, qué valentía, enfrentarse a todos los padres allí sentados.

—Pues sabes lo que te digo, que en aquel momento lo pasé muy mal, pero desde entonces me siento mucho mejor, me siento poderosa, capaz de decir sí o no, no sé... es algo especial.

—Cierto, lo mismo me pasa a mí, el bofetón me dolió mucho, quiero mucho a mis padres, pero desde el golpe me siento diferente, como si una cadena se hubiera roto, jamás he tenido tan claras mis ideas.

—Eso es la libertad —dice algo enigmática Carmen— la tormenta nos trajo sus esporas y poco a poco van creciendo, cuando acabe el verano, no seremos los mismos.

—Qué barbaridad Carmen, estás de un profundo y un poético que te sales —dice Beli.

—En cada uno florece de una forma diferente.

Terminada una canción, Joan Monleón desde el micrófono, pide silencio al público que insiste en nuevas canciones:

—Un momento, después continuaremos. Ahora saldrá la reina de las fiestas a rendir cuentas del concierto. Con vosotros, Paqui:

—Hola amigos, me han pedido que como reina diera públicamente las cuentas como prometimos a los padres. Se han vendido 21.123 entradas, lo que hace un total de 422.460 ptas. Según nos informan de la comida y bebida distribuida, después de descontar los costes, aportará un beneficio de más de 250.000 ptas. Por tanto, en espera de hacer las cuentas definitivas, tenemos un superávit superior a las 600.000 ptas.

—Como podréis comprender, en estas circunstancias consideramos inapropiado recibir las 10.000 ptas., de nuestro Ayuntamiento, seguro que él sabrá gastarlo en algo provechoso.

—Con los beneficios pensamos hacer una gran cuerva gratuita para el que desee, además de aportar bacalao, nueces y pan en abundancia la noche del Volé. Para los niños, traeremos unos payasos y les daremos chocolate y panquemao.

—Finalmente a nuestros padres, que los queremos, que los respetamos, que valoramos su esfuerzo, pero que comprendan que la juventud está deseosa de

libertad, que no somos un grupo de descerebrados, que los jóvenes también existimos y, por supuesto, también somos capaces.

—Y sobre todo, muchas gracias a Els Pavesos y a Labordeta por venir y actuar desinteresadamente, es una bella forma de hacer país. Gracias a los cantantes de aquí que con su esfuerzo dejan muy alta la bandera de Carije y lo más importante, a los más de 200 voluntarios que han hecho posible esto... y a ese que no quiere que diga su nombre y no lo haré.

Joan Monleón se acerca de nuevo al borde del escenario y dirigiéndose al público, pide un poco de silencio, se dirige a uno de los lados y dice:

—¡Che! José Antonio, ven a mi lado, quiero que para cerrar este concierto estemos juntos.

Labordeta sale al escenario entre aplausos.

—Voy a presentaros a una muchacha a quien la mayoría de vosotros no conocéis, solo los del pueblo tienen esa fortuna... He estado hablando con ella y es algo especial... Por lo que sé ha actuado en público muchos domingos en misa... sí, en misa, por qué no... pero es hoy el primer día que va a cantar en un escenario... pero no solo eso... según dice ella es un día muy especial... es el día que ha conseguido la libertad... no, no, no estaba presa... se trata de cadenas más sutiles... las cadenas con que nos atan los sentimientos... la costumbre... que creemos que son bellas... pero son cadenas aunque sean de oro... desde hoy... dice ella... es dueña de sí misma... ya no pertenece a nadie... puede darse a quien quiera... Pero no penséis que todo es bello... no... su libertad... como muchas... la ha conseguido a base de sufrir la violencia... Ante vosotros. ¡¡BELI!!

Desde la oscuridad de los laterales se acerca al centro, entre aplausos, con la guitarra en la mano, unos pantalones vaqueros y una camiseta a rayas horizontales, se sienta en un taburete, coge la guitarra, aprieta los labios y dirigiéndose al público dice:

—Ya veis que me ha costado un poco llegar hasta vosotros, pero al final, con la ayuda de muchos, lo he conseguido, muchas gracias. Hace unos momentos una amiga me comentaba que este verano parece que haya caído en Carije la semilla de la libertad, este concierto es una muestra.

—Hoy, para mí, también es un día muy importante, he levantado la vista, he visto una tierra, he visto a Carije, y ponía LIBERTAD, por eso, con humildad, con permiso de ese maestro que ha querido hacerse trovador, que tengo a mi lado. Me gustaría que me acompañara él y todos vosotros. Cantemos «Canto a la Libertad».

*Habrá un día
en que todos,
al levantar la vista,
veremos una tierra
que ponga libertad.
Hermano, aquí mi mano*

será tuya mi frente...

Beli, al terminar de cantar, mientras escucha los aplausos, abrazada a ambos cantantes no puede evitarlo y llora desconsolada, pero no siente pudor, mantiene la cabeza alta, la mirada al frente, las manos abrazando con delicadeza su instrumento.

La muela

Al bajar del escenario se encuentra de frente a León, con una cara llena de misterio, entre seria y ligeramente sonriente, podría decirse que con un toque cínico. Beli, a quien lo ocurrido le parecía un sueño, una locura, ha recuperado la sensatez y nada más de pensar lo que ha hecho siente las piernas temblar. Está totalmente confusa y lo que más confusión le causa es la persona que tiene enfrente, se le queda mirando en silencio, con los ojos hinchados por las lágrimas y media cara amoratada, sabe que ha debido perder su belleza, pero no se siente incómoda. El silencio hace saltar chispas y ambos dejan de escuchar todo lo que ocurre alrededor.

—Has estado magnífica —dice León, dirigiéndose a ella, abriendo los brazos y sin atreverse a nada más.

—Gracias León —contesta Beli con una voz temerosa, dulce, cálida —todo ha sido posible por tu valor... mejor, por tu locura...

—Tengo muchas ganas de hablar contigo.

—¿Tienes ganas de hablar conmigo? Por lo que sé ya no necesitas mi amistad.

—No seas cruel, sabes que eso no es cierto.

—No tengo claro que aún te importe.

—Te equivocas, te he echado mucho de menos.

Siguen comentando al mismo tiempo que buscan inconscientemente un rincón tranquilo donde poder hablar.

—¿Me has echado de menos? No sé si creérmelo.

—Pues es cierto, cuando te fuiste sin ni siquiera despedirte, me sentí muy mal, me sentí morir, si no hice nada no fue por falta de dolor, no lo hice porque te lo prometí.

—Pues, parece que se te olvidó pronto.

—Creo que lo que insinúas es muy injusto, no creo que estés en condiciones de exigir nada, fuiste tú la que puso tierra de por medio, Fernando me dio perfectamente el recado, eras incompatible conmigo, tenías un novio con el que te vas a casar y vas a ser muy feliz.

—Y tú, ni corto ni perezoso, te buscaste pronto la árnica para curar tus heridas.

—No comprendo tu actitud, me dejas solo, eras la única persona con la que me sentía acompañado, me quedé sin nadie a quien contar mis penas, más gordas que nunca, al que más cerca tenía era a Fernando, pero, como comprenderás, no era la persona más adecuada a la que acudir con mis desamores.

—Y te fuiste a buscar a la más puta.

—Beli, no te reconozco, ¿te has escuchado a ti misma diciendo lo que has dicho?, ¿qué derecho tienes para calificar a Carmen de puta, tan solo porque no piensa como tú?

—Tienes razón, me he pasado en llamarla puta, no quería decir eso, quería decir que está más dispuesta al sexo.

—No lo querías decir, pero lo has dicho, y lo peor, lo has hecho porque en el

fondo lo piensas.

—¿De verdad crees que yo...?

—Para serte sincero, no lo sé, no llego a comprenderte, parece que te hayas enfrentado a tu padre, no has dudado esta noche en venir, pero nada más bajar me hablas igual que tu padre, con el mismo desprecio hacia el que no piensa como tú. Es algo que necesito saber, ¿cuál de las dos eres tú?

Beli, llorosa, se mantiene en silencio, baja la cara, rehúye la mirada.

—Carmen es una persona excepcional, no me había dado cuenta ni creo que nadie sepa lo que hay en ese corpachón, es una persona sincera, entregada, sin dobleces, con mucha más profundidad de la que aparenta, tiene mucho más claras las cosas que los demás. Pide poco, sencillamente desea disfrutar del presente.

—¿La quieres?

—No, la aprecio mucho y es muy buena amiga, me escucha y me cuenta.

—Pero, ¿te la tiras?

—¿Que si practico el sexo con ella? Sí, no me avergüenzo de ello, ni ella tampoco, es algo mutuamente buscado.

—Te has olvidado pronto del amor que me profesabas cuando me fui.

—No creo que puedas echarme en cara nada, fuiste tú la que me separó de tu lado. En todo caso, me ratifico en ello, no es algo que desaparezca de la noche a la mañana, mi cuerpo sigue alterándose de una forma especial cuanto estás a mi lado o sencillamente te recuerdo, es algo que no me avergüenza, no me cuesta decirte que te amo.

—Pero León ¿cómo puedes decirme eso después de contarme que te acuestas con Carmen? ¡es absurdo!

—No lo es, puede que dentro de tus creencias exista esa contradicción, pero en la mía no, no tiene que ver nada una cosa con otra.

—Pues ya me dirás, si tenéis un hijo y queréis cuidarlo... ya me dirás.

—No voy a tener un hijo con Carmen, es algo totalmente distinto.

—Mira no me marees, dejémoslo, ya seguiremos hablando, yo ya no puedo más, me voy a casa.

—Te acompaño.

—No, ni hablar, solo faltaba eso, voy a buscar a Fernando, seguro que me acompaña.

Y sin decir más se aleja en dirección a la gente.

Mientras, en la comandancia provincial de la Guardia Civil, recuperan, de entre los trastos a estudiar, una especie de audífono procedente de Carije.

El especialista en electrónica lo saca de su bolsa y hace un primer examen ocular, lo que parecía iba a ser una rutinaria búsqueda de la marca y el modelo, pronto se transforma en la incógnita más interesante de su carrera. No han pasado ni 10 minutos

cuando llama a su compañero:

—Ramón, ven aquí, mira qué curioso.

—¿Qué es eso? —pregunta el compañero.

—Eso me gustaría saber a mí, está embolsado como audífono encontrado a un muchacho en Carije.

—No sé qué decirte, no he visto un audífono tan raro en mi vida.

—Yo tampoco, podríamos probar si funciona, me lo voy a poner, si funciona oíré. Se introduce con cuidado el audífono teniendo en cuenta su forma y dice empezando flojito.

—Un, dos, probando, un don probando... nada no se oye nada.

—Sebastián, mira lo que me da el espectrómetro de masas —comenta otro compañero —parece alterado...

Sebastián cruza el laboratorio, se acerca al compañero y se agacha para comprobar la pantalla, entonces siente una sensación extraña y exclama.

—¡Madre mía! ¿Qué es esto! Y se levanta.

—¿Qué te ha pasado?

—Ha sido unos segundos, al agacharme, he empezado a ver unas manchas de colores.

—¿Qué dices!

—A ver, voy a hacer lo mismo.

Sebastián se agacha sobre el compañero, pone cara de sorpresa y después de unos segundos se separa, se queda pensando y repite la operación, con el mismo resultado, se saca con cuidado el audífono y repite la operación.

—¿Qué pasa? —preguntan los otros.

—Cuando te acercas al espectrómetro con esto puesto, pasas a ver manchas de colores y nada más.

—A ver, déjame que pruebe.

Ramón se introduce cuidadosamente el aparato en el oído, tal como había hecho el compañero, se acerca a la pantalla y da un salto hacia atrás, echándose la mano a la oreja contraria a la del aparato.

—¡Contras! —dice Ramón— yo he escuchado unos chirridos muy grandes por este lado, no entiendo.

—A ver, que pruebe yo también —dice el encargado del espectrómetro

Al arrimarse, salta inmediatamente hacia atrás, con la cara de terror y un gesto de escalofrío.

—¿A ti qué te ha pasado? —interroga Sebastián.

—La sensación más rara que te puedas imaginar, en una parte de la piel sentía que me quemaba, en otra que me helaba, en los riñones un dolor agudo y en los hombros como si me acariciaran.

—¿Qué puñetas será esto? —se pregunta Sebastián. No lo debemos destruir, vamos a poner el contacto ese al microscopio.

—¡Qué barbaridad, a 1000 aumentos no se aprecia nada, aunque se vislumbra una textura, como si fueran muchos conectores con forma hexagonal. Aquí no tenemos nada que hacer, vamos a ponerlo en el microscopio electrónico, a verlo con 50.000 aumentos.

—Vamos

Se desplazan al laboratorio de biología y les explican el motivo de que desean emplear su aparato. Los de biología no ponen ni una pega, al contrario, la curiosidad agrupa a todos en torno al audífono. Al ver las primeras imágenes exclama:

—¡¡¡Mierda!!! mirad a 5000, se ve claramente que son como celdillas hexagonales, vamos a ver detenidamente una celdilla, lo pongo a 50000.

—¡¡¡Fabuloso!!! ¿Veis lo que yo veo?, de nuevo cada uno de los pequeños hexágonos se divide en miles de más pequeños hexágonos, incluso, fijaos, parece que los pequeños se dividen aún más. Lo que está claro es que esta pequeña plaquita contiene billones de contactos.

—Me recuerda las figuras fractales, que repiten el mismo esquema una y otra vez.

—Sí, tienes toda la razón, pero me gustaría saber cómo es posible que reproduzca tantas sensaciones diferentes al acercarse al espectrómetro.

—Probamos a abrirlo —dice Ramón.

—Este aparato, para lo que sirva, está funcionando, lo que hemos sentido son interferencias producidas por las radiaciones intensas del aparato.

—Entonces ¿lo abrimos?

—Me temo que no, si lo intentamos, seguro que deja de funcionar y no podrán estudiarlo otros que sepan algo más.

—Tienes razón —se resigna Ramón.

—Señores, me da la impresión que estamos ante un objeto extraordinario, de una tecnología muy superior a la que conocemos, no me puedo explicar su procedencia, incluso, podría tener un origen extraterrestre.

—No me jodas —exclama Ramón.

Sebastián parece reaccionar, se da cuenta de quién es, qué puesto desempeña, la trascendencia que puede llegar a tener, por eso mete el aparato en la correspondiente bolsa, la mete dentro de un sobre y recogiendo todas las fotos sacadas con el microscopio las introduce en un sobre y borra todos los registros en el ordenador. Por la parte de delante marca con grandes letras rojas «Secreto de Estado», «Máxima Discreción»

—Como habrán visto, se ha convertido en un Secreto de Estado, todos ustedes lo conocen y sus nombres e identificaciones las incluiré en el informe. Como ya suponen ustedes esto implica que han de guardar el más absoluto silencio, no pueden comentar ni entre ustedes, bajo la pena de «Traición». ¿Está entendido?

Todos afirman con la cabeza, al fin y al cabo son Guardias Civiles.

—Señor Comandante, me permite.

—Pase y siéntese. ¿Dígame qué quiere?

—He estado sopesando si decírselo o no, pero veo difícil que se tomen ciertas medidas si desconoce el tema. Lo he escrito todo en el informe, pero quisiera que sepa lo ocurrido en el laboratorio.

—Dígame Sebastián, que me está preocupando.

—Pues hay motivos. Esta mañana, al reincorporarme al trabajo, me he encontrado...

Durante más de media hora Sebastián cuenta con todo detalle lo ocurrido en el laboratorio y los pormenores del informe.

—Por eso tome esa decisión.

—Hizo muy bien, hay motivos de sobra para andarse con pies de plomo, no quiero ni pensar la que se podría armar si saltara a la prensa —confirma el Comandante.

—Yo creo que debía mandarse inmediatamente al Instituto de Nanotecnología de la Universidad Politécnica de Madrid, son los únicos que tienen medios para investigar más profundamente.

—Estoy de acuerdo que el INN es el lugar más adecuado para su estudio, pero dadas las circunstancias, lo voy a mandar directamente al despacho del Ministro del Interior, con la recomendación de UPM, pero que sean ellos los que tomen las decisiones.

—Como usted mande. ¿Me permite que le sugiera que se ponga vigilancia al muchacho portador?, podría ser de gran utilidad.

—Me suena que se quedó hospedado en la casa de un guardia, les indicaré, sin dar explicaciones, que lo vigilen discretamente y me manden un informe de sus actividades.

El concierto se ha desarrollado con absoluta tranquilidad, no han existido incidentes que puedan empañar el éxito. Pero, a pesar de las palabras conciliadoras de Paqui, el orgullo de los padres se ha visto herido, el simple hecho de que un grupo de niños, como ellos los ven, hayan sido capaces de organizar una fiesta semejante en una semana es una afrenta, más si se tiene en cuenta que es la consecuencia de un reto lanzado por ellos mismos.

Las consecuencias son diversas, en casos como el de Luis o el de Ana, con padres un poco más comprensivos, les ha servido para que se den cuenta de que sus hijos ya son adultos, algo doloroso, pero ilusionante. De estos, el que se ha llevado el golpe más gordo es el de Paqui, una muchacha que parecía ir de niña mona, por qué no decirlo, pija, cándida, dulce, sin complejidades, en fin, un gran partido, como la veía

su padre. Pero de repente, sin comerlo ni beberlo, se encuentra con una mujer que reclama sus derechos, a la que no le importa destacar, y que de la noche a la mañana se ha hecho una rebelde.

Quien no ha sido capaz de asimilar el golpe es Don José, es demasiada la vergüenza y la ira que sintió el sábado por la noche, cuando desde el restaurante, mientras rumiaba el éxito de la fiesta, escuchó el anuncio de la actuación de su hija, a la que creía tener encerrada en casa. Si no llega a ser por los demás, se habría metido en medio de la multitud para sacarla a rastras.

Don José no está dispuesto a dejar las cosas así, no va a perdonarle al mequetrefe ese que se le ocurriera sacar a Beli del encierro al que la había sometido. Por eso no duda en mover sus influencias:

—Por favor, ¿podría ponerme con el Gobernador Civil?

—Sí, ¿de parte de quién? —contesta una solícita voz de secretaria eficaz.

—Dígale que le llama Don José Pascual, de Carije.

—Espere un momento por favor.

—Me va a escuchar este niño...

—Le paso con Don Licinio.

Le toca esperar unos segundos mientras el timbre suena, hasta que escucha una voz potente y desenfadada.

—¡¡Me cachis!! Pepe, que alegría de escucharte, con lo poco que voy por el pueblo he perdido la costumbre de las partidas de chameo.

—Sí que nos lo pasábamos bien, Lici, pero esos eran otros tiempos, aun vivía el Caudillo y teníamos tranquilidad.

—Tienes razón, ahora, además de intentar mantener la paz, tenemos que andarnos con paños calientes, no podemos ni hacer una declaración que ponga en su sitio a los enemigos de España.

—Me lo dices o me lo cuentas, te llamaba por eso.

—No sabes la de quina que tengo que tragar, Pepe, los jóvenes me van por las calles con banderas catalanas. Pero para colmo, el día de la Magdalena, me aparecen unos rojos con banderas republicanas y rojas con la hoz y el martillo, y yo me dije, hasta aquí hemos llegado y saqué a todos los antidisturbios, les íbamos a pegar una somanta de palos hasta en el carnet. Se me ocurrió llamar a Rodolfo para que no le viniera de nuevas, y va el tío y me dice que los meta enseguida en el cuartel, que como pasara algo, saltaba enseguida del sillón. ¿Qué te parece?, que me tiraba, con lo que me ha contado llegar hasta aquí, en fin, que me tocó envainármela. No sé donde vamos a acabar. Pero ¿qué me decías?

—Pues la revolución ha llegado hasta Carije, el sábado tuvimos una fiesta de comunistas.

—Si ya me enteré, pero según me han dicho fue una fiesta muy tranquila y no

hubo discursos, alguna canción, pero claro, eso no es motivo, si hasta el año pasado mandaron a una cantautora a la OTI, con no se qué cigarra. Lo siento, pero como comprenderás no podíamos hacer más.

—Ya me lo imagino, yo te quería poner sobre aviso de un joven que merodea por aquí y es un tanto sospechoso.

—Sergio, Manolo, esos son del PCE, los tenemos más controlados que a un reloj.

—No, no, ellos son del pueblo y todos sabemos de qué pie cojean, es más peligroso el otro, ese las mata callando.

—A ver cuéntame.

—Resulta que a principio de verano, un día de tormenta si no recuerdo mal, para San Juan, apareció un muchacho desnudo que dio un par de sustos a las muchachas de aquí y que cogió la Guardia Civil después de dispararle.

—Sí, me suena, pero según tengo entendido intervino el juez y no vio nada punible.

—Ya, es lo que te digo, muy buena cara, muy bueno, muy inocente, pero después va revolucionando a todos los jóvenes, fíjate a qué extremo ha llegado que a mi hija, que ya sabes cómo es, la ha puesto en mi contra, el otro día, que la había encerrado en casa, castigada, el muchacho ese, ayudado de Sergio, escaló por mi balcón, entró en casa y se la llevó para cantar junto a los comunistas.

—No tenía ni idea...

—Es un peligro, corrompe a todos, se acuesta con las muchachas y a mi Beli le tiene sorbido el cerebro, temo que pueda hacer cualquier locura.

—Tranquilo Pepe, tranquilo, que lo que pueda hacer lo haré, te prometo que hablaré en persona con el cabo Eufonio, para que lo ate de cerca, y con el Comandante, aquí en la provincia, para que investiguen bien quién es y de dónde viene.

—Gracias Lici, sabía que no me ibas a fallar.

—No te preocupes, no hagas de un grano de arena una montaña, a Beli la conozco muy bien, al fin y al cabo es novia de mi sobrino, ya verás como solo son chiquilladas de la edad.

—¡Dios te oiga!

—Bueno, ya te contaré, me gustaría ir el domingo que viene a la procesión, sabes que le tengo una gran fe a nuestra Virgen.

—Por supuesto, no tengo ninguna duda.

—Ahora te dejo, que tengo muchos asuntos pendientes.

Como era de esperar, a Calixto no solo le llegan las quejas directas de Don José, que de una forma u otra puede ir eludiendo, pero ahora ya se trata de su trabajo, la presión viene desde arriba, desde la Comandancia. Siente rabia, sabe que es por presiones, pero tiene que conseguir que León cambie de actitud. Para colmo, no es

únicamente un toque verbal, hasta ha llegado una orden escrita para que se le someta a vigilancia y se envíe un informe semanal con sus actividades.

—León, antes de irte quiero hablar contigo.

—Perfecto, si quieres lo hacemos ahora mismo.

—Es preciso que te controles en lo que dices y haces, tu situación es muy atípica, no se logra averiguar nada sobre tu origen y sin querer has puesto nerviosos a personas muy importantes en Carije.

—No entiendo bien lo que quieres decirme, yo no he hecho nada malo, te lo puedo asegurar.

—Ya lo sé, pero por tu forma de pensar, te enfrentas a las personas de ideas más conservadoras, que tienen mucha fuerza y pueden hacerte daño.

—Ya. Empiezo a ver por dónde van los tiros, no les gustó nada la fiesta del sábado pasado, ¿a qué sí?, pues no es justo, mi papel fue bastante discreto, fui más bien una comparsa, otros tuvieron papeles más importantes. Lo que pasa es que ellos son de aquí y tienen una familia que les defiende.

—Sí, la fiesta tiene bastante que ver, pero no te excuses en que tu papel no fue público, en un pueblo pequeño la diferencia con lo privado es muy difusa. Todos saben tu papel en la fuga de Beli de su casa.

—No te jode, estaba secuestrada.

—Estaba encerrada en casa por su padre.

—¿Y qué diferencia hay?

—Mucha, Don José es su padre y ella es menor de edad, por tanto es su responsable.

—Calixto, ni tú te crees eso, podrá ser su padre, pero eso no implica que pueda hacer cualquier cosa con ella.

—Mira, no me toca ni a mí ni a ti determinar lo que puede hacer un padre con su hija.

—Y a él no le ha de importar lo que hago yo.

—Te lo tomas todo de una forma muy personal.

—Pues ya me dirás tú si es personal o no. Lo que le jode a Don José es que ella empiece a poner en duda algunas de sus ideas.

—¿Y qué ganas tú haciendo que las cambie?

—Yo no hago nada para que las cambie, no es asunto mío, yo me limito a expresar las mías, es ella la que se ha dado cuenta de que hay otras formas de ver la vida.

—León. Don José está muy enfadado, piensa que tú estás intentando seducirla.

—Tiene razón, intento seducirla, me gusta, la quiero.

—No me fastidies. ¿Pero tú no vas con Carmen?

—Soy muy amigo de Carmen, voy a muchos sitios con ella y hago sexo con ella, sencillamente.

—León, no sé de dónde habrás salido, pero desde luego tus ideas son bastante,

por decirlo de forma sencilla, originales. Has de ser consciente de ello, chocan con las costumbres de Carije.

—La culpa no la tengo yo, yo no me quejo de que ellos tengan otra forma de pensar.

—Vale ya, discutiendo de eso no vamos a ningún sitio. Has de tener en cuenta que estás en mi casa y lo que dices y haces me afecta. Que sepas que no solo se me ha quejado Don José y cuatro o cinco padres más acusándote de corruptor, es que ha llamado al cabo Eufronio el mismísimo Gobernador Civil para que te atemos corto, es que ha llegado una orden oficial de Comandancia para que te vigilemos. Si quieres seguir en el pueblo es necesario que cambies tu actitud, que te adaptes a nuestra forma de ser.

—Desde luego Calixto, tú también tratándome como un niño, yo sé lo que me hago, no puedo consentir que cuatro dictadorzuelos con pasta, vengan a decirme lo que puedo o no puedo hacer, me parece impresentable que tú, que tan demócrata te crees, defiendas la necesidad de someterme.

—No eres justo, yo solo te pido que seas discreto, que actúes con un poco de malicia y sobre todo, que tengas cuidado con Beli.

—Calixto, lo último que haría sería dañar a Beli, con pocas personas puede estar más segura, pero por eso no me puedo mostrar falso con ella.

—Te creo, pero Don José es muy poderoso, puede hacerte la vida imposible y a mí también, no lo conoces bien.

—Me parece que empiezo a conocerlo y cada vez me gusta menos, me parece un gilipollas redomado.

—Procura no meterte con él, me puedes complicar la vida, estás en mi casa.

—Entonces no puedo estar aquí, yo no voy a actuar en contra de mis convicciones y no pienso darle el gusto a ese aprendiz de dictador de salirse con la suya. No te preocupes, ya me apañaré como pueda, tengo algo ahorrado. Cojo mi ropa y me voy.

El final del largo y ancho pasillo está cortado por una puerta doble, sencilla, lacada en un discreto color marfil, a pesar de su simplicidad, se ve que es una puerta recia, que oculta tras sus hojas una dependencia importante. Colgada de ella luce una placa de metacrilato con letras de color rojo en la que se lee junto a un escudo: IEN, Instituto Español de Nanotecnología, Sr. Director. La puerta se abre y una secretaria deja pasar un hombre con bata blanca y armado de una carpeta de plástico.

—Pase, siéntese aquí, estaremos más cómodos en la mesa de trabajo. —dice el ocupante del despacho.

—Gracias —contesta protocolariamente el recién llegado, al mismo tiempo que se sienta en una butaca.

—¿Qué me puede contar del dispositivo que nos ha mandado el Ministerio del Interior para examinar?

—Es algo extraordinario, por eso he preferido traerlo en mano en lugar de mandar el informe por las vías habituales.

—Cuenta, cuenta.

—Sencillamente, nos hemos vuelto locos y al final hemos llegado a la conclusión de que no existe.

—Venga no me diga tonterías, sea lo que sea, ha de existir, lo he visto yo.

—Era una forma de decir que es algo que no puede existir, está claro, se puede ver, se puede tocar, pero es imposible fabricarlo, al menos aquí y ahora.

—Pues ya me dirá.

—Diría que es de fabricación extraterrestre, pero eso es algo absurdo.

—Explíquese mejor.

—Bueno, entremos en materia: lo hemos examinado con los aparatos más precisos que tenemos, hemos empleado el microscopio de iones de campo que acaba de llegarnos y alcanza los 5 millones de aumentos.

—¡Qué barbaridad!

—Pues no es nada, en Zürich, IBM está investigando uno más potente basado en el efecto túnel, entonces...

—Vale, muy interesante, pero regresemos a nuestro aparatito.

—Su nivel de miniaturización es a nivel atómico, o lo que es lo mismo, los conductores tienen un ancho de un solo átomo. Es de una complejidad inimaginable, no hemos determinado su magnitud, pero desde luego hablamos de muchos billones de transistores, yo creo que cerca del trillón. El ordenador más complejo existente sería una radio galena a su lado.

—¿Para qué sirve un aparato tan sofisticado?

—A ciencia cierta no lo sabemos, está claro, desde luego no es un audífono, no está destinado a incrementar el volumen de un sonido.

—Entonces ¿para qué puede servir?

—No lo sabemos exactamente, lo hemos probado en voluntarios, en nosotros mismos, para comprobar los efectos que comentaba el informe del Laboratorio de la Guardia Civil.

—Hemos detectado sensaciones de lo más diversas, incluyendo alucinaciones y sueños, al someter a la persona que lo porta a radiaciones de altísima frecuencia, no solo la producida por el espectrómetro. Es más, sabemos que al variar y modular esas emisiones electromagnéticas, las sensaciones adquirirían un gran dinamismo y variedad.

—Muy interesante, ¿cómo puede conseguir esos efectos?

—Hemos sometido al voluntario a una Resonancia Magnética mientras se activaba el dispositivo por ondas de altísimo frecuencia. Los resultados han sido increíbles, mostraban claramente que está relacionada la activación del dispositivo con la actividad cerebral. De lo cual deducimos que el aparato sirve para activar, en cierto modo, las diversas partes del cerebro.

—¿Para qué puede servir eso?

—Está claro que para estimular el cerebro. Si esa estimulación se pudiera hacer con control, permitiría hacer sentir a la persona cualquier cosa. El Doctor Damasio, de la Universidad de Lisboa, que está de visitante, dice que podía reproducirse cualquier sensación, como que los ciegos vieran, los sordos oyeran, todo. Desde el punto de vista militar le daría una gran potencia al que lo llevara, sería capaz de recibir información directamente de las máquinas.

—¿Podría ser un arma?

—Arma, arma, no, pero sí un aparato para ayuda al combate, mucho más potente y ligero que la mochila que emplean los comandos americanos.

—¿Quién podría haber desarrollado algo así?

—Desde mi punto de vista no hay ningún país que sea capaz hoy día de desarrollar algo así, pero no cabe duda que solo Estados Unidos y la URSS serían capaces. En Estados Unidos es raro, en el camino a algo tan sofisticado habrían encontrado múltiples aplicaciones civiles muy rentables. En la URSS, quién sabe, en esa inmensidad pueden desarrollar en secreto cualquier cosa durante decenios.

—El portador del audífono hablaba perfectamente español.

—Eso no quiere decir nada, puede ser ruso y saber español, recordemos Cuba, o, sencillamente, tratarse de un cubano.

—Bueno, espero que sepan que esto es alto secreto, no se lo pueden contar a nadie, sus nombres se han añadido a la lista de conocedores. Yo voy a mandarlo de nuevo al Ministro del Interior, que lo ponga en manos del espionaje, el cariz que ha tomado esto, lo ha transformado en un asunto de interés internacional.

León quiere contar a Beli todo lo sucedido, fundamentalmente con su padre. «Tal como están las cosas —piensa— si voy a buscarla a la puerta, seguro que no consienten que la vea. La abordaré en la calle sola. Me apostaré en el callejón, allí es difícil que me vean, con un poco de paciencia lo conseguiré, raro es que no salga algún rato por la mañana.»

Esos pasos me suenan, se ve que estaba fuera y regresa, esperaré a que cruce el callejón. Va sola.

—Beli, ven aquí, quiero...

—Pero ¿qué haces aquí?

—Tengo que hablar contigo.

—¿No hablamos ya bastante? ¿Ha cambiado algo?

—No, pero tengo que hablar contigo, es sobre tu padre, tengo que contarte una cosa.

Beli se siente entre intrigada y asustada, cualquier cosa entre León y su padre suena a enfrentamiento. Mira el reloj:

—Puedo medía horita, vamos a la torre, prefiero que no me vean contigo.

—¿Qué es lo que pasa?

—Me he ido de casa de Calixto, ya no puedo vivir más allí.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé, estoy en un mar de dudas, he pensado en irme a la ciudad, allí será más fácil encontrar trabajo para ganarme la vida, lo peor es tener que empezar de nuevo, ahora que ya he logrado relacionarme en Carije, me da rabia romper y tener que encontrar nuevas amistades.

—León, no creas que en la ciudad atan los perros con longaniza, allí habrá más trabajos, pero también más buscándolos. Además, creo que no tienes papeles, eso te dificultará un montón, solo puedes aspirar a trabajos ilegales, los más despreciados.

—Algo tengo que hacer.

—¿Por qué no regresas a casa de Calixto? Seguro que se puede arreglar.

—Beli, no es tan sencillo, tu padre ha hablado con él, le ha dicho que me tenía que prohibir verte, que te estaba corrompiendo, que te quería seducir.

—Algo de cierto tiene.

—Y por eso tengo yo que dejar de verte.

—No, León, no digo eso, mi padre hace mal en presionar para que no te vea, ya sé yo cuidarme por mí misma.

—Eso creo yo, además, sería incapaz de hacerte nada...

—Cuéntame lo de tu marcha de casa de Calixto, por lo que sé, mi padre habló con él cuando la pelea de la piscina y el día que me esperaste a la puerta de la iglesia, yo pensaba que Calixto no le hacía caso.

—Así era, pero ahora, por lo visto, tu padre ha hablado con el Gobernador Civil.

—¿Con el tío Lici?

—No sé, no lo conozco, el que manda en la provincia.

—¿Qué ha pasado?

—El Gobernador ha llamado al cabo Eufronio y le ha dicho que haga lo imposible por que no me acerque a ti, por tanto Calixto está presionado y teme que pueda afectar a su trabajo. Para colmo, han recibido una orden para que me vigilen.

—¡Desde luego! Lo siento mucho León, te pido disculpas, es que mi padre, cuando se excita, es como un elefante, tira para delante derribando todo a su paso.

—No tienes por qué disculparte, no eres responsable de lo que haga tu padre.

—Ya, pero me duele que sea el que te meta en esos embolados, sois las personas que más aprecio y tenéis que estar zarpa la greña.

—Yo no, yo no pretendo hacerle ningún daño a él.

—Ya lo sé, pero se lo haces indirectamente, el sufre cuando yo sufro.

—Beli, sufres sin motivos, sabes que yo te acepto tal como eres, pero respétame a mí.

—Ya hablamos mucho la otra noche del tema, sigo pensando que debemos darnos tiempo, mejor no verse o verse lo mínimo.

—Entonces apoyas a tu padre.

—No confundas las cosas, si yo no quiero verte, no es porque mi padre así lo decida, es porque yo lo quiero así. Me has hecho daño, cuando te veo no puedo evitar el que mi mente se vaya a ciertas cosas y eso me duele mucho.

—Ya te lo expliqué.

—Ya, lo entiendo muy bien, pero no puedo evitar la ira que ciertas cosas producen en mí.

León, se entristece:

—Si no puedo verte, si tengo que permanecer alejado de ti, no tiene sentido estar aquí, lo mejor es que me vaya por donde he venido.

—Ya estamos con esas, me chantajeas emocionalmente, sabes que no puedo con tus lágrimas, cuando estás seguro al vivo sé que mis decisiones son las sensatas, pero cuando te pones así, me desarmas, no puedo evitar unas ganas terribles de abrazarte, pero no puede ser, esto no puede seguir así, haz lo que quieras, pero déjame tranquila —concluye Beli profundamente afectada mientras se gira y se va a toda prisa.

Un hombre de unos 50 años, con uniforme del Ejército de Tierra, entra en una sobria sala, sin ventanas, ocupada por una mesa, no muy grande, de forma redonda, en el centro carece de tablero lo que permite la entrada en su interior. Está rodeada de diversos monitores y se encuentra situada en los sótanos de un discreto edificio, en forma de estrella, en las cercanías del Palacio de la Zarzuela. Va cargado de un montón de carpetas, todas lacradas con el perceptivo «Alto Secreto», cada una lleva una etiqueta que indica el destinatario de su contenido. Con tranquilidad, desde el centro de la mesa, las va dejando en sus correspondientes sitios, en la presidencia la carpeta luce en grandes letras: «Don Manuel Gutiérrez Mellado, Ministro de Defensa», a partir de ahí, portan los nombres de: «Don Andrés Cassinello, Gabinete del Ministro de Defensa»; «Don Manuel Vallespín González Valdés, Jefe de la división de inteligencia del Alto Estado Mayor»; «Don José María Bourgón López Dóriga, Director del Centro Superior de Información de la Defensa -CSID» y «Don Florentino Ruiz Platero, Jefe de los Servicios Exterior y de Contrainteligencia —CSID».

Minutos después entran en la sala dos hombres vestidos de traje chaqueta, uno pequeño, pero de facciones enérgicas, acostumbrado al mando, prácticamente calvo, con un bigote que lo identifica como militar que aun combatió en la Guerra Civil, y ojos escrutadores, detrás de unas gafas de pasta negra. Le acompaña otro hombre, más joven y más recio, pese a sus marcadas entradas aun muestra un pelo claramente rubio, cara redonda y cuello ancho que contrastan con los de su compañero.

—Don Manuel, no sé lo oportuno que será poner en conocimiento a los militares de este asunto, una lástima que disolviera el SECED, sería el organismo ideal para tratarlo, creo que deberíamos hablar directamente con los americanos.

—Para empezar, ya sabes que prefiero que me llames Manuel, esto no es el

ejercito. Comprendo tus resquemores respecto al uso que pueden hacer de la información, pero si es posible obtener más datos siempre nos vendrá bien, somos amigos de los americanos, pero no va mal tener algún as en la manga a la hora de negociar.

—Como prefiera, pero no creo que puedan sacar más información que la que aporta el IEN. Si me da permiso, me gustaría poder entrar en contacto con un amigo mío en la embajada de EEUU.

—Sabes que confío en ti, pero mucha discreción, llévalo como llevaste lo de Suresnes y procura guardarte siempre algo.

En ese momento penetra de nuevo el hombre encargado de las carpetas.

—Señor Ministro, ya están ahí fuera los señores que esperaban.

—Hágalos pasar, por favor.

Pasados unos minutos entran en la sala los tres asistentes que faltaban, los tres visten el uniforme militar.

—Buenos días señores, todos conocerán a mi compañero Andrés Cassinello, mucho más conocido en el mundo del espionaje como «El Gran Rubio», el hasta hace poco Director del Servicio Central de Documentación de la Presidencia del Gobierno, el SECED, que hace un par de meses se integró en el Centro Superior de Información de la Defensa, CSID, al que representan. Va a asistir a nuestra reunión en calidad de asesor de mi departamento, no he querido desperdiciar sus amplios conocimientos en el tema.

Los militares sin nada que añadir se sitúan en sus correspondientes sitios, perfectamente determinados por las carpetas.

—Que quede claro que lo que vamos a tratar es secreto, por eso nos reunimos en la sala de alta seguridad —dice el Ministro

Todos afirman con la cabeza.

—Los detalles los podrán leer en su correspondiente dossier, pero en pocas palabras se trata de lo siguiente: hace unos dos meses, en Carije, en la tercera región, apareció un hombre de unos 20 años de edad completamente desnudo, de raza blanca e hispanohablante sin acento determinado. En su oreja portaba lo que aparentemente era un audífono.

—Supongo que será el dispositivo que se aprecia en la fotografía —interviene Florentino Ruiz.

—Efectivamente, dado su aspecto y el lugar donde lo portaba no se le dio ninguna importancia y se depositó en el Centro de Investigación Tecnológica de la Guardia Civil.

— ¿El hombre portador no ha dicho qué era o de dónde procedía?

—No, padece amnesia, no sabe quién es ni de dónde viene, ni nada de su biografía, según pueden leer en el informe forense que también se adjunta. ¿Alguna pregunta?

—Continuamos. Cuando en dicho laboratorio lo estudiaron, determinaron que no

se trataba de ningún audífono, que se trataba de un dispositivo electrónico sumamente miniaturizado y de gran complejidad, y comprobaron por encima su raro comportamiento. Todo lo encontrarán en el correspondiente informe.

—Está claro ¿no?... entonces proseguimos: Como carecían del material adecuado para seguir investigando lo mandaron al Ministerio del Interior con la sugerencia de que fuera mandado al IEN.

—Pues para ser alto secreto, sí que ha dado tumbos el asunto, podemos hacer un partido de fútbol con todos los que han intervenido —se queja José María Bourgón.

—Sí, pero inicialmente parecía un asunto carente de importancia, aunque el Jefe del Laboratorio Técnico de la Guardia Civil, ya lo calificó como «Secreto».

—Pero me parece que no se lo tomaron muy en serio, según consta aquí, en el IEN lo estuvo examinando un médico joven portugués, un tal Damasio. Después de la Revolución de los Claveles, no sabemos la de espías rusos que habrá —apunta decepcionado Florentino Ruiz.

—La verdad es que sí, pero es en ese centro donde se aprecia la trascendencia del dispositivos, lean por encima lo que dicen.

—¡¡Ostras!! —suelta Florentino Ruiz, esto es increíble, totalmente extraordinario, esa tecnología daría una fuerza militar y económica aplastante. Además, por las experiencias en su utilización, parece destinado a manipular la mente, no me imagino lo que podría hacer una persona controlando semejante aparato, podría manejar un misil transcontinental desde la butaca de su casa en pijama y pantuflas.

—En efecto, al ponerse de manifiesto el potencial militar del descubrimiento es cuando me pasaron el tema desde el Ministerio del Interior.

—Si pillaran esto en Langley, se iban a cagar pata abajo —suelta Manuel Vallaespín junto a una carcajada.

—Por supuesto —interrumpe Andrés Casillero— pero yo creo que sería bueno decírselo, a lo mejor la tecnología es suya, se la han quitado, ha desaparecido y ha terminado aquí por accidente.

—Está claro que son nuestros amigos y que puede ser suya, pero podría ser rusa, china o, incluso, israelí, yo creo que iría bien unos días, que podamos sondear nuestros contactos, cuanto más sepamos, más tendrán que confiar en nosotros —aduce Florentino Ruiz.

—Bueno —toma de nuevo la palabra el Ministro— tienen tres días para averiguar algo, pasado ese tiempo, se lo comunicaremos a nuestros aliados. ¿Está claro?

—Muy poco tiempo me parece —se queja José María Bourgón.

—No hay más que hacer, muévanse, averigüen lo que puedan, nosotros entregaremos la información pasado ese plazo a partir de entonces pueden hacer lo que estimen oportuno.

—Vale, si no hay otro remedio —se resigna José María Bourgón.

—Pues ya saben, si averiguan algo me informan. Hasta luego señores —concluye el Ministro levantándose.

Beli no ha dormido, ha pasado la noche inquieta, dando vueltas a las ideas que le obsesionan, para colmo, sin llegar a aclararse, se siente presionada por todos los lados, no comprende cómo es posible que se le haya complicado tanto la vida en dos meses, se ha dejado arrastrar, las dudas han enraizado en su mente y todo lo que antes parecía claro, sin posible discusión, ahora es confuso.

El verano está llegando a su fin, las tormentas, como la de la noche pasada, han hecho su aparición presagiando el otoño, deprimiéndola, urgiéndole a tomar decisiones que cierren las heridas abiertas durante el verano.

Tumbada en su cama, lee con desgana, sin prácticamente enterarse del libro, intenta distraer la mente para apartarse de las ideas obsesivas.

—¡Beli! Calixto y Carmen preguntan por ti —grita desde la puerta su madre.

—¿Qué pasará? —se pregunta Beli al mismo tiempo que salta de la cama y sale corriendo— algo ha tenido que pasar con León, solo así tiene sentido la visita. Madre mía qué le habrá pasado, ayer se quedó muy afectado. No, por Dios, que no haya hecho ninguna locura.

—¿Qué le pasa a León? ¿no habrá hecho ninguna locura? —pregunta Beli notablemente afectada.

—No lo sabemos, no pienses lo peor —contesta Calixto.

No puede permanecer tranquila, los ojos de Carmen muestran que ha pasado mucho rato llorando.

—¡Por favor, decidme la verdad! —implora Beli pensando que algo le quieren ocultar.

—¡Tranquilízate! no pensamos que le haya pasado nada, pero no lo encontramos, ha desaparecido, por eso venimos, para saber si tienes alguna idea.

—No sé, ayer por la tarde estuve un rato con él.

—Eso no lo sabía yo —interrumpe la madre, que se había quedado allí a ver qué pasaba— con que viéndote a escondidas, ya verás cuando se entere tu padre...

—¡¡Cállate de una maldita vez!! —le responde Beli totalmente fuera de si — Dejadme, estoy harta de que papá y tú tengáis que estar siempre diciendo lo que he de hacer, ya soy mayorcita para saberlo, haré lo que me dé la real gana. ¡Déjame sola!

Su madre se queda parada, jamás ha visto a Beli de esa forma, hablándole en ese tono, se asusta, se siente ofendida, las lágrimas le acuden a los ojos y sin decir palabra se retira.

—Creo que te has pasado —comenta Calixto.

—¡¡No me vengas tú ahora!! ya tengo bastante en casa para que me vengan de fuera a decirme lo que tengo y lo que no tengo que hacer, contadme qué ha pasado.

Carmen hace amago de querer dirigirse a Beli, pero se lo piensa, prefiere callarse, le recuerda a Don José cuando se enfada.

—Yo ayer —empieza Calixto— tuve una discusión muy fuerte con León, me preocupa que su forma de ser, ha causado que existan personas que están presionando

para que se le controle más de cerca...

—Lo sé, no hace falta que des rodeos, esas influencias son de mi padre, que llamó al tío Lici.

—Bueno, sí, es tu padre el que más está poniendo de su parte. Ya sabes cómo es León, no consiente que le digan lo que tiene y no tiene que hacer, el caso es que se enfadó, metió sus ropas en una bolsa y se fue de mi casa. Yo, anoche, cuando no vino, no me preocupé, sé que ya tiene muchos amigos y que tiene unos ahorros, supuse que estaría en casa de alguno o en la pensión, pero esta mañana ha venido Carmen muy preocupada por él. Mejor que te lo cuente ella:

—Bueno —explica Carmen un poco asustada— el caso es que ayer por la tarde, cuando se fue de casa de Calixto, vino a casa muy afectado, me dijo que se pensaba ir esa misma tarde, me dio la bolsa con el equipaje y me pidió que se la guardara, que iba a buscarte a ti, tenía que despedirse.

—Desde luego, no tiene ninguna delicadeza, acudir a ti para que le sujetaras la maleta mientras venía —interrumpe Beli con cierta acidez.

—Beli, me parece un comentario un tanto hiriente, yo sé perfectamente que a quien León ama es a ti, yo no pretendo ocupar tu lugar. Pero si te parece bien continuo.

Beli se da cuenta de lo inoportuno de su comentario, y se limita asentir con la cabeza.

—Pasaron las horas y no regresaba, se hizo de noche seguía sin venir, me quedé hasta las 3 despierta, junto al balcón, para que no tuviera que llamar, empezó la tormenta y después de un buen rato, supuse que no podía estar por ahí con la que caía, pensé que había regresado directamente a casa de Calixto y que simplemente no quería verme. De todas formas, esta mañana, me he acercado a casa de Calixto a devolverle la maleta, entonces me he enterado de que no había pasado la noche allí.

—¿Y no sabéis dónde está?

—No —interrumpe Calixto tomando la palabra— hemos ido a la pensión y nada, allí no ha estado, nos hemos acercado a «El Kilometro» pues tenía que trabajar ayer. Agustín no sabía nada, a pesar de lo formal que es, ayer le dio plantón. Entonces hemos pensado que a lo mejor tú sabías algo.

—Pues me temo que no, ayer me esperaba en el callejón, lo vi bastante afectado y accedí a dar un pequeño paseo, él me contó el problema que había tenido contigo, cómo mi padre había llamado al Gobernador, que la Guardia Civil lo tenía que vigilar... al final discutimos por irse o no, se puso a llorar, y yo me vi presionada, no soporto verlo llorar. No sé si sabes la historia del puente, una noche me lo encontré a punto de tirarse desde el puente de la carretera de Tejadas sobre el tren —explica Beli cada vez más afectada.

—Esto empieza a no gustarme nada, vamos al puente, en eso suelen repetir, si no encontramos nada, voy a dar la orden de búsqueda, gracias Beli, ¿vienes Carmen?

—Sí, ahora voy, ve arrancando el coche, enseguida bajo.

Calixto comprende que quiere decir algo a solas y sin rechistar sale en busca del coche.

—¿Sabes una cosa?

—¡Qué me vas a decir tu a hora! —contesta Beli sacando las uñas.

—Que eres la más tonta del mundo, no sé qué te estás pensando, lo tuyo está claro, no sé a que esperas, estás coladita por él, se ve que te hace hervir la sangre, y él, no te digo nada. Si fueras lista mandarías a freír espárragos a Arturo, a tus padres y a todo, le soltarías un abrazo, lo morrearías bien y lo achucharías hasta dejarlo seco. Te enterarías lo que es bueno.

Carmen se gira y se va, Beli se queda impávida en medio de la calle, sin saber qué hacer, si entrar en casa o si salir corriendo. Cuando reacciona, ve pasar a lo lejos el coche de la Guardia Civil, ya es tarde para irse con ellos, y piensa: «Me siento mal, quizás León esté tirado en cualquier lugar y yo, justamente yo, no voy a buscarlo. Qué gran lección de desinterés me acaba de dar Carmen, qué mezquina que soy.»

Beli regresa al interior de su casa, le espera detrás de la puerta su madre, ha estado escuchando todo a escondidas, intenta eludirla, pero no puede, la madre le aborda.

—¡Qué escándalo! menudos amigos tienes, anda que lo que te ha dicho tu amiga Carmen —dice con retintín la madre —que te dediques a hacer guarradas, ya verás cuando se entere tu padre, se habrá pensado que todas son tan putas como ella...

—¡¡Cállate maldita cotilla!! Qué falta de sensibilidad, puede que León este muerto en la vía del tren...

—Ojalá, así se solucionarían muchos problemas, en maldita hora apareció.

Beli se queda quieta, inmóvil, sus músculos se tensan, cierra la mandíbula con fuerza, los ojos se le quedan abiertos, se inyectan en sangre, mirando a su madre. Esta se asusta al ver el rostro de su hija, le resultaba familiar. Beli mueve la cabeza repetidamente de abajo a arriba.

—¡Qué vergüenza! Después te considerarás cristiana, cómo te atreves a llevar esa medalla después de lo que has dicho. Se necesita ser miserable para desearle a alguien la muerte.

—Pero, pero...

—¡Me voy! no puedo permanecer más tiempo a tu lado, eres un sepulcro blanqueado, hueles a podrido.

Beli corre desesperada en la búsqueda de un rincón donde desahogarse, sus pasos le llevan instintivamente a la orilla del río, lejos de todos.

«¿Qué me pasa?, no me reconozco, ¿cómo he sido capaz de decirle a mi madre semejante cosa?, pero... ¿Ha sido así siempre?.. No he sido nunca consciente de tener

unos padres capaces de desear la muerte de otra persona, ellos me han educado de otra forma, a respetar la vida, a tener en cuenta al prójimo, pero ahora, cuando surge alguien diferente, realmente diferente, las normas se trastocan...

»¿Seré yo igual?, no le deseo la muerte, desde luego que no, es algo que me aterra, pero... hasta qué punto no lo estoy rechazando por no ser como yo. ¿Tendrá razón Carmen?, ¿soy una puritana? Siento que hay un tren en la estación que me espera, está a punto de salir, pero me falta valor para abordarlo.

»Nada más de pensarlo mi cuerpo se altera, lo busca, desea entrar en contacto con él, deseo abrazarlo, deseo besarle, necesito el sexo, lo anhele... Pero eso es imposible, he de resistir las tentaciones. Carmen no lo dudaría, mejor dicho no lo duda.

»Creo, creo... creo que sí, que tiene razón, estoy enamorada de León, es necio negármelo a mí misma, he de luchar contra algo mucho más fuerte que el deseo.

»Qué diferente a cuanto me he imaginado, ¡madre mía!, y Arturo, lo he traicionado, lo he engañado con otro, yo creía que lo amaba, estaba dispuesta a compartir con él mi vida, pero no, no puede ser, es imposible, después de lo que siento, no puedo seguir, sería una tortura...

»¿Entonces qué?, ¿lo amo?, ¿qué he de hacer?... Una relación de noviazgo es impensable con él, no puedo pretender emular mi relación con Arturo, León es pasión, inmediatez, con él solo caben dos soluciones o el rechazo más firme o la entrega total, no hay medias tintas, no hay componendas posibles.

»¿Puedo asumir un amor así?, cabe dentro de mis posibilidades el abrirme a él, ¿seré capaz de hacerlo?, ¿estoy dispuesta a renunciar todo lo que he creído hasta ahora?

»Que vértigo, que horror, por un lado deseo echarme a sus brazos, notar mi cuerpo junto al suyo, sentir la caricia de sus manos, abandonarme, ¡Dios! qué ganas, qué maravilla, no puedo negar mi deseo. He querido luchar contra él, he sentido pánico de mí misma. Pensándolo bien no me fui por sentirme acosada, me fui porque inconscientemente sabía que iba a caer, desde que le abracé aquella noche, mi cuerpo no ha descansado.

»Pero, ¿puedo dejarme llevar por la pasión? No debo, he de controlar mi concupiscencia, he de buscar dentro de mi alma la templanza suficiente para hacer frente a esta tentación.

»No sé, no sé... ¿de verdad querrá Dios eso?... Yo creo que lo que siento es amor, es demasiado intenso para ser puro deseo... Sé bien lo que es el deseo, lo he sentido, no soy una mojígata, no es la primera vez que mi sexo se humedece... Pero ahora es diferente, es algo desbordado, no es una sensación de placer, es un torbellino de sensaciones, una tormenta donde se mezcla la felicidad con la amargura, todo es superlativo, el deseo, la angustia, la esperanza, la desesperación... Esto ha de ser amor, no puede ser otra cosa.

»¿Y Dios?, que es lo que quiere él, es posible qué quiera que solo pruebe la parte

amarga, que renuncie a la dulzura de la intimidad... ¿de verdad querrá Dios eso?... sí, supongo que sí... eso me han enseñado... pero ¿Por qué?...

»¿Cómo puedo estar pensando en esto?, ¿me estoy volviendo loca?, ¿quién soy yo para ponerlo en duda?, puede qué pretenda que el mismísimo Dios dé el visto bueno a mis pretensiones, será al contrario, he de ser yo la que le pida fuerzas para hacerle frente, es posible que solo quiera ponerme a prueba.»

Mientras, sin que se dé cuenta se le acerca una señora mayor, muy arreglada, con un velo, como si se dirigiera a misa, de hecho lleva un rosario en la mano.

—Buenas tardes Beli.

—Buenas tardes... señora —contesta Beli con una voz algo afectada por el llanto y extrañada de que se le dirija por su nombre, no recuerda quién puede ser.

—¿Lloras?

—Ya no, ya lo dejo.

—Mal de amores, seguro.

—Bueno —contesta evasivamente sin comprender la intimidad con que le trata una señora a la que no conoce.

—No te preocupes, no llores, no vas a solucionar nada así, las cosas son como van a ser.

—No la comprendo señora.

—Da lo mismo, no hace falta. ¿Recuerdas lo que te dijo el muchacho ayer?

Beli abre los ojos sorprendida, nadie les vio ni oyó, ¿cómo es posible que aquella señora...? e intenta hablar.

—No hace falta que hables, acuérdate que dijo que se iba a ir por donde había venido...

Beli intenta de nuevo intervenir, pero como si le leyera el pensamiento la señora continúa:

—¡Calla! ahora no vas a comprender nada, ya lo harás con el tiempo. Ahora vete a La Muela, sube a ella y búscalo, encontrarás su ropa, él se quiere ir como llevo, lo hallarás tumbado, aturdido, pero vivo. Ha de regresar, aún no ha llegado su hora, le queda una cosa por hacer, bájalo de allí.

Terminado su mensaje reanuda su marcha sin más protocolo. Beli se queda momentáneamente parada, no sabe el sentido de todo aquello, apenas le da tiempo de preguntar a la mujer que se aleja.

—¿Pero quién es usted?

—La que vas a ser.

El regalo

En los alrededores de Washington, ya en el estado de Virginia, se encuentra la ciudad de McLean, tranquila comunidad, donde residen miles de funcionarios que hacen moverse a la administración del país más poderoso. En las afueras se alza un feo complejo de edificios de hormigón.

Esa misma mañana el almirante Stansfield M. Turner, el compañero de academia de Jimmy Carter, se encuentra encima de la mesa un preocupante informe proveniente de la TECHINT (Technical Intelligence), corroborado por la SIGINT (Signal intelligence), agencias promovidas por él mismo en la CIA para poner énfasis en el espionaje tecnológico, en contraposición a su antecesor George H.W.Bush.

Ante la gravedad del asunto, hace llamar a su mejor hombre en el campo del espionaje tecnológico, Tony Méndez. Cuando llega, le entrega el dossier y le pide opinión sobre el asunto. Al terminar de leer, dice al almirante.

—Me parece un tema muy preocupante, creo que nos enfrentamos a la crisis más grave desde los misiles de Cuba, incluso puede ser más peligroso.

—¿Estás seguro?

—El informe de Techint es aplastante, nos encontramos ante un aparato altamente complejo, fabricado con una tecnología que estamos lejos de alcanzar, si procede de la URSS, implica que en el campo de la nanoelectrónica están muchísimo más avanzados.

—Pero los informes decían que les llevábamos una gran ventaja en ese campo.

—Eso hemos pensado siempre, pero es posible que se hayan dedicado a investigar sin que nada se sepa, ellos no tienen intereses económicos en las empresas que trabajan en sus proyectos, los pueden mantener en secreto durante décadas, no olvidemos la sorpresa que nos llevamos con el programa espacial.

—¿Qué riesgos corremos?

—Exactamente, no lo sé, lo más peligroso son las dos tecnologías que se dan en ese aparato, por una parte, su electrónica, con ese nivel podrían poner nuestro mayor ordenador en la cabeza de una alfiler, con lo que eso implica de aligeramiento en el peso de posibles armas como aviones o misiles. Por otra parte está la tecnología médica, por lo que aquí dice, son capaces de actuar, con un simple contacto, sobre el cerebro humano, eso solo lo pueden hacer porque dominan el funcionamiento de nuestro cerebro, en otras palabras nuestros conocimientos neurofisiológicos están en mantillas en comparación con los suyos, no sabemos lo cerca que estarán de poder actuar de alguna forma en nuestros cerebros mediante ondas. Eso sería el arma definitiva.

—Todo eso, suponiendo que es de la URSS.

—Efectivamente, pero no se me ocurre ningún otro país con capacidad de llevar a cabo un proyecto semejante y mantenerlo secreto.

—Está claro que fue un éxito la decisión de reorganizar nuestra agencia para dar

prioridad a la tecnología sobre el factor humano.

—También creo lo mismo. Ante esos hechos me resulta sospechosa la gigantesca operación de la KGB en Moscú de hace un par de meses, en la que murió nuestro agente doble Ogorodnik y cayó nuestra agente Martha Peterson.

—¿Qué le hace sospechar?

—Hay dos coincidencias importantes, la primera es que Ogorodnik, según Martha, estaba trabajando sobre una planta de investigación electrónica secreta en las proximidades de Mimyy, al norte del lago Baikal, y la segunda, que la operación sorpresa se realizó apenas unos días después de la aparición del muchacho.

—Entonces, ¿qué sugieres que debemos hacer?

—Lo ideal sería traer cuanto antes a una de nuestras bases secretas al aparato y al muchacho. ¿Podemos tener problemas en España?

—No, en la embajada tenemos un grupo importante de agentes, están muy bien relacionados con la Inteligencia Militar Española. Además, el presidente Suárez nos debe un favor desde el apoyo tácito a la legalización del PCE y se encuentra en apuros presionado por importantes grupos de izquierda, que le demandan mayores cotas de libertad y por otra por un ejército formado a medida de Franco, sabe que es muy importante la información que le podamos dar. Por otra parte, la policía rural de allí, que llaman Guardia Civil, lo tiene bajo vigilancia.

—Entonces debemos actuar cuanto antes. Deberíamos ponernos en contacto con las autoridades españolas para que lo localicen y detengan. Yo cogeré un B52 y me dirigiré a la base de Rota, allí me haré cargo de la Delta Force, la desplegaremos en la base española de Los Llanos mediante una escuadrilla de Helicópteros Apache, no está lejos del objetivo. Su misión será localizar y transportar a ambos objetivos hasta Rota, desde allí en el B52 los trasladaríamos a la base de Norfolk.

—Adelante, no creo que sea una operación de riesgo, no se tiene conocimiento de actividad soviética en la zona, si tiene algo que ver con ellos, lo han dejado bastante solo.

—¿Cómo la podemos llamar? Ya que es en España y será un obsequio para nuestros científicos la llamaremos «Regalo».

—Me parece correcto. Adelante con «Regalo».

Beli, después de la extraña profecía y el encuentro en el monte con León, tiene claros sus sentimientos respecto a él, pero es una certeza que no le trae la paz interior, al contrario, las dudas se agolpan sin solución, le amenazan con desbordar, se encuentra enfrentada a sí misma, dentro de ella luchan la que siempre ha sido y la que su amor le exige ser, ha de elegir entre satisfacer sus sentimientos y renunciar a todo lo que ha sido fundamental para ella hasta el momento, o sacrificarlos a unos ideales que siempre ha considerado inmutables. En su desesperación busca consejo y consuelo donde hasta ahora lo ha encontrado.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—Padre, no sé si lo que quiero es confesarme o buscar consejo. Estoy hecha un lío.

—¿Qué es lo que te pasa?

—Estoy hecha un lío, en poco tiempo se me ha complicado todo, siento que mi fe se tambalea.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo es posible que eso ocurra?, te conozco hace tiempo, tus creencias son muy firmes.

—El problema es que me he enamorado, siento que he traicionado a Arturo.

—No hay problema en enamorarse de otro cuando tienes una relación de noviazgo, lo que no debes de hacer es ocultar tu interés por otra persona, hay que tomar una decisión, si decides aceptar al nuevo chico, has de decírselo a Arturo y romper con él. Sé que es duro, que no querrás hacerle daño, pero no puedes vivir en un engaño.

—No, si eso lo entiendo. Yo siempre he pensado que quería a Arturo, pero ahora, al sentir lo que siento, creo que nunca lo he querido.

—Yo creo que exageras, el amor no siempre se siente igual, puede ser algo sereno, tranquilo, adulto, o puede ser algo juvenil, arrebatador, pasional. En todo caso, no hay ningún conflicto, no habéis contraído matrimonio, no existe un sacramento que os una para siempre, vuestra relación es fruto, tan solo, de vuestra voluntad, Dios no os ha unido, vuestra simple voluntad puede romperlo. Pero me temo que no deben de ir por ahí los tiros, todo eso lo sabes muy bien. ¿Has cometido algún pecado con el nuevo chico?, ¿Es eso?

—No, bueno sí, no sé.

—En qué quedamos.

—Que no he hecho nada de lo que me arrepienta, pero, de pensamiento no lo puedo negar, mi cuerpo me lo pide, a la que me descuido mi mente recrea lo que podría ser y no siento rechazo, me resulta placentero, me hace ilusión, me excita.

—Está claro que vives la pasión, no te ha de extrañar, es algo natural, esa tentación puede ser algo que te desconcierte, que te haga sentir la debilidad del pecador, pero no has de temerla, la tentación en si no es mala, solo lo es si se cede a ella. Has de verlo más como una ocasión para fortalecer tu voluntad, no como una situación insalvable. Por lo que sé, has vivido castamente tu noviazgo con Arturo, habéis cumplido con vuestra obligación y hoy es el día de alegrarse de ello, hoy puedes ofrecerte a otro hombre, sin estar mancillada, puedes darle tu mayor tesoro, la virginidad. Lo que debes hacer es afrontar la realidad, que te has enamorado de otro, encauza todas esas energías en fortalecer la nueva relación, en espera del día que consagréis vuestro amor ante Dios.

—No puede ser, eso es una quimera.

—¿Por qué no puede ser? Ya tienes la experiencia.

—El aceptar esa relación implica asumir el pecado, y lo más gordo, eso es lo que quiero hacer, por eso digo que se tambalea mi fe.

—No comprendo, ¿él te exige sexo para admitir el noviazgo? Eso es una prueba de que su amor no es auténtico, que es un mero deseo sensual, poco ha de quererte cuando no está dispuesto al sacrificio de esperar antes de consumarlo, ¿te ha dicho que te quiere?, ¿ha pretendido practicar sexo contigo?

—Sí, me lo dijo antes de irme, respecto al sexo, pretendió besarme, pero no ha dicho ni intentado nada desde el día en que le rechacé.

—Tampoco hay que ser tan puritanos, unos besos, unos castos abrazos no son de extrañar en una pareja, aunque no estén casados, es más, ayuda a mantener la llama del amor. Por lo que dices, su respeto es impecable.

—Por supuesto, mi seguridad en él es absoluta, sería incapaz de lo más mínimo en contra de mi voluntad.

—No le veo ningún problema.

—La verdad es que... es que... no está en él el problema, o no lo sé, no me lo he planteado... al menos no lo he hablado con él... Pero da lo mismo, no cambiaría nada, soy yo la que no quiere aguantarse, todo lo demás es esconderse, soy yo la que quiere practicar sexo con él —dice echándose a llorar.

—¡Beli! eso no es posible, ese camino te está vedado, recapacita.

—¡Ya lo sé! pero no puedo hacer nada, siento que me arrastra, es como un río crecido que me lleva, ya no puedo resistir más.

—Es preciso que recapacites, date un tiempo, pon distancia, vete, deja que la lejanía te haga ver las cosas con más serenidad.

—Ya lo he hecho y no cambia nada, al contrario.

—Ten en cuenta las consecuencias, de momento todo parece ser cosa de dos, pero después vienen los hijos... Tu obligación es formar un hogar cristiano, educarlos dentro de la Iglesia, enseñarles la senda de la fe, con alguien así de padre te será muy difícil, ¿les vas a negar a tus hijos la salvación?

—Me preocupa sí, pero a cambio, serán más libres, si ellos deciden ser católicos lo serán por su voluntad, no porque sea lo que le han dicho que han de ser. Yo no tengo muy claro que mis creencias no provengan de la educación que me han dado mis padres.

—No puedo pedirte que me digas quién es, pero, ¿cuáles son sus creencias religiosas?

—Ahí está parte del problema, es ateo, incluso diría más, es activamente detractor de la religión.

—¿Está formado religiosamente? ¿Está bautizado?

—No sé si está bautizado, en cuanto a formación religiosa, debe de tener bastante, es sorprendente lo que domina el tema, es capaz de darme lecciones.

—¡Qué sorprendente! ¡Qué extraño! ¿Y no se te ha ocurrido preguntarle lo del bautismo?

—La verdad es que no, pero tampoco tendría sentido, no creo que lo sepa.

—¿Cómo?

—Bueno, al final lo vas a averiguar, supongo que no le importará que lo diga, es León, el muchacho que apareció a principios de verano.

—Ya, me lo estaba imaginando, no lo conozco personalmente, pero he oído hablar bastante de él, por lo poco que sé, es bastante singular, a nadie deja indiferente o lo desprecian o lo admiran.

—Sí, yo soy de las segundas.

—Pero ¿y tus padres? Sabes lo que piensan, jamás van a admitirlo.

—Ya lo imagino, es algo que me duele mucho, los quiero muchísimo, es lo que más me va a costar, pero no puedo vivir la vida que ellos quieren, estoy dispuesta a renunciar a ellos.

—Lo que estás diciendo es muy grave, tienes obligación de honrarlos.

—Ya, pero no es justa su postura, es un tema donde deberían dejarme la libertad de elegir.

—Además... ¿sabes lo de Carmen y él?

—Por supuesto.

—Y te da lo mismo.

—La verdad es que sí.

—No comprendo cómo puedes decir eso.

—Es su relación la que me ha abierto los ojos.

—¿No te estarás dejando llevar por los celos? ¿No te someterás tu para ganar la partida?

—No, seguro. No quiero que sea mío.

—Cada vez te entiendo menos.

—No quiero ser dueña de nadie ni que nadie sea mi dueño, esa es una gran lección aprendida de él.

—Beli, me da la impresión de que no has venido a confesarte, por lo que oigo vienes a decirme que piensas dejarte arrastrar por el pecado, es algo que me duele.

—La verdad es que si que venía a confesarme, mi intención era que me aconsejaras, que me aclararas las ideas, lo hacía con sinceridad, pero supongo que lo tenía más claro de lo que pensaba.

—Me dejas hecho polvo, supongo que sabes que sin propósito de enmienda no puedo darte la absolución.

—Sí, lo sé, perdóname tú, no pretendía hacerte daño. ¡Adiós!

Beli, decidida, se dirige a su casa, no hay nadie, lo prefiere, no le apetecen los testigos, necesita la tranquilidad de la soledad. Toma el teléfono y, sin dudar, marca el número que tan bien se sabe. Al otro lado se escucha una voz femenina.

—Diga.

—Hola Maruja, soy Beli, podía hablar con Arturo.

—¡Hola Beli! ¡Qué alegría!, ¿cómo estáis?, tengo ganas de veros, a ver si nos podemos acercar un día.

—Estamos bien, acabando el verano, ya se nota que ha refrescado.

—Me alegro, voy a llamar a Arturo, dale muchos recuerdos a tus padres.

—Gracias. Se los daré.

Apenas pasa un minuto, cuando se escucha a Arturo.

—¡Qué alegría de oírte! hace tiempo que no me llamabas, te llamé a la playa y me dijeron que habías regresado a Carije para no sé qué de un concierto, te llamé anteayer, pero no contestabais. Nosotros estábamos pensando acercarnos un fin de semana, para las fiestas. ¿Qué quieres?

—He de hablar contigo de algo muy serio.

—¡No me asustes! ¿Estaréis todos bien? ¿No?

—Sí, estamos todos perfectos de salud, lo que te tengo que decir es sobre nuestra relación.

—¿Qué pasa con ella?

—No te puedo engañar, no sería justo, no puedo continuar con ella.

Durante unos instantes se hace el más absoluto silencio, la tensión hace que parezcan minutos.

—Pero... pero... ¿Cómo es eso? ¿Así de repente?, no entiendo, las últimas veces que estuvimos juntos lo tenías muy claro, incluso hablamos de ir comprándonos un piso, aunque fuera pequeño.

—Ya lo sé, sinceramente, lo siento, sé que te estoy haciendo daño, pero peor sería continuar la mascarada, me he dado cuenta que en realidad no siento amor por ti.

—Pero... pero... ¿Cómo me puedes decir eso? Así, por teléfono, con esa frialdad, siempre me has dicho que me querías.

—Ya lo sé, no te mentía, eso pensaba yo, pero me he dado cuenta que sentía por ti una gran simpatía, que estaba muy a gusto, que nuestra coincidencia de ideales nos hacía el uno para el otro, siento por ti un gran aprecio, te quiero de corazón, pero ahora sé que no es amor.

—No comprendo... no comprendo... no podíamos dejarlo durante unos días, recapacitar, hablar cara a cara...

—Por favor Arturo, me cuesta mucho hacer esto, sé que es muy duro, pero si no rompo ahora contigo, te voy a traicionar y no mereces eso —dice Beli con voz afectada.

—Beli... ¿Qué dices? ¿Que me vas a traicionar? No comprendo nada, yo estaba contando los días que faltaban para vernos de nuevo y así, de sopetón, me dices que me vas a traicionar, que adiós muy buenas...

—Arturo, hay otro.

—¿Que hay otro? ¿Que te has enamorado de otro chico? ¿Así, de repente?

—Sí, me lo he querido negar a mí misma, pero ya lo tengo claro, sé que lo que

siento ahora es amor auténtico.

—No es justo que me digas eso, es muy duro lo que dices, yo te he amado, te he sido fiel, te he respetado y adorado durante todo este tiempo, y, ahora, me dices que todo eso no tiene ningún significado, me dejas como un guiñapo. Llega uno y sin comerlo ni beberlo me quita mi novia.

—Si lo quieres ver así. Tienes todo el derecho de decírmelo, incluso comprendería que me odiaras, no te faltan motivos, pero lo que siento es muy grande, es como una gran tormenta, algo arrebatador, estoy aquí sola y nada más pensar en él me entran ganas de abrazarle, de besarle, de entregarme... es algo inconsciente, pasional.

—No te reconozco, de verdad, te oigo y, si no fuera tu voz, diría que me lo está diciendo otra, no puedo creer que alguien como tú se deje arrastrar por la lujuria, es como si hubieras perdido la razón.

—Sí, estoy loca, entiendo la frase loca de amor, ahora entiendo a Juana, como es capaz de hacer lo que hizo a pesar de sus muchas traiciones, entiendo *Locura de amor*.

—Entonces, ¿no hay nada que hacer? ¿no tengo ninguna posibilidad?, ¿me llamas para romper, para poder salir con él?, incluso le vas a dar lo que no me has dado a mí, vas a entregarle tu cuerpo, ¿es así?

—Sí, no hay otro remedio, es un dilema de todo o nada.

—Te lo exige, ¿te parece eso una muestra de amor?

—No, no me exige nada, sencillamente me pide lo que yo quiera dar, nada más, soy yo la que quiere que las cosas sean así.

—¿Y qué dicen tus padres?

—Mis padres no lo toleran, es más, yo creo que lo odian, sé que jamás lo van a admitir.

—¿Entonces?

—Por eso quiero romper contigo, no tengo otro remedio que irme con él.

—¿Eso es el plan de vida que te ofrece? ¿Y tus estudios? ¿Y tus ilusiones?...

—Él no me ha propuesto ningún plan, no tiene ni idea de todo esto, se lo voy a decir esta tarde.

—No entiendo, no te reconozco, si es así, date por liberada en lo que a mí respecta. Adiós. —Arturo cuelga el teléfono enfadado.

«Tengo que hacerle comprender que todo ha cambiado —piensa para sus adentros Beli—, que ya no soy la misma, que puede disponer de mí, que mis sentimientos se han impuesto a cualquier condicionante que tuviera. Tengo que encontrar la manera de expresarle lo que siento por él. Conociéndolo, lo mejor será unos regalos simbólicos. Un libro... siempre ha sentido fascinación por ellos... le regalaré aquel libro tan extraño que encontré en mi asiento del tren, ese que no he encontrado en

ninguna librería, era precioso, y muy extraño, ponía que estaba publicado en el futuro, en 2007... También le regalaré aquella foto que pretendió y le negué con tanto énfasis, qué mejor muestra de mi rendición... pero... no debo ser tan críptica... he de ser más clara... lo mejor es que le escriba una carta que exprese todo lo que siento...

»Amado mío... sí, aunque resulte cursi, creo que es lo más sincero... he pretendido negarme a mí misma... es preciso explicar mis dudas... todo aquello que hasta hoy era yo, me separaba de ti... es imprescindible que sepas por qué he obrado como lo he hecho... no solo mi alma, también mi cuerpo necesita saciarse de ti... ya no tiene nada sentido si no estás a mi lado... si sientes algo semejante por mí... estoy dispuesta a renunciar a todo... cuando leas esto no habrá vuelta atrás... ahora eres tú mi Dios... no hay otra solución, no tengo otro camino... sé que es imposible estar contigo y pretender conservar... tú eres lo más importante... si me amas, acude a mi cita... con este plano no te será difícil localizarla, aquí tienes la llave para entrar... quiero entregarme a ti... no tiene sentido mi vida si no es compartida contigo... si no te atreves, no vayas, pero déjame sola, no intentes verme de nuevo, no me humilles. Te amo. Beli.»

Cuando termina de escribir los reglones más transcendentales de su existencia, se mezclan en su corazón sensaciones encontradas, el miedo y la certeza, la tristeza junto a la alegría, la seguridad en la incertidumbre. Su cuerpo entero se conmueve en un autentico arrebató de amor, las lagrimas medio de dolor, medio de gozo, asoman a sus ojos, una de ellas se derrama sobre su misiva y emborrona ese «te amo» que con tanta fuerza ha salido de su corazón.

—Te amo —dice en voz alta.

Introduce dentro del sobre verde todos sus pequeños obsequios, cuando va a introducir el pequeño libro se detiene, piensa que es demasiado impersonal, lo abre, y en su primera página le pone un escueto «León, te AMO, Beli», y lo mete con cuidado con el resto de cosas. Desliza su lengua por el borde de la solapa y con suavidad lo cierra. Se queda mirándolo, le da un beso y sale de su casa dispuesta a encontrarlo.

En su despacho de Langley el almirante Turner, permanece sentado en la oscuridad mirando a través del ventanal de su despacho, no ha querido dejar su puesto, sabe que no recuperará el sueño hasta que el asunto de España quede resuelto. No ha querido comunicárselo al presidente Carter, sabe que no hace bien, un asunto de esta envergadura debería de ponerlo en conocimiento de la Casa Blanca.

—En su anterior destino, cuando desempeñaba el puesto de Comandante de la OTAN en el Sur de Europa, fue consciente de la importancia estratégica de España en la defensa del continente, cualquier amenaza que surja en la península es una amenaza en plena retaguardia. Para colmo, ahora, la estabilidad que durante toda la Guerra Fría ha mostrado esta importante zona, dominada por los herederos de Salazar

y por Franco, fieles aliados en la lucha contra el comunismo, se ha visto notablemente alterada por la revolución de los claveles en Portugal, con una clara influencia de los socialistas y comunistas, con la muerte de Franco y el inicio de una turbulenta marcha a la democracia, donde los partidos de izquierda marxista están adquiriendo una fuerza importante.

Desde aquel abril de 1974, en poco más de tres años, ha surgido en plena trastienda europea un foco importante de inseguridad que amenaza todos los planes establecidos hasta ahora.

Este asunto del dichoso aparato puede adquirir dimensiones impensables, si la URSS ha iniciado una serie de acciones secretas en España será imprescindible una intervención drástica. A pesar de ser un pequeño pueblo, no es tranquilizador que se dé en las cercanías de Toro, donde se encuentra la base secreta de escuchas electrónicas, si han conseguido un avance tan importante, será una situación muy peligrosa.

Estaba en estos pensamientos cuando suena el teléfono. Descuelga rápidamente y dice:

—Almirante Turner a la escucha.

—Almirante, soy Tony Méndez, estoy sobrevolando las Azores, le llamo para comunicarle las últimas noticias de la operación «Regalo».

—Cuénteme, estaba esperando su llamada

—Según nuestros agentes, desde que el señor Cassinello les puso en antecedentes de lo que estaba aconteciendo en Carije, desplegaron a dos agentes en la zona para informarse sobre las actividades de nuestro hombre.

—Algo importante.

—Yo diría que sí. Al parecer es alguien bastante inteligente, se hace pasar por amnésico, pero muestra unos conocimientos importantes.

—Es peligroso.

—Falta información, pero no es de descartar, por lo que han logrado averiguar, durante este tiempo se ha relacionado con diversos miembros del partido comunista español, junto a ellos organizó un motín contra las autoridades municipales, aunque no hubo conatos de violencia revolucionaria, lograron reunir a una cantidad importante de activistas de izquierda con la excusa de una fiesta.

—¿Están seguros de que detrás de la reunión existían intereses que nos sean contrarios?

—Me temo que sí, entre los eslogan más repetidos estaban: «*Yankees go home*» y «OTAN no», parece que tenían conocimiento de las conversaciones secretas para lograr la integración de España en la OTAN.

—No me gusta nada, esas negociaciones las inicié yo no hace mucho, con el anterior Jefe de Gobierno, el Sr. Arias Navarro, y es un tema muy escurridizo, la simpatía popular hacia nuestro país es muy poca.

—Ya, tuve un papel importante en el apoyo al señor Cassinello en su intento de

influir para que los socialistas españoles eligieran una dirección que nos viera con más simpatía.

—Todo un éxito de operación. Pero cuénteme más cosas sobre la operación «Regalo».

—Aparte de sus relaciones, su comportamiento no ha sido muy normal, según han podido averiguar en varias ocasiones ha desaparecido durante intervalos importantes de tiempo y, en ocasiones, se le ha visto vagar solo por los montes cercanos.

—¿Se sabe lo que hacía?

—No, pero tenemos sospechas de que tenga más material de alta tecnología escondido en el monte. Hay que tener en cuenta que apareció repentinamente en lo alto de una montaña.

—¿Se ha registrado?

—No, la Guardia Civil solo inspeccionó la zona que él indicó, mañana mismo empezaremos, pero es un terreno difícil, es kárstico y por tanto lleno de oquedades y escondrijos. He dado órdenes de dotar a los helicópteros con el material más moderno en la detección de posibles emisiones.

—Me parece correcto, se tiene localizado al sospechoso.

—Otra cosa curiosa, está viviendo en casa de un Guardia Civil, lo que sería un policía local o un ranger.

—¿Se tiene algún dato sobre su protector?

—Según han contado, participó en su detención e influyó en que no se le disparara. Estamos investigando su vida y sus contactos, es bastante joven y tiene estudios, un perfil poco frecuente en su puesto de trabajo. Sospechamos que pudiera tratarse de un topo.

—¿Hay más personas asociadas a él?

—Fundamentalmente un grupo de jóvenes, lo que en España llaman «pandilla», entre ellos se encuentra una norteamericana que acaba de regresar a nuestro país, la vigilarémos, pero no creemos que tenga nada que ver, es prácticamente una niña. Dentro del grupo habría que destacar dos mujeres, una de ellas que por lo visto tiene relaciones de tipo sexual con él, y otra con la que tiene largas conversaciones. Preventivamente las investigaremos.

—Ya veo que lo tienes bajo control, que sepas que he hablado con el general Gutiérrez Mellado y me ha asegurado que el Gobierno Español nos apoyará con la condición de que no exista violencia, así que procure actuar sin que surja ningún incidente.

—Así lo haré. Creo que no hay más que contar. En cuanto tenga novedades me pondré en contacto con usted. A sus órdenes.

—Adiós y mucha mierda, como dicen en el teatro.

En casa de Calixto, León intenta despejar sus dudas:

«La opción de subir a La Muela era absurda, una huida sin sentido, que no conducía a ninguna parte, fuera lo que fuera lo que me trajo allí, no tiene sentido que regrese, he de enfrentarme a la realidad, cada día que pasa es menos probable que recupere la memoria, he de planificar mi vida, he de seguir en el empeño de trabajar y ser independiente.

»No puedo quedarme en Carije, las cosas se han desmadrado, sin comerlo ni beberlo me he creado enemigos, si Agustín me mantiene como camarero es por principios, sé que le está perjudicando, hay gente que ha dejado de ir. Además, se acerca el otoño, los veraneantes se van a ir, el trabajo se va a acabar y lo de pastor va a ser muy difícil de conseguir.

»Después está Beli, su presencia me resulta dolorosa, mis sentimientos, no correspondidos, me hacen sufrir cada vez que la veo, el esfuerzo de no abrazarla, de no besarla es muy duro, tengo que arrancármela de la cabeza, para eso lo mejor es la distancia. Es humillante sentir amor por una persona y que esta te responda con compasión, son sentimientos positivos, pero el primero se da entre iguales, mientras el segundo es desigual, no es recíproco. Para colmo, por su forma de ser, se está enfrentando a problemas muy duros, su firmeza de ideas hace que se enfrente a sus padres, si dura mucho más va a causar una ruptura irreparable, le estoy destrozando la vida, además, va a venir Arturo, puede ser muy violento, sobre todo para ella.»

En ese momento suena el timbre, es una sorpresa, hace tiempo que nadie va a buscarlo. Al abrir, se encuentra a Beli.

—¡Hola León! ¿Estás solo?, ¿puedo entrar?

—Por supuesto, pasa, Calixto está en el cuartel, por lo visto hay algún rollo, según me ha contado hay un montón de secretas por ahí, podría ser por lo del concierto, alguna célula... espero que no te pille por medio.

—Por mí, no te preocupes, seguro que mi padre lo solucionaría pronto, pero tú, lo tienes peor, además, tienes enemigos poderosos, entre ellos mi padre.

—Tenemos que hablar, hay que solucionarlo de alguna manera.

—Bueno, antes de empezar la charla, quiero darte un regalo —dice enseñándole el sobre— toma, para ti.

—Gracias, ¿Qué es? —pregunta cogiendo el paquete y comenzando a abrirlo.

—¡No! ¡Espera!, no puedes abrir el regalo, has de esperar a esta noche, me sentiría incómoda si lo abres delante de mí.

—¡Qué misterioso! así se hace más difícil no abrirlo, me dejas intrigado, así, por fuera, parece un libro —y lo agita— pero también hay algo que suena.

—Déjalo, cuando lo abras lo comprenderás, supongo que puedes esperar unas horas.

—Si es lo que quieres, sí, y tú lo sabes.

—Sí, sí que lo sé.

—He estado pensando en todo lo sucedido estos meses, tengo que tomar un camino sensato, soy como soy y tengo las carencias que tengo, tengo que enfrentarme como un adulto sin haber sido un niño ni un adolescente, me asusta, me da la impresión de que voy a meter mucho la pata y mi intuición me dice que jamás lograré rellenar ese vacío, es algo que me ha de acompañar siempre.

—Pero León, sabes que me tienes a mí...

—Déjame hablar, si no voy a perder el hilo, ya sé que tengo tu amistad...

—Pero...

—Déjame, ya me dirás luego lo que tengas que decirme.

—Lo de La Muela fue una chiquillada, me has de perdonar el aprieto en que te puse, sé que corraste un gran riesgo al subir a por mí. Además, si no llega a ser por ti creo que no hubiera bajado nunca.

—Olvídalo, no tiene ninguna importancia.

—Sí, sí que tiene importancia, lo hice porque quería huir, como cuando me emborraché, pero esta vez me dio por buscar por donde había llegado.

—¿De qué quieres huir?

—De ti.

—¿No quieres estar conmigo? —dice Beli afectada por la crudeza de la contestación.

—Sabes que no es eso. ¿Ves?, por cortarme me haces decir cosas que no pienso, o al menos no las digo de la forma adecuada. Vayamos por pasos. Calixto tiene razón al decirme lo que me dijo, sin pretenderlo, mi comportamiento está haciendo mucho daño a otras personas, para colmo las que más aprecio. Y lo peor es tu caso, a quien más quiero es a la que más daño hago, tú me das tu amistad y yo pido y pido más, te pongo en compromisos, te coloco entre tus padres y yo. A Agustín, por tenerme de camarero, le ha bajado la clientela, no es justo, ya me he despedido de él. Tengo un dinero ahorrado, Calixto me prestará más, con eso pienso irme mañana a la ciudad a buscar trabajo.

Beli no sabe cómo reaccionar, León le está diciendo adiós, un hasta nunca. «Ha llegado tarde mi reacción, ¿por tanto demorarme lo he terminado por perder? ¡Madre mía! ¿Qué hago con el regalo? ¿Y la carta y la cita? ¿Le pido que me lo devuelva? No, es lo más auténtico que he escrito, ¿cómo lo voy a romper?.»

—León, ¿me vas a dejar? —pronuncia Beli angustiada.

—Sí, no puedo más, no puedo permanecer a tu lado más tiempo, tu amistad es lo más grande que he tenido y que posiblemente tendré, estarás siempre presente en mis pensamientos, te agradezco todo lo que has hecho en los momentos difíciles por mí, cómo has sido capaz de enfrentarte a tus padres por defenderme.

—Entonces, ¿no puedes seguir viéndome? Comprendo que quieras buscarte un futuro fuera de aquí, con tu inteligencia era una pena quedarse cuidando ovejas, pero en la ciudad también podríamos vernos, yo te digo cómo podemos entrar en contacto.

Por favor, no digas adiós ahora —suplica Belí desesperada.

—No hay remedio, sé que soy injusto, pero hoy ha de ser el último día, cuando salgas de aquí no nos podemos ver más.

—Pero... ¿Por qué?... es un contrasentido.

—No me lo pongas más difícil —solloza León dejando salir las lágrimas— aprecio mucho tu amistad, pero mis sentimientos son otros, yo lo que siento por ti es amor, necesito más, necesito de ti, no solo tu mente y tu palabra, necesito también tu cuerpo, para mí, seguir manteniendo vivo este sentimiento no correspondido es una auténtica tortura, he de sacármela, necesito hacerte un recuerdo para poder sobrevivir. Compréndeme.

Un largo silencio se adueña de la escena, en los rostros se entremezclan los sentimientos, la pena, el dolor, la desesperación, el llanto...

—León, yo también te amo, no te vayas ahora.

—¿Cómo? —exclama León sorprendido.

—He sido absurda, me he estado negando mi sentimiento hacía ti, yo pensaba que no podía, que estaba libre de la pasión, pero me he rendido ante la realidad. Esta mañana he reñido con Arturo y en ese paquete va mi declaración.

León se siente auténticamente conmocionado, no pensaba que pudiera escuchar esas palabras alguna vez. Con un gesto salido del alma, le pasa el brazo sobre los hombros y con suavidad atrae su cuerpo hacia él. Belí no lo rechaza, al contrario, se deja arrastrar y apoya su cabeza sobre el hombro.

—Belí, yo... yo... no tenía ni idea... no sabía...

—¿Cómo lo ibas a saber?, soy una tonta, te he rechazado siempre.

—¿Pero me amas de verdad? —León aún duda de lo que está oyendo.

—Sí, ahora sé lo que es amar íntegramente, lo que es amar con cuerpo y alma.

Durante unos minutos se hace el silencio, la quietud, las lágrimas de alegría se mezclan con las del dolor, los sentimientos más variados se intercambian entre ambos.

Belí levanta la cara sin separarla de su hombro buscando que León le dé un beso.

En León permanecen las defensas adquiridas para no dejarse arrastrar por la pasión, son muchos los esfuerzos hechos durante días para contenerse, ahora, aunque ella le invite, es incapaz de reaccionar.

Ella se da cuenta hasta qué punto ha calado en León el respeto hacia su cuerpo, sabe que él la desea, pero es incapaz de acercar sus labios. Durante mucho tiempo le ha cerrado las puertas, ha de ser ella la que las abra. Incorpora su cuerpo, posa suavemente sus labios sobre los de él, al mismo tiempo que su mano derecha le sujeta la cabeza y la atrae hacia ella.

León siente un escalofrío que recorre toda su médula, el instante tantas y tantas veces soñado de ese primer beso se está dando, las sensaciones son sublimes, la felicidad en toda su intensidad se apodera de él. Entre los labios parece que salten chispas, la intensidad va en aumento, el vello se le eriza, la sangre acude a la boca a

borbotones, su temperatura se dispara y responde con pasión al beso.

Para ella, el beso adquiere unas dimensiones que no se podía imaginar, no tiene nada que ver con otros, por primera vez siente dentro de ella la urgencia de la pasión, no es un juego, no es un convención social, un hasta aquí puedes llegar, algo civilizado, algo controlado por la mente, no, se trata de algo animal, salvaje, incontenible, arrollador, ya no piensa, no puede, solo siente.

Cuando él corresponde con su presión ella deja caer su mano a lo largo del rostro de León, moldea su mandíbula, desciende por su cuello y se detiene en su tenso torso, finalmente la pasa el brazo por detrás del cuello y tira fuerte hacía sí.

León, entreabre los labios y jugueteando con su lengua se deja arrastrar por su deseo tantas veces contenido, la toma con fuerza y mientras con un brazo aprieta su cuerpo contra el suyo, con la otra mano acaricia su rostro.

El beso dura varios minutos, al final se produce la tregua, un pequeño descanso, en que Beli aprovecha para decirle.

—León, yo también te deseo.

Y se funden de nuevo en un abrazo.

La fuga

En las cercanías de Cádiz, frente al Baluarte de Candelaria, en un trozo de EEUU en España, a última hora de la tarde, aterriza un B52. Con rapidez acude un Hummer H1 pintado de camuflaje, los recoge en la misma pista y con la misma celeridad los conduce a unos edificios de hormigón.

En la puerta les esperan otro pequeño grupo, por su forma de comportarse se nota que son de alta graduación, a pesar de sus ropas verde oscuro y sin apenas distintivos. Uno de ellos, el jefe, invita a los recién llegados a pasar dentro de un montacargas. Comienza un largo y lento descenso, al abrirse las puertas se encuentra en un pasillo con un lateral lleno de cristaleras que dejan ver una sala donde docenas de hombres se afanan frente a pantallas llenas de luces y letras. El grupo lo recorre hasta el fondo y penetra en una pequeña sala de conferencias presidida por una gigantesca pantalla. Sin esperar a más se sientan en sus correspondientes sitios y esperan a recibir las explicaciones

Tony Méndez, sin más preámbulo, pregunta:

—¿Con qué fuerzas contamos?

—Ya se han desplazado hasta Los Llanos, una escuadrilla de Boeing AH64 Apache, la hemos traído desde la base de Ramstein, aprovechando la gran capacidad de su pista. También contaremos con los Sea King de la VI flota.

—¿Y la situación en tierra?

—No hay problemas, tenemos localizado al objetivo, hoy no ha salido de casa, solo ha recibido una visita, una muchacha del pueblo con la que sabemos le une una gran amistad. Ha permanecido en la casa algo más de dos horas y se ha ido.

—¿Se ha desplegado alguna fuerza?

—De momento no, solo están en el pueblo dos agentes, pero contamos con las fuerzas policiales locales, La Guardia Civil. Preventivamente se ha alejado al agente que lo tiene alojado en casa, no vaya a ser cómplice.

—Muy acertado, la discreción es muy importante, hay que ser cuidadosos con la situación de inestabilidad política existente en España, pudiera deteriorar nuestra relación, sobre todo con los partidos de izquierda.

—Sí, lo tenemos muy presente, cuando pongamos en funcionamiento la operación, se avisará a las autoridades españolas, ellas difundirán la noticia de la realización de maniobras conjuntas en la zona, para que nuestra presencia no cause alarma. Si hace falta sacarán vehículos y hombres que den realismo y disimulen la operación principal.

—¿Cuándo piensan que es mejor realizarla?

—La idea es que se realice a primeras horas de la mañana, a las 5:30 hora Zulú, procurando la máxima discreción, la cobertura nos la va a dar la policía local, disponemos de la llave de la casa, nuestros agentes penetrarán sigilosamente en ella, lo anestesiarán y lo llevarán en coche hasta una explanada a unos 4 o 5 km donde, si

todo ha ido correctamente, lo recogerá un Sea King de las Navy SEALs y lo llevará a bordo del John F. Kennedy, que se encargará de trasladarlo hasta la base de Rota y, de ahí, en el B52, a EEUU.

—Entonces, ¿para qué tanto despliegue? ¿No hubiera sido mejor hacerlo como una operación encubierta?

—El despliegue es simplemente preventivo, tras el telón de acero no tenemos esa posibilidad y no hay otro remedio que correr riesgos, pero si por cualquier motivo se fuga o surgen otros incidentes, dispondremos rápidamente de ellos.

—OK, esperemos que no sea necesario. Y ¿en cuanto a las comunicaciones?

—Los equipos de inteligencia están controlando todas las comunicaciones, afortunadamente son muy elementales y no hay posibles fugas de información.

—Entonces, lo mejor será desplazarnos al John F. Kennedy, para seguir desde allí, ¿está dispuesto el avión?

—Sí, ya está en pista.

—Pues vamos.

León no se lo puede creer, en unas pocas horas su vida ha dado un giro inesperado, aquello contra lo que tenía que luchar, se ha transformado en aquello por lo que hay que luchar. Pese a los problemas que se avecinan, se siente exultante, le parece increíble que Beli sienta lo mismo que él, que estén ambos remando en la misma barca, los problemas no han desaparecido, quizás, incluso se han complicado, pero ahora es diferente, parecen menores al hacerles frente juntos.

Ahora que está solo, se dispone a abrir el regalo, tiene la trascendencia y la frescura de aquello que no está influenciado por la posibilidad de la separación definitiva, por sus intenciones de irse lejos.

Abre con cuidado el sobre, en su interior un pequeño libro, *En algún lugar toca una banda*, en la parte de arriba una explícita dedicatoria lo dice todo: «León, te amo, Beli», el ver esas palabras tan sencillas, pero tan importantes, escritas por su mano, le resulta emocionante. «Seguro que algo tiene que ver este libro con lo nuestro, lo tengo que leer en cuanto pueda, pero primero voy a ver el resto».

A continuación saca una fotografía, es la fotografía que le regaló Fernando, esa que tan secamente le negó. Es una bella forma de decirle que entonces no la podía tener porque era algo muy íntimo para ella, ahora, al regalarle la foto, es abrirle de par en par su intimidad.

Al volcar el sobre en la cama, sale un llavero con una llave. León se sorprende, a los otros obsequios les ha visto el significado, pero ¿qué sentido tiene una llave? «Supongo que no será la de su casa, no tendría sentido que me colara a escondidas con sus padres presentes.»

Finalmente, aparecen dos hojas muy bien plegadas, una de ellas es un dibujo esquemático de Carije, hecho con bastante premura, con una especie de plano debajo.

La otra hoja es una carta, los renglones firmes, la letra redonda y segura, denota que está escrita por alguien que escribe con asiduidad, el texto es regular y no parece que existan dudas en su discurso.

La lee despacio, dejando que llegue muy adentro cada palabra, es el texto más emotivo que ha leído, transpira pasión, amor, entrega... está planteada con serenidad, segura de que es lo quiere, con facilidad para plasmar en palabras las sensaciones y sentimientos más profundos. No puede sino emocionarse, cómo se puede expresar tanto con tan pocas palabras, su belleza está en su sencillez, en lo directo de sus frases, en la simplicidad de pedirle que acuda para emprender el camino juntos, sin cargas, sin equipajes, sin condiciones, sin planes, sin metas, sin..., sin... pero llenos de ilusiones.

Ya está claro para qué es la llave y el plano, quiere que su punto de partida sea el lugar donde más feliz fue en su niñez, en aquel oasis en la naturaleza en donde descubrió la libertad de campar por sus respetos, jugando todo el día con sus primos, ya le ha contado en alguna ocasión la importancia que tiene para ella, que lo echa de menos, que últimamente apenas van algún día.

Sin lugar a dudas, mañana acudirá a la cita, será cosa de intentar descansar, será un gran día.

—Bueno, primero leeré un poco del libro, a ver lo que dice —se dice a sí mismo.

—Que poema más extraño. Parece hablarme...

No pudo detener su lectura, se suceden los capítulos, uno tras otro y cada vez el sueño lo abandona más.

Dejaré esta carta en la estafeta del andén de la estación con la esperanza de que te llegue, si regresas. De algún modo sé que volverás. Puedo sentir tu contacto en este sobre mientras lo firmo y lo cierro.

Cuando termines de leer esto, querido amigo y amor, entrégaselo al tiempo.

Como un viejo perro marrón, su maleta yacía en el andén cubierto de polvo.

No —pensó—, eres de otro tiempo.

El equipaje seguía esperando.

—Quédate —dijo.

El equipaje se quedó.

Él continuó caminando.

—¿Summerton?, ¿será Summertown? ¿O será *Summertime*?

Cubierta del John F. Kennedy, 4:00 hora Zulu, en medio del Mediterráneo, a unas 150 millas náuticas de la costa española, cinco helicópteros S67 Blackhawk, Sea King, calientan motores mientras un grupo de hombres vestidos de negro se deslizan en medio de la niebla para ocupar sus asientos.

—En la sala de mandos de la VI Flota, de pie, frente a la gran pantalla, se sitúa Tony Méndez junto al contraalmirante Robert Schoultz. Este último explica al agente

especial cómo va a desarrollarse la operación.

—A las 4:12 hora Zulu, despegara el US Navy 740 con el primer comando de las Navy Seals, su destino será situarse en el punto K que puede apreciarse en el plano, a 3 millas del objetivo, en el punto D, tienen como misión el recepcionar de nuestros agentes al sujeto objetivo y trasladarlo sin daño ninguno hasta el John F. Kennedy, donde lo esperamos a las 7:40 hora Zulu.

—A las 4:35 hora Zulu, avisaremos a nuestros aliados españoles que han comenzado la operación para que nos dejen libre el espacio aéreo.

—A las 4:45 hora Zulu, despegaran de la cubierta del John F. Kennedy, los helicópteros US Navy 741, el Us Navy 742 y US Navy 743 con tres comandos adicionales de las Navy Seals, y el US Navy 744 con un equipo médico de emergencia. Su destino será situarse a 4 millas de la costa y esperar órdenes en caso de tener que intervenir ante cualquier incidencia y, de no producirse, realizarán funciones de escolta del Us Navy 740, en su regreso.

En ese momento, sobre la gran pantalla se pone a parpadear las letras USN 740, al mismo tiempo que se escucha un pitido.

—Ya ha despegado nuestro primer helicóptero.

—*Alea jacta est*, como diría Julio César

—Exacto. Como le iba explicando, a las 4:50 hora Zulu, despegaran los 5 Boeing AH 64 Apache, desde Los Llanos y a las 5:25 hora Zulu, se posarán con los motores un marcha en una meseta despejada situada en el punto L a dos millas al suroeste de Carije, solo los emplearíamos en caso de necesitar de su potencia.

—Nuestros agentes saldrán en su coche escoltados por un vehículo de la policía a las 5:28 hora Zulu, para alcanzar el objetivo a las 5:35 hora Zulu. Entrarán sigilosamente, anestesiarán al objetivo y lo trasladarán al vehículo, dirigiéndose al punto de encuentro K, donde lo entregarán al comando del USN 740 que lo traerá.

—Esperemos que no falle nada, así no se enterará nadie de su desaparición. Además, han informado que ha dejado su trabajo y ha manifestado a varios su intención de irse, nadie sospechará de su desaparición. Solo queda esperar.

Eufronio se siente molesto, le parece increíble que le hayan ordenado acompañar y facilitar la labor de esos dos gigantones rubios. Además, con esos misterios, le van a hacer traicionar a un compañero, durante el resto de su vida va a tener que ocultar a Calixto que León no se ha ido, que lo han hecho desaparecer.

—Bueno, son las 5:25, es hora que iniciemos la operación —dice uno de los agentes, con acento extranjero.

—Cuando quieran —contesta Eufronio.

No hay nadie por las calles, falta más de media hora para que los más madrugadores salgan al campo, aunque no hace frío, la niebla ha hecho su aparición, se nota que el aire húmedo ha empezado a llegar del mar, pronto las tormentas se

llevaran el verano. Eufronio coge el viejo Land Rover y sin prisa se dirige a casa de Calixto, detrás de él van en un coche negro, sus dos compañeros de secuestro.

Al llegar a la casa, descienden de los coches dejándolos en medio de la calle. El mismo agente de antes, le pide que le dé las llaves y espere abajo a su regreso.

Eufronio se las entrega un poco receloso. Piensa: «está claro que no se fían de mí, deben de temer que pueda poner sobreaviso a León, desde luego que son raros, si quisiera haberle dicho algo al muchacho lo habría hecho antes, ahora ya no tiene escapatoria, solo se podría resistir, no creo que, a pesar de su karate, pudiera con esos dos gorilas. Espero —sigue pensando— que no le hagan ningún daño, me han asegurado que tan solo lo iban a anestesiar con una inyección, para ellos solo vivo les sirve de algo. Menudo embolado, cerrar mi carrera con semejante mancha, esto no puede ser legal. Esperemos que pase rápido y nadie salga lesionado.»

Los dos agentes, vestidos con vaqueros y chaquetillas de piel suben el único tramo de escaleras, lo hacen con sumo sigilo, sus zapatos, de suela de goma, no hacen ningún ruido, no encienden las luces, se iluminan con unas pequeñas linternas que apenas emiten luz, pero sus ojos están hechos a la oscuridad, se desenvuelven con agilidad.

Una vez frente a la puerta, uno de ellos saca un pequeño frasco, de su interior, con una jeringuilla extrae un líquido oleoso, introduce la aguja por el hueco de la cerradura y derrama su contenido dentro. Le hace a su compañero un gesto de que le espere, mete en una bolsa los instrumentos utilizados y se la guarda en uno de los bolsillos de la chaquetilla. Del otro lado saca otra jeringuilla y otro frasco, en esta ocasión de un líquido transparente, Una vez armado de la inyección, hace un gesto a su compañero, que extrae la llave, la introduce en la cerradura y con sumo cuidado la gira. Su primera sorpresa es que la llave está echada y el cerrojo hace un ligero ruido.

Parece que cada uno sabe exactamente cómo actuar, no necesitan hablar, les basta unos gestos para coordinar sus movimientos. El portador de la llave pasa y se queda vigilando junto a la puerta, su misión es cortar la posible vía de huida, su compañero, con la decisión del que se conoce la casa, se desliza por el pasillo en busca del dormitorio, sin dudarle, se lanza encima de la cama con la izquierda por delante, dispuesta a inmovilizarlo, y su derecha, armada y preparada para introducir el líquido en el primer músculo que encuentre.

La sorpresa se la lleva al comprobar que no hay ningún cuerpo disponible, está claro que no se encuentra en su cama, es fácil que esté en el resto de la casa. Ya no es posible la sorpresa, lo primero, avisar al compañero, para que encienda la luz y esté especialmente atento.

—Objetivo negativo.

—Fase dos activada —contesta el compañero.

Ya sabe qué hacer, enciende la linterna a máxima potencia y comienza a escudriñar todos los rincones donde puede haberse escondido y verificar todas las posibles vías de escape. Su entrenamiento le permite actuar casi mecánicamente, sus

movimientos son precisos y decididos, empieza por controlar las posibles salidas, continúa por los escondites más accesibles y esperados, para terminar con los más difíciles. Terminada una habitación, la cierra y le pone un precinto para asegurarse que no ha retornado allí. En unos pocos minutos ha registrado la casa y se reúne con el compañero en la entrada.

—El pájaro ha volado.

—¿Cómo es posible?

—Debe llevarnos varias horas de adelanto, la cama no había sido utilizada, está fría, lo más probable es que alguien le avisara de la operación y él decidiera salir de la casa esta noche.

—Bajemos al coche, comunicaremos su desaparición.

Ambos hombres bajan rápidamente la escalera, cuando se encuentran al Guardia Civil le explican:

—A moverse, el objetivo ha huido.

—¿Cómo? Es imposible —responde Eufronio

—Atención, USN 740, aquí alfa, tango, siete, tres, tres, imposible contacto, objetivo desaparecido, activen fase naranja.

Por la radio se escucha una voz metálica incomprensible, pero que por el tono se nota que está emitiendo improperios. Después, se escucha una retahíla de órdenes.

—Ya han oído, hay que activar la búsqueda, vamos al cuartel para que la policía lo busque por el pueblo, después nos dirigiremos a casa de la muchacha que lo visitó ayer, puede que sepa algo.

—Pero cómo nos vamos a presentar de madrugada en casa de Don José, eso es imposible.

—No podemos esperar, no vamos a pararnos por alargar el sueño de una familia por muy «Don» que sea, ya pediremos las correspondientes disculpas.

A bordo del John F. Kennedy, la noticia ha caído como un jarro de agua fría, lo que parecía ser una sencilla operación encubierta, se ha transformado en una persecución en territorio extranjero de un elemento tan fácil de ocultar como un muchacho de 20 años.

Tony Méndez, desesperado, pasea de un lado a otro del puente de mando.

—¡Cómo es posible! ¡Cómo es posible!, ¡que par de inútiles! Dos de nuestros mejores agentes pierden a un muchacho. Esperemos que no pase nada, la oportunidad tecnológica que nos puede aportar no se va a dar en siglos.

El almirante Schoultz comienza a repartir órdenes.

—¡Atención!...

—La operación no ha alcanzado su objetivo, se activa la fase naranja.

—Comunicaciones, pónganse en contacto con el Alto Estado Mayor Español, notifiquen que pasamos a incrementar nuestras fuerzas en territorio español, que 10

helicópteros y cincuenta marines de las Navy Seals van a entrar en contacto con zonas habitadas, que pongan en marcha el despliegue de sus fuerzas para darnos cobertura.

—Coordinación de comandos, de orden a las Navy Seals para que penetre en territorio español y tomen Carije, que lo impermeabilicen.

—Unidad de ataque, que los Boeing AH 64 Apache salgan del escondrijo y apoyen las operaciones en tierra de los marines.

Son apenas las seis y diez, el sol empieza a asomar por el horizonte, no se diferenciaría de cualquier otra mañana de finales de verano si no se notara una actividad inusitada de vehículos y unos extraños y sordos ruidos en dirección al sol y sobre la siempre presente Muela. Los más madrugadores ya se han cruzado con grupos de hombres fornidos vestidos de negro y cargados como burras, pero más molesto ha sido que han tenido que sufrir un minucioso registro por parte de la Guardia Civil.

En casas como la de Beli, no se depende de las labores del campo y en plenas vacaciones, aún faltan bastantes horas para recuperar la actividad. Al menos eso creen sus habitantes. Pero la realidad está a punto de ser otra: de repente suena el timbre insistentemente, con energía. Su sonido despierta a todos, pero les cuesta reaccionar, no comprenden cómo es posible que alguien llame a tales horas.

Ante la insistencia de quien llama, doña Marisa se incorpora y comenta a su marido:

—Yo me levanto, seguro que es algún trasnochador borracho, no me extrañaría que fuera ese condenado muchacho.

—Vale, pero mira antes por la mirilla, no vaya a ser alguien peligroso.

—Lo haré —contesta doña Marisa mientras se pone la bata de verano.

Al llegar a la puerta se asoma pone su ojo sobre la mirilla y su corazón le da un vuelco, piensa: ¿que hace a estas horas el cabo Eufonio y dos policías secretas?, ha de ser algo muy gordo para presentarse a estas horas. Madre mía, ¿no será por Beli? ¿se habrá metido en algún lío? Para hacer tiempo para pensar y de paso avisar a su marido, dice en voz alta.

—¿Quién es?

—Soy el cabo Eufonio, ábrame por favor doña Marisa.

—¿Qué pasa?

—Es muy importante que hablemos con su hija Beli, tenemos que preguntarle unas cuantas cosas.

Doña Marisa casi se cae al escuchar al cabo, no hay duda el asunto va con Beli y para colmo con la secreta, piensa que ha de salir su marido. Para dilatar la espera contesta:

—Esperé, por favor, que no estoy visible.

Cuando se dispone a avisar a don José, este ya sale todo indignado.

—¡Me cago en la mar sala! Ya sabía yo que ese payaso iba a traernos problemas. Como lo pille va a saber lo que es bueno. Como haya metido en algún lío a Belí ¡lo mato!, ¡le descerrajo un tiro! ¡Maldita la hora en que nos cayó ese pajarraco!

—José, cállate, tranquilízate, que te van a oír.

—Pues que me oigan, que lo sepan todos, después me cargo a todos sus protectores, por muy guardias civiles que sean.

Abre la puerta y sin esperar a más, suelta:

—¿Qué ha pasado Eufonio? ¿Qué ha hecho ese individuo? ¿En qué lío ha metido a mi hija?

—Nada, que ha desaparecido —dice Eufonio en voz baja asustado por la actitud del dueño de la casa.

—¡Buen viaje lleve! puede estar seguro que no está en mi casa, tendrá que buscar en otro lado.

En ese momento, uno de los acompañantes se adelanta, aparta con fuerza a Don José y penetra en la casa, arrastrando tras de sí a su compañero y al cabo Eufonio. Al mismo tiempo, dice:

—Perdone caballero, es un asunto de suma urgencia, necesitamos hablar con su hija inmediatamente.

Don José se queda parado, no se lo puede creer, quién será ese tipejo que se permite entrar en su casa de esa manera, dándole un empujón. Para colmo con ese acento, seguro que es vasco.

Mientras, en su cuarto, Belí se ha despertado, las puertas abiertas le permiten escuchar la conversación. No entiende, la tarde anterior León no le ha comentado nada y ahora la Guardia Civil lo busca sin importarles despertar a sus padres a esas horas. «Sea lo que sea no puedo traicionar a León, no puedo consentir que se sepa que esta tarde he quedado con él, parece que no lo han detenido, a saber dónde está.»

Cuando reacciona, Don José contesta:

—Pues si quiere ver a mi hija me tendrá que decir lo que ha pasado y para qué quieren a Belí.

—Buscamos al muchacho al que han puesto el nombre de León, nos debe ciertas explicaciones, ha desaparecido de su casa y sabemos que su hija fue la última que lo vio. Ahora haga el favor de llamar a su hija o entró yo a por ella.

—Pero ¿quién se ha creído usted? ¿Sabe con quién está hablando? Ahora mismo llamo al Gobernador.

—Llame a quien quiera pero antes que salga su hija.

En vista del cariz que está tomando el asunto, Eufonio decide intervenir.

—Espere un momento, yo lo arreglaré —se dirige al agente americano.

—Don José, tranquilícese, este caballero no pretende nada malo, solo queremos hablar con Belí, ella no ha hecho nada, por favor, no me complique las cosas, llámela.

—Porque eres tú —contesta Don José— Marisa, ve y dile a Belí que salga.

Poco después, con su madre, sale Beli, también en pijama y bata.

—Ya la tienen aquí —dice la madre.

—Mejor la llevemos al cuartel, aquí no se dan las condiciones para interrogarla.

—¡Que pretende llevarla detenida! ¡Sobre mi cadáver!

—Tranquilícese Don José, yo le doy la garantía de que no le va a pasar nada, yo estaré con ella, pero ahora es necesario que venga.

Beli piensa: «Teniendo en cuenta las circunstancias, prefiero ir con el cabo Eufonio que quedarme en casa, no quiero imaginarme la que me espera cuando me quede sola con mis padres, seguro que terminan por encerrarme, eso sería terrible, no podría acudir a la cita. Si voy al cuartel, cuando me suelten, me iré directamente.»

—Papá, no tengamos más problemas, te prometo que no tengo nada que ver, a mí no me importa ir y contarles todo lo que haga falta. Me voy a vestir y enseguida nos vamos.

León se ha tomado el camino con calma, apenas lleva una hora cuando ve pasar unos helicópteros extraños, no le hacen ni pizca de gracia, se nota que son militares y a él no le gustan las armas.

Poco después, al cruzar un pequeño pinar, se cruza con un viejo pastor en una bicicleta. Le hace gesto de parar y le pregunta:

—¿Sabe usted que hacen esos helicópteros militares?

—Sí, te buscan a ti.

—¿Cómo? ¿Qué quieren de mí?.

—Eso carece de importancia, lo importantes es que no te descubran.

—Pero...

—Calla, no tiene importancia, vete rápido a Tejadas, enciértrate, que nadie pueda verte, lo que ha de suceder va a suceder.

León se queda sorprendido, le parecen unas palabras muy crípticas, no les ve ningún sentido. Sin esperar a más, el pastor reanuda su marcha. Entonces cae en preguntarle y grita:

—Pero, ¿quién es usted?

—El que fuiste.

Y desaparece tras una curva entre los pinos.

León recuerda la extraña experiencia de Beli el día de la Muela. Ya solo, se dice en voz alta:

—¡Ay! Beli, que difícil que nuestro amor pueda cuajar.

Y continúa su camino lo más rápido posible, haciendo caso al viejo desconocido.

Mientras, Beli ha llegado al cuartelillo en compañía del cabo Eufonio y los dos extraños. El guardia no consiente, bajo ningún sentido, la pretensión del americano de

encerrar en la celda a Beli.

—De eso nada, no pienso ceder, he prometido a sus padres cuidarla y ella estará a mi lado totalmente libre, yo respondo por ella y, como a alguien se le ocurra ponerle la mano encima, se tendrá que ver con mi Baretta.

El agente de la Cia se sonríe, de todos es conocida la tendencia a dramatizar de los españoles, sobre todo en temas de honor. No opone ninguna resistencia, aunque no le tenga demasiado respeto a la Baretta del cabo.

—Si es así, pasemos al despacho para preguntarle.

Se sientan los tres con tranquilidad y el agente, con la intención de relajar la conversación se presenta.

—Ante todo, disculpa la brusquedad, es algo que me sale naturalmente. Me llamo Michael Arison, pero me puedes llamar Micky.

—A mí me puedes llamar Beli —responde, aceptando la relajación del trato.

—Empecemos, Beli.

—Por razones especiales derivadas del origen de tu amigo León, lo estamos buscando para llevarlo a casa.

A Beli le parece muy extraño, desde el principio, León había hablado perfectamente español sin acento ninguno, no entendía que vinieran americanos hablando de su casa, pero prefirió seguir la corriente.

—¿Sí? Entonces, ¿quién es? ¿Cómo se llama?

—No importa, es algo que no puedo decirte, pero es muy importante para la seguridad de todos, incluso de él mismo. ¿Qué relación tienes con él?

—Nada que te importe.

—Vale, no quería herir tus sentimientos, sencillamente quería confirmar que lo conoces bien. Te he de decir que me han dicho que eres la que mejor lo puede conocer.

—Pues, ¿para qué me preguntas? Si ya lo sabes...

—Bien, digamos que tienes buenas relaciones con él, tampoco es lo más importante.

—¿Sabes dónde puede estar?

—No tengo ni idea.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Según me han contado, una vez lo encontraste en La Muela. ¿Puede que esté allí?

Beli se queda sorprendida, como es posible que sepa eso, muy poca gente se enteró de lo que sucedió. Pero era una buena ocasión para despistar.

—Sí, hace unos días quería irse por allí, por donde llegó, busquen allí, tiene mucha tendencia a subir a ella.

—Ya lo hacemos. Sabemos que ayer por la tarde acudiste a su casa a media tarde con un paquete de color verde y saliste de allí dos horas después. ¿Qué contenía el

paquete?

No lo podía creer, se notaba que debían de llevar tiempo vigilando, había hecho todo lo posible para que nadie se enterara, no tenía ganas que le fueran a sus padres con el cuento. Tenía que salir como pudiera de estas.

—No sé para qué he tenido que venir, lo sabes todo.

—No todo, ¿qué llevaba el paquete? ¿qué hicisteis durante esas dos horas?, ¿quedaste con él?

—Son muchas preguntas.

—Bueno vayamos de una en una: ¿Qué le llevaste en el sobre?

«Se ve que les interesa el tema, emplearé la restricción mental para contestar.»

—Era un regalo, contenía un libro.

—¿Qué libro?

—Descuida que eres curioso Micky, nada importante, una novela corta de Ray Bradbury.

—¿Te gusta la ciencia ficción?

—Sí, ¿es algo relevante?

—No, sigamos, ¿qué hicisteis durante las dos horas?

Decidió arriesgarse en la contestación.

—¡Mira qué cotilla! pues joder, ¿qué quieres que hagamos?

—¡¡Pero Beli!! —salta el cabo sorprendido.

—No se escandalice cabo, ¿qué le va a contestar una a un tío tan impertinente como este?

—Menos mal, me habías asustado.

—Bueno, ¿de qué hablasteis?

—De lo que íbamos a hacer estos próximos días de fiestas. ¿Te parece bien o resulta sospechoso?

—No seas tan suspicaz, Beli.

—Cómo no voy a ser suspicaz, si me da la impresión que me vas a poner un foco en la cara, como esos de la CIA, y me vas a aplicar el tercer grado.

—Bueno, no será para tanto, eso son películas, además, en ese caso, el cabo me mete las 15 balas de su Baretta —dice el agente con una sonrisa intentando disimular su pertenencia a dicha agencia.

—¿Te importaría si te pregunto si has quedado con él?

—Sí que me importa, pero como se que vas a insistir te lo digo, sí, quedé en ir a buscarlo, pero supongo que no me vais a dejar.

—No creo que te lo impidamos, pero es posible que no lo encuentres.

—De eso os encargaréis vosotros ¿verdad?

—Bueno de momento lo dejamos —el agente se levanta de la silla y se dirige a la puerta, cuando ya la iba a cerrar y ella se relaja, se gira y a bocajarro le suelta:

—¿Tú le quieres?

—Sí —contesta sin pensar Beli.

—Me lo imaginaba.

Beli se da cuenta que ha metido la pata, pero el cabo parece no sorprenderse, lo que la tranquiliza bastante.

—¿Puedo irme ya? —pregunta Belí.

—Si no te importa, quédate más rato, que te traigan algo de desayuno, supongo que no tendrías tiempo en casa.

—Si no tengo otro remedio. Acepto el desayuno, estoy muerta de hambre.

Al final, el cabo Eufronio no quiere mantener en la ignorancia a su compañero y le cuenta lo acaecido esa misma mañana. Calixto se siente molesto, le parece que todo ha sido un engaño, pero aprecia que su compañero se lo haya contado a pesar de los riesgos. Aprovecha un respiro y se acerca a su casa a ver cómo ha quedado. Afortunadamente está todo en orden, se nota que no buscaban otra cosa que a León. En su cuarto, lo único que se aprecia es la cama ligeramente revuelta, cuando ya va a salir se fija que en la mesilla hay una nota. Se acerca y la lee.

Es una carta de despedida de León, en ella le cuenta lo de Belí, que no puede dormir y que ha decidido irse ya, ha quedado con ella, que no diga nada a sus padres hasta que haya pasado un tiempo, que en cuanto pueda se pondrá en contacto con él. Si puede, que tranquilice a sus padres, que él ama a su hija y que la va a cuidar mucho.

Calixto comprende que en su obsesión de buscar un cuerpo, los agentes no han visto la nota, menos mal, si lo hacen sabrían donde acudir. Hay que hacer desaparecer la nota, les podía ocurrir regresar a buscar pistas. Él no lo va a traicionar, le parece muy raro el montaje de todos esos militares por las calles, controles por todos sitios, no le hace ninguna gracia el par de americanos que se han metido en el cuartel y dan órdenes a todos.

«Tengo que intentar entrar en contacto con Belí —piensa— está en el cuartel, pero la tienen más que vigilada, ha de saber que León va a acudir a la cita, si no lo localizan antes, la pena es no poder avisarle a él, seguro que no está tomando ninguna medida para que no lo vean.»

La cantidad de papeles del despacho del cabo, hacía peligroso tomar en su mesa el desayuno, por eso se lo sirven en la mesa del cuarto de guardia que apenas se empleaba para echar alguna partida con que matar el rato. Belí se siente cómoda, no quiere ni pensar si tuviera que regresar a casa. En su afán de protegerla la acompaña el cabo. Cuando se quedan solos, la aborda.

—Belí, no sé quién es o lo que ha hecho, estos tipos no sueltan ni pio, pero tiene que ser algo muy gordo, toda la Guardia Civil está acuartelada desde hace más de 24 horas, recibimos de Comandancia ordenes muy raras, el pueblo está lleno de soldados

americanos vestidos de negro, por todos lados vuelan helicópteros llenos de armas y la comarca se está llenando de soldados. Tengo miedo por ti, ¿no te habrás metido en algún follón? ¿Verdad?

—Tú tranquilo Eufonio, ya me conoces, no pienso meterme en líos.

—Sí, me alegro, pero ¿y León? ¿No será del Grapo o de ETA? has de reconocer que es un poco raro, cuando lo del concierto estuvo muy activo, parecía un comunista. Si sabes algo, ni se te ocurra decírselo a estos, te iban a meter en un buen embolado.

—Tranquilo, te puedo asegurar que León no es nada de eso, lo conozco bien, le tiene alergia a las armas, las odia, le dan miedo. Esto de los americanos es muy raro, para mí que son de la CIA, no sé qué interés pueden tener por él, pero me da la impresión de que no lo quieren para nada bueno. Estoy aterrorizada, ¿sabes lo que la CIA le hicieron a gente como él en Chile o en Argentina?, los llevan a sitios secretos, los torturan y los hacen desaparecer. Por lo visto, en Argentina los tiran desde aviones al mar.

—Eso son rumores.

—No Eufonio, llevo varios años con los Scout, ayudando a los Padres de San Juan de Dios, a uno de ellos, el Padre Alsina, se fue misionero a Chile, lo mataron por curar a los heridos que acudían al hospital.

—No me asustes por favor, ya bastantes curas se cargaron durante la Guerra los comunistas, como para que ahora lo hagan los nuestros. Dejémoslo.

—Sí, más vale. Espero que no me lo maten.

—Ahora que lo dices. Tú lo quieres, ¿verdad?

Beli comprende que ya no lo puede ocultar, está demasiado implicada, demasiado unida para que no se note.

—Sí, pero por favor, no le diga nada a mi padre, ya sabe cómo es, tengo que prepararlo y arreglarlo.

—Tranquila, aunque él se lo debe de imaginar, como se lo imagina todo el pueblo.

Beli suelta un suspiro y se queda callada, pensativa, jamás ha estado tan agobiada, nunca ha sentido que su vida de tantos bandazos y pueda controlarla tan poco.

En ese momento, entra un guardia y le dice al cabo.

—Mi cabo, el Gobernador al teléfono, puede venir al despacho.

—Ese es tu padre —dice el cabo dirigiéndose a Beli— veré cómo puedo torear este morlaco. ¿Te importa que te deje un rato?

—No, no me va a pasar nada, muchas gracias por protegerme.

—Lo hago muy a gusto. Ahora enseguida vuelvo.

Nada más salir el cabo de la sala, la puerta se abre de nuevo, entra Calixto y cierra la puerta tras de sí.

—Déjame que te diga, no tengo mucho tiempo.

—¡Calixto! ¿le ha pasado algo?

—No, sé lo vuestro, León se fue un rato antes de que llegaran a por él y me dejo una nota. Los que entraron, como su objetivo era él, no la vieron en su mesilla. La he destruido para que no pueda caer en sus manos, en ella me explica lo de ayer por la tarde y que habéis quedado para huir, él acudirá a su cita, quiero que lo sepas. Respecto a este lío, me he enterado que tiene algo que ver con el audífono que llevaba cuando llegó, por lo visto es algo muy raro. No se os ocurra coger el tren ni ningún vehículo, intentad esconderos, aquí tienes la llave de la casa de aperos de mi novia, ya sabes dónde está, meteros allí, Tejadas no es seguro, en cuanto desaparezcas te van a asociar y lo primero que harán es buscar allí. Mucho cuidado cuando te suelten, lo más fácil es que te sigan, no te fíes, antes de partir cámbiate toda la ropa y sacúdete bien el pelo, menos mal que lo tienes corto, es posible que te pongan o te hayan puesto algún aparato, estos están muy avanzados. Ahora me voy, que sospechan de mí y quieren mantenerme al margen. Mucho cuidado.

—Gracias Calixto, por favor, cuéntale todo a Fernando, no me da tiempo de explicárselo. Espero que nos podamos ver pronto.

—Vale, yo se lo diré, procura no contactar con nadie, seguro que se convierte en sospechoso cuando desaparezcas. Adiós y buena suerte, un beso.

Ya avanzada la mañana, la preocupación crece en el John F. Kennedy. A pesar de todos los medios puestos en la búsqueda no hay noticia ninguna del muchacho, parece haberse vaporizado. Es un terreno difícil, con numerosas montañas de calcita, llenas de cuevas y oquedades, para colmo, los valles son muy fértiles y abundan los corrales y casas de campo, verificarlas todas es tarea imposible. A medida que avanzan las horas, pese a tener los medios de transporte controlados, la zona de búsqueda va ampliándose. Es una fatalidad que les haya tomado una ventaja de varias horas, cabe, incluso, la posibilidad de que durante la noche parara a algún camión y a estas horas se encuentre a centenares de kilómetros.

—Malditos ineptos —brama Tony Méndez—, mira que dejar escapar un objetivo tan sencillo. Cómo es posible que se haya escapado de la vigilancia de los agentes de la CIA. Voy a hacer que los dos terminen infiltrados en Biafra.

Se le acerca el almirante Schoultz con unos papeles.

—Mire Tony.

—¿Qué es eso?

—Un parte meteorológico de ahora mismo, fíjese aquí, sobre el mar, en esta zona.

—Sí, vale, que hay muchas rayas.

—Justo, se está formando una baja presión local muy profunda, todo ello unido a una humedad relativa altísima debido a lo caliente que se encuentra el mar, para colmo, la temperatura es muy baja en capas altas de la atmósfera, con lo cual tenemos una DANA (Depresión Aislada a Niveles Altos)

—¿Y?

—Una Ciclogénesis Explosiva, una gran gota fría. Se nos van a complicar las cosas un montón, por su profundidad y teniendo en cuenta que su desplazamiento

más probable sea por el valle donde se encuentra Carije, en unas horas, nos vamos a encontrar con lluvias superiores a los 200mm, que localmente pueden ser más intensas e incluso ir acompañadas de granizo, pero hay más, se supone que el viento será superior a los 100 km/h, con rachas que pueden alcanzar los 140 150 Km/h, y esto en plan optimista.

—¿Va a impedir el normal desarrollo de las operaciones?

—Ya me dirá, el tamaño no será muy grande, 40 50 km. Pero su intensidad será similar al de una tormenta tropical.

—¡Maldita sea! ¿Eso implica...?

—Me temo que si, en poco tiempo habrá que dar la orden a los helicópteros de que abandonen la zona y tomen tierra. Nuestros hombres de las Navy Seals están preparados para condiciones muy difíciles, pero dadas las circunstancias y la pérdida del apoyo aéreo, verán muy mermadas su capacidad operativa.

—¡Maldita sea! ¿Y cuánto pueden durar esas circunstancias?

—Eso es muy elástico, depende de muchos factores, pero entre dos y seis horas.

—Un fastidio, pero al menos no son días.

—Dé las órdenes que tenga que dar, tampoco es cosa de perder algún aparato o algunos hombres.

Beli continúa el resto de la mañana en el cuartel, no tiene mucha prisa, pero empieza a impacientarse. Para colmo, si tiene que cambiarse de ropa, tiene que ir a casa, si lo hace, le espera la bronca de su padre y el casi seguro enclaustramiento. No sabe qué hacer. En diversas ocasiones ha regresado Micky a preguntarle sobre opiniones de León en temas que nunca trataron o sobre posibles dispositivos.

Para colmo la cosa se complica, han empezado a escucharse truenos en la lejanía, está claro que vamos a tener tormenta, si no pasa pronto, cuando llegue la hora va a estar lloviendo.

—Voy a llevarte a casa, Miky no cree que hagas falta ya, en todo caso podemos acudir a buscarte, no te meto en el compromiso de que prometas que vas a estar en casa, pero espero que así lo hagas.

—Déjelo, Eufonio, yo me voy por mi cuenta, no hace falta que me acompañe.

—Sí, te voy a acompañar, para empezar, cuando salimos, prometí a tu padre que te cuidaría, quiero acompañarte y dejarte con él, que vea como estás y, además, está lloviendo y no quiero que te mojes.

—Pero si...

—No hay excusa, yo te llevo allí, después que cada uno que haga lo que quiera.

—Señor Méndez, ya hemos tenido que retirar los medios aéreos de la zona, la tormenta se muestra más virulenta de lo que se había previsto, a última hora se ha

cargado de mucha más humedad, las nubes han crecido notablemente y han alcanzado los 35.000 pies, algo inusitado en estas latitudes, tiene todas las características de una pequeña tormenta tropical

—¡Qué manera de complicarse todo! Tiene suerte ese muchacho, hasta el clima le ayuda.

—No creo que sea así, señor Méndez, nosotros sufrimos los efectos de la lluvia, pero también las sufre él, para colmo, no creo que esté preparado para hacerle frente mejor que nuestros hombres.

—Tiene razón, no lo había visto así. Pero... —quedándose pensativo un largo tiempo mientras el almirante le mira.

—¿Pero...? ¿Qué iba a decir señor Méndez?

—Por favor, almirante, apéeme el tratamiento, llámeme Tony.

—Me parece buena idea, resulta más cómodo, llámeme a mí Bob, es como me conocen mis amigos. Pero, Tony, ¿qué estaba pensando?

—Estaba pensando el cómo es posible lo que está pasando, no es natural, los dos hombres que mandamos son excepcionales agentes, no me explico cómo se les ha podido escapar.

—Nadie es perfecto.

—Está claro, pero, ¿por qué alguien como él desaparece justamente unas horas antes de ser detenido? El muchacho no solo había apuntado irse a buscar trabajo, sino que aquella tarde la pasó con su novia, queda con ella para la tarde siguiente... todo muy normal en un muchacho de su edad. Y, de repente, en plena noche, desaparece. No me cuadra, alguien ha tenido que avisarle, pero nadie de allí conocía el sentido de la operación, al mismo policía que acompañó a nuestros hombres se le dijo a última hora. ¿Cómo es posible que se enterara?

—Le puedo asegurar que hemos controlado todas las comunicaciones, ha sido fácil, le puedo asegurar que no ha entrado ni salido ninguna comunicación sobre el tema, la única incidencia ha sido una llamada del padre de la novia al Gobernador reclamando su intervención para que la liberaran y la llamada del Gobernador al jefe de la policía. En ninguna de las dos conversaciones se intercambió información relevante.

—No dudo de la eficacia de las medidas tomadas, pero por lo que conozco, podría contar con sistemas de comunicación muy sofisticados.

—Tony, extraoficialmente, ¿tantos esfuerzos merece un simple muchacho? Esta operación tiene unas dimensiones que solo las había visto para rescatar a hombres importantes tras las líneas enemigas.

—No le puedo poner al día en cuanto a los detalles, como soldados, tenemos que acatar las órdenes sin cuestionarlas, pero comprendo que el encargado de la defensa del sur de Europa en estos años, sienta preocupación por la aparición de posibles complicaciones en su zona, le puedo asegurar que es muy importante, está íntimamente ligado a una tecnología muy avanzada, que estamos muy lejos de

alcanzar y tendría aplicaciones transcendentales en el mundo militar, lo necesitamos para localizar la fuente y, si es posible, adquirir la información que nos permita alcanzarla.

—¿Tan extraordinaria es esa tecnología?

—Sí, tanto que nuestros científicos dudan que pueda haberla alcanzado alguien, no descartan su procedencia extraterrestre.

—No tenía ni idea, me sentía en una novela de John Le Carré y resulta que era de Isaac Asimov.

—Sí, tiene algo de Asimov, remotamente recuerda algo de la primera parte de *Los Propios Dioses*, aunque a mí me recuerda más *La puerta del tiempo* de Heinlein.

—Adelante, no te cortes, pégame, aquí tienes mi cara, es algo que se está haciendo frecuente últimamente. Vas a hacer lo que no se han atrevido los de la CIA. Tranquilo, ya no está Eufronio para defenderme. Pero pega fuerte, solo matándome lo vas a conseguir.

Ante la provocación don José no tiene otra opción que soltarle el bofetón a Belí, su ira no mide las fuerzas y la derriba. Ella, sin soltar una lágrima, se levanta y mirando retadoramente a su padre, le dice:

—Has fallado, no me has convencido, no me has matado, sigue...

Don José, fuera de sus casillas, es incapaz de aguantar que su hija rete su autoridad de forma semejante, su paternidad la ve peligrar ante la necedad de una mocosa. La rabia hace que la golpeé con más fuerza tirándola al suelo de nuevo. Se levanta un poco aturdida, con la mano de su padre ya marcada en su rostro, pero con la voluntad cada vez más firme, sabe que no puede crecer si no se enfrenta a él. Esta vez, el dolor solo le permite decir:

—Sigue...

Su padre levanta de nuevo la mano, pero, aterrorizada, doña Marisa se interpone deteniéndolo.

—Por favor, José, detente, piénsalo, la vas a matar, es tu hija, no sigas, sabes que no va a dar su brazo a torcer, es como tú, compartís la tozudez.

—Es que no puedo, me saca de mis casillas, si consiento perderé toda mi autoridad, no puedo dejar que se salga con la suya. No te das cuenta Marisa, se está echando a perder, ese muchacho le ha comido el seso, se va a condenar.

—Sí, pero la solución no está en matarla, así os condenareis los dos, tenéis que recapacitar, tenéis que hablar, ha de existir alguna forma, ha de tener arreglo, no te das cuenta que nuestra familia está saltando por los aires, se está yendo a pique,

—Que me pida perdón y lo olvido —dice Don José buscando una salida pacífica en la que resulte ganador.

—No pienso pedirte perdón, no tengo de qué, yo lo amo y no voy a consentir que nadie se interponga entre él y yo, es la última ocasión que tienes de golpearme, si me

quieres detener ya sabes qué hacer.

—Pero ¿qué te has creído? ¿de qué vais a vivir?

—¡Qué pena, papá! ¡Qué bajo has caído!, intentando chantajearme con algo tan material.

—Desde luego, me estás faltando al respeto.

—No, lo has perdido tú, ¿vas a seguir o puedo irme a mi cuarto?

Don José no sabe qué decir, prefiere el silencio, se siente humillado, su orgullo de padre ha saltado por los aires.

—Vete, espero que lo pillen y lo maten.

—No esperaba nada mejor de ti, está dentro de lo posible, pero que sepas que yo lo acompañaré.

Dicho eso, se gira y se retira a su cuarto.

Llegada la hora de salir, la tormenta está en toda su fuerza, la lluvia forma una cortina de agua, por la calle abajo corre un auténtico río, los truenos y los chasquidos de los rayos se suceden uno tras otro. El viento, más fuerte que nunca arranca las persianas de los balcones y se las lleva destrozándolas a decenas de metros.

Beli se desespera, no puede salir así, no podría avanzar ni un metro con la moto. Se debate en pensamientos dispares:

«Falta solo media hora, aunque pudiera no iba a poder llegar puntual, espero que lo comprenda, que sepa esperarme. No sé por qué me preocupo por la hora, eso no tiene importancia. Habrá logrado llegar, espero que con este tiempo no esté por ahí, por el campo.

»No entiendo todo este lío, qué hacen aquí los americanos. Parece una película de guerra.

»La verdad es que no sé nada de León, es de lo más misterioso, a veces dudo, ¿si no lo quisiera?, ¿lo vería de forma diferente?, lo más fácil es que sí, con él no puedo ser objetiva. ¿Será un agente secreto?, eso explicaría la asombrosa forma de luchar aquel día en la piscina.

»Espero encontrarlo, después de lo ocurrido, seguro que me cuenta de qué va la película, todo ha de tener su explicación. Vamos a tenerlo complicado, espero que aún no nos hayan asociado con Tejadas, como dice Calixto, si está allí, corre un gran peligro. Si lo veo podré comentárselo y guiarle hasta la caseta, no está lejos, agua hay cerca, pero no sé de qué vamos a comer, algo de las huertas de alrededor.

»En cuanto podamos, tenemos que ir a la ciudad, allí pueden ayudarnos los amigos. Si pudiera ponerme en contacto con Fernando, seguro que nos echaría una mano. ¿Qué sabrán en el pueblo?, tienen que haber visto todo el tejemaneje, ¿sabrán que es por León?

»¿Me habré pasado con mi padre? No hay duda que lo he retado, esperaba que reaccionara violentamente, pero pensaba que no emplearía tanta fuerza, menos mal

que ha intervenido mamá, casi me mata, ya verás cuando lo vea León, va cabrearse un montón, temo que todo esto se la guarde.

»¿Habrá forma de hacer compatibles a mis padres con León? Con él creo que podría, le iba a costar, pero creo que por mí haría el esfuerzo, pero ellos... son muy cerrados, no creo que tengan capacidad de cambiar, sobre todo papá, va a chocar siempre con León, son opuestos.

»De Calixto me lo esperaba, sabía que él comprendería que todo este montaje es muy extraño, tiene una mente abierta y sabe que nuestro mundo también tiene sombras, pero Eufronio, ese sí que me ha sorprendido, con lo facha que es, se ha puesto muy serio con el yanqui ese.»

Agotada por el madrugón, por la mañana en el cuartelillo y la pelea con su padre, se estira en la cama a esperar que escampe para poder acudir a Tejadas y termina por ceder al sueño.

Después de la tormenta...

La tormenta se prolonga a lo largo de toda la tarde, su intensidad causa numerosos daños, los barrancos y ramblas se ven llenos, rompiendo algunos puentes, anegando algunas zonas y llenando de barro toda la comarca, pero con lo que no pueden es con los duros marines americanos.

—Tony, según mis informes, la tormenta se traslada hacia el norte bastante debilitada, parece que se ha ensañado en la zona donde se desarrolla nuestra operación, voy a reactivar de nuevo el apoyo aéreo, aunque está anocheciendo, afortunadamente van dotados de medios para visión nocturna.

—Me parece bien Bob, pero me preocupa cada vez más la posibilidad de que sea todo un fracaso, va a ser difícil de justificar. Llevamos casi 18 horas cuando debería haber durado poco más de dos horas, sigo sin entender cómo un muchacho es capaz de poner en jaque a lo más granado del ejército del país más poderoso.

—No desesperemos, por la noche tenemos ventaja táctica, nuestras tropas están preparadas para actuar en plena oscuridad y, gracias a la tormenta, se le han complicado mucho los movimientos al objetivo y en espacio aéreo la superioridad es total.

—Me parece que lo mira desde la óptica de la guerra convencional, no tengo claro que el duelo se esté dando en ese campo, conocemos muy bien nuestras armas, pero desconocemos totalmente las suyas.

—No le entiendo, según todas las noticias el muchacho está totalmente desarmado.

—Sí, Bob, pero desarmado de armas de fuego, de las que conocemos, pero ¿cuáles son las suyas? El aparato que se le requisó tenía una tecnología avanzadísima, puede disponer de otros medios.

—No sé Tony, no sé los detalles.

—Me preocupan ciertos aspectos, pensando, pensando, voy atando cabos.

—Como no me explique.

—El muchacho apareció a principios de verano, totalmente desnudo, solo se le detectó una especie de audífono. Durante mucho tiempo no se dio ninguna importancia al aparatito, pero cuando se examinó se vio que era un medio de comunicación muy sofisticado, de una tecnología totalmente desconocida. Temo que conserve recursos similares y sean los que le permiten enfrentarse a nosotros.

—No tiene sentido, no me ha dicho que iba desnudo, ¿no podía llevar nada más?

—Eso del desnudo es una de las cosas que me preocupan de él.

—No sé por qué, nudistas existen desde hace tiempo y son inofensivos.

—Sí, pero, también podría ser que tuviera que deshacerse de algún uniforme que lo identificara, podría muy bien haber dejado su ropa escondida, tenga en cuenta que esa montaña está llena de huecos. Hay más detalles que dan vueltas en mi cabeza, ya he leído el informe previo de los agentes decenas de veces y cada vez estoy más

convencido de que hemos actuado con desidia.

—No seas tan duro contigo, no se podía prever que escapara el muchacho poco antes de detenerlo.

—Creo que nos ha engañado con su mejor arma, su cara de niño, su comportamiento de muchacho rebelde, de *bad boy*, un guapo Jim Stark en *Rebel Without A Cause*, tenemos hasta nuestra particular Judy. Lo veíamos todo muy fácil, dábamos por supuesta su candidez, no supimos ver en él la posibilidad de un espía muy bien preparado y con unos medios muy sofisticados.

—¿Qué te hace pensar eso? ¿Qué había en su informe que pudiera hacer pensar en su maestría? Me parece muy joven para ser un agente tan ducho.

—En nuestro mundo sí, pero en otros sitios no, de hecho conocí a un agente del Mossad con 21 años, tan capaz como cualquier agente de la CIA con 34 años. Es más, siempre hemos sospechado que en la URSS se estaban entrenando agentes desde los 8 años en academias secretas, hay que recordar el caso de Gevork Vartanian.

—Pero ¿qué podía hacer sospechar que fuera uno de ellos?

—En primer lugar, esa pelea que tuvo en la piscina, lo que cuentan es propio de un maestro de las artes marciales, de hecho, los informantes lo describían como Kung Fu, el personaje que interpreta David Carradine.

—Tampoco es tan extraño que un joven las conozca.

—Sí y no, en nuestro país ya están muy difundidas las artes marciales, pero en España apenas son conocidas. Además, demuestra otras habilidades, qué mejor excusa para no entrar en contradicciones que el alegar amnesia, ha podido vivir durante más de dos meses sin que tuviera que justificar quién es ni de dónde viene. ¿Se te ocurre una idea mejor para tener coartada?

—La verdad es que no —dice sonriente el almirante.

—Sí, ha mostrado una gran inteligencia.

—Fíjate en los detalles de la fiesta que organizaron.

El almirante lee durante unos minutos el informe que le alcanzan y al terminar dice:

—Parece que se apliquen técnicas de control de la mente, ¿está manipulando a los vecinos?

—No estoy seguro, aunque, aparentemente esté actuando para contrarrestar a los comunistas, al final consigue lo que ellos querían, pero mucho más de lo que hubieran conseguido. ¿Estaba aliado con ellos?, ¿los estaba instruyendo?

—Por otra parte, el informe indica que tenía una importante tendencia a irse a la montaña en la que había aparecido, aspecto confirmado por su novia esta misma mañana. Esa «afición» podría estar relacionado con el acceder a cierto material que dejara escondido antes de bajar al pueblo, sería posible que arriba, en el monte, tenga un arsenal, a saber qué aparatos contruidos con esa tecnología, no podemos estar seguros, puede que los controle a distancia, puede que sean invisibles a nuestra guerra electrónica, pudiera ser que con un solo pensamiento, volviera locos a los

instrumentos de los helicópteros y los derribara de golpe.

—Me está asustando Tony, no me gustaría tener que dar explicaciones de semejantes bajas.

—Pues no le puedo asegurar nada. Su fuerza, con esa tecnología podría ser terrible, hay cosas que me dan verdaderos escalofríos.

—Está claro que puede ser un agente muy bien entrenado, muy bien equipado, pero creo que exageras un poco, no tienes pruebas, ni siquiera circunstanciales de su capacidad destructiva.

—Ya me gustaría que fuese sencillamente un agente, no me importaría aunque lo perdiéramos, pero creo que al asunto es de Seguridad Nacional, tenemos que detenerlo, pudieran estar muy cerca de poder atacarnos y destruirnos sin darnos cuenta.

—Me parece que tienes alguna información más, si no, no entiendo tu pesimismo.

—Creo que sí, la pista me la diste esta mañana.

—¿Yo?

—Sí, al enseñarme el parte meteorológico y la tormenta que se estaba formando y lo extraordinario de ella.

—No tiene más importancia, no es un fenómeno corriente en esta zona, pero en el Caribe lo que hemos visto no es nada, cualquier huracán tiene más fuerza que nuestra tormenta.

—Sí, pero decías que era perfecta.

—Sí, la verdad es que era ciclogénesis explosiva de libro, no suelen ser tan claras, pero puede darse, no sería difícil que de aquí a fin de siglo se dieran media docena más.

—Sí, muy bien, pero mire este mapa.

—Vale, es el de esta mañana, me acuerdo perfectamente, la forma tan perfecta, el lugar, los parámetros anormalmente altos, ¿qué quiere que vea?

—Mire la fecha.

—Veinticuatro de junio de 1977. No comprendo, supongo que es algún error del meteorólogo, no vea fantasmas en una errata.

—No es una errata, aquí tiene su mapa de hoy.

—La verdad es que son iguales, casi las podemos calcar... ¡qué barbaridad! ¡Son idénticas! ¿Que pretende con esto, Tony?

—El día 24 de junio hubo en Carije una tormenta tan fuerte como la de hoy, ese día coincide con la llegada del muchacho.

—¿Entonces?

—¿Qué pasaría con el radar si una nave estuviera dentro de la tormenta?

—La tormenta ha tenido mucho aparato eléctrico, eso afecta al radar, pero una aeronave, medianamente grande, sería detectada.

—¿Pero como de grande?

—Más o menos como un autobús o mayor.

—¿Y si fuera más pequeña, como un coche?

—No lo detectaríamos, pero con vientos como los que se han dado, destrozaría cualquier aeronave.

—No si se mantuviera en pleno ojo de la tormenta.

—Bueno, vale, pero el ojo avanza muy lentamente, puede que un helicóptero muy pequeño, pero cualquier movimiento brusco del cono lo destrozaría.

—¿Pero es imposible?

—No, pero sí muy difícil.

—¿Cómo de difícil?, ¿más difícil que se den dos tormentas tan perfectas, tan iguales durante un verano y coincidan con la llegada y la marcha de una persona?

—No, lo segundo es más difícil.

—Imaginemos que aprovechan las tormentas para ocultarse y poder alcanzar algún punto. Evidentemente, la llegada sería de lo más explicable, podrían esperar durante tiempo, aprovechar una y entrar en el sitio por donde fuera. Pero, que se dé una tormenta justamente cuando te van a capturar y pase por donde te interesa. Eso no me lo creo.

—Entonces, ¿qué sugiere?

—Me da la impresión que su tecnología es capaz de crear y controlar tormentas, por eso la perfección, oportunidad y similitud de las dos.

—La deducción parece correcta, pero la existencia de semejante tecnología entra en el campo de la Ciencia Ficción.

—¿Y no estaremos ya dentro de la Ciencia Ficción?

—No comprendo.

—Los escritores de Ciencia Ficción siempre hay descrito cosas que después se han hecho realidad, ¿por qué no ahora? No puedo asegurar que exista esa tecnología, pero tampoco puedo negar la posibilidad de que así sea.

—Bueno, si puedes controlar parámetros como la temperaturas y humedades a diversas altitudes, podrías, pero son puras elucubraciones.

—No quiero explicaciones, pero si es así, ¿qué podrían hacer en el Caribe?

—Un super-huracán, supongo.

—¿Y si guían hacia el norte, varios de esos super-huracanes?

—Arrasarían Norteamérica.

—Comprende mi miedo.

—Si existe, debemos hacernos con ella para poder responder.

—Me temo que no, es totalmente imposible atacar la URSS con super-huracanes, aunque los pudiéramos crear, sus temperaturas los destruirían.

De repente, dando un respingo, se despierta Beli, de momento se siente aturdida, confundida, no sabe qué hace vestida en su cama, además, le duele la cara, se toca la mejilla y siente como un pinchazo.

Ahora se acuerda, se dice: «mi padre, me abofeteó mi padre, por eso me duele, me abofeteó porque le dije que quiero a León.»

—¡León! madre mía, ¿qué hora es?, está todo oscuro, no se oye la televisión, ha de ser tardísimo.

Se gira y enciende la luz, mira su reloj.

«¿Cómo es posible? las dos menos cuarto, llevo más de cuatro horas durmiendo. ¿Qué le habrá pasado a León? Tengo que ir como sea, seguro que él me espera allí. La moto, he de coger la moto, menos mal que ya no llueve, de todas formas seguro que no puedo ir por el puente ni por el camino hondo, me toca dar la vuelta, mis padres deben de estar durmiendo, cogeremos algo de abrigo vamos, no puedo entretenerme más.

»¿Dónde estarán las llaves? Yo siempre las dejo aquí, igual se me han caído en el salón en uno de los bandazos, aunque, pensándolo bien, para qué las quiero, me voy para no volver.»

Se da cuenta de lo que deja detrás, nada menos que a su casa, todos sus recuerdos y sobre todo a sus padres, lo que más le duele es tenerse que separar de ellos. No puede evitar soltar unas lágrimas y se hace el firme propósito de aproximar a León y a ellos. Sale sigilosa, descalza, decidida, con las zapatillas en la mano.

«Maldita sea, el muy cabrón, ha cerrado la puerta con llave, por eso no estaban las llaves, ha entrado en la habitación y me las ha quitado, está dispuesto a impedir que no me pueda escapar. Pero no puedo echarme atrás ahora, seguro que él me está esperando, tengo saltar por el balcón aunque me mate. Lo haremos como en los cómics.»

Beli ata un par de sábanas, las sujeta a la barandilla y con decisión salta por encima de ella, se sujeta con toda las fuerzas a la tela, se va resbalando por ella, al final la fuerza le abandona y se deja caer, afortunadamente, ya estaba muy cerca del suelo, ya está en el callejón, la puerta de la cochera está abierta, no se ha acordado de cerrarla.

«Lo mejor será no ponerla en marcha aquí, podrían despertarse, lo mejor es irse por detrás de la casa, por el callejón, arrastrándola, si voy por delante y tienen el balcón abierto pueden oírme.»

Empieza a empujar hacia arriba la moto, al llegar a un callejón alguien le llama la atención en voz baja.

—Beli, Beli, métete aquí.

Reconoce la voz, pero se queda sorprendida, se mete en la sombra.

—Ya era hora —dice la voz— llevamos más de dos horas esperándote.

—Pero ¿qué haces aquí Fernando?

—No te íbamos a dejar en la estacada, faltaría más, Calixto nos ha contado todo lo de los americanos, la huida de León, la idea de fugaros juntos, por cierto, ya era hora que tomaras la decisión, todos lo teníamos claro menos tú. Estamos preparados, nos hemos distribuido de forma que los podamos ir despistando hasta que salgas por

la carretera de Piedrablanca, es la única practicable para ir a Tejadas. Por cierto, ¿te has visto la cara? La llevas totalmente morada, ¿no habrán sido los americanos?

—¡Qué más quisiera yo! Ha sido mi padre.

—¡Qué salvaje!

—Déjalo ahora, lo que quiero es ir con León.

—No hay mucha vigilancia ahora, por lo visto, después del día que han llevado se han ido muchos a dormir, pero los que están de guardia están muy bien situados. Tenemos que salir por la puerta de la muralla.

Una vez han llegado allí encuentran una patrulla. Fernando imita a una lechuza y como un par de minutos después, cuando ya no lo pueden asociar, se escuchan unas voces flojas:

—Cuidado que hay una patrulla.

—Vamos por aquí, vamos por aquí.

Como esperaban, los soldados salen en su persecución.

—Vamos, hemos de cruzar ahora, tenemos poco tiempo.

Cruzan la carretera principal y se meten por una calle lateral.

—Fernando, ¿y si les pillan?

—No creo, estaban casi en la puerta de Carmen, ella era una de las voces. Los soldados habrán encontrado la calle vacía y se habrán puesto a buscar en los rincones.

—Quién iba a decirme que la mismísima Carmen tenía que ayudarme a fugarme con León.

—Siempre la has despreciado y tiene un corazón como una plaza de toros.

—En ocasiones nos obcecamos en unas ideas y solo vemos virtudes en quienes las comparten. Si tengo ocasión le tengo que pedir perdón y darle las gracias.

—Muy bien, no estaría de más. Pero ahora cuidado otra vez, aquí detrás en la Farmacia, en el cruce de carreteras hay una patrulla bastante grande, es el momento más delicado. En cuanto sigan el señuelo, tenemos que cruzar la carretera, allí está mi moto y la de Sergio, la de Sergio es para que te la llevaras si no traías vehículo, si quieres dejamos la tuya y coges la suya, es más potente.

—No, prefiero la mía, me entiendo mejor. ¿Qué hay que hacer?

—Atiende bien, tenemos que ser rápidos. Cuando haga de nuevo la lechuza, esperarán cinco minutos, entonces empezará el teatro. Cuando se vayan tenemos que salir corriendo, donde las motos, cogeré la mía, arrancaré y aceleraré para hacer ruido, entonces la arrancas y sales corriendo por la carretera sin encender las luces hasta que cruces el túnel. Yo iré en dirección contraria y seré la explicación del ruido de moto.

—Muy inteligente.

Fernando da el chillido de lechuza y se queda mirando el reloj, cuando han pasado cinco minutos, pasa un coche por la otra carretera dando bandazos y los soldados se ponen atentos y los siguen con la vista.

—Pero si es Agustín —dice en voz baja Beli

—Sí, tranquila.

—En cuanto el coche gira la esquina, se escucha el estrépito del choque de dos coches.

Beli se echa las manos a la boca y contiene un grito:

—¡Agustín!

—No tranquila, él está bien, han estrellado dos coches vacíos, para armar ruido.

Desde detrás de la esquina se escuchan gritos, los soldados se adelantan con curiosidad, en eso que de la esquina sale un cura con sotana y todo y dirigiéndose a la patrulla les dice en inglés que acudan que hay heridos. Ante la llamada no dudan y acuden.

—Pero... si es el mismísimo Don Antonio... con sotana... ¿sabe don Antonio a qué voy?

—Sí, me ha pedido que te diga, que te ayuda, pero que en cuanto podáis tenéis que pasar por sus manos.

—¡Increíble!

—Vamos, hay que aprovechar ahora.

Cruzan corriendo la carretera y al llegar a las motos, Fernando se gira, le da un beso y le dice.

—¡Que seáis felices!

Se sube a la moto, arranca y acelera en vacío, ella sin dudarle pone la suya en funcionamiento y acelerando se mete en la oscuridad,

El pequeño cuartelillo está prácticamente ocupado, ya son los agentes americanos los que dan las ordenes, en él se ha establecido el puesto de mando, los equipos de comunicaciones han sustituido a los papeles en la mesa, el cabo y los guardias han sido relegados a actividades de avituallamiento. El jefe recibe una llamada a través de la radio. Nada más ponerse al habla, se le desencaja el rostro y da muestras claras de una gran indignación:

—¡Cómo! ¿que les llamaron a un accidente?, ¿que no había nadie herido?, ¿que han dejado el puesto de control?

—¿Que los llamo un cura? ¿Qué pinta un cura en todo esto? Estúpidos ineptos, los han engañado con una operación de distracción de lo más tonta. No se dan cuenta que todo era una estratagema para que dejaran lo que estaban haciendo.

—¿Quién es ese muchacho que pretendía huir?

—Seguro que era amigo del objetivo, pero por lo que cuenta era un señuelo para cubrir la huida de alguien. Seguro que lo han mantenido escondido y ahora lo han ayudado a escapar.

—No valen las excusas, detengan a todos y tráiganlos aquí, a ver lo que nos cuentan.

—Sí, al sacerdote también.

—Pero no dejen el puesto vacío.

—Ya hablaremos, hasta ahora.

El agente se queda delante del gran plano de la zona que han colgado. Y reflexiona en voz alta:

—Si han provocado el accidente aquí, es porque querían que la patrulla fuera en esa dirección, alejándose por el noroeste. Quien sea, tiene que haber buscado la carretera nacional a la ciudad o esta otra carretera en dirección a Piedrablanca, si quiere buscar el anonimato tomará la primera con esperanza a perderse entre la gente de la ciudad, si pretende buscar un escondite, habrá tomado la otra carretera. En cualquier caso, tiene que llevar un vehículo, andando no puede ir muy lejos.

Se queda un poco pensativo:

—Llamen a los puestos de estas dos carreteras para que estén especialmente atentos, que controlen, identifiquen y retengan a todos los que circulen, a estas horas no creo que sean muchos.

—En la carretera de Piedrablanca no van a tener problemas, pero en la general, está llena de camiones con destino al mercado de abastos —dice Eufronio.

—Gracias, que acuda un comando para ayudarles a registrar los camiones, no podemos consentir que se esconda entre el contenido de uno de ellos.

—Que son muchos camiones —insiste Eufronio— van a armar un pitote de cuidado.

—¡Pitote! —dice el agente con tono despectivo

—Que manden la unidad canina —continúa dirigiéndose a sus soldados.

—Venga, venga —dice al jefe uno de los soldados encargados de las transmisiones— escuche lo que dice el puesto de la carretera de Piedrablanca.

—¿Una muchacha? ¿Con el pelo corto?

—Que la han parado y la han identificado, ¿quién era?

—¿Belisa? ¿La han dejado seguir?

—¿Que iba a Piedrablanca?

—No, no, no salgan detrás de ella, no vaya a ser otra maniobra de distracción, ya hemos tenido bastante. Vigilen con sumo cuidado y no dejen pasar a nadie que no sean soldados americanos,

—Sí, como ha oído, ni siquiera policías, no nos podemos fiar de nadie.

—Da lo mismo, los desarman aunque sea a tiros, ya arreglaremos después con los españoles el incidente.

El jefe sale de la pequeña sala de guardias, donde han puesto el puesto de comunicaciones, y se dirige a uno de los soldados que permanecían allí:

—Sargento, coja a tres hombres y el coche que tenemos en la puerta y salgan echando leches hacía Piedrablanca, si corren la pillan, ella solo lleva una motocicleta de pequeña cilindrada.

—Cabo Eufronio, usted y yo nos vamos a casa de esa muchacha, a ver qué pueden contarme sus padres.

—Pero señor, ya les despertamos anoche, ¿no le parece un poco de abuso?

—No estoy para cumplidos, la información la necesitamos ya, tengo que saber dónde puede dirigirse la muchacha por esa carretera, no puedo esperar a que los señores se levanten.

Eufronio piensa que Beli puede dirigirse hacia Tejadas, a la casa de sus padres, por el único camino practicable después de la tormenta. Pero no piensa colaborar en esta caza del hombre sin sentido. Se dice a sí mismo: «no sé cómo se lo tomará Don José, espero que mal, que se resistan en decir donde pueden estar. Tengo que dilatarlo como sea.»

—Espéreme, tengo que arreglarme, un Guardia Civil no puede presentarse como un haragán.

Beli baja por el callejón con la moto y nada más girar se fija que la casa está abierta de par en par y las luces encendidas. Se dice para ella misma:

—Que raro, él nunca haría eso, no tiene sentido. Madre mía, todo tiene pinta de que han llegado los soldados, han atado cabos y han pensado que podía estar aquí escondido. Qué horror, si es así, lo más fácil es que lo hayan capturado y se lo han llevado a cualquier rincón del mundo. Un desaparecido más. De todas formas tengo que comprobarlo.

Se acerca con sigilo hasta la puerta de la casa, desde allí llama repetidamente:

—¡León! ¡León!...

Nadie contesta. Siente su corazón acelerado, como la sangre golpea sus sienes, un nudo le atenaza la garganta, en ella se mezclan las sensaciones más diversas, el pánico ante lo desconocido, la amenaza de la posibilidad de seguir el camino de la desaparición, revive las sensaciones de sus padres y sus amigos cuando se enteren, pero sobre todo una tristeza, un gran dolor, la imagen de él muerto o, peor, torturado. Las lágrimas le ciegan, apenas puede caminar, la tensión la marea, el vértigo ante el mundo que se le cae encima la paraliza.

—Voy a entrar —dice, como si alguien le escuchara, muerta de miedo.

Penetra lentamente, paso a paso, esforzándose en mover las piernas que pesan como si fueran de plomo. Llega a la sala de los libros. En la chimenea aún quedan algunas brasas, está claro que ha estado alguien allí, pero el fuego lleva bastante tiempo apagado, hace horas que nadie le añade un leño.

Alguien ha acercado una butaca al fuego, ha estado leyendo aquí. De repente ve en la mesa un libro, lo identifica inmediatamente, es el libro que le ha regalado. No hay duda, León ha estado allí, estaba leyendo el libro cuando lo han cogido.

Con la sensación de que jamás va a poder ver a León de nuevo, se acerca a la mesa y coge el libro, lo abre y ve, con letra redonda, su dedicatoria, o mejor, su declaración de amor:

«León, te amo, Beli.»

En la parte inferior hay otro texto, con una letra mucho más picuda, la conoce, es la suya, sin dudar. La corta misiva dice:

«Beli, te amo, eres lo más maravilloso que me ha sucedido, este libro nos unirá, tengo que partir, hasta siempre, Daniel.»

La realidad se muestra en su crudeza, ha recuperado la memoria, León, en verdad, se llama Daniel, ha partido, ¿ha regresado a algún lado?, ¿lo han capturado? Jamás lo sabrá.

Cae de rodillas al suelo y oculta su rostro entre sus manos, la desesperación se adueña de ella, la vida pierde sentido, solo existe el dolor, todo el dolor del mundo junto. El tiempo queda suspendido, el cerebro es incapaz de pensar, la muerte se ve como un alivio, como un bálsamo. Una tristeza que solo los que han amado con pasión y perdido su amor saben lo que es, es la esencia misma del llanto.

El tiempo transcurre, unos segundos, unas horas, unos días, quizás la Tierra se ha detenido apenada, quizás han pasado siglos. Belí incorpora el cuerpo, saca su rostro demacrado de la cueva, los ojos abiertos como platos, inundados, fijos como si fueran incapaces de ver, vacíos de vida, hundidos, en medio de una sombra oscura.

Casi como un robot logra levantarse, acaricia el pequeño tomo, le da un beso, se dirige hacia la estantería llena de polvo y con sumo cuidado lo introduce entre otros libros

Sin más, lentamente, ausente, apartando las telarañas, sale de la casa y baja la cuesta en busca de la moto. A sus espaldas se desata el estrépito de una masclatá, un creciente ruido, una sucesión de golpes de las puertas al cerrarse, saliendo desde el interior de la casa hasta la apoteosis final de los balcones y del portón. Las luces sufren varias vacilaciones y, finalmente, se apagan, dejando todo inmerso en una profunda oscuridad.

Beli, en su caminar, no se inmuta con el estruendo que se acaba de producir, sus sentidos parecen anestesiados, suspendidos, su cuerpo, independizado de su voluntad, supera el lugar donde está aparcada la moto, cruza la plaza y continúa por el camino de frente, gira a la izquierda y se detiene en una pequeña plazuela.

El silencio es absoluto, la quietud lo ocupa todo, ni siquiera las hojas de los árboles osan moverse.

Un ruido sordo se impone en la lejanía, va creciendo hasta convertirse en un trueno ensordecedor, todo se agita, el cielo se ilumina, pero Belí no reacciona...

Epílogo: La cinta de Moebius



Licencia Creative Commons. Autor: [Andrew Gustar](#)

La cinta de Moebius es una de esas invenciones matemáticas que parecen casi mágicas, como la vida misma. No es más que una cinta de papel cuyos extremos se unen girándolos. Viéndolo no parece nada extraordinario, pero es un objeto muy peculiar. Está claro que es una superficie (como puede ser la de nuestro planeta, como es nuestra vida), pero tiene unas propiedades muy curiosas.

Tiene una sola cara: A primera vista podemos pensar que tiene dos caras, la de arriba y la de abajo, como cualquier cinta de papel, pero si uno la recorre por una de las caras, llegará al mismo punto pero por el lado contrario. La única cara la vemos como dos opuestas.

Tiene una sola arista: A primera vista parece que tiene dos lados o aristas, fronteras, finales, pero de nuevo nos traiciona el sentido común, si recorremos una de las aristas veremos que llegamos en el mismo punto al «otro lado». La arista es única. Su límite, su frontera es una sola, pero por más que miremos veremos dos.

No es orientable: Si partimos de un punto mirando hacia la derecha a lo largo de la cinta, cuando regresemos al mismo punto estaremos mirando a la izquierda. O, en ella, sin girarnos, podemos mirar hacia un lado o hacia el otro.